

Un Pueblo Peregrino

Los artículos del Padre Jayme Mathías
en el periódico *El Mundo Newspaper*
de Austin, Texas

2002-2004

Rev. Elsa Y. Nelligan
Editora

Extraordinary Catholics Press
Austin, Texas

© 2022 by Hon. Rev. Dr. Jayme Mathias

All rights reserved
including the right of reproduction
in whole or in part in any form.

Extraordinary Catholics Press
P.O. Box 2386
Austin, Texas 78768

Printed in the United States of America

ISBN 979-8-36-028182-5

Contenido

Introducción	i
El primer paso	1
Buscando espiritualidad en la pulga	3
El “bien”: Una ventana a lo divino	5
El poder de una sola (y malinterpretada) palabra	7
El agua que cae fuera del vaso	10
Cosas que el dinero no puede comprar	13
Ejemplos y espejos	16
Las mil caras de Juan Diego	19
Atentos a las señales del camino	22
Fallar para triunfar	24
La soledad: Visítela, pero no viva con ella	26
Recibir implica dar	28
Del con-flicto a la con-vivencia	30
Responsabilidad: El precio de la libertad	32
Viaje de la ilusión a la realidad	34
Gente de paz en un mundo sin paz	36
Religión y...¿lucha libre?	38
En nuestra bonita vecindad	40
Obras de arte	42
Con nuestros muertos	44
Más allá de lo superficial	46
Otoño inevitable	48
La amarga traición	50
¡Al gabacho!	52
Peregrinajes en un mundo de gracia	55
Algo extraordinario	57
¡Abra las puertas!	59
Del frío invierno a una gran calidez espiritual	61
Henry, tengo un sueño	63
Proteja la fama	65
Esperanza en una noche oscura	67
El regalo de la tragedia	69

Amor...¿a qué sabe?	71
Para los fieles del horóscopo	73
Soledad, la película de su vida	75
Así soy...¿y qué?	77
“Niño” significa persona	79
Los homosexuales: Ni zurdos, ni diestros, sólo seres humanos	81
Una pelea familiar	85
Los “coyotes”: ¿Ayuda o fraude?	87
Un Poquitico de paz	89
Y la historia se repite...	91
De otro planeta	93
Como flechas en manos del guerrero	95
Mamá a la antigüita	97
Un pie en México, y otro en EE.UU.	99
Levántese y empiece a andar	101
πδιαομναηδοανσοδισσ	103
Tres sacrificios más para los dioses de la indiferencia	105
¿Diálogo con papá?	107
¿Piñatas y balero en América?	109
Dar es dar	111
Libertad: Úsela para decidir quién quiere ser	113
Sueña libremente	115
Mujeres originales: Contra el mito del machismo	117
¿Alguna vez usted ha...?	119
¿Cómo responder?	121
La televisión: ¿Educación o adicción?	123
Sale la basura que entra	125
Buscando ayuda	127
Realidad o ficción	129
No espere	131
Rescate en la zona roja	133
Amor a la patria	135
Paso a paso	137
Hacia la libertad	139

Tiempo de unión	141
El muro entre nosotros	143
La danza	145
A un paso del portal	147
No es justo	149
Viviendo como una fracción	151
¿Por qué el guajalote?	153
Sueños de Navidad	155
Aquí está el Tepeyac	157
Para llegar, hay que andar	159
Amanece una nueva era	161
Hable	163
Una taza de café	165
Corazón y cabeza	167
Después de Babel	169
La salud espiritual	171
¿Me estás escuchando?	173
¿Qué hacer con nuestro tiempo de descanso?	175
Más allá de la superficie	177
Un retoño a la vez	179
¡Enfrente al tigre!	181
¡Se está ahogando!	183
Mojado	185
Recuerde quién es usted	188
Sé un revolucionario	189
Tiene tremendo... ¡valor!	192
Debemos decir adiós	194
Un premio más grande	196
Una cuestión seria	198
Ser toltecas	200
Abra la puerta	202
¿Nunca sabrán?	204
¿Vale lo que cuesta?	206
¿Qué te estás haciendo?	208

No más excusas	210
Un mundo lleno de gansos	212
¿Patitos feos?	214
¿Listos para votar?	216
La votación: Un proceso profundamente espiritual	218
Muy vivos	220
La voz del piloto me despertó	222
Considere el círculo de la vida	224
Latinos flojos y borrachos	226
Seamos familia y acabemos con la tristeza	228
Sé un Santa Claus	230

Introducción

Rev. Dr. Jayme Mathías

Hace veinte años, serví como sacerdote franciscano conventual recién ordenado en la Iglesia Católica Cristo Rey, una comunidad grande de inmigrantes de habla hispana en Austin, Texas. Se encuentran al otro lado de la cerca trasera de nuestra rectoría las oficinas de *El Mundo Newspaper*, el único semanario en español en toda la ciudad. Era sólo una cuestión de tiempo antes de que mis visitas semanales a la Taquería Chapala, donde disfrutaba de los tacos de barbacoa mientras hojeaba *El Mundo*, dieran como resultado la idea de que podría comunicarme a través de esa publicación con la comunidad inmigrante de habla hispana en toda la ciudad.

Veinte años después, comparto nuevamente esos 112 artículos casi semanales, escritos durante dos años y medio. Cuando comencé a escribir para *El Mundo*, había sido ordenado sacerdote católico romano por 15 meses, servía como párroco asociado en la Iglesia Católica Cristo Rey, y estaba completando casi tres años de ministerio en el este de Austin, un vecindario de escasos recursos considerado peligroso por otros, donde una comunidad católica mexicoamericana ahora atraía de toda la ciudad a inmigrantes de habla hispana. Mientras escribía estos artículos, estaba completando la tesis para una maestría en teología mientras aplicaba y me aceptaban en cinco facultades de derecho civil, donde pensé que estudiaría el derecho migratorio. Repentinamente esa ilusión se vio frustrada por el escándalo de abuso sexual de la Iglesia Católica Romana, que sacudió a mi comunidad franciscana conventual con un caso de unos \$18 millones, dejándome sin los recursos necesarios para perseguir mi sueño de estudiar el derecho civil.

A menudo bromeo: “Cuando el Espíritu Santo cierra una puerta, ¡abre otra!” Dos semanas antes del comienzo del año académico 2003-2004, yo estaba visitando la Preparatoria Católica San Juan Diego, que me había invitado a presidir su misa de apertura para el nuevo año. Mientras la Hermana Carlota LeBouf describía sus expectativas para la misa, el presidente de la escuela entró en la capilla con las malas noticias: La maestra de español de la escuela acababa de renunciar. Usted lo adivinó bien: ¡Pronto me encontré enseñando todos los niveles de la lengua de Cervantes en la preparatoria! Al año siguiente, mientras continuaba con mi ministerio parroquial, también enseñé la teología del Nuevo Testamento, lo que me llevó a concluir después de tres semestres de enseñanza en la preparatoria que tenía que decir “no” a algo. Suspéndi

mi columna semanal en *El Mundo*, lo cual fue fortuito a la luz de mi nombramiento como presidente de la preparatoria unos meses después.

Poco sabía en ese momento que pronto estaría liderando y haciendo crecer esa comunidad escolar a la inscripción más alta de la historia, una inscripción nunca superada en los 13 años transcurridos desde entonces. Tampoco sabía que regresaría a Cristo Rey como su párroco, haciendo crecer esa parroquia a su mayor asistencia a misas dominicales, con 4.000 a 5.000 personas que regularmente asistían a las nueve misas dominicales de la iglesia, de las cuales sólo una era en inglés.

Seré honesto: Pensé que envejecería como sacerdote católico romano. En cambio, una disputa muy pública con mi obispo —que me enfrentó a mí y a la población inmigrante de habla hispana de Cristo Rey contra el obispo y las voces conservadoras adineradas que susurraban en su oído mensajes contra el aborto y contra la mujer — me llevó a saber en el 2011 que ya no podía en buena conciencia servir a la papacracia romana.

Yo debería haber sabido. Ángela Angulo, la directora ejecutiva de *El Mundo*, leyó mis palabras y se refirió a mí como “el padre revolucionario”. Alberto García, un abogado defensor de gran corazón y nuestro muy fiel fotógrafo parroquial, me advirtió que yo no podía predicar mensajes de compasión, como lo hice en el funeral de una joven lesbiana que fue asesinada con su madre por el padre de su amante. Y Santo “Buddy” Ruiz había profetizado que la Iglesia Católica Romana un día sería demasiado pequeña para mí.

Mis estudios teológicos en la Unión Teológica de Washington en Washington, D.C. me habían preparado para ver la fe católica de formas no tradicionales, y *El Mundo Newspaper* me permitió un foro para comunicar una fe progresista a un pueblo oprimido. Veinte años después, algunos de mis escritos parecen menos radicales, como mi extenso artículo sobre la homosexualidad en el 2004, pero sabía muy bien en ese momento la delgada línea en la que estaba caminando, y en el momento revisé mis palabras con una mezcla de pura emoción, pensando en la liberación de la gente, y con profundo temor por las reacciones de los jerarcas y las voces conservadoras. A veces me preguntaba: “¿Realmente puedo decir esto?”

Y lo hice.

Con profunda gratitud, agradezco a Roberto Angulo y a Ángela Angulo, el increíble dúo de padre e hija que se desempeñaron respectivamente como presidente/editor y directora ejecutiva de *El Mundo Newspaper*, quienes me permitieron comunicarme con sus lectores sobre temas espirituales hace 20 años, y quienes me han permitido reimprimir este material hoy en día. Dos décadas después, ¡los tengo en muy alta estima!

También tengo una inmensa deuda de gratitud con Adriana Trujeque de Cruz, quien se desempeñó como secretaria de educación religiosa en la Iglesia Católica Cristo Rey durante esos años. Ella generosamente compartió de su tiempo y de sus dotes lingüísticos para traducir y editar mis palabras. Cuando la gente me pregunta hoy cómo aprendí el español, le doy mucho crédito a Adriana: Sus traducciones de mis homilías y artículos me permitieron aprender a expresarme en español. Adriana me ayudó a comprender las expresiones idiomáticas, así como la cultura y los retos de la comunidad inmigrante de habla hispana del centro de Texas. Adriana es tan buena escritora que ¡hasta escribió algunos artículos en mi nombre! Ahora que me he separado de la Iglesia Católica Romana, rezo para que ella no sufra demasiada desgracia como resultado de su asociación pasada con este “padre revolucionario” ¡quien continúa trayendo la revolución a la comunidad, la iglesia y el mundo!

Desde el fondo de mi corazón, también agradezco a la Diácono Elsa Y. Nelligan de la Iglesia Católica de la Sagrada Familia en Austin, Texas, quien pacientemente editó esta colección transcrita por mi asistente ejecutivo, Carlos Alonso. ¡La magnanimidad de la Diácono Elsa profundamente me inspira!

Como joven sacerdote, me atrajo mucho la metáfora de la jornada. El Concilio Vaticano II (1962-1965) declaró:

Peregrinando todavía sobre la tierra, siguiendo de cerca sus pasos en la tribulación y en la persecución, nos asociamos a sus dolores [de Jesús] como el cuerpo a la cabeza, padeciendo con El a fin de ser glorificados con El. (*Lumen gentium*, 7)

Para mí, los inmigrantes de habla hispana del centro de Texas encarnan ese espíritu de un pueblo peregrino: Han viajado desde sus países de origen a una tierra extraña. Conocen las dificultades. Entienden íntimamente lo que significa decir que “en la tribulación y en la persecución, nos asociamos a sus dolores”. Han bebido de la misma copa de sufrimiento que Jesús.

Fui ordenado durante el Año C del ciclo litúrgico de la Iglesia Católica Romana, así que guíe a Cristo Rey en la jornada cuaresmal del hijo pródigo de San Lucas (15,11-32), una metáfora que moldeó mi vida espiritual en ese momento. Como ese hijo, todos le damos la espalda a Dios y a los demás. Nuestras palabras y acciones, así como nuestro silencio y nuestra falta de acción, afectan nuestras relaciones y nuestro mundo. Nuestro desafío consiste en volvernos hacia Dios y hacia los demás y encontrar incluso las formas más pequeñas de dar pasos hacia ellos. La vida es un viaje, y no nos convertimos en personas completamente nuevas de la noche a la mañana. El crecimiento y la

madurez es un proceso. Al igual que el desafío de aprender un nuevo idioma, es un viaje que se desarrolla con el tiempo, logrado a través de miles y miles de pequeños pasos.

Ruego que esta colección de escritos espirituales “antiguos”, que se escribieron hace 20 años, pueda ser un recurso para ti en tu propio viaje, ¡a medida que continúas convirtiéndote en la persona que algún día serás!

El primer paso

13 de junio del 2002

Todos los días nacen héroes. Tan sólo hoy, dos de ellos estuvieron en mi oficina. Aparentemente, él y ella se veían como gente ordinaria de México, de unos 24 años de edad. Hace casi diez años, antes de que se conocieran, se marcharon de sus hogares, dejando a sus familias en México, para desafiar los peligros que implica cruzar la frontera de México-Estados Unidos sin documentos. Fue en Austin donde se cruzaron sus caminos, en una taquería, y de primera vista se enamoraron. Hoy, están preparando su regreso a México para casarse en Hidalgo. Pero, aun sin documentos, ellos regresarán.

Es por eso que son héroes. Habiendo considerado sus opciones, han elegido regresar a los Estados Unidos, caminando por el desierto, bajo el ardiente sol de agosto. Ellos están conscientes de los peligros que puedan enfrentar y de los riesgos que puedan tomar. Saben que la jornada será difícil y dolorosa. Pero a pesar de ello, juntos la emprenderán. Son un par de jóvenes con una fe y un valor increíbles.

Son, en verdad, un par de héroes. Su jornada se asemeja a la de los héroes mitológicos y de los cuentos. Su jornada se asemeja a la de los héroes de las religiones del mundo. Como Abraham, el padre de la fe para los judíos, cristianos y musulmanes, ellos son atraídos a una tierra extranjera por la promesa de bendiciones sin medida. Su jornada se asemeja a la de todos aquellos que se embarcan en la aventura de la vida, una jornada que inicia desde el vientre materno hasta la irremediable muerte.

La vida es una jornada impredecible, única, y a veces peligrosa a través del desierto. De hecho, cada uno camina su propia jornada de vida. Y nuestro andar por la vida, se dirige hacia la tierra prometida de la madurez y del autodescubrimiento, de amor, perdón y paz. Desafortunadamente, este andar frecuentemente se asemeja a la jornada de nuestra joven pareja a través del sinuoso desierto, más que a un sencillo trayecto por la autopista IH-35.

Aceptar nuestra jornada de vida no es una tarea fácil. Conscientes de los posibles riesgos y peligros, lo primero que debemos hacer es enfrentar nuestros temores y superarlos. Repetidamente, los héroes de la literatura judeo-cristiana-islámica están instruidos, "No tengas miedo!" Están llamados a tener fe y valor conforme van avanzando. Tal vez usted recuerde el temor que lo venció la primera vez que estuvo al pie de una alberca de aguas profundas, e invitado/a, o tal vez presionado/a, por

otros para sumergirse en ella. Se requiere de un gran valor para brincar, pero es justamente al hacerlo como nuestros temores se desvanecen.

Frecuentemente el primer paso es el más difícil. Sin embargo, es un paso que debemos dar. Los miembros de Alcohólicos Anónimos me han dicho que el primer paso, el admitir que son alcohólicos, es el más difícil. ¡Pero una vez que lo dan, empiezan el verdadero andar de su jornada!

Personalmente, experimento la misma dificultad para vencer la inercia y mantenerme en forma. Después de un largo día de trabajo, por ejemplo, la barrera más difícil de mi rutina nocturna de ejercicios en el gimnasio es abandonar la comodidad del sillón reclinable y ponerme los tenis. Eso es exactamente lo que debemos hacer en la vida: Debemos vencer la comodidad de la vida, y ponernos los zapatos. ¡Debemos actuar! ¡Debemos empezar a andar a paso firme nuestra jornada! Marco Terencio Varro (26 a.C.) dijo sencillamente: “La parte más larga de la jornada es cruzar la puerta”.

Debemos actuar, aun cuando esto signifique un pequeño paso de la larga jornada de la vida. Paso a paso, avanzamos en la fe, sabiendo, como dice el dicho, que “más vale paso que dure, que trote que canse”. El mensaje de esta frase es el secreto de los corredores de grandes distancias, aquellos que corren un maratón completo de 26 millas, dando un paso a la vez. Es el secreto de los medallistas de oro olímpicos que día a día dan pequeños pasos para entrenarse y van mejorando poco a poco. Es el secreto de los campeones de la Copa Mundial que patean el balón de fútbol un sin fin de veces por años antes de que puedan llegar al terreno del mundo del deporte.

Es el secreto que debemos descubrir para vencer nuestros temores con fe y valor. De no ser así, viviríamos como Don Quijote, el héroe trágico de Miguel de Cervantes. Seguramente uno puede darle la vuelta al mundo en un mapa, como lo afirmó el hombre de La Mancha, y así quedarse a salvo de la fatiga y los inconvenientes de la jornada. Trágicamente, este cómodo viajero está a salvo de las aventuras de la vida y de la posibilidad de estar en los anales de los héroes históricos.

¡Atrévase a ser héroe! Acepte el riesgo de iniciar la jornada en el desierto. Dé el primer paso. Perdone. Busque la paz. Confronte. Comprométase. Ame.

Se dice que la Ciudad de México fue fundada por nuestros ancestros que anduvieron una larga jornada. Como esa gente, sigamos adelante con fe y valor. Demos esos pequeños pasos necesarios para llegar a la Ciudad Santa, para que al igual que nuestros antepasados, podamos escuchar al Espíritu afirmando, “mexicanos, éste es el lugar”. Entonces uniremos nuestras voces con las suyas y cantaremos al unísono, “¡Somos benditos!”

Buscando espiritualidad en la pulga

20 de junio del 2002

Como sacerdote, uno de mis lugares favoritos en Austin es el mercado de la pulga ubicado en la autopista del 290. Este “mall mexicano” es el punto de reunión de mucha gente espiritual, aun cuando ni siquiera sus sombras hayan cruzado las puertas de la “catedral mexicana de Austin”, nombre que mis hermanos sacerdotes le han dado a mi parroquia.

La brillante y soleada tarde dominical del fin de semana pasado, disfrutaba una tradicional “raspa” en el mercado de la pulga en compañía de un amigo. Mientras esperábamos a que el conjunto empezara a tocar la primera ronda de música nortea, compartí el proyecto de empezar a escribir una columna sobre la espiritualidad en *El Mundo Newspaper*.

“¿Qué es la espiritualidad?” preguntó. “¿Qué no es lo mismo que la religión?” Imagino que muchos de nosotros compartimos estas mismas preguntas.

La espiritualidad es la antigua investigación humana sobre el significado y propósito en la vida. Basado en la examinación de los artefactos de nuestros ancestros, los arqueólogos se atreven a afirmar que la raza humana ha sido espiritual por casi 70,000 años, aún si sólo ha tenido las religiones modernas por unos dos o tres mil años.

Si la espiritualidad es la jornada en que descubrimos el sentido de la vida, las varias religiones del mundo entonces pueden ser análogamente unas rutas en el mapa de esa jornada espiritual en cuestión. Todas ellas nos ayudan en nuestra jornada espiritual.

Los beneficios de las religiones formales son que nos pueden ayudar a identificar nuestra experiencia para poder definirla con palabras y conceptos, y así asistir a otros viajeros que puedan estar necesitando la brújula que les ayude a encontrar su dirección. Las religiones también nos proveen con “lentes” por medio de los cuales vemos el mundo.

Tengo un amigo de la India que pertenece a la religión hindú. Un día me preguntó por qué era yo católico romano, y yo le contesté con otra pregunta: ¿por qué él era hindú? Mi respuesta fue simple: Mis padres me criaron viendo el mundo a través de los “lentes” del catolicismo, y ahora, de adulto, decido continuar mi jornada en la vida, viendo el mundo con esos lentes. Su respuesta fue igualmente simple: Fue criado viendo el mundo a través de los “lentes” del hinduismo, y ahora, de adulto, decide continuar viendo el mundo por esos lentes.

El gran peligro de las religiones formales es que pueden tentarnos a pensar en una forma dicótoma: que el mundo es “nosotros-contra-ellos”.

Mientras que esta mentalidad es aceptada para competencias deportivas como la Copa Mundial, no deberíamos concentrarnos tanto en nuestras diferencias a tal extremo de que nos olvidemos que estamos pateando la pelota en el mismo gran y único juego de la vida. Es decir, es más sano, positivo y fructífero concentrarse y sobre todo, hacer lo bueno que ya nos toca hacer en la vida.

Hay más aspectos que nos unen, que los que nos dividen. El presidente Abraham Lincoln, cuyo rostro vemos diariamente en las monedas de un centavo, estaba muy consciente de este pensamiento. Aun en medio de la guerra civil norteamericana, Lincoln rogó por la unidad. En su segundo discurso inaugural, preguntó cómo ambos, el ejército de la Unión y el de la Confederación podrían rezarle al mismo Dios de la victoria, y cómo podrían estar leyendo la misma biblia para pelear a favor o en contra de la esclavitud. Concluyó diciendo que debemos trabajar para alcanzar una unidad más profunda en nuestro mundo.

Debemos trabajar por la unidad. Eso es lo que pasa cuando veo a cierto hombre musulmán que viene con su esposa católica a misa. Eso es lo que pasa cuando veo en las bancas de la iglesia a una joven pareja tratando de educar a sus hijos con las herencias católicas y metodistas que comparten. Eso es lo que veré cuando vaya a mi pueblo natal este fin de semana a presenciar el matrimonio de mi hermano católico con su prometida sin denominación. Podemos decir que somos como plantas, cada uno de nosotros con diversas raíces religiosas, y por diferentes que parezcamos ser, todos estamos alimentados por las mismas aguas profundas de espiritualidad. Tenemos más cosas en común, que diferencias.

Mirando a mi alrededor, con mi amigo en el mercado de la pulga, lo entendí bien: Podemos ser de diferentes religiones, incluso de diferentes razas y orígenes étnicos, o aun, podemos ver el mundo a través de varios "lentes" y de diferentes perspectivas, pero estamos unidos. Y juntos buscamos el significado y propósito de esta jornada de la vida, reuniéndonos en el mercado de la pulga o cruzando las puertas de la catedral.

El “bien”: Una ventana a lo divino

27 de junio del 2002

Esta semana, nuestra comunidad de fe se recupera del arduo trabajo realizado en la “*jamaica*” anual, evento que realizamos no sólo para recaudar fondos, sino para unir a nuestra comunidad en sano esparcimiento. Venir a disfrutar los antojitos tradicionales, los juegos, y la música en vivo es muy atractivo para miles de personas de todo Austin, especialmente para aquellos que no veo con frecuencia en la iglesia.

En un evento como este, aquellos que no vienen con frecuencia a la iglesia son los primeros en disculparse. Al reconocermé como uno de los sacerdotes de la comunidad, rápidamente buscan dar razón del por qué “no han podido ir a misa” en las últimas dos semanas, dos meses, o dos años. Pero a pesar de sus pretextos, creo saber por qué no vienen a la iglesia.

En la vida, constantemente escogemos entre diversas cosas que parecen “buenas” o que creemos que hacemos “bien”. Piense en algo que haya hecho hoy. ¿Qué hizo, y por qué lo hizo? Sea lo que fuere, lo hizo para una “buena” razón, aun cuando los demás parezcan no estar de acuerdo en que fue “bueno”, e incluso si usted mismo/a piensa después que lo que hizo no fue tan bueno en realidad.

Tomemos un sencillo ejemplo: ¿Por qué está leyendo estas palabras en este momento? Por una u otra razón, usted piensa que es bueno leerlas en este momento, y por eso lo hace. Aun cuando un amigo llega y le dijera que está perdiendo el tiempo, y aun cuando al final de su lectura descubre que no aprendió nada de este artículo o de cualquier otro (¡lo cual espero que no suceda!), usted seguramente estará de acuerdo en que en el momento que lo leía era algo “bueno”.

La vida está llena de decisiones. En cualquier momento o situación nos encontramos haciendo lo que para nosotros parece ser lo más “bueno”, o lo mejor. Simplemente recuerde por qué en su niñez dijo una mentirita a sus padres o a sus amigos. Imagino que lo hizo por la misma razón que yo: ¡Parecía ser “bueno” para evitar problemas o castigos! Fue una pequeña decisión para escoger lo “bueno”.

Por ello, decidir no asistir a los servicios de la iglesia parece ser algo natural, especialmente si percibimos el ir a la iglesia como cualquier otra cosa buena de entre otras aún “mejores”. Pero la gente que no viene a la iglesia, y que si fue a la *jamaica*, carga un enorme sentido de culpabilidad sobre sus hombros. Aparentemente, ellos están eligiendo un bien sobre otro, y sin embargo se sienten culpables. ¿Por qué?

Por siglos hemos heredado la mentalidad del bien contra el mal. En nuestra cultura latina, podemos ver este modelo en las historias de nuestros ancestros. Los aztecas, por ejemplo, contaban historias de Quetzalcóatl, el dios de la creación, y de su antítesis Tezcatlipoca, el dios de la destrucción. Era el bien contra el mal, ambos compitiendo por el honor de ser el sol.

Pero esta leyenda del bien contra el mal es, como decía San Agustín, “siempre antiguo y siempre nuevo”. Surge en nuestras sensibilidades espirituales contemporáneas. Aun hoy, continuamos creyendo que algunas cosas son “buenas” y otras no, que algunas cosas son “santas” y otras no. Un escritor colonial de la cultura norteamericana, John Bunyan, captó este doble mundo, el cual para muchos de nosotros continúa cuando vemos su escrito de “cosas celestiales y cosas terrenales, cosas santas y cosas profanas”.

Me imagino que la mayoría de nosotros seguimos pensando como nuestros ancestros aztecas y como John Bunyan: que la Iglesia es un lugar santo, el resto del mundo no lo es; que un objeto “bendecido” es santo, y uno que no lo está, no lo es; que el clero es santo, son gente santa, el resto del mundo....Creo que hemos captado la idea. Desafortunadamente, esta perspectiva no nos permite reconocer al mundo en su totalidad como una ventana para lo divino, y que toda la gente es santa.

Frecuentemente caemos en la tentación de pensar que aquellos que van a la iglesia regularmente son los más santos, mientras que decidimos que las personas que escogen otros “bienes” no lo son. En lugar de sentir esta gran culpabilidad en nuestra situación para elegir otras cosas buenas, debemos buscar el tener un mejor y más claro entendimiento del por qué elegimos unas cosas en lugar de otras, y de discernir más profundamente cuáles son las mejores y las más “buenas” para nosotros. Esto nos permitirá continuar con nuestras decisiones en la jornada espiritual a la que llamamos la vida.

Es un placer ver a la gente venir a nuestra Jamaica, no por el apoyo económico que dan a nuestra comunidad, sino porque todos son gente santa, cada uno con su única y propia jornada espiritual. Al igual que todos nosotros, del clero a la gente laica, decidimos y elegimos entre las muchas cosas buenas de la vida y luchamos por encontrar a Dios — y una espiritualidad adecuada — en su totalidad.

El poder de una sola (y malinterpretada) palabra

2 de julio del 2002

Contrario a la idea popular de que la mejor pelea de las dos últimas semanas fue el encuentro entre los boxeadores Marco Antonio Barrera y Erik Morales en Las Vegas, en realidad el evento más importante fue la semana pasada cuando cientos de congresistas estuvieron a punto de ponerse los guantes y subir al cuadrilátero para pelear contra un par de jueces californianos, y todo por una sola palabra: "Dios".

Todo empezó cuando un padre de familia ateo de California se preocupó porque a su hija de segundo grado la ley del estado le estaba inculcando obligatoriamente recitar diariamente el juramento a la bandera (the Pledge of Allegiance) de esta nación.¹ Este juramento fue escrita por un hombre del clero en 1892, y en su versión original, no hubiera causado ningún problema. Después de todo, no mencionaba a Dios para nada. Fue en 1954 cuando el presidente Dwight Eisenhower se vio presionado por los líderes religiosos para hacer que el juramento dijera que Estados Unidos es una nación "bajo Dios", frase que distinguiría nuestra promesa de otras similares de los "comunistas ateos".

Los jueces de California escucharon atenta y comprensivamente el dilema de este padre de familia ateo. En su decisión, escribieron, "profesar que somos 'una nación bajo Dios' es lo mismo que...profesar que somos una nación 'bajo Jesús', una nación 'bajo Vishnu', una nación 'bajo Zeus', o una nación 'bajo ningún dios', porque ninguna de estas frases puede ser neutral con respecto a la religión". Claramente, pensaron que esta decisión estaba de acuerdo con la Suprema Corte de Estados Unidos que anteriormente había regulado en varias ocasiones en contra del tiempo de oración en las escuelas públicas y en las graduaciones de preparatoria, así como en los eventos deportivos. Y tal vez los jueces tienen razón. Sin embargo, los congresistas estaban más que listos para brincar al cuadrilátero.

Empezaron peleando verbalmente. Los congresistas calificaron la decisión como "triste", "absurda" y como "simplemente loca". De hecho, el presidente Bush, a través de sus voceros, la calificó como "ridícula". El Senado norteamericano actuó pronto para pasar una resolución unánime

¹ Todos los días en las escuelas, nuestros niños recitan el juramento a la bandera. Colocando la mano derecha sobre su pecho dicen, "Juro lealtad a la bandera de los Estados Unidos de América, y a la República que representa: una nación bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos".

para mantener el juramento a la bandera como está, y juntos recitaron en las puertas del Capitolio el juramento a la bandera, incluyendo la peligrosa palabra “Dios”.

Debemos tener presente que nuestros niños recitan esta Promesa de Lealtad día tras día en las escuelas de Austin, de Texas, y de toda la nación. Por ello, no podemos ignorar el impacto y, sobre todo, la trascendencia que tendrá no sólo en los niños, sino en todas las familias que profesan una religión sea cual fuere. No obstante, la pregunta surge inevitablemente: ¿Realmente entendemos lo que decimos cuando usamos la palabra “Dios” en nuestra conversación cotidiana?

Si realiza usted una encuesta entre sus amistades y les pregunta qué (o quién) es “Dios”, descubrirá que la respuesta depende de las experiencias y vivencias de cada persona. Usando los ejemplos que citaron los jueces californianos, si le pregunta quién es Dios a un joven griego del siglo V a.C., confundido él respondería que existen varios dioses: Si le preguntara a un hindú, él respondería que hay tres dioses principales: Brahma, Vishnu y Shiva. Si le preguntara a Jesús de Nazaret (¿diría él que él era Dios?), él respondería que Dios es nuestro padre celestial. Y si le preguntara a un ateo de nuestro tiempo, tal vez se encontraría con una inflexible y determinante negación de que existe tal cosa como Dios.

Sea lo que sea “Dios” para usted, la palabra existe, aun cuando a primera vista no nos diga mucho sobre su significado. Mientras que la palabra parece funcionar como un nombre propio, sin títulos, en cuanto se nos presenta nos deja en blanco; no sabemos qué es. La razón de esto es porque no experimentamos lo divino (invisible e intangible) de la misma forma que experimentamos lo visible y tangible del mundo. Es difícil escoger las palabras para describir nuestra experiencia sobre estos dos aspectos tan opuestos de nuestra vida. La realidad hacia la que se dirige el concepto de “Dios” se encamina a un misterio que se disfraza con diversas máscaras dependiendo del tiempo y del lugar. Es como el horizonte al que parece que nunca llegaremos en el sendero de nuestra vida. Y en el momento en el que pensamos que hemos capturado totalmente la realidad, abrimos las manos y descubrimos que Dios no está ahí.

Tratamos de identificar nuestra experiencia de lo divino, y aparentemente lo logramos con éxito en nuestra Promesa de Lealtad, diciendo que nuestra nación está “bajo Dios”. Pero, la frase “bajo Dios” ¿no dice más sobre nuestra unión nacional que sobre la realidad de lo que podríamos llamar “Dios”? ¿Por qué tenemos que incluir la palabra “Dios” en nuestra Promesa de Lealtad y arriesgarnos a ofender a nuestros hermanos y hermanas de diversas ideologías y/o tradiciones

espirituales? ¿Por qué no podemos identificar la palabra “Dios” como un señalamiento en la jornada de la vida que nos dirige hacia otra realidad que es el misterio de la vida y del mismo ser humano como tal?

“Dios” ha tenido un lugar privilegiado en la historia de Estados Unidos, desde el “Gran Autor” y el “Gran Gobernador del Universo” de George Washington, hasta la “Divina Providencia” y el “Sabio y Amoroso Creador” de George Bush. Es claro que a lo largo de la historia de nuestra nación, hemos buscado encontrar un lugar para nuestra experiencia de lo divino.

Por eso, tal vez no nos deberíamos de preocupar por borrar las palabras “In God We Trust” (“en Dios confiamos”) de todas nuestras monedas y billetes. Tal vez jurando en una corte “para que Dios me ayude a decir toda la verdad” no es del todo detestable. Y tal vez esté bien entonar patrióticamente canciones como “God Bless America” (Dios bendiga a América) en semanas como ésta en la que celebramos la independencia de nuestra nación. De hecho, en lugar de ponernos los guantes de boxeo y brincar agresivamente al cuadrilátero arrastrados por el poder de una sola palabra tan frecuentemente malinterpretada, ¿por qué no podemos dar un paso que hoy en día es necesario: sentarnos juntos a la mesa, compartir una cena, y platicar sobre ello?

El agua que cae fuera del vaso

11 de julio del 2002

Cada organismo, cada ser viviente tiene necesidades que debe cubrir para poder sobrevivir y florecer. Por ejemplo, siendo el cuerpo humano 60% agua, cada persona necesita del agua, y no puede vivir más que algunos días sin proveer a su cuerpo de este líquido vital. De la misma forma, el ser humano nace con un espíritu trascendente, y se encuentra con la necesidad de ir más allá de sí mismo, es decir, de explorar el mundo, de preguntar, de encontrar el significado de las cosas, y de poner juntas las piezas del rompecabezas de la vida.

Dado que el espíritu humano se extiende en todas direcciones, el ser humano tiene una profunda necesidad de tener y sentir en sus manos ese espíritu para entenderlo e incluso para dominarlo y disciplinarlo bajo ciertas estructuras. Es por eso que surge el nacimiento de la religión formal.

Las religiones son los vasos que creamos para que almacenen las aguas del espíritu humano. Es decir, adoptar una religión y vivirla con una fe bien cimentada les da forma a nuestros cuestionamientos y a nuestra jornada de búsqueda sobre el por qué y para qué somos. La religión intenta además mantener el agua de vida, la cual puede saciar nuestra sed espiritual.

En esto se apoya la belleza de la religión, porque mantiene y captura el espíritu humano. Incluso la palabra “religión” lo sugiere. Religión (del latín *re-ligio*) nos liga de nuevo con nuestro Dios o con lo que pueda saciar nuestra sed humana espiritual. Al igual que los ligamentos de nuestro cuerpo humano, los cuales conectan a los huesos entre sí y le da su estructura al cuerpo, la religión presenta cierta estructura en los cuestionamientos espirituales de nuestro tiempo.

Un vaso con agua puede servir bien para explicar una analogía sobre la relación entre la religión y el espíritu humano. Al igual que el agua, el espíritu humano no es una creación humana. Surgió de entre los campos de la naturaleza humana, miles de años antes de recibir una forma más definida en el vaso de la religión. Desafortunadamente, las personas humanas tendemos a enfocarnos únicamente en el vaso (en su forma, tamaño, material o belleza), mientras que pasamos por alto el impresionante misterio del agua de vida que éste contiene.

El próximo mes, me reuniré con 20.000 peregrinos que viajarán a mi pueblo natal para la celebración católica romana de la Asunción de María: Mucha gente de muchas razas e idiomas se congregará en la Basílica de la Virgen del Consuelo para una celebración religiosa que

llenará sus vidas de significado. Toda esta gente irá a expresar su devoción a María. Expresarán su agradecimiento por las respuestas a sus oraciones, y pedirán su intercesión.

Como sacerdote franciscano, estaré presente para servirles ministerialmente: celebrando misa, ofreciendo reconciliación, orando por sus necesidades, y sobre todo, estaré ahí para ellos. Nosotros, los frailes franciscanos, ofrecemos orar con estos peregrinos por sus necesidades, y personalmente siempre empiezo preguntándole a la persona si tiene alguna necesidad en particular por la que le gustaría que rezara. No dudo que muchos de ellos, como en el pasado, dirán: “Padre, por favor rece por mi hijo/a que se ha alejado de la Iglesia”.

Es, sin duda, desilusionante para muchos padres el ver a sus hijos abandonar su fe tradicional, o la práctica de la religión en la que fueron educados. Sin embargo, esta experiencia tan humana tiene mucho que ver con nuestra analogía del vaso con agua.

Aquellos que nos criaron — nuestros padres, abuelos, maestros, etc. — nos dan en ese proceso de crecimiento unos “lentes” que nos permiten tener una visión determinada sobre el mundo que vemos. Al compartir sus experiencias y perspectivas de la vida, le van dando forma a nuestras vidas. Tomando esto como base, vamos formando las estructuras mediante las cuales experimentamos el mundo.

Para continuar con nuestra analogía, podemos decir que son ellos quienes también nos dan el “vaso” que llenamos con nuestra joven búsqueda espiritual, son ellos quienes nos dan la “jarra” que esperan dé forma y sacie la sed de nuestro espíritu. Y por ello, como padres o miembros adultos de la comunidad, es gratificante ver cuando los “vasos” de nuestros hijos son tan parecidos a los nuestros. ¿Acaso no es esto lo que esperamos de ellos?

Así como es natural para nosotros recibir estas estructuras y estas formas de ver desde nuestra niñez, también es natural para nosotros preguntar sobre nuevas inquietudes en la adolescencia y juventud. Es totalmente natural para alguien que analiza su religión o fe, la forma de ser de sus padres, para evaluarlos a la luz de otras perspectivas o fuentes de información. Esto no significa que no tengan fe, que disminuya, o que la vayan a perder. Tampoco que vayan a dejar de querer y respetar a sus padres. La verdadera razón es que desean explorar y llegar a un conocimiento más profundo, que lejos de crear una separación, refuerce las raíces existentes. No obstante, esto puede ser terriblemente desilusionante para los padres que contemplan la escena de que el agua del espíritu humano de sus hijos ya no cabe en ese vaso, y tratan de limpiar rápidamente lo que se va escurriendo en el mantel de la vida.

El agua que cae sobre la mesa no deja de ser agua, aunque sea de otra forma. Es por eso que existen las religiones del mundo, para responder a la necesidad de rescatar el agua del espíritu humano, darle forma y ayudarnos a entenderla mejor, aun cuando las aguas del espíritu humano se esparzan y se multipliquen derramándose en diferentes vasos, que hoy vemos reflejados en la gran diversidad de religiones en el mundo.

Cosas que el dinero no puede comprar

25 de julio del 2002

Otro periódico local recientemente reportó que aproximadamente la mitad de los 30.000 trabajadores de la construcción en Austin son indocumentados. No me puedo imaginar que estas 15.000 personas disfruten mucho el arduo y exhaustivo trabajo de construcción. Tampoco creo que disfruten estar lejos de sus familias y amigos en México o en otros lugares.

Todos los domingos hasta 13 paleteros se alinean en la acera de afuera de nuestra iglesia, compitiendo por atraer clientela al final de las misas. Me imagino que no es muy agradable para nadie caminar por las calles de todo Austin bajo el ardiente sol de verano en espera de poder vender helados y paletas. Como tampoco ha de ser nada agradable ser el blanco de aquellos que, en algunos casos, han intentado robarles, no sólo el dinero sino también las paletas y los helados.

¿Por qué entonces los paleteros y los trabajadores de construcción hacen lo que hacen en Austin? Me imagino que es por la misma razón que muchos de nosotros hacemos lo que hacemos día con día: por dinero. El dinero es lo que llena nuestra economía. Materializa nuestros sueños, y nos motiva a arriesgar la vida en tierras extranjeras. Nos mantiene “ocupados”, o al menos así es en esta nación, mucho tiempo después de que desearíamos volver a casa.

El dinero. Mientras escribo este artículo sentado en mi taquería favorita, le pregunto a la cajera su opinión sobre el dinero. Ella es, después de todo, quien recibe mi dinero a cambio de algunos tacos y una horchata. Simplemente responde, “el dinero es básico”.

Tiene razón. El dinero es básico. Es una “unidad” básica de intercambio. Podemos estar de acuerdo en que tiene un valor, aun cuando no estemos de acuerdo en el valor de las cosas que podemos comprar con él. ¡Y es ciertamente más fácil intercambiar algunos dólares por dos tacos que lidiar con pollos o vacas!

El dinero parece ser universal. Casi todas las culturas realizan intercambios con dinero. Y casi todas las culturas tienen sus propios mitos sobre el dinero. Un proverbio chino dice que el dinero mueve a los dioses, y los coreanos dicen que el dinero puede incluso poner a los dioses a trabajar por usted. Los griegos, por su parte, tienen el dicho, “con dinero, el burro se ordenó como sacerdote” (aunque casi todos los burros niegan que dieron dinero para poderse ordenar). El mensaje: El dinero puede darle lo que sea. Otras culturas también han creado frases sobre el dinero. Los mexicanos dicen, “con dinero baila el perro”. Los alemanes

dicen, “mucho dinero, muchos amigos”. Los norteamericanos dicen, “dinero es poder”. Sin embargo, un proverbio holandés es aún más áspero con lo que proclama, “el dinero manda en el mundo”.

¿Oye usted mensajes que frecuentemente usan tales palabras? Yo también me quedo pensando en esas palabras, y en las del comercial popular de una tarjeta de crédito que dice, “hay algunas cosas que el dinero no puede comprar”. Hay algunas cosas en la vida que no pueden comprarse, cosas que no se les puede dar un valor monetario.

Siglos antes de crear su proverbio, “él que tiene dinero tiene al mundo”, el pueblo judío contó la historia de sus ancestros que recibieron de su dios, Yahvé, un regalo llamado maná. Literalmente la palabra “maná” (del hebreo *man-hu*) significa “¿qué es?”. No se le podía asignar ningún valor al maná — ¡de hecho, la gente ni siquiera lo podía medir! De acuerdo con la historia en la torá hebrea, algunos tenían más maná que otros, pero cuando trataron de calcular la cantidad, “él que había reunido una gran cantidad no tenía mucho, y el que había reunido una pequeña cantidad tenía suficiente”. Cuenta la historia que este maná era algo que no podían guardar en el banco o enviarlo a sus familias. En muchas formas, este maná era como muchos regalos que hoy en día seguimos compartiendo.

El verdadero valor de cualquier regalo radica en la relación que con él se expresa. El regalo del maná habla de la relación del antiguo pueblo judío con su dios. Más de tres mil años después, nuestros regalos siguen hablando del valor que es difícil ver, pero que no tiene nada que ver con dinero. Una docena de rosas para un ser amado, por ejemplo, que equivale a más de \$70, es un símbolo que usamos para expresar nuestro amor y el valor que ese ser amado tiene para nosotros. Este símbolo nos une en un lazo especial y proclama abierta y expresamente nuestra relación.

Es como la historia de los dos agentes secretos en México. A pesar de que nunca se conocieron, a ambos se les dio la mitad del trofeo de 20.000 pesos. Sabemos bien que la mitad del trofeo de 20.000 pesos no es igual a 10.000. De hecho, en términos de dinero, la mitad del trofeo no tiene valor. Pero, de acuerdo a la historia, el valor radicaba en el hecho de que relacionaba a los dos agentes y les permitía ver su relación proyectada en un trofeo.

Si como esos agentes podemos usar el dinero para relacionarnos unos con otros, y para revelar el misterio del valor de las relaciones que tenemos con los demás, entonces ese dinero tiene un doble valor al ser usado adecuadamente: Piense en esto la próxima vez que pague con un billete de un dólar a un paletero. ¿Qué es realmente más importante para él: los 45 centavos que tendrá de ganancia o la sonrisa que usted le da

cuando le dice que aprecia su trabajo y que en verdad se le valora? Recientemente pasé una hora fuera de la iglesia hablando con un joven palettero de Monterrey sobre su esposa y su hija, sobre las cosas en la vida que él aprecia. Nuestra conversación para mí fue invaluable, y me imagino que para él tuvo más valor que un carrito lleno de paletas. De hecho, hay algunas cosas en la vida que el dinero no puede comprar.

El dinero es básico. Todos lo necesitamos para sobrevivir. Trabajamos mucho y muy arduo para darle a nuestras familias una vida mejor. Pero seamos como la sabia mujer que una mañana escuchó de su esposo las palabras, "Cariño, un día seremos ricos". Ella respondió, "Cariño, somos ricos. Un día, tal vez, tendremos dinero".

Ejemplos y espejos

1 de agosto del 2002

Tan pronto como bajé del avión el domingo, supe que había escogido un mal día para viajar al Distrito Federal. Todavía faltaban cuatro días para la celebración, y las multitudes empezaban a llegar. La anticipación en esta semana se sintió muy pesada en el aire; parecía que toda la nación se estaba preparando para celebrar a dos de nuestros héroes nacionales: Juan Pablo II, el líder espiritual de los católicos romanos mexicanos, y Juan Diego Cuauhtlatoatzin, el indio del siglo XVI que pronto sería elevado a los altares de la Iglesia.

El príncipe y el mendigo son dos héroes en un mundo donde nosotros, la gente "ordinaria", nos vemos inspirados y desafiados por el ejemplo de personas que han alcanzado metas extraordinarias. Todos los días surgen héroes de las páginas de los periódicos y de las revistas, de los televisores y del cine. Llegan hasta nosotros del mundo de la política y de las noticias locales, del mundo de los deportes y de las telenovelas.

Para los viajeros de las tradiciones del mundo espiritual, surgen otros héroes. En las culturas antiguas, por ejemplo, los héroes eran los dioses y los humanos de fuerza, virtud, o habilidad extraordinaria. Para los pueblos de las primeras religiones monoteístas, los héroes eran los justos, las personas anónimas cuya virtud y fe salvaban al mundo de su propia destrucción. Y para el billón de seguidores del actual obispo de Roma, el papa, nuestros héroes incluyen a los santos, como San Juan Diego Cuauhtlatoatzin.

Más allá de la "santidad", los santos han sido elevados por nosotros al nivel de héroes, inspirándonos y desafiándonos para trascender de la ordinaria vida humana, impulsándonos a actuar y a tomar nuevas actitudes. O, cuando menos, tienen ese potencial de motivación.

Sin embargo, frecuentemente los modelos y guías de la vida espiritual son reducidos a tan solo nombres o enseñanzas, imágenes grabadas en mármol o trazadas en vitrales. Por ejemplo, hoy anuncio que la iglesia romana celebra a Santa Cunegunda, y me encuentro con rostros interrogantes que parecen decir, "¿y qué?"

Y tienen razón: ¿y qué? Para ellos, Santa Cunegunda no es nada más que un nombre. De la misma forma, para mí los nombres de muchos héroes deportivos y de estrellas de rock son solamente nombres. Sus nombres sólo me dejan con la pregunta de qué relevancia tiene esta gente en mi vida, y por qué han sido elevados en los altares de algunas personas. Corriendo el riesgo de mostrar mi ignorancia en el mundo de

los deportes, yo digo que Luis “el Matador” Hernández es el mejor goleador de México. ¿Y qué?

Hace algunos años, cuando estudiaba la predicación en el seminario, se me pidió que preparara un sermón para la fiesta de Santa Rosa de Lima. “¿Quién es ella?” pregunté, sin saber nada de ella, excepto que es una santa, una de las “heroínas” de la iglesia. Empecé a prepararme con la ayuda de un libro sobre los santos, y descubrí que Rosa fue la primera santa canonizada del Nuevo Mundo, la santa patrona del Perú y de Centro y Sudamérica. ¿Y qué?

Una hermosa joven mujer cuyos padres intentaron casarla con un millonario, Rosa prometió su virginidad a Dios, y ahora la historia se torna interesante, ¿verdad? Un joven le dijo que sus manos eran hermosas, y ella, rechazando todo motivo de vanidad, sumergió las manos en ácido, y ni siquiera podía vestirse por un mes por si sola. Para ahuyentar a otros pretendientes, Rosa frotó y frotó su cara con cal y pimienta hasta que le salieron ampulas en todo el rostro. Amigo lector, estoy seguro que siente tantas ganas, como yo, de preguntarle: “¿Rosa, no te parece que estas exagerando un poco?” Pero no se sorprenda, porque esto no es todo. Se cuenta también que ofrecía penitencias como dormir en una cama de vidrios rotos y ponerse una corona de 99 picos de metal. Usted se preguntará cómo es posible que la iglesia romana considere a Rosa como una heroína.

Debajo de todas esas historias (y de su posible sicopatología), yace la historia de una joven mujer cuyo trabajo de piedad hacia los esclavos, indios y los pobres la llevó a estar en los libros de los santos de la iglesia. ¡Rosa fue una mujer de heroica misericordia!

Todos tenemos héroes. Lo que es importante y, de hecho, nuestra primera responsabilidad es conocer verdaderamente las historias de nuestros héroes. ¿Por qué son héroes? ¿Qué los hace diferentes, si son gente como nosotros? ¿Cómo es su historia, y cómo es que nuestra historia se relaciona con la de ellos?

Nuestros héroes son para nosotros ejemplos y espejos. Nos sentimos atraídos a imitar su modelo. Ellos reflejan valores que deseamos adoptar. Y vemos un poco de nosotros en ellos. Los respetamos, los veneramos, y a veces los imitamos.

Pero, ¿es necesario desfigurarnos y castigarnos físicamente para crecer en “santidad” como nuestra heroína, Rosa, lo hizo? No. Una vez que conozcamos las historias de nuestros héroes, desapareceremos el mito y saldrá a la luz la verdadera persona humana con quien sí nos podemos relacionar y compartir nuestra humanidad. Debemos hacer buenas preguntas sobre los valores y virtudes que esos héroes representan para el mundo. Existen héroes potenciales que nos confrontan por todas

partes, buscando entrar en nuestras vidas mediante la política y la cultura popular, los deportes y la religión. Pero recuerde que antes de sumergir las manos en el “ácido” de la riqueza y de la prosperidad, y antes de desfigurar nuestras vidas con ilusiones de fama y estrellato, debemos preguntar las virtudes y los valores que nuestros héroes nos ofrecen.

Observando las masas de gente en el Distrito Federal para la celebración de esta semana de esos dos héroes, nos lleva a una conclusión: Es bueno tener héroes. Todos los tenemos. De hecho, los necesitamos. Y es justamente por eso que tienen el poder de influenciar nuestras actitudes y acciones para afectar la forma en que vemos al mundo y la forma en que respondemos. Debemos tener presente que esos héroes son ejemplos y espejos de virtud (o vicio), y proyectan varios valores a nosotros y a todo el mundo.

Sospecho que muchos de nuestros héroes son como Santa Rosa de Lima: Son seres humanos con varias “virtudes” para imitar, en el buen sentido de la palabra. Por eso, en lugar de acostarnos en una “cama de vidrio”, veamos cómo podemos llegar a esos “esclavos”, “indios”, y “pobres” en nuestra sociedad. Al hacerlo, inspiramos y desafiamos a otros a seguir nuestro modelo, y los motivamos a que aspiren a convertirse en héroes de nuestro tiempo. Mire a su alrededor y descubrirá que usted es un modelo y un héroe para otros. ¡Decídase a vivir heroicamente!

Actualmente el Padre Jayme se encuentra en México para presenciar la canonización de San Juan Diego. Está pendiente para el artículo sobre esta celebración del nuevo santo del pueblo mexicano que se publicara en la próxima edición de El Mundo Newspaper.

Las mil caras de Juan Diego

8 de agosto del 2002

A principios de esta semana, una de mis “comadres” aquí en Austin comentó sobre la belleza de la canonización de Juan Diego. Con tristeza en su voz, se preguntó por qué en la imagen del santo que fue usada en la celebración se veía más europeo que indígena. “Se parecía más a Cristóbal Colón que a Juan Diego”, dijo. Y tal vez tiene razón.

De acuerdo con el reporte de *El Mundo Newspaper* de la semana pasada, parece que el papa canonizó a un Juan Diego “de piel clara”. Pero ya que el periódico se imprimiría a tan sólo unas horas después de la canonización, no había oportunidad de contestar la pregunta que todos tenían en mente: ¿Por qué? ¿Por qué el vaticano canonizaría esta imagen del santo? Y la pregunta en sí nos lleva a muchas otras preguntas: ¿Quién era Juan Diego? ¿Cómo era en realidad? ¿Por qué hay quienes cuestionan su existencia? Y, ¿por qué lo canoniza la iglesia en realidad?

De acuerdo con las historias existentes, Juan Diego era un santo a quien María, la Virgen de Guadalupe, se le apareció en el monte del Tepeyac en 1531. En una serie de apariciones, la Virgen le pidió a Juan Diego que fuera con el obispo de México, y le pidiera que construyera un templo en el Tepeyac en honor a María, la Madre de Dios, quien ahora se aparecía al pueblo indígena como la Virgen de Guadalupe. No fue una tarea fácil. Finalmente, cuando lo recibió el obispo, según la historia, éste le pidió una señal celestial que confirmara este deseo. El 12 de diciembre a este hombre indígena, Juan Diego, se le dio lo que él creyó sería la señal que se le pedía: rosas de Castilla floreciendo en diciembre, mismas que llevaría ante la presencia del obispo. Recibido por el obispo una vez más, Juan Diego extendió su tilma para revelar no sólo las rosas, sino también la imagen de la Virgen de Guadalupe que quedaba grabada en sus ropas.

¿Cómo era en realidad Juan Diego?

La gente del siglo XVI tendría que esperar dos siglos más para la invención de la cámara fotográfica. Por ello, no hay fotos de Juan Diego. Únicamente contamos con las diversas versiones artísticas del santo a través de los siglos. La imagen “oficial” del santo, la que mi comadre acusa de ser europea, tiene el lema de autenticidad impreso. Sobre la imagen, el autor escribió, “verdadero retrato del siervo de Dios, Juan Diego”. Por eso, ése es el verdadero retrato de Juan Diego, ¿verdad?

Desafortunadamente, como señaló el ex-presidente de los EE.UU., Bill Clinton, en la última elección presidencial, uno puede agarrar a un

puerco y nombrarlo Tía Bety, pero eso no significa que el puerco sea nuestra tía.

En el caso de la ahora canonizada imagen del santo, uno debe preguntarse si es en verdad el “verdadero retrato” de Juan Diego, o si es un puerquito con el nombre de él.

El “verdadero retrato” de Juan Diego fue pintado en el siglo XVIII, más de 200 años después de que se dijo que había vivido. Esto significa que la imagen está basada en la interpretación del artista y en lo que él/ella leyó en las historias de Juan Diego. Uno podría argumentar que la imagen probablemente dice más sobre el artista que sobre el mismo santo en cuestión.

Cada artista que expresa su imagen personal sobre un santo creará a un Juan Diego diferente. ¡Imagínese, por ejemplo, un crayón llevado por la mano de un niño de cinco años dibujando al santo! Ciertamente la imagen hablará mucho sobre el niño, y de su habilidad artística. ¿Pero que no diría del santo? Nunca tendremos una fotografía de Juan Diego. Nunca sabremos cómo era en realidad. Siempre lo veremos a través de los lentes de nuestra propia cultura y experiencia.

¿Realmente existió?

Sólo porque llamas Tía Bety a un puerquito no significa que sea en verdad tu tía. Y sólo porque dices que el chupacabras o Santa Claus existen, significa en verdad que existen. Un ex abad de la Basílica de la Virgen de Guadalupe, por ejemplo, fue uno de los cuatro sacerdotes mexicanos que recientemente escribió al vaticano, pidiendo que se retrasara la canonización de Juan Diego. Este sacerdote dijo que la iglesia podría verse afectada por un juicio “prematureo” respecto a Juan Diego. Y señaló otras decisiones prematuras que la iglesia ha hecho en la canonización de santos, como en la proclamación de San Cristóbal y Santa Catalina de Alexandria, santos sin prueba de que siquiera hubieran existido, y que en años recientes la iglesia removió de sus listas oficiales.

Un sacerdote norteamericano altamente respetado, George Tavard, también expresa su preocupación sobre la pronta canonización. Personalmente tiene dos dificultades con la historia de Juan Diego. Primero, a pesar de que el obispo Zumárraga de México, uno de los caracteres principales de la historia de Juan Diego, escribió mucho, sin embargo no existe mención alguna en sus obras de la Virgen de Guadalupe o de Juan Diego. En segundo lugar, la primera leyenda que tenemos sobre Juan Diego fue escrita en 1648, o sea 117 años después de que los supuestos eventos ocurrieron.

El proceso de investigar el potencial de un santo para su canonización es un poco como armar un rompecabezas. Y cada persona debe armar

ese rompecabezas y unirlo a su propia experiencia religiosa. Como nuestros ancestros aztecas, a quienes los invasores cristianos les dijeron que sus dioses eran falsos, cada persona debe decidir a qué dios (o dioses) le pondrá un altar.

¿Por qué canonizarlo?

En realidad, Juan Diego fue canonizado hace siglos. Fue un héroe, un santo para millones de personas en los últimos cinco siglos. Fue canonizado en los corazones de los fieles por el hecho de que fue escogido para ser el humilde mensajero de la Virgen de Guadalupe. La decisión de la jerarquía de la iglesia romana para canonizarlo formalmente simplemente significa que la iglesia le da su “sello de aprobación” a la creencia de la gente, el *fides populi* como lo llama la iglesia. Es una forma de decir que la creencia del pueblo es de hecho la creencia de la iglesia.

Tal vez sería difícil articular por qué exactamente Juan Diego es canonizado, pero así es, él ha estado por siglos en los corazones de millones de personas. Juan Diego es un símbolo en el mundo religioso mestizo. Es el protagonista de la cristiandad mestiza. Con esta experiencia en el Tepeyac, nació una nueva expresión de la fe cristiana en América, y la fe cristiana, a través de la iglesia de Roma, ahora proclama su lugar entre los testigos fieles que han buscado entender más claramente su rol y el significado espiritual de la jornada de la vida.

Atentos a las señales del camino

15 de agosto del 2002

La semana pasada un joven me platicó que se encontraba en un predicamento: Su compañero de trabajo estaba tratando de convencerlo en cambiar de religión porque la gente de la iglesia romana aparentemente “alaba imágenes”. Por eso, su pregunta era básicamente “¿la gente de mi religión en verdad ‘alaba imágenes’?” Y, si es así, ¿no se considera esto como idolatría?

Muchos de los buscadores espirituales en la vida están familiarizados con imágenes religiosas: de la popular estrella de David en el judaísmo, hasta cruces y lunas crecientes en el cristianismo y el islam. A pesar de que muchas tradiciones religiosas intentan expresar lo inexpresable a través del arte, ninguna tradición religiosa sugiere ni invita a la alabanza de algún símbolo, sobre la realidad. Y por ello, la pregunta del joven era en realidad sobre la naturaleza de los símbolos en nuestro mundo.

Vivimos en un mundo rico en símbolos. Todo lo que hacemos es simbólico. Todo lo que decimos es simbólico. Todo lo que creamos es simbólico. Por eso, la pregunta que primero debemos responder es ¿qué es un símbolo?

Los antiguos griegos tenían una palabra para la coyuntura del codo. Lo llamaban el *simbolón*. El *simbolón* conectaba el brazo bajo con el brazo alto. El *simbolón* era más que una parte del brazo; expresaba la relación entre las dos partes.

Los símbolos también nos sirven como coyunturas, conectándonos con otras realidades. Todo lo que el ser humano crea es un símbolo: Nos conecta con otra realidad dentro o fuera del ser humano. Un foco, por ejemplo, es un símbolo del deseo humano por la luz en las tinieblas de la oscuridad. El cuchillo y el tenedor son símbolos del deseo humano de comer sin ensuciarse las manos. Los anillos de matrimonio son un símbolo de un compromiso hacia otra persona. Y el número de credos, religiosos y de creencias son símbolos del deseo humano de expresar con palabras lo inexpresable.

Al mirar a mi alrededor en mi oficina, veo un mar de símbolos. Tengo, por ejemplo, una fotografía de mis padres en mi escritorio. Sin embargo, no alabo a mis padres. Su fotografía simplemente es un símbolo de nuestra relación. El propósito de este símbolo es hacerme recordarlos al ver la fotografía. Y al hacerlo nos conecta, nos hace vivir la relación que tenemos.

También tengo varias imágenes de santos de la tradición cristiana. Pero, así como no alabo a mis padres, tampoco “alabo” a los santos. Al

igual que la foto de mis padres, las imágenes son simplemente “fotos”, símbolos que me conectan con esos hombres y mujeres que compartieron la misma fe que yo, pero que ya se han ido, gente que por su fe y ejemplo destacan y hoy me invitan a imitarlos o a invocarlos.

Probablemente los señalamientos de tránsito son el mejor ejemplo que tenemos referente a símbolos usados en nuestra vida diaria. No se ponen señales de tránsito donde a uno le plazca. Cada uno de esos señalamientos están puestos estratégicamente como símbolos que nos conectan con otras realidades. La señal de “alto” nos dice que estamos llegando a una intersección y que debemos tener cuidado, ya que pueden aproximarse otros autos a la misma intersección. La señal de “zona de construcción” me indica que debo manejar cuidadosamente porque puede haber gente trabajando en el camino más adelante. Y hay muchos otros que nos advierten que hay curvas peligrosas en el camino, o que no debemos exceder cierto límite de velocidad por nuestra propia seguridad y la de los demás.

¿Pero qué tienen en común estos señalamientos de tránsito? Primeramente que todos, son solamente símbolos. Todos nos dirigen y nos conectan con otras realidades que con seguridad encontraremos en el camino.

Esta semana escribo desde los campos de maíz de Ohio. Aquí, una persona puede ver campos de maíz por millas y en todas direcciones. Y yo le pregunto, ¿qué es más importante: que una persona se detenga en cada señalamiento de “alto” aun cuando vea que no hay tráfico a la vista en varias millas, o que la persona esté alerta al hecho de que se está aproximando a una intersección que puede tener tráfico circulando? Me hace reflexionar sobre una antigua distinción cristiana: El espíritu de la ley (de que manejemos con precaución) es más importante que lo que dicta la ley (es decir, que debemos detenernos totalmente en cada señalamiento de “alto”). Si nos concentramos en la palabra de la ley, es decir, si nos enfocamos en el símbolo en sí, nos perderemos el verdadero significado del símbolo.

Fallar para triunfar

22 de agosto del 2002

La semana pasada estuve en mi pueblo natal, en donde miles de peregrinos se reunieron para celebrar la fiesta católica romana de la Asunción de María. Se reunieron gente que habla inglés, español, italiano, árabe, y un sinnúmero de idiomas para celebrar lo que todos tenemos en común: nuestra fe católica. Viviendo también mi jornada de fe como sacerdote católico, disfruté mucho el asistir a este evento: la celebración de una misa nocturna a la luz de un mar de velas, y dando la bienvenida a una gran multitud que empezó buscando el sacramento católico de la reconciliación, también llamado “confesión”.

Para aquellos que viajan por los caminos de la vida espiritual, el sacramento de la reconciliación es bueno porque nos ayuda a hacer una pausa en el camino, a detenernos y mirar hacia atrás para ver con una perspectiva diferente la forma en que hemos andado nuestra jornada de la vida. Nos permite ver en dónde estamos, cómo hemos llegado hasta ese punto, y ver si vamos en la dirección correcta. Desafortunadamente, muchas personas simplemente buscan este sacramento como una oportunidad de “confesión”, como una oportunidad para simplemente aceptar errores o “pecados” del pasado sin muchos deseos de corregir la dirección errónea por la que ya van.

El hecho es que todos caemos en algún o algunos puntos de la jornada de la vida. Todos cometemos errores. Todos tomamos decisiones que en ocasiones nos llevan por desviaciones que a final de cuentas hacen el camino más largo y difícil. Sin embargo, existe una verdad aún más profunda: Una vez que caemos, hemos caído.

Como raza humana, todavía no hemos descubierto como volver al pasado, lo cual significa que sólo podemos marchar en una dirección: hacia adelante. Una vez que hemos hecho algo, ya está hecho. Es todo, no podemos borrarlo. No podemos cambiar el hecho de que ya lo hicimos. Nuestra jornada de la vida es como ir escribiendo un libro con tinta que no se borra, y cada cosa que hacemos la vamos escribiendo en él. Sólo podemos hacer una pausa en el camino para leer lo que hemos hecho, aprender y seguir adelante.

Ése es justamente uno de los grandes desafíos de la vida: aprender de nuestros errores para poder crecer. Y ya que todos cometemos errores, podemos decir que el verdadero factor que nos distingue como seres humanos es la forma en que vemos y respondemos a nuestras fallas. Existen muchas formas de “ganar” el juego de la vida, pero el único

camino para perder es el no ser capaces de ver que estamos cometiendo un error, y el no poder resolverlo o lidiar con él.

No hay éxito en la vida que no vaya acompañado por una pequeña falla. Y aquellas personas a las que más admiramos han tenido que enfrentar grandes obstáculos para lograr grandes metas. El éxito es una jornada, no un evento. Por eso, debemos tener una visión más amplia en mente. Es decir, debemos ver todo el camino que recorreremos y observar que nuestras fallas entran en esa amplia perspectiva. Y después volver al camino y seguir andando.

Las pequeñas fallas y las caídas que tenemos en la vida no son nuestros enemigos. De hecho, cada error es simplemente una lección de la cual aprendemos o una lección que se repite hasta que aprendemos. Esa fue la lección de Thomas Edison, uno de los inventores más grandes del siglo XX quien inventó el foco de luz eléctrica. Para lograrlo, falló miles de veces al intentar inventar un bulbo, pero también vio en cada una de sus fallas una oportunidad para aprender sobre lo que no tenía que volver a hacer. Thomas Edison incluso proclamó que la mayor parte de la gente que se rinde y que se considera a sí mismo como un fracasado no saben que tan cerca estuvieron de lograr el éxito. Al igual que Edison, debemos tratar y tratar, y volver a tratar en la vida, cometiendo errores, pero al mismo tiempo aprendiendo de ellos.

Todos cometeremos errores. En la jornada de la vida la pregunta no es si tendremos problemas o si cometeremos errores. La pregunta es ¿cómo vamos a enfrentar los obstáculos de la vida? ¿Cómo reaccionaremos y responderemos cuando caigamos o fallemos? ¿Nos levantaremos o seguiremos fallando? ¡Haremos un esfuerzo mayor por pararnos con los pies firmes en la tierra, dispuestos a seguir andando!

La soledad: Visítela, pero no viva con ella

29 de agosto del 2002

El fin de semana pasado se realizó un retiro juvenil a las afueras de Austin. Para mí, esta fue una oportunidad no sólo de convivencia con los jóvenes, sino también de aprendizaje y reflexión sobre uno de los aspectos de la vida que nos lleva a hacer grandes cosas, o por el contrario a vivir grandes derrotas. Y usted se preguntará, ¿cómo es posible que exista algo que nos haga triunfar o nos haga perder de esa forma en la vida? Pues la respuesta surgió durante este fin de semana de retiro con los jóvenes en el que el tema central fue la soledad.

Durante un ejercicio realizado, les pedí que cada uno capturara su experiencia de la soledad en arte: Sus dibujos metafóricos incluían lugares a los que sueñan trasladarse cuando se sienten solos. Uno de ellos eligió dibujarse a sí mismo en una isla desierta: Se veía a sí mismo sentado sobre la arena, bajo la sombra de una palmera, en una pequeña isla en medio del inmenso océano; no muy lejos de ahí se veía un tiburón rondándole, y éste representaba la dificultad de escapar de una isla solitaria a la que uno mismo voluntaria o involuntariamente había llegado. El último detalle del dibujo era un pensamiento del joven encapsulado en una soñadora burbuja de nostalgia: el deseo de estar con su familia y amigos.

Aunque nacimos solos, y morimos solos, tenemos que enfrentarnos al reto de convivir con los demás y de construir relaciones. Este sentimiento es una experiencia humana inevitable. La Madre Teresa de Calcuta dijo una vez: “La soledad es la pobreza más terrible que uno se puede imaginar”. Tal vez sean las circunstancias o tal vez sea uno mismo quien en ocasiones lejos de buscar construir relaciones con los demás, empezamos a construir un muro inquebrantable de aislamiento. Levantamos grandes barreras que no le permiten a nadie romper con un estado de soledad que nos va enterrando en una isla desierta. De hecho, es a través de nuestras palabras y acciones que tenemos la posibilidad de llegar a ser como el protagonista de la canción de Enrique Iglesias, “El muro”, en donde una persona se aísla de los demás y sufre en la oscuridad de la soledad. Esa es la realidad de su isla desierta.

Por el contrario, con una actitud diferente podemos ver que esos mismos “ladrillos” de nuestras palabras y acciones, se puede construir algo más que muros y paredes. Un breve espacio de soledad en una isla desierta puede llevarnos a relajar nuestra mente y nuestro espíritu, a encontrarnos con nosotros mismos y con nuestras metas.

Durante el mismo retiro, varios jóvenes comentaron las cualidades que buscaban para elegir a sus amigos, y las cualidades que deberían desarrollar para poder ser mejores amigos de la gente que les rodea. Hubo una palabra que hizo eco en sus respuestas: sinceridad. Es una palabra maravillosa, pensé, ¿pero qué significa realmente el ser “sincero”?

Cuando los escultores del Renacimiento cometían algún error y tallaban demasiado el mármol, simplemente rellenaban las grietas con cera. “¿Con cera?” exclamaban los maestros de los escultores, y grababan en las bases de sus creaciones aparentemente perfectas, dos simples palabras: “sin cera”.

Si nuestra lucha es por combatir una soledad oscura y atemorizante, debemos buscar verdaderamente el relacionarnos con los demás—en formas más profundas que vayan más allá de hablar sobre el clima, el último marcador deportivo, o las últimas noticias. Debemos atrevernos a ver más allá del aislamiento, de abandonar nuestra desértica isla, y de ver que si “encajamos” en el mundo de las relaciones humanas. ¡Atrévase a construir un puente hacia su familia, hacia su comunidad, hacia su lugar de trabajo o hacia su escuela!

Recibir implica dar

5 de septiembre del 2002

Esta semana cuatro jóvenes tocaron a mi puerta en busca de una forma para regresar a su casa en Monterrey. Después de semanas de desilusión, sin haber encontrado trabajo aquí en Austin, y después de haber pasado algunas noches bajo el puente, los cuatro estaban listos para regresar a casa aun sin un centavo en la bolsa. Les aseguré que les ayudaría a encontrar un poco de trabajo en el vecindario para que pudieran ganar algo de dinero para sus boletos de regreso a México.

El reto de trabajar con estos jóvenes me hizo recordar el muy acertado dicho francés: *recibir implica dar*. Es la ley del mundo de los negocios, misma que apliqué en mi acuerdo con ellos: "Si nos ayudan con algunos proyectos en la parroquia y en el vecindario, veré qué puedo hacer para conseguirles los boletos para irse a México". Ésta también es la ley fundamental de las relaciones humanas: Nuestras palabras y acciones se convierten en "regalos" que intercambiamos con otros. Si, por ejemplo, usted reconoce mi presencia, inicia conversación, o me hace un cumplido, eso invita a una respuesta a devolver el "regalo".

Sin embargo, no siempre esperamos que estos regalos nos sean devueltos a nosotros. Hace diez años pasé un mes viajando solo en varios países europeos. En una pequeña ciudad de Italia, un extraño me extendió una invitación a pasar la noche en su casa con su familia. En la mañana le agradecí su generosidad y hospitalidad, y él simplemente dijo, "Usted hubiera hecho lo mismo".

Siendo joven, aunque dije que sí, en realidad no estaba seguro si yo hubiera hecho lo mismo en esa situación. Pero esa experiencia de recibir un regalo sin esperar que un día tendría que pagarse ha moldeado mi actitud personal hacia la generosidad. Recibir implica dar, aun cuando al dar el regalo o el favor sea recibido por una persona diferente a la que una vez fue generoso con uno. La generosidad de aquel hombre en Italia continúa inspirándome cuando veo gente sin un techo que les cobije, como fue el caso de los cuatro jóvenes de Monterrey, y el ejemplo de compasión de ese hombre en Italia continúa inspirando mi propia compasión. Recibir implica dar.

La palabra "compasión" viene de la raíz latina *com-passio*, que significa "sufrir con" o compartir una cierta "pasión con" otra persona. Cuando en nuestra necesidad recibimos el regalo de la compasión de otra persona, esto en realidad nos invita a sentir compasión cuando vemos a otros que sufren por la misma necesidad que uno mismo ha sufrido en algún momento de su vida. Otro ejemplo que puedo citar es cuando hace

seis años vivía en el estado de Washington, D.C. Se aproximaba el fin de mes y con este el momento de pagar la renta. No contaba con el dinero para cumplir con lo que debía. Al igual que la generosidad del hombre italiano, la compasión de un amigo en ese momento se hizo presente para ayudarme en mi necesidad. Este gesto continúa inspirando mi compasión cuando la gente llega en búsqueda de ayuda en situaciones similares. Recibir implica dar.

La historia de estos jóvenes dio un giro cuando llegó la noche en que estaban listos para abordar el autobús que los llevaría a México. El padrino de un niño que bauticé esa noche estaba muy agradecido por haberme celebrado el bautismo en circunstancias en las que estaban. Me invitó a cenar con la familia, y le respondí que primero tendría que atender a nuestros cuatro jóvenes de Monterrey. “¿Puedo ayudar?” me preguntó. Recibir implica dar.

Finalmente, tres de los jóvenes decidieron no regresar a México. El padrino del niño es gerente de una carnicería local y ofreció ayudarles a encontrarles un empleo en Austin, empezando por trabajar en su negocio. El acuerdo de trabajo que tuvo con ellos esa noche fue grandioso: Si ellos se comprometían a ser responsables, a trabajar duro para ganarse un lugar de confianza y a cortarse el cabello a un estilo más respetable, él encontraría la forma de ayudarles. De hecho, el simple hecho de cortarse el cabello a la mañana siguiente fue la parte más difícil. Pero simplemente comprobaron que recibir significa dar.

Lo que sucedió esta semana a estos jóvenes que sólo deseaban regresar a México resultó como una fuente de inspiración y de desafío para muchos de nosotros aquí en el vecindario. De alguna manera se puso a prueba nuestra generosidad y compasión. Mucha gente trabajó unida para proveerles techo, comida, ropa y trabajo. Y mientras terminé de establecer en un apartamento a los dos que decidieron quedarse en Austin, ambos expresaron su gratitud. Recibir implica dar, aun cuando sea una sola y sencilla palabra: “Gracias”. Sabiendo que un día ellos tendrán la oportunidad de hacer lo mismo por alguien más, simplemente repetí las palabras del hombre italiano: “Ustedes hubieran hecho lo mismo”.

Del con-flicto a la con-vivencia

12 de septiembre del 2002

Después de haberles enseñado a lavar su ropa en la lavandería local, me encontré como tutor en el laboratorio de computación de nuestra parroquia, enseñándoles las técnicas básicas de mecanografía. Sí, son ellos, son aquellos jóvenes que llegaron hasta las puertas de mi casa después de una difícil travesía desde Monterrey. Estos días han sido de constante convivencia, enseñanza y aprendizaje. Y dado que contamos con un programa de mecanografía en el que el estudiante avanza a su propio paso, los instalé en el salón, y me senté relajadamente a observarlos aprender las técnicas que les ayuden a triunfar en el campo del trabajo profesional.

Una dinámica interesante sucedió: Los tres se presionaban mutuamente, y competían para terminar cada lección más rápido o con más precisión que sus compañeros. Esta presión para ganar los llevó al punto de reaccionar con impulsos de ansiedad y a pegarse en las manos o en la cabeza, o incluso a escribir palabras en la computadora del otro para hacerle perder el ritmo.

Pendiente del conflicto potencial que se suscitaba, pero sin querer jugar el rol de mamá, simplemente permanecí sentado observando su proceso de aprendizaje. Cerca de mí había un libro de geografía mundial que llamó mi atención. Es un libro que se usa en las escuelas públicas de Austin. El colorido mapa que atrajo mi atención fue el que mostraba la concentración de las religiones más importantes en el mundo. Lo que fue aún más interesante, fue el encabezado de la página: "Principales causas del conflicto en el mundo".

De acuerdo al libro de texto, una de las principales causas de conflicto en el mundo es el nacionalismo, la forma de pensar en que una persona cree que su nación es superior a otra. El nacionalismo nos enfoca en nuestros propios intereses y avances, al punto que nos lleva a una ceguera total para ver las necesidades de otros.

La escena que presenciaba con los jóvenes, combinada con la lectura de este concepto, me hizo ver que hubo un cierto "nacionalismo" que ocurrió en el laboratorio de cómputo. Uno de los jóvenes llevaba la delantera sobre sus compañeros, y utilizó tácticas para intimidarlos. Se acercaba hacia ellos, los miraba sobre los hombros, y gozaba con cada error que cometían. Después venía un golpe en la cabeza. En muchas formas, el proceso de aprendizaje de estos jóvenes de Monterrey reflejó simplemente lo que en ocasiones sucede a una escala global.

Continué leyendo. El libro de geografía enlistó entonces la religión como una de las mayores causas de conflicto en el mundo. Un mapa multicolor mostró la presencia de las principales religiones del mundo.

Sin embargo, los conflictos por causas religiosas son apenas el reflejo del conflicto que vivimos en nuestras propias vidas. Es decir, cuando no toleramos nuestras diferencias, hay disgustos e incluso algún tipo de guerra.

La palabra “conflicto” viene del latín *con-fligere*, que significa “golpear juntos”. Pero, de hecho, el *con-flicto* es una invitación para *con-vivir*, para “vivir juntos”. Curiosamente, las dos palabras “conflicto” y “convivencia” tienen la misma raíz latina: *con*. Ambas palabras hablan de nuestra inter-relación; nos dicen que vivimos “con” los demás.

De la misma forma en que están relacionados los tres jóvenes que aprenden mecanografía en el laboratorio de cómputo, lo estamos todos los demás: Compartimos el mismo espacio, y a pesar de que nuestros dones sean diferentes, compartimos tareas similares.

No es tan complicado como parece. Simplemente veamos lo que la lógica nos dice: No es posible que cada cabeza —que lleva un mundo de vivencias, experiencias o carencias— piense, sienta, y actúe como usted. Por ello, en lugar de golpear la cabeza del otro, nuestro gran desafío es motivarnos mutuamente para trabajar juntos ¡y hacer que nuestra diversidad de dones florezca para el bien de todos!

Responsabilidad: El precio de la libertad

19 del septiembre del 2002

La celebración de nuestras fiestas patrias nos recordaron las grandes historias por las que se conquistó la libertad en muchas partes de la América Latina. De hecho, el espíritu humano tiene sed de la libertad. Y al celebrar nuestra libertad como pueblo, llamó mi atención el caso de la liberación de un joven mexicano de prisión.

Este joven mexicano de 17 años se escapó de su casa en México y cruzó la frontera para llegar hasta aquí junto con algunos amigos de aventura. Al llegar aquí, empezó a disfrutar de su libertad. Estaba aprendiendo que la libertad es un regalo que trae consigo el reto de la responsabilidad.

La libertad no es gratis. Nosotros los adultos, con mayor libertad, también recibimos mayor responsabilidad. Nuestro joven amigo de México tuvo que aprender esto súbitamente. Una vez que se escapó de casa, quedó libre de sus padres y de su familia. Y ahora era responsable de sí mismo y de sus acciones. Sí, era libre de las reglas de la casa, y de la autoridad de sus padres. Era libre de decidir sin restricciones. Pero también ahora era responsable de solventar sus gastos, y de tomar buenas decisiones.

Desafortunadamente, una noche de la semana de las fiestas patrias, él decidió cometer una ofensa menor y fue a prisión. Por ser ciudadano mexicano, el consulado mexicano se vio involucrado. Y por ser menor de edad, la corte contactó a sus padres en México.

De acuerdo con la ley mexicana, los padres tienen el derecho de decidir sobre sus hijos hasta la edad de 18 años. En esta ocasión, el joven quería quedarse en EE.UU., aun cuando tuviera que tomar la responsabilidad por sus acciones y de enfrentar el castigo por su delito. Sin embargo, según la ley de su patria, no era libre de decidir. Fue deportado a México a petición de su mamá.

Me atreví a argumentar que, si así lo quería el joven de 17 años, se le debería permitir quedarse en este país. La respuesta del consulado mexicano fue que, de acuerdo a la ley de México, este joven no es libre de escoger. ¿No es libre de escoger?

Cualquiera que tenga un hijo adolescente en casa, o que simplemente recuerde sus años de adolescencia, sabe que esta etapa es un tiempo de cambios drásticos que va desde las camisitas a las camisetas casuales, y en el que se busca desesperadamente un balance de nuestras vidas.

Los adolescentes viven una guerra para la libertad que empieza en su interior y que los va empujando a buscar esa libre toma de decisiones que los vaya llevando en otra dirección, y descubren hacia dónde quieren

caminar para crear su propio camino. Empezamos con una gran sed de libertad. Y así ocurrió con nuestro amigo.

Las buenas noticias (según el consulado mexicano) son que ahora nuestro amigo está reunido con su familia en México. Las noticias no tan buenas (para la sociedad) son que, en esta ocasión, nuestro amigo no va a aprender nada de la responsabilidad que recibimos con la libertad.

Me aproximé a él en la corte antes de que el consulado pidiera su deportación.

“Padre, regresaré,” dijo.

“Espera un momento,” repliqué. “Antes de cruzar a los EE.UU. otra vez, debes pensar en tu familia”.

“Padre”, dijo él, “voy a volver”.

Sentí cierta admiración por su insistencia y su valentía. Así es el espíritu humano: ¡siempre en busca de la libertad!

Viaje de la ilusión a la realidad

26 de septiembre del 2002

Pequé. De hecho, cometí uno de los actos más atroces de acuerdo con el código de los magos. De acuerdo a este código, un mago nunca, nunca debe revelar a la audiencia cómo realiza un truco de magia. Y eso fue justamente lo que hice

La semana pasada, durante un retiro varonil con 64 jóvenes, la mayoría de ellos de México, realicé el típico truco de magia de desaparecer un pañuelo. Y aunque soy un sacerdote y no un mago, debo admitir que el desaparecer un pañuelo ante sus ojos es una ilusión impresionante. Para lograrlo, voy metiendo el pañuelo en la mano izquierda, la audiencia cuenta hasta tres, soplo en la mano que tiene el pañuelo, ¡y éste ha desaparecido!

Después de “sacar” el pañuelo del oído de uno de ellos, regularmente repito el truco por aquellos escépticos. Sólo que esta vez decidí “pecar” y les revelé el truco a los jóvenes. Mi objetivo fue hacerles ver que la magia es simplemente una ilusión.

En el truco que hice, el pañuelo en realidad nunca salió de mi mano. Solamente coloqué las manos de manera tal que los hice creer que en verdad no estaba. Pero, aun así, ¡nos encanta creer que el pañuelo realmente ha desaparecido!

El contexto en el que usé la magia en el retiro con estos jóvenes fue dirigido al ritual religioso de la reconciliación. Conocido popularmente como “confesión” o “penitencia”, la reconciliación es una oportunidad para que examinemos nuestras vidas para ver cómo las decisiones del pasado nos han traído hoy hasta este preciso momento de nuestras vidas, y para ver cómo podemos seguir creciendo como personas. Desafortunadamente, no es un momento mágico. No hay palabras mágicas, solamente la promesa del perdón.

La reconciliación — como sacramento o no — es una jornada. Cuando le hemos fallado a alguien y nos percatamos de la profundidad de la herida que causamos, buscamos la forma de conseguir un perdón. Quisiéramos hacer de esa herida un “pañuelo” al que con tan sólo un soplo pudiéramos desaparecer y así reconciliarnos. La vida es una historia llena de acontecimientos verídicos que se van escribiendo en las páginas del corazón y de la memoria, y esta historia dista mucho de ser un cuento de hadas lleno de ilusión y fantasía.

La palabra “reconciliación” viene del latín *concilium*, lo cual significa “pestaña”. La reconciliación significa, entonces, estar otra vez pestaña a pestaña con una persona. A pesar de que nos alejemos de alguien cuando

dice o hace cosas que nos lastiman, la reconciliación es nuestro giro hacia esa persona para encontrarnos otra vez cara a cara, pestaña a pestaña. Todo aquel que ha sido herido por las palabras o acciones de otra persona (estoy seguro que todos) sabe que la reconciliación no es una tarea fácil por ninguno de los dos lados: el que pide perdón y el que tiene que darlo. Por esta razón, el perdón es una jornada, es un proceso. Cuando nos han herido profundamente, el proceso puede tomar años para llegar a la cumbre de la sanación, a la cumbre del perdón verdadero y de la reconciliación.

No hay momento mágico para sanar heridas del pasado. Cuando uno tiene un accidente en el que se corta, o se golpea, uno de los primeros pasos es limpiar la herida con algo que ayude a sanar. Esto no significa que no vaya a doler, ni tampoco que con tan sólo una aplicación la herida se vaya a sanar como si nada hubiera pasado. Al igual que el cuerpo necesita tiempo para sanarse, nosotros necesitamos tiempo para sanar nuestro pasado, para mirar hacia los demás con amor y paz.

Nada más en leyendas y cuentos de hadas, la gente puede tronar los dedos y transportarse de un lugar a otro. Para el resto de nosotros, la vida es una jornada de pequeños pasos la cual, con el paso del tiempo, nos acerca a nuestro destino final. Si ese destino para usted es la sanación y el perdón, ¡dé el paso! Una vez en movimiento, ¡el resto de la jornada será más fácil!

Gente de paz en un mundo sin paz

3 de octubre del 2002

¿Dónde está eso? Esa era la pregunta que mucha gente estaba haciendo cuando oyeron que líderes espirituales de todo el mundo recientemente escogieron un pueblo pequeño nombrado Asís para reunirse y para rezar por la paz. Cuando los líderes se encuentran, ellos típicamente prefieren lugares o ciudades glamorosas con muchas posibilidades para diversión y publicidad. Por lo tanto, ¿por qué un pueblo pequeño en medio de Italia?

Actualmente, Asís sería mayor parte desconocido en la historia si no fuera por la visión de un joven de la interrelación de toda la gente y toda la creación. Como muchos de nosotros, siguió los sueños de este mundo: riqueza, honor y fama. Sin embargo, una enfermedad le trajo a él a encararse con su propia mortalidad y la idea de que eran limitados sus días para obrar el bien. Desde ese día en adelante, él dio su vida para reedificar iglesias y ayudar a los leprosos y a los pobres.

Su nombre era Francisco. Era del pueblo pequeño de Asís en Italia. Y desde su muerte, hace 776 años, miles de personas, iglesias y ciudades llevan su nombre.

Lo que hace único a Francisco de Asís es su espíritu que llama la atención de personas de todas las religiones y de todo el mundo. Los líderes de varias religiones del mundo se reunieron en Asís porque el hijo famoso del pueblo tenía una visión de la relación entre las personas: ¡que todos somos hermanos!

Pensar que todas las personas estaban relacionadas era un concepto radical hace 800 años, en la Italia medieval, una nación dividida en varios estados que muy seguido estaban en guerra uno contra otro. Era una idea radical en un mundo en que los cristianos y los musulmanes continuaban la lucha para obtener la ciudad santa de Jerusalén, teniendo dos Cruzadas en menos de veinte años.

En un mundo en donde la gente continúa luchando el uno contra el otro basado en sus intereses personales, políticos y religiosos, la paz continua era una idea radical. En un mundo donde las familias están divididas, y donde las personas no son capaces de amar o perdonar, la paz es un concepto radical. En verdad, ¡el mundo de hoy necesita la visión de otro Francisco de Asís!

Una oración atribuida a Francisco de Asís fue imprimida en otro artículo en este periódico hace algunas semanas. Aunque no escrito por ese joven visionario, el poema comúnmente conocido como la "oración de San Francisco" captura su deseo de ser un "instrumento de paz",

trayendo amor y luz, perdón y unidad al mundo. El conocido autor Doctor Wayne Dyer recientemente vio en esas palabras “una de las más famosas oraciones de la historia,” un ejemplo de cómo deberíamos dar nuestro tiempo y energía de estar a favor de los demás, en vez de estar en contra. En verdad, es una cosa estar contra la guerra, y es otra cosa estar por la paz. Es una cosa estar contra el odio, la injuria y la desesperación. Es otra cosa estar, como Francisco de Asís, por el amor, el perdón y la paz.

Nuestro mundo busca la paz la cual solamente viene de personas de paz. Para tener paz alrededor del mundo, deberíamos primero encontrar paz dentro de nosotros, y también en el mundo alrededor de nosotros: en nuestras familias, lugares de trabajo, y en toda la comunidad. Primero que todo, la paz debería de estar en nosotros mismos. Una vez que estemos en paz con nosotros mismos, entonces podemos trabajar por la paz en el mundo. Entonces podemos empezar a alcanzar a cada persona y cada cosa. Entonces, como el joven de ese pueblo pequeño en Italia, nosotros realmente empezaremos a ser gente de paz ¡y traeremos paz a un mundo que mucho la necesita!

Religión y...¿lucha libre?

10 de octubre del 2002

El fin de semana pasado presencié uno de los eventos “religiosos” más grandes de la comunidad hispano-parlante de Austin. Patrocinada en parte por el periódico *El Mundo Newspaper*, ¡la Lucha Libre Latina llegó a la ciudad!

En realidad, yo, al igual que toda la afición presente que llenó el coliseo, estaba fascinada por la acción dentro del cuadrilátero. Me impresionó la fuerza y la agilidad de los luchadores. Su habilidad para animar y entretener a la gente es asombrosa. Sin embargo, estaba fascinado también por la acción que ocurría fuera del ring.

Durante un descanso, fui a visitar a mis “hijos adoptivos” de Monterrey, Sergio y Roberto, quienes estaban trabajando en un puesto concesionario saturado por la eufórica multitud que trataba de comprar una máscara de su luchador favorito por \$15. De pronto me di cuenta de una extraña dinámica que estaba ocurriendo: ¡todos los compradores eran varones!

¡Vaya sorpresa! Esa noche más de 400 hombres y niños participaron en este ritual que iniciaba con compra de las cotizadas máscaras...pero era más que una simple compra. Al sacar el dinero de sus bolsillos y entregarlo a los vendedores, los aficionados iban entrando en una conexión especial con sus luchadores favoritos. La arena, el ambiente, las máscaras y el bullicio los llevaba en su imaginación a subir al cuadrilátero a luchar al lado de sus héroes. ¡Sí, era todo un escenario de noche de brujas que se había adelantado algunas semanas, y todo el público masculino súbitamente era de luchadores profesionales!

Ante mis ojos la acción se desarrolló desde los puestos de máscaras hasta el cuadrilátero, y la experiencia reveló tres maravillosos aspectos de nuestra jornada espiritual humana: nuestra sed por conectarnos, nuestra sed de encontrar el significado a la vida, y nuestra sed de aventura.

Conexión. Como seres humanos, deseamos trascender y ser parte de algo más grande que nosotros mismos. Deseamos conectar la historia de nuestra vida con otras historias más grandes. Buscamos estar relacionados con algún hecho o propósito heroico. De esta forma, todos esos niños y adultos con sus máscaras se conectaron con sus héroes al verlos en el cuadrilátero, ¡cada uno peleando en contra de las fuerzas del mal!

Significado. La lucha libre refleja la vida y nos ayuda a entender nuestras luchas personales. Nos indica de alguna manera que la vida es

así: una lucha entre el bien y el mal, entre el amor y el odio. Nos muestra los peligros y los altos riesgos de un mundo que puede ser ambos maravilloso y terrible. Y nos ofrece la esperanza de que nosotros, los buenos, a pesar de que tengamos algunos impedimentos temporales o de que suframos una caída, el triunfo será nuestro a fin de cuentas.

Aventura. ¿Por qué solamente el grupo masculino acaparó los puestos de máscaras cuando iba llegando? La respuesta viene de la profundidad de una de estas dos raíces del corazón humano. Así como la sed de intimidad toma vida dentro del corazón femenino y delicado de la mujer, la sed de aventura está sembrada profundamente en el corazón masculino. Sí, a través de los deportes ¡los hombres desde su niñez buscan ese sabor aventurero en la vida!

Como hombres y mujeres sedientos de aventura e intimidad, nos conectamos e involucramos en todo tipo de historias: películas y telenovelas, novelas de romance y música contemporánea, política, deportes, y por supuesto, religión. Por ello, la conexión entre lucha libre y religión empieza a ser más clara: ambas nos ofrecen historias más grandes que nos pueden conectar con nuestras historias personales. Ambas nos ofrecen significado. Ambas nos ofrecen posibilidades de aventura e intimidad en un mundo donde nuestros corazones tienen sed de algo más, de algo más trascendente y duradero.

Mire alrededor del “coliseo” de la vida. Vea la acción dentro y fuera del “cuadrilátero”. La historia de la Lucha Libre Latina es la historia de la religión. La única diferencia es que una reclama ser real y verdadera. Promete saciar la sed de nuestros corazones, y sobre todo que usted es el personaje central elegido para hacer cosas grandes que engrandezcan la historia y trasciendan en el mundo.

En nuestra bonita vecindad

17 de octubre del 2002

Hace unos días tuvimos el gusto de ser entretenidos en nuestra vecindad por la niña más popular de la televisión mexicana: ¡la Chilindrina! Patrocinado en parte por *El Mundo Newspaper*, el Circo de la Chilindrina trajo a la ciudad esa pequeña traviesa que por más de 30 años hemos visto en los programas de “El Chavo del 8” y “Aquí está La Chilindrina”.

La noche del estreno del circo observé con asombro el espectáculo. Acudí a conocer a la Chilindrina después del espectáculo, y poco después me invitó a continuar nuestra conversación en su camerino, la cual pronto se tornó en asuntos espirituales.

Impresionado con el talento de esta niña de 8 años en escena, quedé aun más impresionado al ir entrando en su vida espiritual. En esta ocasión, sólo quiero compartir un poco de nuestra conversación.

Chilindrina, ¡me encantó tu presentación! A pesar de que llegué tarde, el momento en el que entré estabas hablando justamente de San Francisco de Asís, el fundador del movimiento espiritual del que soy parte como sacerdote franciscano. De hecho, hablabas sobre la canción “Hermano Francisco” de tu nuevo disco titulado “La bonita vecindad”. ¿Qué podemos aprender de esta canción sobre el Hermano Francisco?

Me gustan muchos los animalitos, de los que habla el Hermano Francisco. Es más, yo coleccioné estampitas de éste y otros santos. De tanto que me hablaba de él mi bisabuela, aprendí a ver que en toda vecindad hay toda clase de “animales”, desde un noble “cordero” hasta un feroz “león”. En la vecindad del Chavo, él es como el cordero que a veces peca de “menso”. El lobo es Doña Florinda, siempre queriendo dominar a los demás. Yo soy el león, siempre haciendo de las mías. ¡Ese canto es la vida de todos!

De hecho, es un canto muy espiritual. Habla de nuestra relación uno al otro y a toda la creación. ¿Cómo es la espiritualidad de la vecindad?

La espi...qué?

¿Dónde está Dios en la vecindad?

Yo creo que Dios está en todas partes: cuando juego con el Chavo y la Popis, cuando el Sr. Barriga nos perdona la renta, cuando nos damos regalos en navidad, y cuando no nos castiga con tan sólo decirle “fue sin querer queriendo”.

¿Qué no es esa una expresión del Chavo?

Sí, es de todos, ¡hasta de Dios!

¿Tiene Dios alguna expresión favorita?

Sí. Fíjate, fíjate, fíjate, fíjate. Todos los niños en la vecindad, y a veces hasta los grandes, hacemos travesuras. Y como Dios ve todo, ya nada más le queda decir, “¡se aprovechan de mi nobleza!”

Vamos a imaginar: si tú fueras Dios por un día, ¿qué harías?

[Ji, ji, ji.] ¿De veras, quieres saber? Primero no me castigaría por todas mis travesuras. Le daría todos días una torta de jamón al Chavo. Le ayudaría con la renta a Jaimito el cartero. Y descubriría la magia de la Bruja del 71. ¡Ah! Y una cosa más, la más bonita: abrazaría otra vez a mi papá que se fue al cielo.

Es obvio que quieres mucho a tu papito. De hecho, en el circo rezas una oración a tu papá. Recuerdo que orabas: “Bájate! ¡Bájate! ¡Ven conmigo! Aunque no tengas pasaporte ni visa, ven como todos ellos [señalando a la audiencia]: ¡ven como mojado!” Tú crees que tu papá está en el cielo. ¿Cómo te imaginas que es el cielo?

Pienso que es como la vecindad, pero en bonito. No tiene frío, ni tiene calor. No trabaja. No está Doña Florinda para darle cachetadas. No vendría el Sr. Barriga a cobrarnos la renta. Yo comería puras papitas y dulces. Además, podría darle un beso en la mejilla al Chavo todos los días, y él se enamoraría de mí. Eso sería para mí el cielo”.

¿Sería el cielo también para el Chavo si se enamora de ti?

¡No, para él sería el infierno!

¡Niña! ¿Qué estás diciendo? [haciendo la señal de la cruz.]

Perdón, se me chispoteó”.

A ver, niña, ¿cómo es que siendo traviesa, puedes cantar algo como “un joven es aquel que vive limpio, con un ideal y metas que alcanzar. Los viejos no resisten los fracasos, no pueden ya volver a comenzar”?

Porque siempre quiero ser una niña con un espíritu que no envejezca: llena de vida, haciendo travesuras a Kiko, a la Popis, y a Ñoño. Pero también dice la canción, “Óyelo, escúchalo, sé que hay alguien que me está buscando”. Y por eso, le canto y le rezo para un día poder vivir con mi papá y mi perrito Peluchín en la eterna y bonita Vecindad.

Obras de arte

24 de octubre del 2002

La semana pasada asistí a la inauguración de una exhibición de arte religioso en el Museo de Mexic-Arte ubicado en el centro de la ciudad de Austin. “Los tesoros de la catedral de Saltillo” es el título de la exhibición la cual incluye una variedad de pinturas, estatuas de madera, vestuarios litúrgicos, y la pieza central de la exhibición, el frontal del altar de San José. Esta pieza está hecha de la plata más pura y la hicieron hace casi 250 años.

El ver imágenes de santos sobre las paredes y al leer los textos que las describían no fue tan interesante como el ver a los asistentes que llenaban el cuarto: una mezcla interesante de obispos, sacerdotes, monjas y miembros de la comunidad.

La realidad es así, las obras de arte más impresionantes y trascendentes han sido tomadas de seres humanos. Los protagonistas están en todas partes: en las paradas de autobús, parados en las esquinas de las calles, trabajando. Y también como el frontal de plata del altar de San José cuya belleza no fue reconocida por mucho tiempo sino hasta hace poco, hoy en día no nos detenemos a ver y a disfrutar ni siquiera por unos momentos las “obras de arte” que hay a nuestro alrededor. ¡Pasan frente a nosotros y no podemos apreciar el valor que tienen!

Recientemente algunos teólogos latinoamericanos han encontrado en las ciencias sociales una simple verdad en la que confrontamos y respondemos a la realidad. Este método teológico está resumido en tres sencillas palabras: ver-juzgar-actuar.

Este modelo de ver, juzgar y actuar refleja la forma en que vemos el arte y a las personas. Primero vemos a un sujeto o a un objeto, después hacemos un juicio sobre él basados en nuestro conocimiento o experiencias pasadas, y finalmente actuamos de acuerdo con la conclusión de nuestro juicio. ¿Ha experimentado esto usted? Piense en un ejemplo de la vida diaria: va caminando por la calle y ve a una persona sentada en la parada del autobús. Usted juzga a la persona y actúa basado en un criterio: muy probablemente se detendrá a saludarle si la persona es un amigo suyo o alguien que conoce; pero si es una persona desconocida seguramente seguirá de largo.

Sin embargo me atrevo a afirmar, por experiencia propia, que este modelo que incluye la acción de “ver” puede que muchos no lo hagamos. No me refiero a estar discapacitados de la vista, sino que muchos de nosotros en ocasiones “vemos” las cosas sin verlas realmente. Sabe a lo que me refiero, ¿verdad? Y por supuesto, la pregunta también me la hago

yo, ¿realmente vi las obras de arte esa tarde en el museo? En realidad, no. Apenas pasé a verlas sin detenerme a observar para recibir lo que el artista transmitía a través de su pieza de arte.

Cada persona, al igual que una obra de arte, tiene su propia historia. Y el modelo ver-juzgar-actuar no es malo, pero si tan sólo viéramos con atención y con amplia visión, podríamos hacer un mejor juicio, más positivo y alentador que nos lleve a actuar anticipando con más certeza los resultados o consecuencias de dichas acciones. De esta manera, podríamos apreciar la belleza que lleva en sí cada ser humano.

Mientras escribo este artículo a bordo de un avión rumbo a Chicago, se me presenta la oportunidad de apreciar una bella obra de arte: una pintora. Esta artista compartió conmigo parte de la historia de su niñez en un rancho, su amor por la enseñanza, y su reciente llegada a Austin. También me mostró algunas de sus piezas de arte. En ellas pude apreciar no sólo la belleza artística, sino también la belleza del ser humano que las había creado con un propósito y un mensaje.

Al contemplar las nubes del inmenso cielo, reflexiono en lo que se me ha revelado a raíz de una exhibición de arte en un museo. Fue una buena experiencia estar ahí, pero fue más fascinante descubrir que las mejores obras de arte no están colgadas en las paredes. Descubra usted también el “museo” que está cerca de usted, y no se pierda la mejor exhibición de su vida: ¡la vida misma!

Con nuestros muertos

31 de octubre del 2002

¡Hemos llegado a la semana más tenebrosa del año! Las salas cinematográficas y la programación televisiva nocturna presentan películas de terror. Comercios, oficinas y casas están decorados con arañas, telarañas, y fantasmas. Y sí, la gente se disfraza de brujas y monstruos. ¡Ésta es la Noche de Brujas, conocida en este país como "Halloween"!

Por otro lado, en nuestra cultura latina también celebramos esta semana el día de los muertos, una celebración diferente y con una gran riqueza. El día de los muertos (el 2 de noviembre) es la mezcla más fascinante de nuestras raíces indígenas y cristianas. A pesar de estar separados por el océano, muchos de nuestros antepasados indígenas y europeos celebraban el día de los muertos y Halloween de una manera semejante: en ambas tradiciones se creía que había una noche al año en la que las almas de los muertos salían de sus tumbas para visitar sus lugares y personas favoritas, y disfrutar de la comida y bebidas que más les gustaba. Suena como una película de Hollywood, excepto que esto sí es real.

Tal vez se preguntará cómo me atrevo a afirmar que esto sí es real. Pero sí, así es. La razón que respalda esta afirmación no es solamente por los millones de personas que año con año celebran de manera especial a sus familiares difuntos. Me refiero a algo tan real y palpable para algunos, como abstracto e increíble para otros: el amor.

En este caso veamos más allá del amor romántico, extendamos nuestra visión hasta aquel amor profundo que sentimos hacia una persona con la que vivimos por algún tiempo y que ha fallecido. Amar a una persona, compartir fiestas, paseos, triunfos, dificultades y fracasos le va abriendo un lugar especial en nuestras vidas. Es todo un proceso de construcción y solidificación del amor. Y cuando la (a veces) inesperada muerte llega, el amor se ve fuertemente lastimado porque hay algo que ha detenido definitivamente el crecimiento del amor en dicha relación (familiar, amistosa, o conyugal). Es entonces cuando todas esas vivencias vienen al rescate de la persona que se "ha quedado sola". Son todas las vivencias, experiencias y recuerdos que mantienen un lazo especial entre un ser amado cerca o lejos, vivo o muerto.

Siendo la comunidad latina una comunidad de familias unidas, resulta natural que deseen mantenerse así aun después de la muerte. Con la celebración del día de los muertos hacen algo similar a una práctica

que se hace aquí en los Estados Unidos, llamada “family reunion” (reunión familiar).

Esta columna semanal pretende hablar de asuntos espirituales y de la espiritualidad. Con las celebraciones de esta semana, estamos hablando del corazón de la espiritualidad y de la creencia de un mundo espiritual que es tan vieja como la especie humana.

Recorra los caminos de la espiritualidad no sólo de los muertos, sino también de los vivos. Escribir una rima humorística sobre la muerte (una calavera) le permitirá vivir su espiritualidad y posición sobre la muerte desde otra perspectiva. Reflexione sobre su vida y su muerte, o la de un ser amado muy cercano. Le aseguro que descubrirá el porqué de una tradición, el por qué creer que una noche al año las almas de los difuntos visitan a sus personas favoritas, el por qué celebrar con una fiesta un evento que para muchos solamente se puede pensar como algo serio, triste y solemne. ¿Y por qué no? Tal vez descubrirá también el por qué creer que existe un Dios al que no vemos, ni tocamos, ¡pero que sin embargo celebramos unidos en familia con música, flores y comida cada semana!

Más allá de lo superficial

7 de noviembre del 2002

¿Lo vio? ¡Vicente Fox, presidente de México, estuvo en Austin el 31 de octubre! Aproximadamente 80.000 personas representando cada raza y nacionalidad se dieron cita en la Calle Seis de la capital de Texas para el evento. Y allí estuvo “Vicente Fox”.

Era la noche de Halloween, día en que por ser festivo, se ha tornado más en un día de consumismo por los americanos. Era el día en que el comerciante aprovecha la imaginación humana y el deseo humano de ser alguien diferente a quien realmente se es. Fue ese día tan esperado en el que literalmente limpiamos las tiendas de disfraces y desempolvamos los que teníamos en los armarios para lograr el disfraz perfecto que nos transformara en el super-héroe o en el supervillano de la noche, un hada o una bruja, un rico famoso, o incluso un borracho de la calle.

Muchos de nosotros nos sentimos con la presión de ser “buenos chicos” todos los días. Es por eso que la noche de Halloween es simplemente una oportunidad de pretender portarse mal por un día. Es una oportunidad de hacer creer, y, de hecho, de ser un actor o actriz por una noche. Por lo que sospecho que el “Vicente Fox” que vimos no era más que una máscara.

Las máscaras son símbolos, y como tales revelan y al mismo tiempo ocultan algo. El “Vicente Fox” que vimos entonces, era una conexión simbólica de un joven con el presidente de su nación. Ese joven comparte de alguna manera la misma sangre que su presidente. Puede ser que incluso comparta su misma ideología política. Tanto como la bandera de México, esa máscara lo conecta con su hogar y su familia en México. Le recuerda quién es, y al mismo tiempo lo revela al mundo.

Así como las máscaras sirven para hacer público algo, también sirven para esconder. Volviendo al caso de la máscara de Vicente Fox, podemos ver que el joven escondía su verdadera identidad.

A veces es fácil identificar las máscaras que otras personas usan en la vida diaria para no dejarse conocer. Y los calificamos diciendo que no son auténticos o “reales”. Lo más fácil sería señalarlos con un dedo de la mano, pero también sabiendo que al hacerlo habría tres dedos señalándonos en respuesta.

En varias ocasiones, y por diversas razones, todos nos encontramos usando máscaras que revelan ciertos aspectos de nuestra persona y que ocultan otros. A pesar de que ya pasó la Noche de Brujas, piense qué otras máscaras usa usted los otros 365 días del año. Cuando uno “practica” ser una persona diferente, cada vez se convierte en todo un

maestro de la farsa, y desafortunadamente, nuestras diferentes “facetas” se van quedando como parte de nosotros. Es decir, en la medida que no actuamos con naturalidad y transparencia, estaremos restándole valor a la honestidad y originalidad de la persona que somos.

Antes de ir a la Calle Seis con algunos amigos, celebré la Noche de Brujas en una forma totalmente diferente. Dado que Halloween era originalmente la celebración de la víspera del Día de Todos los Santos, participé en una fiesta de disfraces de santos. Dado que la hermana religiosa organizadora del evento vistió como San Francisco, el santo patrón de la naturaleza y de mi comunidad franciscana, yo decidí vestirme como San Juan Bosco, el santo patrón de la juventud y de su comunidad salesiana. Y ahí estábamos, rodeados de ángeles y santos.

Pero en realidad, la diferencia entre los demonios de la Calle Seis y los santos de la fiesta de la parroquia no es más que algo externo y superficial. Es decir, todos podemos hacer un bello espectáculo con una excelente y convincente actuación ante los demás. El verdadero reto para cualquiera de nuestros “actores” es en lugar de pretender ser algo o alguien una vez al año, busquemos convertirnos realmente en alguien mejor, con más proyección y trascendencia positiva en el ambiente en el que nos desarrollamos.

Aceptemos el reto de cualquier tradición espiritual o religiosa de ir más allá de lo superficial y de lo externo. No se vista de la virtud. ¡Transfórmese por la virtud! ¿Qué pasaría si nosotros tratamos de usar las “máscaras” de personas espirituales reales de nuestros tiempos y así permitirnos ser transformados? ¿Qué pasaría si mi similitud con San Juan Bosco, o su similitud con la Madre Teresa o cualquier otro “santo” moderno, fuera más que superficial? Piénselo, y, sobre todo, créalo: ¡veríamos a nuestro mundo transformado!

Se acabó el Halloween, y junto con él desapareció la multitud de disfraces de la Calle Seis incluyendo el de “Vicente Fox”. Pero la pregunta sigue: ¿si pudiéramos escoger ser otra persona por 24 horas, o 24 días, o 24 meses, quién seríamos? Nuestra respuesta a esta pregunta revelaría algo de nuestros valores más profundos como personas, ¡algo más allá de lo superficial!

Otoño inevitable

14 de noviembre del 2002

Cada mañana, como. reloj, mi vecina sale a la calle a barrer las hojas que cayeron durante la noche. Humildemente dice que sólo trata de mantener lindo el vecindario. Pero en realidad yo la veo como una heroína del drama de la vida y la muerte.

Es otoño, la estación en la que el péndulo de la naturaleza parece mecerse en un vaivén, y los árboles se desprenden de las hojas muertas. Es la temporada en la que los días son cortos y las noches largas y frías.

Mi vecina barre y barre, mientras vive un drama conmovedor: Va entrando en el tercer año de su lucha contra el cáncer. Ni triunfa el cáncer, ni se rinde mi heroica vecina en su batalla.

Los sueños de inmortalidad llenan el espíritu humano, y como sociedad corremos y tratamos de escondernos de la muerte. Hacemos lo que sea para evadir su congelante mirada.

Si dejamos de huirle a la muerte por un momento, si dejamos de encubirla y disimularla, nos daremos cuenta de que la muerte, al igual que un buen amigo, nos ayuda a poner la vida en una perspectiva diferente.

Tengo la fortuna de bautizar a uno de cada 17 niños bautizados en los 25 condados que abarca la diócesis católica romana de Austin. Los 1.800 padres y padrinos que anualmente participan en la preparación bautismal aquí en el Este de Austin realizan un ejercicio de reflexión en el que cada uno de ellos imagina su propia muerte.

Le invito a que imagine su propia muerte. Ahí está usted, recostado/a en su ataúd. Su familia y amigos están a su alrededor. ¿Qué están diciendo? ¿Qué clase de historias comparten? ¿Cómo se sienten por la muerte de usted? ¿Qué es lo que cada uno recordará sobre usted?

Si tiene un amigo sincero, podría preguntarle hoy qué recordaría y qué diría sobre usted cuando muera. ¡Alerta: la respuesta puede sorprenderlo!

El ejercicio que usamos con los padres y padrinos de nuestra parroquia viene de la obra popular de Stephen Covey, *Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva*. El autor afirma que aquellos que realmente triunfan en la vida siempre empiezan pensando en lo último que harán. Ven hacia el futuro. Saben cómo quieren que su historia termine, y actúan día a día para asegurarse de que al final sea como lo visualizaron al principio.

En algún momento todos hemos imaginado el final de algún evento. Tal vez imaginamos quién ganará la temporada de fútbol. Tal vez en

cómo prepararemos la cena para la familia. Sin embargo, imaginar el fin de la historia es sólo el primer paso.

Todos podemos soñar. Podemos desear ser ricos y famosos, o tal vez sólo ricos. Pero cuidado: ¡debemos despertar a nuestra realidad y actuar! Si anhelamos algo en nuestros sueños, debemos despertar y hacer algo, o tal vez mucho, para que ese sueño se vaya materializando hasta convertirse en una extraordinaria realidad.

Debemos comenzar hoy — ¡mientras tengamos tiempo! Es tan sencillo como pensar en evitar la vergüenza de perder un juego o una temporada. ¿Qué debemos hacer? ¡Empezar a practicar hoy! Si quiero pasar un examen, más vale empezar a usar mis libros, con certeza sé que las respuestas están ahí, y no esperar a que alguien más llegue y lo haga por mí. No puedo esperar que alguien más forje la forma en que yo seré recordado al pasar por el velo de la muerte.

Así como el péndulo de la naturaleza empieza a mecerse hacia la oscuridad de la muerte, la mente humana y su espíritu se mueven naturalmente hacia los mismos pensamientos. Odio pensar en la muerte de mi vecina, pero sé que ella ha empezado con el final en su mente. La recordaré como una mujer con un indomable espíritu que no se rendiría. La recordaré por su inmensa generosidad, aun en medio de su tremendo sufrimiento, ayudando a su comunidad e incluso abriendo su corazón y su hogar a los cuatro jóvenes de Monterrey que en algún momento lo necesitaron. La recordaré por su rutina diaria de mantener limpio el vecindario y por participar en nuestro drama local de la vida y la muerte con positivismo y fe. La recordaré por la heroína que es.

¿Pero cómo le recordará la gente a usted? Imagíneselo ¡y ponga manos a la obra!

La amarga traición

21 de noviembre del 2002

¿Por qué hacemos cosas tontas? ¿Por qué nos vemos haciendo cosas que sabemos que si somos descubiertos traicionaríamos la confianza de las personas que queremos, o que nos quieren?

Constantemente escucho historias de traición, deshonestidad, y pérdida de confianza. De hecho, las historias son innumerables. Un hombre cuya esposa e hijos están en México se ha enamorado de una mujer aquí en los Estados Unidos y empieza a olvidar su compromiso y responsabilidad al otro lado de la frontera. Una mujer comparte el secreto que su amiga o comadre le había confiado. Un joven traiciona la confianza de sus padres cediendo ante la presión de tomar alcohol o drogas.

“No se van a dar cuenta”, pensamos, sin darnos cuenta de que empezamos a jugar con el fuego de la traición en nuestros corazones, sin saber que destruiremos en un instante la confianza que nos tomó mucho tiempo construir. Sin embargo, lo hacemos, o nos lo hacen.

Sucede en todas partes y a todas horas. Sucedió la semana pasada aquí, en el Este de Austin, donde invertimos mucho tiempo, energía y dedicación formando y educando a la juventud para que sean líderes en nuestra sociedad. Les ayudamos a conseguir las herramientas para triunfar en este país y en la vida. Imaginen entonces mi sorpresa cuando me encontré con un par de esos mismos jóvenes que iban terminándose un doce de cervezas entre los dos.

Y no era la primera vez. La primera vez me aseguraron que simplemente había sido una mala decisión, y que no sucedería otra vez. Pero sucedió otra vez. Y sé bien que el dolor de la traición llega muy profundo. Duele.

“Padre, no volverá a suceder”, prometían por segunda vez.

“Por supuesto que no”, pensé, sin creer una palabra de lo que escuchaba.

La confianza es algo precario: Se construye con mucho tiempo, y sin embargo puede destruirse en tan sólo un instante. “Confianza” literalmente significa que nos encontramos “con fe” en otra persona. Tenemos confianza en otros, creemos en otros, y por ello nos comprometemos en una relación especial con ellos o compartimos con ellos nuestros secretos. Somos un pueblo creyente: ¡Queremos creer en los demás!

Entonces, ¿por qué hacemos cosas estúpidas? Cualquiera que haya ido alguna vez a pescar sabe la respuesta. El gran reto de pescar es atraer a

un despistado pez hacia el anzuelo. Tenemos que usar una carnada. El pez ve la carnada, pero no el anzuelo, y cae en la trampa.

Nosotros también fallamos al ver sólo la carnada. Sólo vemos lo que es aparentemente “bueno” y vamos detrás de ello hasta conseguirlo. Tristemente, de la misma forma que el pez se convierte en pescado, nosotros no nos damos cuenta de lo que hemos hecho hasta que mordemos el anzuelo, demasiado tarde para retractarse.

Aún Judas de Nazaret, uno de los grandes traidores en la historia de la religión, estuvo tentado por la carnada de treinta piezas de plata por entregar a su amigo. Para cuando se dio cuenta de lo que había hecho, era demasiado tarde. “Lo hecho hecho está”, proclamó el gobernador romano que sentenció a su amigo a muerte.

“Lo hecho hecho está”, nos quedamos pensando cuando sentimos el dolor de la traición. Y aunque deseemos que nada hubiera pasado, no hay forma de cambiar o deshacer completamente lo que ya se hizo.

Entonces aparece la pregunta: “¿Qué debo hacer?” Primero, debemos reconocer la realidad: Nuestra relación con la otra persona ha cambiado. Una vez traicionada la confianza, las cosas jamás volverán a ser igual.

También debemos darnos cuenta que no hay magia en este sentido. No podemos volver atrás el tiempo y pretender que nunca pasó. Tampoco podemos reconstruir el puente en un solo día. La herida no sanará de la noche a la mañana.

La vida es una jornada. Después de sentir el dolor de la traición, hay un largo camino que andar para que podamos volver a confiar otra vez, y extender nuestra mano a aquellos que nos han herido, hasta que seamos capaces de creer otra vez. El desafío consiste en recoger las piezas rotas e intentar pegarlas otra vez.

¡Al gabacho!

28 de noviembre del 2002

No hay problema. No hay ningún problema para cruzar la frontera, ¿verdad? Así pienso durante una breve visita a México. Sé que no tendré ningún problema para cruzar de regreso a EE.UU. Pero también sé que ese no ha sido el caso para muchos de mis hermanos en Austin.

Aquí en México visitaré a mi amigo, José. Antes de salir de Austin para volver a su hogar en México, José me dio un pequeño diario con sus escritos. En 38 páginas José describe la historia de su jornada para cruzar la frontera.

En muchas formas la historia de José es nuestra historia. Su jornada es nuestra jornada, aun cuando nunca hayamos sentido el temor a ser capturados. Sus palabras atrapan la esencia de la vida: andar la jornada de la vida al lado de otros.

Era un lunes cuando mis camaradas se iban a venir al Gabacho. Entons un camarada me invitó, y yo le dije que sí. Empecé a vender muchas de mis cosas y junté 240 pesos.

La historia de José es una historia de sacrificio que refleja los riesgos que en ocasiones aceptamos tomar. Alguien nos anima, o la necesidad nos empuja, y empezamos a apostar en el juego de la vida. José sabía lo que quería, y estaba dispuesto a sacrificar todo lo que tenía para lograrlo.

Entons nos fuimos a intentar por el río, y el río iba un poco crecido, y nos arriesgamos a pasarlo. Nos quitamos la ropa y los cintos, y hisimos una cuerda con los cintos... Una camaradilla se nos andaba ahogando, y otro amigo lo sacó. Y a mí, se me fue la ropa...y un amigo me prestó su bóxer, y así cruzamos, gracias a Dios, el río.

José tenía apenas 16 años. Pero él estaba aprendiendo algo importante sobre el valor de la comunidad y el trabajo en equipo. Él y sus camaradas estaban juntos, unidos, de la misma forma todos nosotros en la vida estamos juntos en esto, y es más fácil cuando unimos nuestros cintos y nadamos juntos. Solos, no hay nadie que nos salve de ahogarnos.

Luego empezamos a caminar por la orilla del río agachados de las migras que habían alrededor de nosotros y del helicóptero que había arriba de nosotros. Hasta que se fue, y salimos: Nos habían reportado, y los migras ya andaban abajo de la orilla del Río Bravo. Entons nos vieron y nos empezaron a corretear, y ya nos traían bien cercas. Nos escondimos, pero uno de ellos nos vi, y corrimos y nos aventamos a la orilla del río. Y el migra sacó su pistola y nos desea, "¡Esto no es un juego: Váyanse pa' su país!"

El mapa se llena con el acecho del peligro: El río había quedado atrás, ¡pero el helicóptero volaba sobre ellos y se acercaba la migra! ¡La jornada no era como habían imaginado! Así es en la vida, cuando no podemos imaginar las vueltas adelante en el camino. A veces la muerte se lleva a un ser querido, o que una relación llega a un doloroso fin, o experimentamos un giro total de fortuna en la casa o en el trabajo. Entonces nos preguntamos cómo pudo pasar, y qué debemos hacer.

Nos salimos, y nos agarró el migra. Nos dijo, "Arrodíllense: ¡Esto no es un juego!" Y nos hincamos. Luego vino el otro migra, y nos subieron a la camioneta y nos llevaron pa' migración.

¡Qué decepción para José y sus amigos! ¿Alguna vez ha experimentado usted una decepción en la vida? ¿Cuándo las cosas no salen como a usted le hubiera gustado? ¿Cuándo uno desearía volver el tiempo atrás y dejar las cosas como estaban antes?

Después de un breve intervalo de huellas digitales y fotografías, José y sus amigos quedaron en libertad en la frontera mexicana.

Fue que yo andaba en puro bóxer, y un amigo sin tenis, y el otro con un tenis y un tenis no, y otro también en puro bóxer. Anduvimos pidiendo dinero, y nos dio una señora, y nos fuimos a comprar algo de comer.

À través de las aventuras de nuestro héroe, un colorido hilo está tejido, de las personas que ayudan. Con frecuencia nos encontramos en la vida con situaciones similares: Necesitamos ayuda, y la pedimos. Pero también podemos encontrar a otros que necesitan de nuestra ayuda: Nos toca entonces ofrecerla.

José y sus amigos descubrieron una forma más fácil de cruzar. La lluvia apareció y el grupo se guareció en un vagón de tren estacionado. Fatigados por la aventura, se quedaron dormidos. Al sentir que el tren se puso en marcha, despertaron sobresaltados.

Nos quedamos ya despiertos un rato, y dijimos, "¿Dónde estamos?" Después pasamos un rato, y por los abujeritos vimos "San Antonio 410". Entons pasamos de pura suerte en el tren y dormidos porque el tren se paró en San Antonio y ahí nos bajamos.

Gracias a Dios, la suerte parecía finalmente favorecerles.

Entons trabajé mi primera semana en San Antonio. Me gané mis primeros dólares....Empecé a comprarme mis primeras camisas y chores. Me dieron trabajo por una semana, no más para alivianarme.

Y finalmente, nuestros héroes llegan a "Ostin".

La historia de José y sus amigos es como una jornada en la que todos formamos parte de un pueblo peregrino. Tiene sus altas y sus bajas, sus buenos tiempos y otros no tan buenos. La vida está llena de sorpresas y desafíos, de alegrías y decepciones. Pero es una jornada que no se debe recorrer en soledad.

Si usted y yo podemos decir que “no hay problema” para ir y venir del “gabacho”, a placer, ojalá también podamos decir que “no hay problema” en tenderle una mano a quien la necesita, gente como José que diariamente llegan a nuestra ciudad —y tocan a nuestras puertas.

Peregrinajes en un mundo de gracia

5 de diciembre del 2002

¿Alguna vez se ha imaginado volver al pasado? Pues eso hice en Monterrey. Unido a un grupo de Tejanos de Austin que llenó dos autobuses, y a varios cientos de peregrinos de todo el estado, viajé a la Basílica de la Virgen de Guadalupe en Monterrey para el día anual de peregrinaje tejano. Al llegar a la basílica, seguimos los pasos de millones de personas que han andado por los santos lugares del mundo a través de los siglos.

Hace 500 años no había peregrinajes a la basílica, pero al otro lado del océano atlántico nuestros antepasados europeos eran conocidos por llegar a Compostela, Roma, la Tierra Santa, o la Meca. En un tiempo en el que la gente viajaba a pie o a caballo, y cuando los caminos eran asaltados por bandidos y ladrones, la gente expresaba su fe al salir en marcha.

Era un drama que reflejaba la misma situación de los millones de indocumentados que han dejado la seguridad de sus hogares para arriesgarse a los peligros del camino para llegar a esta “Tierra Santa”.

Como sabemos, toda una industria de coyotes, guías y contrabandistas ha venido creciendo para asegurar el cruce. Hace siglos, los negocios también surgieron para asegurar la integridad de los peregrinos y la salud de esta industria.

De hecho, al igual que nuestra flota de autobuses para Monterrey, la jornada del peregrinaje en sí misma se convirtió en cierto tipo de negocio. En tiempos pasados tenía el sello de aprobación de los líderes religiosos que empezaron a reconocer las “indulgencias”, o garantías para reducir el tiempo en el purgatorio, para aquellos que se atrevieron a enfrentar los peligros del camino para llegar a los lugares santos.

Usted se preguntará, ¿y qué pasaría si yo no puedo viajar a estos lugares santos para obtener la indulgencia? Por esa razón, la iglesia romana empezó a vender indulgencias y se creó la noción en la mente de muchas personas de que la gracia y la salvación pueden comprarse o venderse.

¡En aquel tiempo la gente compraba su “pase” al cielo! Hace 485 años, apenas unos años antes de que se hablara de la aparición de la Virgen de Guadalupe, un joven monje alemán pensó que esta comercialización de la gracia era algo absurdo. Su nombre era Martín Lutero. Sospecho que pudo ver algo semejante a lo que yo vi en Monterrey este fin de semana: una multitud de vendedores alrededor de los autobuses tratando de vender toda clase de rosas, velas y artículos religiosos, reforzando así la

noción de la gente de que, si le ofrecen una flor a la Virgen, o si le encienden una vela, Dios los favorecerá en su oración. Pero ¿es así como trabaja Dios? ¿Cree usted que Dios se relaciona así con su pueblo?

En el camino de regreso de Monterrey, nos enfrentamos a un dilema. Sabiendo que la seguridad de la frontera había reforzado sus chequeos más estrictamente desde el año pasado, varias personas en nuestro autobús empezaron a bromear diciendo que yo, el sacerdote a bordo, debería empezar a rezar para que pasáramos la inspección de la patrulla sin ningún problema. Está bien, pensé, si no tenemos ningún problema. Pero ¿y si no pasamos pronto? ¿Significaría eso que mi oración falló? ¿Sería tal vez que no era lo suficientemente buena o lo suficientemente fuerte?

Respondí a la broma con sentido del humor. Les dije que había hecho una llamada al cielo, y que, como Dios no estaba en su oficina, le había dejado un mensaje en la grabadora. Ahora sólo nos quedaba esperar que Dios regresara pronto a su oficina y que recibiera el mensaje a tiempo para que cruzáramos la frontera sin contratiempos. Ellos se rieron, y tal vez también usted haya reído, pero ¿acaso no es así la naturaleza de la oración?

Resultó que pasamos la frontera sin ningún problema. ¡Todo en un mundo de gracia!

¿Cuál es el rol que tiene la oración? Imagino que la misma Virgen de Guadalupe nos lo responderá en oración el próximo 12 de diciembre. La gracia ya está en el mundo, y no se compra ni se vende.

Algo extraordinario

12 de diciembre del 2002

Algo extraordinario está pasando. Es la 1:00 a.m., y hay gente rezando en la iglesia. Y digo que es extraordinario porque regularmente nunca hay nadie en la iglesia a la 1:00 a.m. Claro que sí está pasando algo: ¡Hoy es 12 de diciembre! ¡Hoy es el día en que el pueblo latino, especialmente el pueblo mexicano, está orgulloso de serlo! ¡Hoy es la fiesta de la Virgen de Guadalupe!

Eso explica por qué hay gente a la 1:00 a.m. rezando, cantando y pagando sus mandas a la Guadalupana. Sí, la Virgen de Guadalupe inspira a la gente a hacer cosas extraordinarias, inspiraciones como la que tuvo el sacerdote revolucionario Don Miguel Hidalgo y Costilla en su lucha por la independencia contra los gachupines. Fue Don Miguel quien incluso dirigió sus fuerzas hacia la batalla portando un estandarte con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

Sor Juana Inés de la Cruz, poetisa mexicana, también recibió inspiración de la Virgen Morena. En sus poemas, alabó a Dios y a la Virgen en las voces de los indios y esclavos.

La Virgen de Guadalupe también fue fuente de inspiración para el Libertador de América, Simón Bolívar quien gracias a ella dirigió a sus tropas para liberar a las Américas bajo el estandarte de la Virgen. Su presencia ayudó al pueblo a recuperar la dignidad y el valor perdido por el abuso y la injusticia.

Y es la misma Virgen de Guadalupe quien continúa inspirando al pueblo de México, y de hecho a todo el pueblo de América Latina hoy en día.

Pero remontémonos un poco al inicio de la historia de esta milagrosa tradición que es conocida por todos nosotros. Vayamos hasta aquel 9 de diciembre de 1531 cuando un humilde indígena llamado Juan Diego caminaba por el cerro del Tepeyac. Entonces una mujer mestiza se apareció en su camino hablándole en Náhuatl, su dialecto. Le saludó, y dirigiéndole palabras tiernas y cariñosas, ordenó que construyera un templo. Después de la incredulidad de los oficiales del clero, el milagro ofrecido por la Virgen de Guadalupe hizo que estos dieran su apoyo, veneración y obediencia total a la palabra de la Señora de los Cielos.

Hoy, 471 años después de la aparición de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac, vemos que la Virgen Morena llegó para quedarse en el corazón del pueblo latino.

Generación tras generación, el pueblo de Latinoamérica ha ido adoptando a la Guadalupana como su tierna y cariñosa madre. Es una

madre que tiene el color y los rasgos de sus hijos, una madre que habló no a un rico, ni a un poderoso, ni al más inteligente, sino una madre que le habló a un sencillo, pobre y humilde indígena a quien ella llamó “el más pequeño de mis hijos”. Es una madre que viste un vestido de maternidad porque en su vientre lleva a un hijo que será para nosotros un hermano que nacería por nuestra salvación, y aunque no nació en nuestra tierra, sí nació humilde como nosotros. ¿No es acaso otra muestra del lazo que quiso establecer con nosotros?

No hay duda del cariño maternal que tiene para nosotros, su pueblo: Escogió nuestra tierra para mostrarse y pedir una casa, nos habló en nuestro dialecto, se vistió con nuestro color y rasgos, y nos habló en persona a través de Juan Diego. Hoy en día habla directamente con todo quien le invoca recordando la promesa que hizo hace 471 años: “Sanaré tu dolor, y escucharé tus oraciones para darte consuelo. Mostraré mi inmenso amor y compasión por este pueblo, y por todos aquellos que me amen y me invoquen”.

Es por eso que su pueblo la busca y la invoca de diferentes maneras. Algunos interpretan esta promesa con la necesidad de rezar el rosario. En estos días, en muchos lugares de América Latina, se rezó el rosario con más intensidad. Durante nueve días, las familias, los grupos y las comunidades enteras rezan, cantan y veneran a la Virgen de Guadalupe, mientras que otros ensayan danzas indígenas. Algunos más ofrecen “mandas” o hacen promesas especiales. Y también sigue siendo fuente de inspiración en la poesía y en la lucha por la justicia.

Por todo esto y más, algo extraordinario pasa cada 12 de diciembre en toda América Latina. Algo extraordinario mueve grandes multitudes en la fe y en el amor en una celebración que se asemeja al día de las madres, pero que en este día se unen todas las madres para ensalzar a la única madre de todos: ¡La Virgen de Guadalupe!

¡Que Viva la Virgen de Guadalupe!

¡Abra las puertas!

19 de diciembre del 2002

¡Las posadas! ¿Qué es exactamente lo que celebramos en las posadas? ¿Por qué es la tradición? ¿Por qué recordamos las dificultades que tuvieron María y José para encontrar un albergue en Belén?

El origen de las posadas es un fenómeno latinoamericano. Cuando los misioneros franciscanos llegaron a este continente a principios del siglo XVI, descubrieron que nuestros antepasados, el pueblo indígena de México, tenían su propia religión, la cual era muy completa con dioses y rituales religiosos.

Y mientras más aprendían los frailes sobre la religión del pueblo, descubrían que la celebración más importante del año ocurría en el invierno. Durante el mes de Paquetzaliztli (del 7 al 26 de diciembre de acuerdo con nuestro calendario), el pueblo azteca celebraba con gran estilo la llegada de Huitzilopochtli, el dios de la guerra. En un acto que los científicos sociales ahora llaman “inculturación”, los misioneros establecieron formas de mezclar la religión azteca con la católica de tal forma que la gente no viera las creencias cristianas como algo extraño.

Como el pueblo indígena estaba acostumbrado a celebrar la llegada de uno de sus dioses, los misioneros de la “Nueva España” escribieron nuevas canciones y villancicos narrando cómo su Dios (el único Dios, dijeron) se había hecho carne y había nacido de la Virgen María. Hicieron pastorelas para enseñarle a la gente la historia de su llegada. Incluso consiguieron permiso del papa para celebrar procesiones especiales y misas de aguinaldo por los nueve días previos a la celebración. Y fue así como en el pueblo de Acolman, cerca de Teotihuacán, nació una tradición que trascendería por siglos y que atravesaría fronteras: ¡las posadas!

Como las pastorelas, las posadas son una forma activa de presentar públicamente las historias de nuestra tradición de fe. Pero ¿por qué seguimos celebrándolas hoy en día? Sospecho que la respuesta yace en la canción que escuchamos mientras seguiremos a María, a José, y al guía de los demás “santos peregrinos”.

En las primeras dos paradas del peregrinar las personas que se encuentran adentro dicen: *Aquí no es mesón: ¡sigan adelante! Yo no debo abrir, no sea algún tunante.*

Y se hace más agresiva cuando dice: *Ya se pueden ir, y no molestar porque si me enfado, ¡os voy a apalear!*

Viviendo en un estado fronterizo, constantemente vemos a “santos peregrinos” entre nosotros. Como José y María, muchos de ellos han huido de sus países para poder vivir mejor, y se han encontrado en la

difícil situación de pasar hambre, frío, soledad y pobreza. Y han tocado a varias puertas. Algunas de esas puertas nunca se abrieron, y tuvieron que seguir andando hasta encontrar a ese alguien que abriera las puertas de su mesón y de su corazón.

Seguramente todos hemos estado en algún momento “adentro”, y hemos pensado: “Espero que no me moleste. Espero que no me pida ayuda o dinero”. Y cerramos la puerta de nuestro corazón justo en sus caras.

Pero cuando encontramos la actitud contraria, ¡el corazón se llena de alegría ante la generosidad del que abre las puertas de su casa y de su corazón!

Uno de los grandes desafíos en la vida es abrir la puerta de la generosidad y de la bondad a nuestros hermanos, sobre todo a los más necesitados. Nuestra tradición de las posadas es una clara invitación a este desafío: ¡Abra las puertas! ¡Comparta! ¡Ayude! ¡Acompañe!

La temporada de dar ha llegado. Esta simbólica temporada nos invita a reconocer como hermano al “extraño” que vemos en la parada de autobús, o al que está formado detrás de nosotros en la línea del supermercado, o al que está a nuestro lado en la escuela, en la iglesia, o en nuestro lugar de trabajo.

Al celebrar como “santos peregrinos” en estos días, abramos las puertas de nuestros corazones a aquellos que nos rodean, cantándoles: *Entren, santos peregrinos, reciban este rincón que aunque es pobre la morada, os la doy de corazón.*

Y tal vez algún día nos sorprenderemos al escuchar que alguien nos canta: *Dios pague, señores, vuestra caridad, y ¡que os colme el cielo de felicidad!*”

Del frío invierno a una gran calidez espiritual

9 de enero del 2003

El ajetreo y las prisas de las fiestas navideñas por fin pasó. Una de las cosas más emotivas de esta temporada fue ver cómo de diferentes lugares hubo familiares que fueron o vinieron a reunirse en un determinado lugar para celebrar todos juntos la Navidad.

Sin embargo, mientras que para algunos este tiempo es alegre y colorido, para otros es un tiempo más triste y gris. Para ellos, la Navidad es fría y solitaria, y una semana después están iniciando otro año de soledad con un gran vacío dentro de ellos porque todo el mundo está ocupado, haciendo planes, o visitando familiares. A estas personas que están solas, la rutina los tiene atrapados y la depresión les cierra la puerta a toda esperanza o positivismo para el futuro de sus vidas.

Los árboles y flores que murieron en el invierno esperan pacientemente la llegada de la primavera. Saben que la vida, la luz, y el calor llegarán pronto. Pero para el ser humano el proceso no es tan fácil: la incertidumbre, la soledad y la tristeza van apagando la alegría de vivir, y recobrarla no llegará con la primavera. Tal vez usted lo ha visto o incluso lo ha experimentado en carne propia y también se ha preguntado qué hacer contra ese sentimiento, cómo seguir andando en el sendero de la vida.

Uno de los elementos claves es estar atentos y abrir los ojos a las oportunidades que nos ayuden a recobrar las ganas de vivir. Un gran incentivo para ello es el encontrarnos con otras personas y descubrir que no estamos solos, que hay alguien que se preocupa por nosotros y que nos puede ayudar. Recientemente descubrí a una persona bien consciente de esta realidad, que es la realidad de muchos. Él es una de esas personas que se preocupa y tiene deseos de ayudar.

Martin Valverde es un cantante de origen costarricense y nacionalizado mexicano. Actualmente radica en Guadalajara, Jalisco. Ahí fundo su compañía musical llamada Producciones Dynamis. Su estilo ha trascendido fronteras hasta llegar a la Tierra Santa y a varias partes en donde ha participado en algunos eventos con el Papa Juan Pablo II.

Para Martin Valverde, escuchar a los jóvenes con sus problemas e inquietudes ha servido de motivación e inspiración para ponerle música y humor a sus canciones. La letra de sus canciones está basada en el mensaje bíblico del amor, fe y esperanza. Con temas como "Canción para un joven", "No te rindas" y su gran éxito "Nadie te ama como yo", Martin Valverde ha recorrido toda América Latina y parte de Estados Unidos impulsando no sólo a la juventud, sino a todo el que le escucha a

seguir “Buscando una salida”, como lo dice en otro de sus temas. ¡Y el domingo 12 de enero viene a Austin!

Quienes le conocemos sabemos con toda seguridad que no se perderá de esta oportunidad de reflexión, alabanza y sanación. Y quien no le conoce pero que ha leído esta columna o ha escuchado o leído alguna de las promociones, ojalá que aproveche esta oportunidad para asistir el domingo a las 6 p.m. al Tony Burger Activity Center, ubicado al sur de Austin (3200 Jones Road, salida Ben White).

El bienestar propio depende del esfuerzo que cada uno hace, de los lentes con los que vea los acontecimientos, y la actitud con que se enfrente a las adversidades. Decídase a hacer algo diferente de su vida, a vivir más momentos alegres, momentos de aprendizaje y de superación, ¿y por qué no? ¡De desafío por vivir feliz hoy como quisiera que su vida fuera feliz mañana!

Haga del frío invierno un tiempo de gran calidez espiritual en el que viva cada momento como si fuera primavera: lleno de vida, luz y calor, para que un día no muy lejano usted le diga a alguien más “no te rindas” porque hay alguien que te grita “¡Nadie te ama como yo!”

Henry, tengo un sueño

16 de enero del 2003

Querido Henry,

No estoy seguro en qué prisión te encuentres mientras yo escribo estas palabras. Escribo simplemente para expresarte mi apoyo, y para compartir contigo un sueño que tengo.

Cuando te vi en la sala de la corte el otro día, mi mente revisitó esa soleada tarde de agosto cuando bautizamos a tu hijo, Henry Alexander. Recuerdo la alegría con la que tú y Linda recibían este nuevo don de Dios. Estabas creando una nueva familia y una vida nueva aquí en Estados Unidos, y al tener tan sólo 20 años. Hoy, sin embargo, temo que esa alegría se desvanezca, y que el sueño americano que tuviste al llegar de Honduras se convierta repentinamente en una pesadilla.

Cuando te paraste frente al juez, me empecé a preguntar de qué planeta vino ese juez. Sentí lástima por él, un triste títere del sistema legal americano. Y ahí estabas, parado frente a él con cargos por usar documentos falsos para asegurarte un trabajo aquí en EE.UU.

Henry, por favor, entiende que hay una diferencia entre algo que es “ilegal” y algo que está “mal”. En la Alemania de los Nazis, era “ilegal” ayudar a una persona judía, pero ciertamente no estaba mal. De acuerdo con el código legal americano, lo que tú hiciste es en verdad “ilegal”, pero yo definitivamente dudo que esté mal.

Lo que está “mal” es que una nación entera que proclama estar fundada en principios como la libertad, la justicia y la igualdad continúe practicando intensa y activamente el racismo y la segregación.

Lo que vemos en la actualidad entre la población latinoamericana en los Estados Unidos no es algo menos serio que la gran y evidente segregación y discriminación sufrida por la comunidad afroamericana a lo largo del siglo XX. Martín Lutero King, Jr., un gran profeta americano cuyo natalicio nos preparamos para celebrar, condenó las injustas leyes, leyes que fueron “legales” pero no buenas.

Cualquiera con una visión más intensa y devota que el juez puede ver el crimen económico que esta nación comete en contra de todas las naciones de la frontera sur. Es el sistema el que causa que millones emigren a la frontera norte en busca de libertad personal y económica. Es el sistema el que nos lleva a buscar y a usar documentos falsos.

Henry, te diré las cosas tal y como son: Hoy en día, aquí y ahora mismo, podemos ver que existe una nueva esclavitud en América. Y siento mucho que fuiste víctima de ello. ¿Quién de nosotros hubiera

realmente cruzado la frontera a estas extrañas tierras si existiera justicia económica en nuestro mundo? Henry, al verte de pie ante el juez, te vi parado entre dos mundos: el viejo mundo agonizante de la segregación y discriminación contra la América indocumentada, y un mundo nuevo que está surgiendo, un mundo de verdadera libertad y justicia para todos los hijos de Dios, con o sin documentos. Y no estás solo. Nos solidarizamos contigo. Lo que te afecta hoy directamente, nos afecta indirectamente a todos, con o sin documentos.

Usa tu tiempo bien mientras estés ahí. Inyecta amor en las venas de esa prisión. No caigas en odio o rebeldía por lo que ha pasado. Practica el amor, la misericordia y el perdón.

Y por cada día de estos dos años que pases en esa prisión, recuerda que estás luchando por lo que es nuestro mejor sueño americano y nuestra herencia judeo-cristiana. Mantén la mirada en alto. Siéntete orgulloso.

Porque, Henry, yo tengo un sueño. En el espíritu de Martín Lutero King, Jr., tengo un sueño de que un día esta nación se levantará para vivir el verdadero significado de su credo: de que todos, con o sin documentos, somos creados por igual. Sueño que un día los documentados verán en los rostros de los miles de indocumentados, los rostros de sus hermanos y hermanas. Sueño que un día los indocumentados no tendrán que volverse a esconder en las esquinas de la sociedad americana, viviendo en exilio, sufriendo por discriminación e injusticia. ¡Tengo un sueño!

Quiero soñar que un día todos compartiremos una ciudadanía de primera clase en toda la nación y en todo el mundo. Y Henry, sueño que un día todos seremos libres. Mientras tanto, hermanito, estamos contigo en espíritu.

Proteja la flama

23 de enero del 2003

El día más feliz de su vida fue cuando nació su hijo. Hoy, veintiséis años después, ambos se encuentran por primera vez después de quince años. ¿Suena como una escena de telenovela o de una película? Es aún mejor. Se corre el telón para el gran estreno de “El día de la luna”, la primera obra de Proyecto Teatro, la nueva compañía de teatro de habla Hispana en Austin

“El día de la luna” es más que una buena obra de teatro. Es nuestra historia. Es la historia de nuestras altas y bajas. Una historia de separación y reunión. Es la historia de las relaciones humanas.

Tal vez usted conoce la emoción y la ansiedad que se experimentan al ver a un amigo o a un familiar después de un largo tiempo de separación. Yo lo experimento cada año cuando voy a visitar a mi familia y el lugar en donde nací. Siempre me pregunto qué ha cambiado y qué sigue igual. Y con más frecuencia, parece que ese lugar se queda congelado en el tiempo. Al ir busco a mis familiares y amigos exactamente en los lugares en que los dejé al partir. Y entonces, después de unos días, me marchó otra vez. Aunque parezca que mis relaciones con todos ellos se congelan en el tiempo, sé que han cambiado, porque yo he cambiado.

Ese es el problema que se expone en “El día de la luna”. En la historia, un padre se reúne por conciencia con su hijo. El hijo que él recuerda es un niño de once años, preparándose para un examen de matemáticas. Pero su hijo ha cambiado.

Hace quince años, la relación entre padre e hijo terminó. El padre había abandonado a su hijo, y viajaron en la vida, cada uno siguiendo caminos diferentes, cada uno empezando una vida nueva.

En nuestro andar en la vida, constantemente nos enfrentamos con el desafío de dejar atrás familia y amigos. Pienso en las personas que, por el matrimonio o el trabajo, se mueven de una ciudad a otra. Pienso en los miles que diariamente dejan atrás a su familia y amigos para cruzar la frontera en busca de oportunidades. También pienso en nuestro amigo Henry, del que escribí la semana pasada, quien ahora dejó atrás a su esposa e hijo mientras enfrenta una sentencia de dos años en prisión.

Y como el padre y el hijo en “El día de la luna”, la vida para todos nosotros sigue. Lo sé por experiencia: He cambiado de residencia cinco veces en los últimos diez años, cada vez dejando atrás a muy buenos amigos. Lo sé por experiencia: Innumerables veces hombres vienen en busca de consejo porque se han enamorado de alguien en este país, a

pesar de tener pareja e hijos aquí, y a pesar de que saben que sus familias los esperan en México.

¿Cómo pudo pasar esto? ¿Qué pudo causarlo? Las relaciones entre las personas son dinámicas. Es decir, las relaciones siempre crecen o disminuyen. Las relaciones son como una flama que hay que avivar cada vez que empiece a disminuir. Toda persona casada sabe que esto es verdad. Saben que su relación matrimonial es como una flama que debe avivarse y no dejarse morir porque terminara en frías cenizas. Saben que a menos de que caminen juntos, empezarán a caminar cada uno por caminos diferentes que los irán separando.

A veces es difícil avivar el fuego de nuestras relaciones cuando estamos en presencia de esas personas. ¡Imagínese la dificultad para avivar la llama a larga distancia! Es un verdadero esfuerzo que demanda tiempo, compromiso y dedicación.

En “El día de la luna”, el fuego que una vez sintió el hijo por su padre se había extinguido mucho tiempo atrás. El hijo vivió su adolescencia sin la presencia de un padre, y buscó la figura y presencia paternas en otras personas.

Desde luego, no será correcto revelarle el gran e inesperado final de “El día de la luna”, pero le aseguro que, si avivamos las flamas de nuestras varias relaciones aquí y en otros lugares, hay menos probabilidad de encontrar un “sorpresivo final” en nuestras vidas. Mientras tanto cuento con su presencia en el teatro ubicado en la esquina de la calle 7 y Chicón. Allí “El día de la luna” se presentará cuatro noches, ¡y yo también!

Esperanza en una noche oscura

30 de enero del 2003

Económicamente, estos tiempos son difíciles. Diariamente llega a la puerta de mi oficina gente en busca de empleo. Diariamente. Con nuestra lucha económica local y nacional en los últimos dieciséis meses, muchos de nosotros nos encontramos sin trabajo, sin medios para pagar la renta o los recibos de servicios, o incluso para llevar comida a nuestras mesas.

Son difíciles. La semana pasada un gran economista local anunció a mil líderes de comercios de Austin su predicción de que la economía de nuestra región no empezará a recuperarse sino hasta dentro de otros diez meses más, e incluso entonces la recuperación será gradual.

Esto nos pone a muchos en un dilema: ¿soportar esta tormenta económica, o empacar nuestras maletas y continuar nuestro peregrinar a otros lugares? ¿Confiamos en que este árido desierto florecerá en el frondoso paraíso en que soñamos? ¿Nos quedamos aquí, o nos vamos a otra parte?

Desafortunadamente no soy economista, y por eso no tengo ninguna respuesta referente a la economía. Pero lo que sí tengo es una buena noticia.

La buena noticia es que ésta no es la primera vez que cae la economía. Y créame tampoco será la última. Como la economía ha caído antes, tenemos voces que nos pueden dar esperanza, voces que han sobrevivido tal experiencia y que nos pueden guiar hacia una salida del pantano. Y al salir del pantano, la próxima vez que nos encontremos en situaciones similares, seremos aquellas mismas voces guiando a otros, animándolos en su propia salida. ¡Usted y yo seremos quienes guiaremos a otros con confianza y determinación a mantener viva y cálida la luz de la esperanza!

La buena noticia también es que nuestra crisis económica puede ayudarnos a descubrir quiénes somos como personas espirituales. Esta economía en depresión afecta nuestro espíritu de manera que nos permite ver que nuestra vida espiritual no está divorciada de ninguna manera de nuestras actividades de la vida diaria. De hecho, nos dice que los senderos que dirigen al paraíso económico y al paraíso espiritual no necesariamente van en direcciones opuestas.

Por siglos los grandes místicos de las tradiciones espirituales han conocido las “malas economías” de la vida espiritual humana. Una joven monja carmelita llamada Teresa, que vivió en la España del siglo XVI, comparó tales periodos con un pozo seco. Tal vez usted conozca el sentimiento: cuando las aguas que una vez parecían abundantes se han

evaporado y quedan tan sólo unas pipas secas, cuando las aguas, un gran símbolo de vida y vitalidad, han dejado de fluir.

El amigo chaparrito de Teresa, un fraile carmelita llamado Juan de la Cruz, también conocía el sentimiento. Él se refirió a tales experiencias como la noche oscura del alma, un tiempo agonizante de oscuridad sin final a la vista.

Aquellos sin esperanza se desesperan. Recuerdo que una vez escuché a un psicólogo hablar del suicidio como la acción que toma el individuo que se encuentra completamente sin esperanza, una persona sin una visión de dejar la noche oscura y sin un mapa o un guía que le puede ayudar a encontrar la salida. Según las muchas historias que he oído como sacerdote, el suicidio es en verdad así: Es perder toda esperanza.

Pero existe otra opción: vivir en esperanza, confiar que la noche que nos abruma no puede durar indefinidamente, tener fe para creer que de alguna manera algo más grande que nosotros mismos tiene el control, y que esta situación de oscuridad puede llevarnos a un nuevo, brillante y fresco amanecer.

Afortunadamente el ser humano fue creado para ser una criatura obstinadamente esperanzada. Sí, aún en nuestra noche más oscura, en esos momentos cuando nos encontramos sin trabajo y con un montón de deudas, aun en esos momentos cuando perdemos a quienes más amamos, hay una razón para esperar que la noche oscura que experimentamos se convertirá gradualmente en luz. Hay una razón para esperar que el dolor que sentimos es más como el de una vacuna que nos hará más fuertes. Hay una razón para esperar que saldremos del pantano.

Y si uno puede salir de la noche oscura del alma en su vida espiritual, ¿cómo podemos pensar que la noche oscura que no experimentamos económicamente no nos llevará a la luz? Mientras tanto, sigamos andando hombro con hombro, apoyándonos mutuamente y dándonos esperanza. Y, en palabras de un hombre llamado Ignacio, otro español del siglo XVI, ¡caminemos con fe y esperanza “orando como si todo dependiera de Dios, y trabajando como si todo dependiera de nosotros”!

El regalo de la tragedia

6 de febrero del 2003

Los antiguos griegos eran grandiosos para preguntar. Cuestionaban sobre la vida humana y el propósito de nuestra existencia. Se preguntaban sobre las fuerzas divinas y sobre la naturaleza del universo. También cuestionaban qué era lo que constituía a una comunidad y a un estado, así como los verdaderos recursos de la ley que se deberían seguir. Gracias a todas estas preguntas, es que la civilización del oeste les agradece su legado en filosofía, ciencia y democracia.

Pero la herencia griega también incluye al arte, el teatro y el drama. De hecho, el estado apoyó el nacimiento del drama público en Grecia porque servía no sólo para entretener, sino también para educar.

Los primeros dramas públicos se llamaron tragedias. Más tarde los griegos darían a conocer una segunda forma de drama, la comedia. Y de esos dos grandes géneros del drama, la tragedia y la comedia, tenemos el gran símbolo del teatro: la máscara del héroe trágico quien se ve triste y desolado puesta al lado de la máscara del héroe cómico que está animado y lleno de vida. Así es la vida: alegría y sufrimiento.

La producción de un drama local, "El día de la luna" enfatizó este punto a su audiencia estas últimas semanas. En esta obra presentada por Proyecto Teatro, Gabriel se viste con la máscara del héroe cómico cuando habla de la alegría que experimentó el día en que nació su hijo. Dice que era "el mejor día del mundo", en el que también el hombre pisó por primera vez la luna. Pero al mismo tiempo, el sentido de tragedia llena el teatro porque Gabriel, quien había abandonado a su hijo cuando apenas tenía once años, ahora se prepara para abandonarlo otra vez.

Como el hijo de Gabriel, yo no recuerdo el día en que el hombre pisó la luna por primera vez. De hecho, yo todavía ni siquiera existía. Pero lo que sí recuerdo en el tiempo que he vivido, es la emoción de ver el primer transbordador espacial elevarse hacia la atmósfera el 12 de abril del 1981. Yo estaba en tercero de primaria, ¡y mi mente quedó intoxicada con la idea de que un día yo estaría a bordo de esa fabulosa nave espacial!

Ese sueño nunca se realizará. El transbordador Columbia explotó el 1º de febrero del 2003, y junto con él muchas esperanzas y sueños. Para mí la alegría de ese día en 1981 se ha convertido en tristeza por esta gran pérdida. Sí, las máscaras de la alegría y del sufrimiento están puestas lado a lado.

Cuando la tragedia llega, parece que llegamos a un punto del camino multidireccional. Desde ese lugar, la tragedia nos puede tentar a irnos por el camino de los recuerdos de otras tragedias, como la destrucción de

las Torres Gemelas hace apenas 17 meses, o la explosión del transbordador Challenger hace 17 años. No obstante, este camino solamente nos lleva cuesta abajo, directo a los oscuros valles de la tristeza, de la desolación y la desesperanza. Nos lleva a un lugar en el que, francamente, es muy difícil ver el sol.

Hay otro camino. Este pretende llevarnos a ver las pérdidas y las tragedias de la vida a través de unos lentes espirituales. Nos desafía a buscar profundamente el “regalo” que puede estar oculto detrás de cada evento.

¿Un regalo? No quiero sugerir que soltemos la máscara de la tragedia y que nos pongamos la de la comedia. Pero hay algunas cosas que nos pueden dar una pista de esperanza, aun ante la tragedia reciente del transbordador.

El regalo de esta tragedia es que nos hace elevar los ojos y ver a un mundo de solidaridad apoyando a “un país en shock”, un país que sufre “un nuevo golpe”, como los periódicos mexicanos reportaron. Nos demuestra que, a pesar de las fronteras que hemos creado para separarnos unos de otros, aun somos una comunidad humana.

El regalo de esta tragedia es que nos hace reflexionar en el momento en el que también nosotros nos encontraremos con nuestro Creador. Los días de nuestras vidas no son sin límite. También nosotros conoceremos un día a la tripulación del Columbia, junto con todos los que se han ido antes que nosotros.

Hasta entonces, busquemos profundamente los “regalos” que puedan transformar las tragedias en nuestras vidas, y en las vidas de aquellos que nos rodean, en oportunidades de crecimiento espiritual. Tal vez, entonces, veremos que la máscara del héroe trágico — en el drama y en la vida — nunca está sola.

Amor...¿a qué sabe?

13 de febrero del 2003

En todas partes vemos decoraciones de cupidos y corazones rojos, y la venta de globos, rosas y chocolates. En todo el mundo se compran millones de tarjetas y muñecos de peluche para el día de San Valentín. Sí, es la época del año en que el mundo del comercio se prepara para ayudarnos a celebrar...¿el amor?

Ese es el mensaje que nos bombardea esta semana: ¡Llévele a ella una rosa para demostrarle su amor! ¡Llévela al restaurante más elegante que pueda pagar! ¡Envíele una tarjeta para decirle que lo quiere!

Y aun cuando estos gestos son románticos, no necesariamente significan amor, porque créame, ¡es más fácil comprar unas rosas que hacer un verdadero acto de amor!

Desde mucho tiempo atrás, febrero ha sido considerado el mes del romance. Empezó hace aproximadamente 2400 años, cuando los romanos celebraron el 15 de febrero con una gran fiesta dedicada a Luperco, su dios de la fertilidad. El ritual celebraba el pasaje hacia la hombría, y cada joven recibiría por sorteo el nombre de una jovencita la cual le acompañaría por un año completo. Con frecuencia estas relaciones terminaban en matrimonio.

Para no quedarse atrás cuando la cristiandad se hizo legal en el imperio (unos 700 años después), los líderes de la iglesia conspiraron para derrocar las fiestas paganas con una celebración cristiana. Para ganarles, se apoyaron en el asesinato de un obispo ya que él había realizado en secreto varios matrimonios de parejas jóvenes en el tiempo que el emperador había prohibido el matrimonio a todos los soldados potenciales.

Con "San Valentín", la iglesia romana triunfó en ganar la sociedad con un héroe romántico. Valentín bien podría ser el santo patrón de los amantes y de los gestos románticos, pero yo dudo que sea el patrón del amor. Porque existe una diferencia entre el amor y el romance.

¿Qué es el amor? Cualquiera que lo haya experimentado sospecha que es demasiado profundo y misterioso para ser capturado en palabras. No pretendo tener una mejor definición del amor, pero en mi experiencia al acompañar a varias personas en la jornada de la vida, he podido descubrir muchos de los mitos que tenemos en lo que se refiere al amor. Y he descubierto lo que *no* es amor.

Amor no es "enamorarse". Con frecuencia, "enamorarse" es encontrarnos consciente o inconscientemente atraídos sexualmente hacia otra persona. A diferencia del amor, el enamoramiento es simple y

temporal: nos enamoramos y nos desenamoramos. Inevitablemente la luna de miel siempre termina, y descubrimos que ninguno de los dos somos lo que parecíamos. Él quiere una cosa, y ella quiere otra.

Amor no es romance. El amor no es un cuento de hadas en donde “todos vivieron felices para siempre”. Pasamos años esperando y gastando energía perpetuando el mito de que en alguna parte “hay alguien para mí”, que hay una persona que ya está predeterminada para mí. Y así, con cada persona que pasa nos preguntamos, ¿será él/ella?

Amor no es sexo. Hay una diferencia entre amar y “hacer el amor”. Los dos pueden ocurrir simultáneamente, pero realmente son dos fenómenos separados. Al igual que el “enamorarse”, el sexo es un estático, pero también momentáneo, sentimiento de identidad y unidad.

Amor no es dependencia. Si usted no puede vivir sin una persona, ese sentimiento no es amor; por el contrario, según el popular sicólogo M. Scott Peck, usted es un parásito. Es, de hecho, una imagen gráfica de alguien que depende absolutamente de otra persona para su sobrevivencia, pero de acuerdo con la psicología moderna, parece que ese amor verdadero sólo es posible cuando uno es capaz de vivir sin el otro, pero escoge vivir con él/ella.

Finalmente, amor no es un sentimiento. Amor es un compromiso, una decisión pensada, en la que entramos a vivir “en lo próspero y en lo adverso”, como decimos en el rito del matrimonio.

La dificultad para distinguir entre el verdadero amor y las otras imitaciones radica en el hecho de que la decisión del amor surge de esa misteriosa entidad de lo profundo del ser humano a la que llamamos “corazón”.

¿Qué distingue a un acto de amor de uno que no lo es? Mire al interior del misterio del ser humano, mire a su interior personal, y tal vez pueda descubrir la respuesta. Y tal vez al encontrarla también verá que las rosas, los chocolates y las tarjetas de esta temporada vagamente tocan ese profundo misterio el cual todos anhelamos: ¡el amor!

Para los fieles del horóscopo

20 de febrero del 2003

A veces por abrir la boca hablo de más, y como dicen por ahí “meto la pata”. Hablado la semana pasada sobre el verdadero amor, me atreví a sugerir que es un mito que exista una persona especial para cada uno de nosotros, los solteros. Hoy me encuentro bajo una montaña de cartas que no estoy seguro poder contestarlas todas.

“Dígame la verdad, Padre”, escribe un lector de *El Mundo*. “¡Dígame que mi caballero en brillante armadura está esperándome en alguna parte!” Otro escribe, “Tal vez soy simplemente más optimista que usted, Padre. Acabo de leer mi horóscopo, ¡y dice que hoy conoceré al amor de mi vida!”

A ti, querido lector, espero que sea cierto, porque si no, ¡los escritores de los horóscopos están ganando dinero a tus costillas!

Mi editor recientemente me preguntó mi opinión sobre este periódico. Empecé a hojearlo cuidadosamente, y le pregunté por qué el horóscopo tiene un espacio tan grande. Tal vez pudiéramos usarlo para caricaturas, sugerí, o incluso para un juego de palabras más interesante y desafiante. “Con todo respeto, Padre”, contesto, “esa columna tiene más lectores que usted”. Suspiré. Y sospecho que tiene razón.

Me pregunto ¿qué tiene el horóscopo que es tan atractivo? ¿Por qué disfrutamos tanto ese espacio para cambiar de canal y escuchar lo que Walter y las Estrellas nos dirán sobre el día de hoy?

Una encuesta reciente indica que una de cada cuatro personas cree en la astrología, y que tres de cada cuatro leen su horóscopo regularmente. Pero los horóscopos que aparecen en nuestros periódicos y pantallas de televisión no son otra cosa que un fenómeno contemporáneo de algo que existió hace casi seis mil años.

Desde siempre, la raza humana ha buscado “pistas” que expliquen nuestra existencia. Aunque desde el principio los astrólogos y los creadores de los horóscopos no estuvieron solos: Junto con ellos estaban los síquicos, lectores de la palma de la mano, clarividentes, futuristas, numerólogos, hipnotistas, mediadores y desde luego las brujas y brujos. ¡Qué familia! Su primera y más grande aliada es la fuerte curiosidad del ser humano por saber el futuro, por conocer lo desconocido.

Sin embargo, hay muchas interrogantes alrededor de todo esto que se presenta como verdadero y real. Partiendo del simple hecho de que el nacimiento es un breve momento en la vida de una persona. Si hay cuerpos celestes que ejercen una influencia fuerte sobre una persona, ¿por qué tendría que limitarse a un momento tan breve? ¿Por qué seré

un Tauro únicamente por haber dejado el vientre de mi madre a cierta hora?

La astrología, además, presume un mundo androcéntrico. Es decir, afirma que el ser humano y la tierra son el centro del universo. Mientras que la ciencia moderna ha demostrado que la tierra no es el centro del universo, sino que por el contrario nuestro planeta gira alrededor de una estrella, el sol. El cual a su vez gira en nuestra galaxia, y ésta a su vez en el universo. Al fin, ¡ya no somos el centro del universo!

Finalmente, tenemos una pregunta de metafísica hecha por la misma astrología: Si se puede saber el futuro, ¿es el ser humano verdaderamente libre? Si supiera que moriré en un accidente automovilístico mañana ¿me libraré quedándome en casa o tomando el autobús? Podría cometer un crimen y culpar a mi destino, diciendo que no tenía otra salida. (En términos teológicos, le llamamos a esto “predestinación”, una creencia difícilmente aceptada por mentes racionales al inicio del tercer milenio.)

Pero no me malinterprete: No estoy pidiendo que se dejen de publicar los horóscopos. Lo que estoy diciendo es que tengamos una visión más crítica. Que nos atrevamos a evaluar todo lo que se nos ofrece a través de los medios de comunicación, incluyendo la prensa.

Atrévase a leer, ver y a escuchar material productivo, instructivo, y sobre todo, verídico que le haga sentir con certeza que el tiempo que le dedicó fue una inversión y no un desperdicio. Existe incluso material, impreso o audiovisual, que le permite relajarse, soñar y avivar la esperanza de un mejor mañana con bases más reales y motivantes.

Pero si es su preferencia la página o los minutos en televisión de los horóscopos, ya sabe dónde encontrarlos. Y si usted cree en los horóscopos, le invito a que se arriesgue a descubrir el camino sin que le digan cómo caminar. Porque no hay mejor opción y que se disfrute más, que la que se escoge cuidadosamente para satisfacer no sólo su curiosidad, ¡sino que sirva también como una herramienta para seguir en el sinuoso camino de la vida!

Soledad, la película de su vida

27 de febrero del 2003

“¿Cuál es su problema?” preguntó el sicólogo. El joven paciente, Benigno Martín, pensó por un momento. Sabía bien cuál era el problema, así que lo expresó: “Soledad”. Benigno estaba obsesionado con Alicia Roncero, una joven bailarina de ballet. No deseaba otra cosa más que sentir su vida completa uniéndose a la vida de ella.

Después de cuatro años, los mejores de su vida en los que disfrutó de la presencia de Alicia, y haciendo lo que a ella le gustaba, Benigno murió de soledad. Francamente era trágico.

La historia viene de la última película de Pedro Almodóvar, “Talk to Her” (Hable con ella), a pesar de que el título está en inglés, es en español. Es una tragedia. El héroe aparece de la soledad. Y cuando se entera de que nunca volverá a ver al amor de su vida, muere como un hombre solitario.

Esta película me hizo pensar en otra, “El crimen del Padre Amaro”. Y me dejó pensando en cómo es que las únicas dos películas que han llegado a la pantalla grande en español en Austin han sido tragedias en las que el error más grande del protagonista es su soledad.

Tal vez usted recuerde la escena de “El crimen del Padre Amaro” Amaro”, en que Sanjuanero le recuerda al Padre Amaro “tú me dijiste que el único infierno es la soledad”.

Soledad. Ahora usted, lector, deje que esta palabra haga eco en su mente: ¡Soledad! En la misma película, el joven Padre Amaro busca un escape de la soledad del celibato por medio de sus salidas con la encantadora Amelia.

La película es una tragedia de principio a fin, y el único personaje que se salvó es el Padre Natalio, quien, en lugar de quedarse en la soledad, vive en comunión con el pueblo campesino de una villa en la montaña.

Sin embargo, sabemos que la soledad no sólo sucede en las películas. Al contrario, es, desafortunadamente, un mal de todos los tiempos y de mucha gente de todas las edades. Muchos niños son apartados, o en su casa no reciben atención. Los adolescentes experimentan una serie de sentimientos encontrados, y la soledad es uno de los sentimientos más fuertes. Los adultos, si son solteros y no han sabido encontrar consigo mismos, se sienten vacíos y solos. Los casados que no han vivido el compromiso de crecimiento en su relación caen en una terrible rutina que les hace sentir solos, aunque tengan a su lado a su compañera. Y por último, los ancianitos, que muchas veces los dejamos al olvido y al abandono, esperan tristemente su momento para morir.

Indudablemente, la soledad es un sentimiento real que todos experimentamos en algún momento de nuestra jornada en la vida. Es en realidad parte importante y esencial el pasar por una etapa (no muy larga) de soledad para encontrar lo que necesitamos para sentirnos completos. Pero, ¿qué podemos hacer en ese tiempo de soledad para que no terminemos como uno de los personajes trágicos que hemos visto en las películas?

Primero, podemos descubrir la forma en que personalmente lidiamos con nuestra soledad. ¿Encontramos formas saludables de expresarla y vivirla, o nos dejamos llevar fácilmente a expresiones sexuales enfermizas, infidelidad con nuestros compromisos, adicciones, u otros falsos y temporales escapes?

Segundo, podemos buscar amigos con quien podamos compartir esa lucha. Créame, usted no está solo/a. No es el único que se siente así. Usted puede encontrar a alguien más que camina en la jornada de la vida, y con quien puede compartir una sana relación de intimidad. En lugar de esperar en el sueño mitológico de “la media naranja” pensando que necesita forzosamente de alguien (su “otra mitad”) para sentirse completo, ¡dese cuenta que desde siempre usted ha sido una persona completa, y que en realidad sólo una persona que se siente completa puede iniciar una relación sana!

Por ello, cuando descubra cómo maneja su soledad, la salud de sus relaciones, y cómo comparte su soledad con los demás, tal vez llegue al punto de descubrir también lo que puede hacer para no terminar como un personaje trágico de película. La soledad es real, eso es definitivo. Tomemos tiempo para explorarla y ver cómo la podemos aprovechar a nuestro beneficio para crecer ¡y no para tropezar en el camino de la vida!

Así soy...¿y qué?

6 de marzo del 2003

Admítalo: También usted ha usado estas palabras antes. “Así soy”. Todos, incluso yo, lo hemos dicho en alguna ocasión. Y todos sabemos que nos sirven como un gran escudo, un gran pretexto. Es mucho más fácil decir “así soy”, que buscar una oportunidad a cambiar y crecer.

Yo mismo, uso una forma disfrazada del “así soy”. Cuando olvido hacer algo a lo que me comprometí, simplemente intento contestar con un poco de humor diciendo, “No te hagas viejo. Esto es lo que pasa cuando se llega a mi edad: ¡Empiezas a perder la memoria!” Detrás de esas palabras disfrazadas está: “No es mi culpa. Soy viejo y tengo mala memoria. Así soy”. Y a menos que esa persona desafíe mi respuesta, yo no crezco.

Por eso hoy, voy a desafiarme a mí mismo. Y quiero compartir mi reto con usted.

Lectores, esta semana vi a algunos de ustedes que no había visto en mucho tiempo—de hecho, desde el domingo de ramos del año pasado. En realidad, los veo solamente dos veces al año: el miércoles de ceniza y el domingo de ramos. Sé lo que están pensando, “Así soy. Claro que soy católico, ¡pero no siento que tengo que ir a misa todos los domingos!” Pero no me refiero a eso. Después de todo, jeso puede ser un cambio muy drástico!

Yo lo quiero desafiar a buscar un cambio en su actitud. Sí, atrévase a ver aquellos vicios en sus actitudes que ha venido arrastrando por años. Porque es justamente esto de lo que se trata el miércoles de ceniza.

Al recibir las cenizas, escuchamos las palabras, “Arrepiéntete y cree en el evangelio.” Arrepentimiento significa cambiar. Es revisar nuestras vidas y decidir lo que necesitamos hacer para crecer en nuestra relación con Dios y con los demás.

Pero las cenizas también son un signo de muerte. Nos recuerdan que nuestros días son limitados, y que un día, también regresaremos a la tierra de la que fuimos hechos. Nos recuerdan que nuestras vidas son limitadas, y que debemos aprovechar bien de nuestros días en esta Tierra.

Recientemente estuve leyendo de nuevo un libro que descubrí hace tiempo durante un retiro en el desierto de Nuevo México. En este libro, *The Acorn Principle* [El principio de la bellota], Jim Cathcart comparte que, así como las bellotas tienen el potencial de llegar a ser un sólido roble, también cada uno de nosotros tiene el potencial de llegar a ser grandes

personas que hagan realmente la diferencia en el mundo. ¡Está en nuestras manos el desarrollar plenamente nuestro potencial!

El árbol es un gran símbolo de vida y crecimiento. Y, al igual que los árboles, cuando los seres humanos dejamos de crecer, morimos. Otro escritor, Og Mandino, sugiere que hay muchas personas en la vida que han dejado de crecer. De hecho, él llama a estas personas “los muertos andantes”. ¡Caray! Al leer estas líneas, ¡pienso en algunas personas que ya son de hecho como las cenizas que recibieron esta semana!

Con el tiempo, tendemos a ser gente más conformista. Jim Cathcart ofrece ocho categorías para crecer, y pregunta cómo crecemos día a día en cada uno de los siguientes aspectos: mental, físico, espiritual, emocional, en nuestras relaciones familiares y amistosas, en nuestra carrera, y en nuestras finanzas. Sospecho que, para la mayoría, esta jornada de crecimiento empieza con un plan.

Empieza al sentarme a decidir el primer pasito que hoy pueda dar para crecer mentalmente. ¿Debo tomar clases de inglés, o estudiar para terminar mis estudios de primaria y/o secundaria? (¡Sí, existen estos programas de superación en Texas!) ¿Qué otras formas puedo encontrar para desarrollar mi mente para mantenerla viva?

Una vez que se ha dado ese pasito, no se detenga: Piense en cuál de las otras siete áreas mencionadas por Cathcart podría dar otro pasito de crecimiento.

Las cenizas que recibimos esta semana nos retan a no ser un número más entre los “muertos andantes”. Que ellos nos sirvan para recordar que el cambio y la conversión son parte de la vida. Que nos sirvan para seguir dando pequeños pasos que nos lleven a ser un día un sólido y fuerte roble que se atrevió a crecer y crecer, ¡para hacer la diferencia en el mundo!

“Niño” significa persona

13 de marzo del 2003

Esta semana, cuando celebré el segundo aniversario de mi ordenación al sacerdocio, un amigo me preguntó, “¿No es desalentador ser sacerdote? ¿No te sientes avergonzado?” Se refería a los múltiples escándalos sexuales que han bombardeado a la Iglesia Católica Romana en Estados Unidos y otros países.

La verdad es que amo ser sacerdote. Y como tal me siento profundamente triste e incluso furioso de ver cómo las acciones de sacerdotes y obispos han causado un gran daño y escándalo. Sin embargo, puedo afirmar que estoy resuelto a dialogar sobre el sufrimiento que hemos visto y escuchado, para ser partícipe activo de una renovación más saludable no sólo del sacerdocio, sino de todo el mundo.

Tristemente, el abuso a menores ocurre en diferentes ámbitos sociales: dentro de la misma familia, en las escuelas, en la calle, en la industria cinematográfica, y en la iglesia. Por la importancia que tienen nuestras creencias y nuestra fe, es que nos altera tanto este crimen viniendo de un sacerdote. Resulta indignante que un mensajero de la palabra de Dios cometa un crimen de esta naturaleza.

No pretendo justificar a nadie, pero sí debo recordarle que también los sacerdotes son humanos. Tienen una misión muy especial, con gran responsabilidad, pero al fin y al cabo los sacerdotes que me avergüenzan con su debilidad son humanos que faltaron gravemente a su compromiso. Seguramente la palabra “pedofilia” ya le suena familiar: es el término médico que define la enfermedad de los abusadores de menores.

Usted y yo sabemos que en el pasado hablar de sexo era un tremendo tabú. En la casa era una palabra prohibida, al igual que en las escuelas. Desde luego, la iglesia no era la excepción. Fue el mismo ser humano quien hizo ver algo completamente natural como pecaminoso y malo. El resultado fue el despertar de la lujuria y una terrible confusión de lo que es el amor.

El problema sexual que enfrenta nuestra iglesia hoy tiene su origen en parte a que en el sistema antiguo de los seminarios, llevaban a jóvenes de 14 años de edad que podrían ser sacerdotes. El sistema les inculcaba a reprimir toda sensación sexual o sentimiento amoroso. Era ley negarlos por el hecho de que serían sacerdotes. Por ello, estos jóvenes no pudieron crecer sexualmente. No conocieron su sexualidad, ni mucho menos la manera de interactuar con los demás sanamente. Se les enseñó a enterrar

su sexualidad, y hoy comprobamos que la ignorancia ha cobrado un precio muy alto.

Ahora vayamos al tema de la familia. Históricamente hemos visto el rol de los padres como los principales formadores de los hijos. Y una de las reglas que nunca han faltado es la de enseñarles a obedecer las demandas de los adultos. Lo cual puede ser bueno, pero la educación no está completa si no se entiende que un niño es una persona que está conociendo el mundo y lo que hay en él a través de los padres.

Un padre o madre autoritario y chantajista hace a su hijo/a más vulnerable al ataque de un abusador. ¿Cree usted que si su hijo/a es maltratado/a física o emocionalmente tendrá la confianza de acudir a usted si algún extraño le acosa sexualmente?

Recuerde su niñez. ¿Cuáles fueron sus carencias? ¿Recibió amor, cuidado y atención? ¿Creían en usted como persona a su corta edad, o incluso en su adolescencia? Si usted ha venido a la parroquia de Cristo Rey, me habrá visto en los bailes parroquiales con los jóvenes, o visitando a nuestros niños en las clases de doctrina: ¡sí, todos ellos son personas con sentimientos, con miedos y con muchas preguntas!

Padres de familia, ¡acompañen a sus hijos en su jornada de crecimiento! Ofrézcanles una sana relación de amor y confianza durante su desarrollo. Demuéstrenles que son amados. Escuchémoslos y respetémoslos, rescatando nuestros valores humanos y familiares. Y desde luego, hablemos también de lo que no es tan bueno: la lujuria, el abuso sexual, la pornografía, y todo lo que, por ignorancia, el ser humano ha deformado.

Seamos usted y yo los agentes de cambio que nuestro mundo necesita: yo en mi ministerio religioso y usted en su familia. Partiendo de la base que “niño” significa “persona”, y no un objeto que está para ser manipulado hasta que sea capaz de hablar y defenderse. La pedofilia entonces irá perdiendo terreno hasta desaparecer.

Los homosexuales Ni zurdos, ni diestros: sólo seres humanos

20 de marzo del 2003

Para la mayoría, nuestras bromas eran divertidas. Y ahora un verdadero comediante entró en acción. ¡Sí que nos hizo reír! Empezó a usar palabras que no habíamos escuchado esa noche: “gay”, “maricón”, “volteado”, “mariposa”. ¡Vaya que rió la gente! Miré discretamente a un joven que no reía. Sentí su dolor. Conozco sus luchas por ser homosexual, y he compartido su jornada de creer que estaba condenado al infierno por ser homosexual, hasta una aceptación más saludable de su orientación sexual.

Miré a otro joven, y también sentí su pena. Él tiene una “novia”, pero, como una vez compartiera conmigo, en su corazón él es uno de los personajes de los que se estaba hablando.

Para muchos, la homosexualidad no es cosa de gracia. De hecho, para las personas gays o lesbianas, la jornada puede ser particularmente difícil y dolorosa. Y para sus padres, familiares y amigos, muchas veces es como un cuchillo que atraviesa sus corazones.

Los estudios científicos indican que una de cada diez personas es exclusivamente gay. En realidad, el asunto es más complejo que simplemente blanco y negro. Es más como la pregunta, “¿habla usted el inglés?” Parece una pregunta sencilla, pero en realidad hablar otro idioma no es tan blanco y negro; es más como una escala del uno al 10. La pregunta entonces sería qué tan bien habla usted el inglés, qué tan bien lo entiende, qué tan bien lo escribe, y qué tan bien lo lee.

Así como hemos visto, la evolución del televisor, de blanco y negro a una gama de colores, no es posible seguir reflexionando sobre la homosexualidad en términos de blanco y negro. En vez de pensar que uno simplemente es o no es homosexual, la realidad es que cada persona podría identificar su sexualidad más en una escala del uno al 10, entre los varios tintes y colores de la sexualidad humana.

¿Qué tienen en común todos los tintes de la sexualidad que se llaman “homosexualidad”? Son atracciones eróticas y espontáneas hacia personas del mismo sexo. Esto es la homosexualidad. Es una atracción espontánea y erótica que predomina en los impulsos interiores de una persona.

Esta definición dice mucho. Dice que la homosexualidad es “espontánea”. ¿Conoce usted a alguien que ha “escogido” ser atraído a la persona que ha resultado atractiva para él/ella? “Así soy”, decimos. Y así dice la persona homosexual: “¿Cree usted que yo escogería la

persecución que viene con los chistes y estereotipos sobre los homosexuales?” Parece un argumento convincente.

El punto interesante para la espiritualidad es que si una acción no es “escogida”, entonces no hay culpabilidad moral. En español simple: si usted no despierta un día y decide que quiere ser gay, sino que sólo descubre que “eso es lo que es”, no es su culpa. Desde luego que hay gente que le señalará y le dirá que es maligno, pero...¿usted lo escogió? La gente físicamente ciega, ¿escogió ser ciega? ¿Se les culpa por su carencia? (Y sí, a todos los padres: Dejen de culparse si su hijo adolescente o adulto es gay o lesbiana. ¡No es culpa de usted!)

¿Una enfermedad? ¡No!

Espere: Acabamos de hacer una peligrosa analogía entre la homosexualidad y una carencia, la falta de vista. No es así. Hace treinta años, los médicos profesionales removieron la homosexualidad de sus libros de patologías psicológicas, y según la psicología moderna, la verdadera enfermedad para el homosexual no se basa en ser homosexual, sino en no aceptar la homosexualidad. Ahora, al inicio del tercer milenio, si estuviera comparando la homosexualidad con una condición física, tal vez podríamos hacer una analogía con las personas que son zurdas.

Para ser justos, hay varias escuelas de pensamiento sobre la homosexualidad. Hay, por ejemplo, una tradición que tiene su raíz en una interpretación literal de las escrituras judeo-cristianas, una interpretación que entiende mal a la homosexualidad como “una atrocidad ante el Señor” (Levítico 18,22).

Desafortunadamente, si queremos basarnos en esta escuela de pensamiento con credibilidad, nunca podríamos tocar un fútbol norteamericano (Lev. 11,6-8), especialmente mientras llevamos una playera polyester-algodón (Lev. 19,19), ¡y nunca después de comer carnitas de puerco (Lev. 11,6-8)! De acuerdo a esa misma ley, todos estos son pecados.

Pero, dice usted, la ciudad de Sodoma (Génesis 19) fue destruida debido a la homosexualidad. ¡Falso! Lea la historia otra vez: ¡el gran pecado de Sodoma fue su inhospitalidad para con los inmigrantes! ¡Ay!

Es verdad que la Biblia menciona la homosexualidad unas 12 veces, pero parece que a menos de que estemos dispuestos a rezar una lectura literal y selectiva de algunos pasajes (y no de otros), la Biblia es de muy poca ayuda para que podamos explorar las ramificaciones de la homosexualidad en este nuevo milenio.

Así como se conoce a la ciudad de Austin como un lugar amigable para los inmigrantes, también es famosa por su amigable comunidad

homosexual. Simplemente es un hecho que los gays y lesbianas se sienten seguros, tranquilos y satisfechos con la calidad de vida aquí en Austin. Y son nuestros vecinos.

Según una encuesta reciente aquí en Austin, cuatro de cada cinco personas homosexuales reportan ser miembros de una comunidad de fe. Uno de cada tres ha estado en el ejército. Uno de cada cuatro está casado con una persona del sexo opuesto. Uno de cada cinco tiene hijos. Son seres humanos merecedores de respeto, confianza y amor.

En segundo lugar, debemos aprender a amarnos y a amar al prójimo. Si la homosexualidad no es una enfermedad, si es más bien algo tan simple como el ser zurdo o diestro, tal vez es sólo parte de lo que una persona es. Tal vez es incluso un regalo de diversidad en nuestra comunidad. Por ello, ¿por qué no podemos realmente amarnos y amar a los demás referente a este tema?

Este fue el mensaje de los obispos católicos romanos en EE.UU. en 1997, cuando escribieron una carta para los padres de hijos homosexuales. Los obispos titularon la carta “Siempre nuestros hijos”, y su mensaje era sencillo: Aun cuando no se entienda el asunto de la homosexualidad en nuestros hijos, ellos siempre serán nuestros hijos...y por eso debemos amarlos.

Tercero, debemos ayudarnos mutuamente en nuestra jornada respecto a este asunto. Se dice que la gente se acerca a la muerte a través de una jornada que pasa de la negación, a la ira, al convenio, a la depresión, y finalmente a la aceptación. Sospecho que uno mismo, o un amigo familiar de uno que es gay, involucra un proceso similar de “morir” a malos entendidos y prejuicios.

La aceptación

Para la persona homosexual, y para su familia y amigos, la verdadera jornada apenas empieza con la aceptación. En seguida las preguntas surgen. ¿Qué significa? ¿Cómo afecta nuestra relación? ¿Con quién puedo compartir esto respetuosa y responsablemente?

Dado que las preguntas son innumerables, muchas veces se recomienda que uno busque un director espiritual, un guía que le asista en ordenar todos estos puntos y que le ayude a entender claramente la situación. Buscar a tal persona para usted mismo, y para las otras personas afectadas, puede crear una relación más armoniosa y hacer la jornada a la aceptación menos difícil.

Finalmente, necesitamos ser más sensibles cuando una situación así se presente en cualquier contexto de nuestra sociedad: en nuestras conversaciones diarias, en la predicación religiosa, e incluso en los chistes. Nuestra mayor falta es el juzgar. Seamos realistas y veamos más

allá de los fríos e insensibles estereotipos y del temor inhumano de los prejuicios, los cuales caracterizan los chistes. Estamos hablando de gente real que habla y camina con nosotros en la jornada de la vida.

Atrévase a andar con ellos y descubrirá que son personas creativas, interesantes, y sensibles. Usted se sentirá afortunado de conocerlos ¡y de descubrir que son personas que pueden incluso cambiar su vida!

Una pelea familiar

27 de marzo del 2003

Tuvimos una pelea familiar. Usted sabe cómo es esto: Alguien se enoja por alguna razón, se intercambian palabras, y el otro también se enoja hasta que alguien grita en auxilio de mamá, desde luego que ella de inmediato entra en acción fungiendo como mediadora para juzgar y sentenciar al culpable. Claro que también terminará enojada, ¡y la paz se desvanece de la casa como neblina bajo el sol!

Una situación el otro domingo me hizo pensar en las disputas familiares, y cómo podemos resolverlas efectivamente. La situación era, en cierta forma, una pelea familiar.

Los domingos, para nuestra misa de “mariachi”, unas 1.200 personas tratan de entrar a nuestra iglesia la cual acomoda a 600 personas. Esto crea varios retos, especialmente para el estacionamiento. Así que nuestra “pelea familiar” empezó cuando un furioso chofer de autobús llamó al departamento de policía porque (¡otra vez!) hubo carros bloqueando las intersecciones, y no le permitieron recorrer su ruta apropiadamente.

A tan sólo dos minutos de empezar la siguiente misa, me llegó la voz de que la policía estaba afuera multando autos mal estacionados. “¿¿Cómo se atreven?!” , respondí, y me enfurecí. Decidido a abrir un caso, corrí hacia la intersección y les exigí sus nombres y números de identificación.

Sólo hacían su trabajo, insistieron. Y además, dijeron, “todo aquel, que tiene una licencia de conducir en Texas sabe que no se puede estacionar a menos de 20 pies de una intersección”. Imaginé que el 70% de mi congregación manejó hasta la iglesia sin licencia de conducir, y las calles sin marcas no les dieron indicación alguna del porqué recibirían la cita a la corte.

El chofer del autobús estaba molesto. Yo también estaba molesto. Los policías estaban molestos. Y pronto la comunidad también estaría molesta. ¡La paz en el barrio se había desvanecido!

Escuché que el canto de entrada iba empezando dentro de la iglesia, ¿y ahora yo tendría que volver a predicar sobre paz, amor y perdón?

Yo estaba enojado porque el “niño” que gritó más fuerte (Capital Metro) atrajo la atención de “mamá” (la policía), y en consecuencia el “hijo ilegítimo” (el pueblo inmigrante) fue abofeteado. Era un escenario muy desagradable—tal vez tanto como el que en ocasiones vemos en nuestros hogares.

Sé que es así porque soy el segundo de cuatro hermanos. Siempre estábamos peleando y compitiendo, enojados o haciendo enojar al otro.

Por eso me atrevo a asegurar que muchos se identifican y tal vez les haga recordar alguna situación similar actual o del pasado.

Vayamos juntos entonces a la raíz de un conflicto, cualquiera que éste sea. El primer paso en resolverlo es ponernos en el lugar de la otra persona. Es tratar de ver el mundo a través de sus ojos. Busque, vea, sienta. Pregúntese por qué hablan y actúan como lo hacen. Al día siguiente, cuando traté de ponerme en el lugar de los demás, empecé a entender mejor la situación: el chofer del autobús y los oficiales de la policía realmente estaban “haciendo sus trabajos”, y la gente que se estacionó ilegalmente simplemente hicieron lo que hace la gente (como yo) que no conoce la ley.

Pero ponernos en el lugar de la otra persona es sólo el primer paso: la verdadera jornada consiste en sentarnos juntos, hablar del problema, y encontrar una forma creativa de resolverlo. Muchas veces la raíz de un problema va más allá de lo que se ve cuando la bomba estalla. El verdadero reto entonces es hacer a un lado nuestro orgullo y dolor, para que humildemente dialoguemos sobre el problema.

Mentiría si dijera que es fácil; usted sabe que no es así. Pero lo que sí es un hecho, es que todo empieza por algo. Hágalo. Atrévase a dar el primer paso. Dele una oportunidad, y désela usted mismo. También usted se sentirá mejor comprendido.

Esta semana, entonces, cuando me sienta con el personal del departamento de policía y el de Capital Metro y con la comunidad para resolver esta riña familiar, pensaré y rezaré para que usted y su familia también busquen y logren la paz, el amor y el perdón con que todos soñamos, ¡y que predicamos a nuestros niños!

Los “coyotes”: ¿Ayuda o fraude?

3 de abril del 2003

Por décadas, la desigualdad económica entre nuestras naciones ha forzado a la gente a emigrar a otros lugares. Legal o ilegalmente, gente de todo el mundo viene a Estados Unidos. En México, los “coyotes” son uno de los medios más populares, altamente costosos y riesgosos para cruzar la frontera.

Y como suele suceder en muchas situaciones, pagan justos por pecadores, como dice el dicho. Indudablemente hay maldad en nuestra sociedad. Y en el caso de los coyotes que han abusado de la gente o que han cometido fraudes, solemos decir que todos son así. La realidad es otra. Tuve la fortuna de conocer a uno de ellos y pasar una agradable tarde con él.

Nuestra conversación me ayudó a entender mejor cómo una acción ilegal ha ayudado a un gran número de personas a mejorar sus vidas: con trabajo, ayudando o formando una familia, y prosperando poco a poco. Debemos reconocer que los coyotes tienen un talento especial y que consciente o inconscientemente contribuyen a una causa humanitaria.

Para compartir nuestra conversación, lo llamaremos ficticiamente Moisés. Estábamos en su casa y mientras comíamos, la conversación sobre el ser coyote empezó a surgir. Mi curiosidad por su riesgosa actividad me impulsó a iniciar. Le dije, “Estoy intrigado por lo que hace. Tal vez podamos ir a un lugar más privado para hablar sobre ello”. Para mi sorpresa, él se negó, “Puede que le parezca extraño, pero ser coyote es parte de lo que soy. Toda mi familia lo sabe. De hecho, casi todos mis familiares han estado involucrados en alguna ocasión. Mi esposa e hijos también lo saben, es algo normal de lo que todos hablamos abiertamente”.

Su confianza y apertura me dio pauta para continuar con mi cuestionamiento.

¿Cómo puede ser tan abierto con los niños? Es decir, en la escuela los niños comentan “mi papá es bombero” o “mi papá es obrero”, ¿qué dicen sus hijos?

Ellos simplemente dicen, “mi papá trabaja traficando carne humana”.

¿Y es eso lo que en esencia hace un coyote?

Un coyote simplemente pasa gente de México a Estados Unidos. Mientras haya gente colándose ilegalmente a este país, seguirá existiendo un mercado para su traslado. El coyote les ayuda a cruzar la frontera lo más seguro posible para que puedan realizar sus sueños en esta nación.

Lo que usted hace es ilegal. Va en contra de la ley.

Sí, lo sé. Pero no es un pecado ante Dios. Ayudamos a la gente a llegar a este país para que puedan ganar el dinero que no logran conseguir trabajando en México. Indirectamente ayudamos a que compren tierra o casa en su país, así como animales y sustento para sus familias.

Entonces, aun cuando sea ilegal lo que hace usted, lo ve como una profesión de ayuda a los demás. ¿Cuál es el lado malo de ser coyote?

Lo malo es cuando se abusa o engaña a otra persona. En mi caso, sé que la gente confía en mí como coyote, y nunca los defraudaría. Por más de ocho años hice viajes cada tres semanas pasando grupos de 19 personas cada uno. Es un encargo, y lo tomo muy seriamente.

¿Alguna vez lo han atrapado?

No, afortunadamente. Pero sí he tenido algunos escapes difíciles y encuentros muy temerosos con agentes de la patrulla fronteriza.

¿Debo suponer entonces que les ha mentado a los agentes varias veces? Pues sí. A veces uno tiene que mentir por necesidad.

¿El fin justifica los medios?

Yo digo que sí. Que Dios nos perdone, pero son cosas que uno tiene que hacer.

Ya que habla de Dios, dígame ¿qué le pedía durante su trabajo?

Que me diera licencia para realizarlo porque necesito sacar mi familia adelante. Eso es todo.

Usted busca lo mejor para su familia. Eso es bueno. ¿Qué diría usted a una persona que está pensando en pasar a un familiar, con la ayuda de un coyote?

Nunca, nunca pagarle por adelantado. Dele el teléfono de un familiar en Estados Unidos que tenga el dinero disponible. Y esté consciente que brincar frontera es difícil, mucho más difícil que hace dos años. Lo que antes se hacía en dos horas hoy puede tomar cinco días.

Espero que al igual que a mí, esta entrevista le haya dado una nueva perspectiva de lo que es la realidad de muchos coyotes que son gente como usted: ¡con familia y tratando de ayudar a otros a prosperar!

Un Poquitico de paz

10 de abril del 2003

Al llegar acá, en Costa Rica, me di cuenta de que todos estamos sintonizados en la misma guerra. Tristemente, es una guerra apoyada por el presidente de la nación, Abel Pacheco, y rechazada por muchos de los ciudadanos que gobierna. El día que partí, por ejemplo, vi en televisión que 200 mil americanos protestaron en las calles de Nueva York. La escena que vi al llegar a Costa Rica fue semejante: miles de ticos estaban protestando por el “respaldo moral” que su presidente había ofrecido a Estados Unidos.

Si usted es un tico, claro que tiene que estar en las calles protestando por esta guerra. En su propia jornada hacia la paz, Costa Rica ha vivido en un estado de “desarme neutral” por veinte años. En 1987, el presidente Oscar Arias Sánchez ganó el Premio Nobel de la Paz por activar el Plan de Paz Centroamericano. Y justamente por eso, al escuchar que su presidente expresó un “respaldo moral” de cualquier naturaleza a favor de una guerra, el pueblo tico se siente indignado y parece estar más al lado de Fabián Pacheco Rodríguez, el hijo del presidente, quien dice que el apoyo de su padre a “míster dólar” y la acción bélica es “muy triste”.

El pueblo costarricense conoce muy bien el impacto de desastre en la comunidad humana. Con 112 volcanes en su país, los ticos saben que la guerra tiene el impacto destructivo de la violenta erupción de un volcán, y al igual que el volcán, la guerra va más allá de la destrucción.

Pero Costa Rica ha aprendido que la destrucción no sólo es obra de la naturaleza, sino que también es obra del ser humano. Sí, los ticos han sido testigos de lo que resulta cuando la fuerza militar se mezcla con intereses económicos. Se llamó la conquista. Le entró la fiebre del oro al pueblo español y, cegados por esa ambición, ocasionaron un desastre peor que el que pudiera causar el volcán más grande.

En un parque en el centro de San José, hay una estatua de un conquistador español. ¿Qué nativo podría defenderse contra este hombre con armadura y con su enorme espada de acero? Después de haber hablado con varias personas del país, pude ver el temor que muchos tienen, que los habitantes del reino del norte de la Nueva España se ven a sí mismos como conquistadores modernos, llevando la corona de la democracia para el mundo con fuerza militar—y sí, todo por razones económicas.

A lo cual el presidente Pacheco estaría, sin duda, en desacuerdo. Sospecho que su postura sería más la de sembrar la presencia de Estados

Unidos en Iraq como el simple uso de la Fuerza Pública, con su barrera de cascos y escudos, en un partido de fútbol.

Este “juego de fútbol” nos dice que tal vez irónicamente aun aquí en Costa Rica, una nación en donde el ejército fue abolido en 1949, necesitamos personajes que aseguren la paz y el orden. De hecho, el mundo necesita tales personajes. Los ticos saben esto. Por eso, sin tener ejército, ponen toda su confianza en las Naciones Unidas para asegurar tal paz y orden en todo el mundo. Y por eso su pregunta: ¿es el “respaldo moral” del presidente al militarismo unilateral la respuesta?

En 1949, durante la ceremonia de abolición del ejército en Costa Rica, el presidente José Figueres golpeó con un marro la pared de una fortaleza como un acto simbólico del fin del militarismo nacional. Subsecuentemente, el país gozó de una próspera y pacífica era—hasta 1979 cuando la guerra estalló en la vecina Nicaragua, y la nación se atrevió a ofrecer un hogar a cientos de miles de refugiados de la guerra. A pesar de la decepción de su nación, hoy en día el presidente Pacheco está deteniendo el marro que Figueres usó. Y al igual que en Estados Unidos, en Costa Rica también surge la pregunta: ¿Qué necesita nuestro mundo para disfrutar de un poquitico de paz?

Y la historia se repite...

17 de abril del 2003

A través de la historia, hemos leído o presenciado algunos eventos que volvemos a ver una y otra vez en diferentes lugares o incluso en los mismos lugares. Es viernes 18 de abril del 2003 y el sol se empieza a despedir. La multitud en la Plaza Saltillo en el Este de Austin está a punto de entrar y revivir una historia que ocurrió hace dos mil años.

En estos días, las ejecuciones públicas son muy raras, por eso no es de sorprenderse que algunos miles de personas presencien este juicio nocturno. ¡Extrañamente claman la muerte de un hombre que una vez habían proclamado a su rey!

El caos llena la plaza. ¿Qué hará el gobernador? Me imagino que estará de acuerdo con Caifás, el sumo sacerdote que le ofreció, "Es mejor que muera un solo hombre por el pueblo, y no que perezca toda la nación".

Mientras tanto, en el otro lado del mundo, otro hombre que una vez fue proclamado rey ha sido derrocado. Ahora Saddam Hussein pronto será ejecutado. El pueblo que un día lo proclamara rey, celebra hoy su caída. Las plazas se llenan con caos. Y la historia se vuelve a repetir.

Afortunadamente, la historia nos guarda acontecimientos que nos dan esperanza, aunque tengamos todo en contra. ¿Cuál será el resultado de los dos hombres sentenciados a muerte, al que recordamos esta noche en la Plaza Saltillo y el de Iraq? Sospecho que aun cuando mueran, los ideales que defendían permanecerán.

Para los cristianos, algunos eventos de esta semana son la remembranza de los eventos ocurridos en la vida de un carpintero judío de Nazaret hace unos dos mil años. Su historia de gloria se tornó bruscamente en una historia de sufrimiento. La misma multitud que lo aclamara como su rey al llegar a Jerusalén, pronto pediría a gritos su ejecución.

La celebración cristiana del domingo de ramos de la semana pasada nos trae a la mente la historia de la jornada de la gloria al sufrimiento. "¡Viva el Rey de Israel!" gritaba la gente, recibéndolo con alegría. "¿El rey de los judíos?" se burlaban, ondeando una "corona" hecha de ramas con espinas.

En el Cerro del Cubilete en Guanajuato, hay un gran monumento a este hombre. En un lado está un ángel sosteniendo la "corona" de espinas. Y en el otro lado está otro ángel sosteniendo una corona de oro, el símbolo de un verdadero rey. De acuerdo a la historia, el "criminal" humillado y asesinado mediante la crucifixión después fue revindicado al resucitar de entre los muertos. ¡Sí, revivió!

Es una antigua historia de esperanza para aquellos que sufren los miles de caídas y “muertes” que son parte de la jornada de la vida. Es la historia de cualquiera que alguna vez se ha enamorado, o que se ha casado, o que ha criado hijos: Nuestras fuentes más grandes de alegría pueden convertirse también en las fuentes más grandes de dolor y sufrimiento.

Tal vez lo más oscuro de estos momentos es cuando damos nuestro corazón a otra persona. He visto cómo esta historia se repite miles de veces. El sufrimiento más grande imaginable en la vida de una mujer es cuando su esposo, una fuente de alegría para ella, muere súbita e inesperadamente. Tragedias similares marcan con frecuencia el sendero de la vida: la muerte de los padres, amigos o hijos; divorcio, separación, infidelidad; alguna enfermedad crónica o terminal; derrota o desesperanza. ¿Puede alguien imaginar un momento más oscuro en la vida? Existen momentos en los que nos encontramos gritando como aquel hombre de la cruz, preguntándonos si nuestros dioses nos han abandonado.

Pero la historia del hombre que resucitó de la muerte, el hombre cuya “corona” de espinas fue cambiada por una corona de oro, ha llevado esperanza a millones de personas a través de los siglos. Y hoy en día, a pesar de las adversidades, continúa inspirando esperanza y amor a todos los que hemos pasado por esos oscuros valles de la vida.

Esa historia nos da una sencilla y poderosa esperanza: ¡la vida nueva es posible! Si la vida nueva fue posible para un hombre condenado y asesinado por su propia gente, tal vez la vida nueva es posible para todos los pueblos y naciones, para comunidades y razas, e incluso para aquellos que buscan sin cesar en la jornada de la vida.

Esta es la historia, y la historia se repite.

De otro planeta

24 de abril del 2003

Usted, amiga lectora, se preguntará por qué su pareja hace y dice cosas que la vuelven absolutamente loca. Es simple: ¡porque él es de otro planeta! Usted, amigo lector, dice que no puede entenderla. ¿Por qué diría ella eso? ¿Por qué haría eso? Así de simple: ¡Ella es de otro planeta!

Desde luego que cuando se está locamente enamorado, uno no es hábil para ver la trascendencia y los efectos tan grandes que tienen nuestras diferencias. Y por eso es que nos casamos con esa persona especial y creemos que viviremos felices para siempre, como en los cuentos de hadas.

Tiempo después, a veces muy poco, se acaba la luna de miel. Me encanta esa expresión, “luna de miel”. Implica que la primera luna (o mes) de matrimonio es la más dulce. Y después de eso... pues de pronto nos damos cuenta que esa persona tan especial con quien nos casamos, ¡ya no es la misma! Empezamos a notar esos pequeños detalles que nos vuelven locos, y no es precisamente la misma locura de amor de un principio.

Tomemos un ejemplo sencillo: el vaso sucio que él dejó en la sala o en la mesa. ¿Qué significa esto? ¿Es acaso que no está compartiendo las responsabilidades de la casa? ¿Qué espera él, que usted lo recoja?

Antes de que su mente siga formulando teorías, mejor pregúntele. Su respuesta es diferente. “Hay más vasos limpios en la alacena”, él dirá. Claro, él lavará el vaso, ¿pero qué no puede esperar hasta mañana? ¿Cuál es la prisa? ¿Cuál es el gran problema por dejar un vaso sucio?

El vaso en sí es inocente. La raíz del conflicto está en la diferencia entre perspectivas.

Cuando las parejas casadas vienen a mi oficina, muchas veces es porque no pueden entender que simplemente tienen dos perspectivas sobre la misma situación. El reto, entonces, es resolverlo.

Qué regalo: ¡tener dos perspectivas sobre la misma situación! Los niños pelean o van mal en la escuela: ¡Ustedes tienen dos perspectivas! Su suegra dijo algo que a usted no le agradó mucho: ¡Usted tiene dos perspectivas! Escucha una discusión en la radio o televisión: ¡Usted tiene otra perspectiva!

Pero este gran don es, al mismo tiempo, un gran desafío. No siempre es fácil ver lo que otra persona ve. De hecho, es a veces imposible.

Cuando las parejas casadas vienen a mi oficina, con frecuencia uso el ejemplo de un santito que tengo en mi escritorio. El santo tiene un libro en una mano y un hacha en la otra. Sostengo la estatua de manera que

quede entre ellos y yo, y les digo: “Vean este santo. Ahora me puede decir que tiene en una mano un libro y en la otra un hacha, pero yo simplemente no veo eso”. Y desde mi perspectiva, no puedo verlo. Ambos estamos viendo el mismo objeto, pero de dos perspectivas distintas.

Me imagino que esto sucede con frecuencia en las relaciones humanas. Vemos una cosa, y la otra persona ve algo diferente. Cada uno ve desde su propia perspectiva. ¡Y puede parecer que somos de diferentes planetas!

Hay muchos ejemplos. El vaso sucio, la ropa sucia, o la toalla mojada en el piso. Por qué ella es tan estricta con los niños. Por qué él alza la voz. Qué es lo que los dos buscan en sus relaciones personales y sexuales.

Muchas veces en los momentos en los que no nos comprendemos en nada, la solución más fácil que nos aparece es terminar la relación. Pensamos que nunca podremos entendernos y se nos han acabado los recursos. ¡Pero no podemos terminar las relaciones familiares y matrimoniales tan fácilmente!

Parece que el desafío para nosotros es ponernos en el lugar del otro, y ver a través de sus ojos por qué hizo lo que hizo. Si realmente nos ponemos en su lugar, y caminamos en sus zapatos, tal vez descubramos que hubiéramos hecho lo mismo – si somos sinceros.

Eso no significa necesariamente que se haya hecho lo “correcto”. Pero nos da la pauta para iniciar una conversación. Y si conversamos con más frecuencia ¡veremos que nuestros “planetas” no están tan lejos el uno del otro!

Como flechas en manos del guerrero

1 de mayo del 2003

Ha llegado la fiesta del cinco de mayo, nuestra celebración de esa decisiva batalla en Puebla. ¿Cómo debemos celebrar? En vez de celebrar con ceremonias, fiestas y comidas, propongo algo diferente: Piense en su propio “cinco de mayo”, en su “batalla” por conquistar su propia independencia como adulto/a.

La jornada de una nación hacia la independencia es un camino por el que todos viajamos en la vida. Como jóvenes adultos, empezamos a sentir la misma sed de independencia que tuvieron nuestros ancestros. Y empezamos a soñar con independencia. De hecho, una de las tareas monumentales de los padres es ayudar a sus hijos a navegar en este difícil mar hacia la libertad.

La vida está llena con muchas cosas que “tenemos” que hacer. Esto es especialmente cierto para los más pequeños que tienen poco poder de auto-determinación. Como niños, tenemos que ir a la escuela. Tenemos que acostarnos a cierta hora. Tenemos que sacar la basura, o lavar los trastes. Tenemos que cambiarnos la ropa porque su estilo la hace ver “inapropiada” para la escuela o iglesia. ¡Simplemente hay muchas cosas que “tenemos” que hacer!

Adelante, póngase en el lugar de su hijo/a y sea honesto/a: ¿no le gustaría también aprender cómo ser libre de todo eso? Por eso, vamos a la escuela, ¡para aprender qué significa ser libres!

La escuela es uno de los primeros lugares en los que experimentamos la libertad de no tener a los padres. Ahí empezamos a dirigir nuestras propias acciones: decidimos si ponemos o no atención al maestro, lo que haremos cuando no nos vea el maestro, con quién nos sentaremos a estudiar o a comer, y desde luego con quien jugar. En muchas formas, nuestra experiencia en la escuela es como la de nuestros ancestros—estando en esta tierra nueva, lejos de la mirada observadora y paternal del gobierno español.

De hecho, el luchar por nuestra libertad en algún momento de la vida, es como la experiencia de nuestros ancestros que batallaron con Francia: es un acontecimiento inevitable. Mientras más tiempo pasemos en la escuela, y menos tiempo con nuestros padres, más fácil será ver que este acontecimiento pasará.

Y tal parece que los judíos antiguos tenían razón al decir que los niños son “como flechas en manos del guerrero” (Salmo 127). No están hechas para quedarse en la aljaba para siempre, sino que deben lanzarse con

fuerza hacia adelante. Están hechas para liberarlas con firmeza por los aires. Y si hacemos un buen lanzamiento, llegarán bien a su destino.

Así pues, ¿qué podemos hacer los padres y adultos para ayudar a nuestros hijos en su jornada hacia la independencia?

Primero, ayudémosles, brindándoles poder y libertad para tomar algunas decisiones por ellos mismos. Motívelos a tomar la iniciativa para hacer algunas tareas. Permítales, por ejemplo, escoger lo que les gustaría vestir en lugar de decíles lo que deben usar. De esta forma, les ayudamos a ampliar la influencia que tienen sobre sí mismos y sobre el mundo que les rodea. No los lance al mar sin que sepan nadar: ¡la corriente los arrastrará y se ahogarán!

Segundo, podemos ayudarles a entender el poder de negociación y de situaciones ganadoras para las dos partes. Esto es, podemos ayudarles a considerar nuestras necesidades y las necesidades de los demás al momento de tomar sus decisiones.

Tercero, podemos ayudarles a soñar en cómo podría ser su vida después del día de su independencia. ¿Qué significaría la libertad para ellos? ¿Qué harían con ella? ¿Cómo usarían ese gran regalo?

Como flechas en manos del guerrero. Mire a los jóvenes de su hogar. Están sedientos de libertad, de ser libres de la aljaba. ¿Cómo les va a ayudar en su jornada hacia una vida adulta libre y responsable?

Empiece hoy a prepararlos para la libertad, y no espere hasta que ellos la pidan o exijan de manera equivocada con fines equivocados. Prepárese y prepare a sus hijos para que ese “cinco de mayo”, en el que los liberamos al mundo, no se convierta en una dura y triste batalla, sino en una victoria que se acepta con orgullo.

Mamá a la antigüita

8 de mayo del 2003

Esta semana, tuve el placer de recibir la visita de mi abuela. Imagino que es una abuelita típica: Tiene 81 años de edad, y de algunas formas sigue viviendo en el pasado.

Mi abuela, por ejemplo, escoge vivir sin muchas ventajas de la vida moderna. Por años le hemos ofrecido comprarle una máquina lava trastes o un horno de micro-ondas. Ella insiste en que si lo hacemos estaremos desperdiciando nuestro dinero. Ella es feliz cocinando y lavando los trastes “a la antigüita”.

Aquí en EE.UU. se vive un estilo de vida muy acelerado. Y parece muy “pasado de moda” el pasar (o “desperdiciar”) tiempo cocinando en la estufa o lavando los trastes a mano. ¡Podríamos hacer muchas otras cosas con ese tiempo!

Con frecuencia pensamos, ¿por qué perder tiempo cocinando si podemos fácilmente preparar un alimento en el micro-ondas en tan sólo dos minutos? O mejor, ¿por qué no ir a la vuelta de la esquina por un poco de “comida corrida”? De hecho, la opción de la comida rápida tiene dos ventajas: No tenemos que cocinar, y no habrá ni un sólo traste que lavar. ¡Todo lo que no comemos se tira en la basura!

Pero espere un momento: Mire lo que estamos tirando a la basura. En esta época de los vasos desechables, ¿estamos tirando también un poco del arte de la maternidad!

Es el día de las madres, un día para celebrar a esas mujeres que nos han amado desde antes de ver la luz del mundo. Un día para celebrar a esas mujeres que han hecho grandes sacrificios por nosotros. A esas mujeres que han pasado incontables horas a nuestro lado, ayudándonos a crecer hasta ser las personas que hoy somos.

¿Ha pensado últimamente en el arte de la maternidad? La sola palabra “madre” implica una relación. Y las relaciones se cultivan con el tiempo. Imagino que es por eso que amamos tanto a nuestras madres: Muchos de nosotros hemos pasado tanto tiempo con ellas que se han convertido en figuras importantes en nuestras vidas.

A lo largo de los años hemos visto sus innumerables esfuerzos y sacrificios, que son grandes muestras de un inmenso amor incondicional. Pensar en un amor así, es pensar en el profundo sentimiento que ellas ponen hasta en cosas que para muchos de nosotros son superficiales — como cocinar o limpiar.

Sin embargo, ¡hoy en día este tipo de maternidad está en extinción! En un mundo de mamás que trabajan, y en que las guarderías están a la

orden del día, en un mundo invadido por la tecnología de la televisión, video-casetera, y video-juegos, las relaciones de las mamás con sus hijos se pueden volver frías, débiles y distantes.

Por un lado, gozamos de las ventajas de la tecnología, pero también es cierto que cada avance trae consigo un desafío. Y uno de los desafíos para los que aprovechamos las ventajas de ahorrar tiempo usando la tecnología moderna, es ver cómo estamos usando el tiempo que hemos ahorrado.

Recientemente atrajo mi atención las estadísticas sobre nuestros niños en las escuelas de Austin. En ellas se publicaron los resultados del examen TAKS, en el área de lectura. Afortunadamente, este examen se aplica en inglés y en español. Pero las malas noticias son que ¡uno de cada cuatro niños hispanohablantes en Austin no pasó el examen! Diferentes preguntas salen a colación.

Madres, ¿qué estamos haciendo con el tiempo que ahorramos con nuestra tecnología moderna? Padres de familia, ¿en qué estamos gastando o invirtiendo el tiempo? ¿Qué estamos haciendo cuando estamos con nuestros hijos? ¿Leemos y estudiamos con ellos? ¿Hablamos con nuestros niños de lo que pasa en la escuela o en el mundo? ¿Los estamos acompañando a crecer?

En este día de las madres, recordemos que ser madre es una responsabilidad monumental, especialmente en esta época de los vasos desechables. Y antes de tirar ese vaso en su mano, tome un momento, aun si tan sólo es un momento, para pensar en cómo está usando su tiempo. Tal vez descubra que no debemos perder la sabiduría de nuestras mamás y abuelas, y que no es tan malo hacer algunas cosas “a la antigüita”.

Un pie en México, y otro en EE.UU.

15 de mayo del 2003

Naturalmente surgió la pregunta: ¿Para quién íbamos a gritar? Nos estábamos preparando para salir rumbo a Houston para el encuentro futbolístico entre la Selección de México contra la de Estados Unidos. Mis dos amigos, aun siendo mexicanos, disfrutaban de las oportunidades de este país. Y yo, siendo estadounidense, siempre estoy bromeando de que, aunque mi rebaño está en Austin, mi corazón está en México. Es como si los tres vivimos en medio del Río Bravo: ¡con un pie en México, y uno en los Estados Unidos!

Entonces, ¿para quién íbamos a gritar? ¿Podríamos pintarnos la cara la mitad con colores de la bandera mexicana, y la otra mitad con las barras y las estrellas norteamericanas?

En realidad, ésa no era opción para ellos: Ellos son mexicanos. Y aun cuando hoy en día tienen un pie en tierra estadounidense, llevan el nopal en la frente y al mariachi en la sangre. Dejaron su casa de México, cierto, pero en realidad su corazón nunca abandonó su país, su verdadero hogar.

Y usted, ¿dónde está lo que llama su “hogar”? ¿Dónde están sus raíces? ¿En dónde se siente en casa?

Para la mayoría de la gente hispana que conozco aquí en Austin, el venir aquí, es sólo temporal. Con frecuencia hablan de su “casa”, refiriéndose a su hogar en México. Esta expresión reafirma su sentimiento de estar aquí sólo “de pasada”.

Es justamente ese sentimiento el que nos mueve a buscar lugares, personas, comida, o eventos que nos den en esta tierra extranjera un pedacito de nuestro hogar en México. ¿No me cree? Vea la pulga. Es uno de estos sitios donde encontramos música mexicana en vivo, puestos al estilo de los tianguis en México, un lugar en que prácticamente todos hablan español, y desde luego, ¡toda la raza está allí! Es un lugar en que nos sentimos en casa.

Aquí estamos, entonces, lejos de casa. Y con sed de estar en casa. Viviendo una vida “dividida” entre el lugar que dejamos, y el lugar al que hemos venido. Sí, físicamente, estamos aquí en Estados Unidos, pero nuestros corazones están en otro lugar.

Desafortunadamente, al paso del tiempo, al ir echando raíces en un nuevo lugar, esta división trasciende no sólo en nosotros, sino en toda nuestra familia. ¡Y tenemos todo a medias toda la vida!

Son los padres quienes sienten profundamente esta realidad: Mientras “casa” para ellos está en otro lugar, ven a sus hijos echando raíces fuertes

aquí y sintiéndose en casa aquí. Los padres ven que sus propios valores y tradiciones empiezan a mezclarse con los valores y tradiciones extranjeros. Ven a sus hijos pedirles participar de esas costumbres extranjeras, como pasar la noche en casa de un amigo. Y ven a sus hijos... ¿gritando por la Selección de los Estados Unidos?!

Tristemente, en un punto ocurre un rompimiento.

Unos de los funerales más tristes que realizo como sacerdote son los de los niños de parejas jóvenes mexicanas. La tristeza de perder a un hijo es una carga pesada que llevar: ¡Imagínense tener que enterrar a ese hijo en tierra extranjera cuando lo que desean ellos es volver a su “casa”!

Aun mis amigos mexicanos del juego de fútbol algún día tendrán que tomar la misma decisión. El criar a sus hijos aquí en Estados Unidos un día los llevará a confrontar una decisión seria: ¿ser enterrados en la tierra de sus padres, o aquí en la tierra de sus hijos? De un lado u otro, van a estar bien lejos de seres queridos.

No pretendo responder por ellos. Todos somos peregrinos en esta jornada que es la vida. Y muchas veces la jornada literalmente nos trae de un lugar a otro. Muchas veces exige que partimos de esos lugares en los que un día sentimos tener nuestras raíces, para echar raíces aun en tierras que no son nuestras. Y algunas veces, cuando no siempre sabemos bien en donde debemos de sentirnos más en casa, o para cuál equipo debemos de gritar, lo transcendental de la vida nos invita a salir de la tierra firme para pasar un rato en medio del río.

Levántese y empiece a andar

22 de mayo del 2003

Para muchos jóvenes, es tiempo de celebrar con globos y platillos la alegría de haber llegado al final de una carrera. Cada uno de ellos ha conquistado un gran sueño y está listo para seguir en su andar, pero ahora con un arma que les ayudará a defenderse en el competido campo laboral.

Sin embargo, hay otros estudiantes, de todas las edades, que han perdido una batalla y que tendrán que esperar un semestre más, un año más o tal vez un tiempo indefinido para materializar sus sueños profesionales. Las razones son tan diversas que no es posible generalizar o inclinarse por alguna.

Lo que, sí es posible ver, son los efectos que pueden causar en aquellos que se han rezagado en la carrera. Para algunos fue algo muy duro y frustrante después de todo el trabajo realizado durante el año. Dieron todo, pero al final algo salió mal: un pequeño atraso se fue convirtiendo en un gran atraso en las lecciones y tareas, un par de exámenes no aprobados que empezaron a complicar la situación, o una materia que siempre ha sido nuestra “enemiga”.

Desafortunadamente, muchos de estos estudiantes empiezan a ver su graduación como algo que fue un lindo sueño, pero que en realidad es algo inalcanzable para ellos. De hecho, muchos de ellos dirán, “tal vez es tiempo de aceptar que la escuela no es para mí”. Porque no hay recursos suficientes y es necesario trabajar, porque no tienen el apoyo y motivación para seguir, porque los problemas personales o familiares son agobiantes, y la cuenta sigue.

Efectivamente, cada una de estas razones puede ser suficiente para que optemos por desistir y renunciar a algo tan trascendente en nuestra vida, algo que podría darle un giro drástico a nuestro futuro. Pero vayamos un poco más profundo al hecho de renunciar a una meta.

Sabemos que en el mundo existen los mediocres, todos aquellos que viven estancados en la rutina, sin deseos de luchar y seguir la jornada con optimismo. También existen los triunfadores, aquellos que se atreven a aceptar los desafíos de la vida y a luchar contra las adversidades. Puede que no ganen todas las batallas, pero definitivamente vivirán una vida más intensa, más rica, llena de aprendizaje, alegrías y satisfacciones.

¿De qué lado se encuentra usted? Le hice esta pregunta a un joven de 15 años cuyos padres se habían divorciado algunos años atrás. Materialmente no le faltaba nada, pero su energía juvenil estaba siendo exprimida por una lucha por balancear la relación con sus padres por

separado. Llevando una carga que no le corresponde, ha caminado así por varios años y al encontrarse con mi pregunta sólo acertó a decir, “No me gustan los retos; soy muy flojo”. Se dio la media vuelta y se marchó.

Sus palabras fueron claras, pero sus ojos revelaron mucho más: El divorcio de sus padres y otros factores en su vida le habían quitado todo deseo de superación. Toda su energía estaba canalizada a vivir en armonía en medio de dos mundos totalmente diferentes, con el temor constante de que fuera haber un choque entre esos mundos y resultar aún más lastimado. El miedo a cambiar y a sobresalir estaba en él.

Pero al mismo tiempo algo en su interior lo estaba pidiendo a gritos. Le había tocado andar por un camino muy sinuoso y oscuro. Tal vez usted anda por un sendero difícil también que le ha llevado a caer en las garras de la rutina, la desesperanza y la indiferencia.

Ciertamente, si existe sufrimiento, también existe alegría. Si hay problemas, también hay soluciones. Si hay oscuridad, también hay luz. Le invito a sentarse bajo la sombra de un refrescante árbol, a sentir la brisa fresca del viento que acaricie su rostro y que pase entre sus cabellos. Descanse y contemple lo que hay a su alrededor: Descubrirá que, si existe el miedo, existe el valor también, y que hoy puede ser el inicio de un andar diferente. Desafíese usted mismo. Atrévase a cambiar de grupo. Verá que lo que parecen ser muy pequeños pasos pronto le llevarán a un lugar diferente que le dará un impulso nuevo para vivir.

Desde el momento en que enfrente sus miedos, estará avanzando. Cuando usted hace algo por vencerlos, obtendrá el impulso que necesita para reanudar su peregrinar en esta jornada de la vida. Levántese, empiece a andar, y vuelva a la carrera ¡que tarde o temprano estará celebrando el cruzar la franja de la meta que le convierte en un ganador!

φπδιαομναηδοανσοδισσ

29 de mayo del 2003

Esta semana le tengo una invitación especial. Dice así:
 θπαοιδαμφμνχοιαηνδπαιδαλμδοαφηχμ!

¡No me diga que no lo puede leer! ¿No reconoce esas letras? ¿No conoce los sonidos que representan? ¿No sabe unir las letras para formar palabras?

Si no, entonces puede darle una idea de lo que significa estar entre el 10% de adultos mexicanos que no saben leer. Así es: Uno de cada 10 adultos mexicanos, al ver las palabras de esta frase sólo distingue una serie de símbolos sin sentido como la frase que escribí arriba. Su única guía son los dibujos y las fotografías.

A menudo escucho historias de los jóvenes que terminaron la escuela en el tercero o cuarto grado, sin una ceremonia de graduación. Cuentan historias increíbles sobre su necesidad de dejar la escuela después de unos pocos años de la primaria o secundaria para trabajar y ayudar a sus familias. Ellos forman parte del 55% de la comunidad adulta mexicana que nunca terminó la secundaria.

La educación es una forma de iluminación. La misma palabra “educación” viene de una palabra latina, *educare*, que significa “ser dirigido” hacia la luz, lo cual para nuestros antepasados significaba el conocimiento de las formas.

Los antiguos filósofos pasaron mucho tiempo pensando en la naturaleza de la educación. En su obra, *La república*, Platón compara a la persona educada o iluminada con quien, después de haber vivido en una cueva oscura, ha salido y ha visto por primera vez la luz del sol.

La república es más que una historia. Es una realidad. Hay una comunidad muy grande que se ha marginado a vivir en la oscuridad, en una cueva en la que la luz de los libros nunca llega. La capacidad del ser humano es grande, y por ello uno puede aprender a vivir sin saber o sin tener muchas cosas. Llega incluso a ser un estilo de vida. Se buscan formas de evadir la necesidad de leer, substituyéndola con información visual o auditiva, o mejor aún, con alguien a su lado que sí sepa leer y escribir.

Platón sabía que no era fácil guiar a otra persona de la mano hacia la luz. Es un proceso, una jornada, aun a veces una lucha.

Aquí en Austin, trabajo con varios adultos que están ansiosos de ver la luz. De hecho, algunos de los momentos más gratificantes de los últimos meses han sido el acompañar a algunos jóvenes y adultos en su

jornada de aprender cómo reconocer las letras del alfabeto, cómo formar y leer palabras, cómo sumar y restar y multiplicar.

Es maravilloso verlos asomar a la luz de la educación que le aguarda al salir de la cueva. En sus ojos se puede ver el fuego de ansiedad por salir de la oscuridad. Quieren aprender. Quieren una educación que les ayude a conseguir mejores empleos. Quieren ser capaces de leer un contrato de renta, o una prescripción médica. Quieren expresarse por escrito, y comunicarse en el enorme mundo de textos. Quieren ayudar a sus hijos con sus tareas escolares.

Por esto y más, le hago una invitación muy especial: ¡Ayúdelos! Si en sus manos está la riqueza de la educación, y en sus ojos la luz del conocimiento, ayúdelos. Únase a nuestro proyecto de iluminar a la población hispana en el Centro de Texas.

¿Conoce a alguien que no sabe leer o que no ha cumplido la primaria y/o secundaria? ¿Sabe que el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos ofrece libros y materiales gratuitos (¡y en español!) para todos los adultos hispanoparlantes que deseen alfabetizarse, o que deseen cumplir sus estudios de la primaria o secundaria? Anímelos a superarse.

Usted que hoy puede leer estas líneas, y que ha recibido el regalo de la educación, compártalo. ¡Acompañeme en ayudar y guiar a los demás hacia la luz!

Tres sacrificios más para los dioses de la indiferencia

5 de junio del 2003

Es domingo, y estoy sentado a un lado del teléfono, esperando—de hecho orando—para que timbre.

Entre las misas de la mañana, un grupo de hombres jóvenes me buscaron para hablar. Uno de ellos acababa de enterarse de que su hermano había muerto en su intento por cruzar la frontera hacia Estados Unidos. El calor lo había asfixiado en el vagón del tren en el que viajaban. Y no iba sólo: Otros dos jóvenes también murieron en el mismo vagón.

Al ir uniendo las piezas de su historia, vimos claramente la amarguísima realidad. Otros tres jóvenes, que también viajaban en el vagón ferroviario sobrevivieron, “por la gracia de Dios”, dijeron. ¿Puede imaginarse su dolor, sosteniendo a sus moribundos amigos en sus brazos? La muerte les arrebató la vida, los tenían que abandonar ahí para seguir en la lucha por sobrevivir el traumático viaje, y después tenían que comunicar la noticia de la trágica muerte a los familiares.

Hoy, dos días después, no tenemos idea de que rumbo tenía el tren en el que viajan los cuerpos sin vida de nuestros hermanos.

Este artículo es reconocimiento a ellos, nuestros hermanos de México que murieron tratando de cruzar la frontera.

Su lucha por conquistar el sueño americano terminó en una horrible pesadilla. Tres familias tendrán que sufrir este dolor. Y todos deberíamos estar furiosos e indignados de que dos gobiernos sigan permitiendo estas tragedias. Sí, furiosos.

Deberíamos estar furiosos con aquellos que levantan enormes bardas que evitan nuestra relación con nuestros hermanos de todo el mundo.

Deberíamos estar furiosos cuando las naciones acumulan riquezas y dejan que sus vecinos mueran de pobreza—o que mueran en su intento por escapar de ella.

Y más aun, deberíamos estar furiosos por la gran indiferencia. Yo lo estoy.

Al mismo tiempo que recibí el apoyo de aquellos con quien compartí estas trágicas noticias, siento una cierta indignación hacia aquellos que han respondido con indiferencia. Una señora en la comunidad, por ejemplo, presumía que cualquiera que intenta cruzar la frontera ilegalmente es absurdamente estúpido. Preguntó, “En primer lugar, ¿por qué se subirían a un tren?” Exactamente. El tren es un gran símbolo de lo que se puede alcanzar: nuevos y prometedores destinos, una aventura de prosperidad que alimente a su familia y les ayude a sobrevivir.

Su amiga, más condescendiente, dijo, “Bueno, pues el peor lugar en América es mejor que el mejor lugar en México”. Me mordí la lengua, asumiendo que obviamente ella nunca había estado en México.

Una tercera mujer, que parecía más compasiva, explicó: “Imagino que ellos sólo querían una mejor vida para ellos y para sus familias, y que creían que el riesgo valía la pena—considerando que tan sólo algunos cientos de los muchos miles que cruzan cada año mueren”.

¿Han muerto “algunos cientos”? ¿Cuántas vidas más cobrarán los dioses de la indiferencia antes de que se ponga un alto a todo esto?

¿No podemos ver cómo todos nos asemejamos? ¿No podemos ver que los rostros de los tres jóvenes muertos de México han sido o pudieran ser los de nuestros hermanos? ¿No podemos ver que su suerte pudo haber sido la de nosotros mismos?

Todos estamos conectados de una manera o de otra. Sólo es cuestión de mirar a nuestro alrededor y lo confirmaremos. No hay personas extrañas, solamente es que no hemos tenido oportunidad de presentarnos con ellos.

Nuestros ancestros nativos americanos tenían otro pensamiento. Decían que toda la creación es un regalo del Gran Espíritu. Y por lo mismo, ¡la creación no podía ser “propiedad” de ningún ser humano! ¿Lo había considerado usted antes? Nosotros, reclamamos poseer la tierra. Incluso la dividimos: “Esto es mío, y aquello es suyo”. Y entonces marcamos la división, y construimos muros. Los americanos nativos hubieran respondido con una sola palabra: ¡absurdo!

Enormes muros no hacen buenos vecinos. Lo único que logran es aislarnos de aquellos quienes son tan maravillosa y misteriosamente similares a nosotros en esta red de la vida. De hecho, sólo nos llevan a la indiferencia, cuyo crecimiento marca la vida en Estados Unidos, lugar al que muchos luchan desesperadamente por llegar.

Sé que hay muy poco que humanamente pueda hacer. Pero seguiré orando y le pido que se una a mi oración por todos los que continuarán muriendo en su intento por escapar de la pobreza. Y pidamos para que los reinos que aun permiten que estas tragedias sucedan, desaparezcan junto con todos los muros y divisiones.

¿Diálogo con papá?

12 de junio del 2003

A pesar de que sabemos que la familia es encabezada por papá y mamá, la grandeza de la celebración del día de las madres opaca en gran medida a la del día del padre. Histórica y tradicionalmente se ha resaltado más el papel de las madres por el sacrificio y amor que dan a sus hijos. Aunque no soy padre de familia, soy hombre e hijo. La experiencia que he tenido con muchos padres de familia me permite no sólo ver, sino también entender, lo que es ganarse el título de ser papá.

Ese misterioso hombre que a menudo está callado. Ese hombre que en su corazón oculta las tristezas y dolores de su pasado, ese hombre cuya presencia impone y se hace notar. Ese hombre que no tuvo palabras o gestos de amor pero que siempre me llevó con gran amor en su corazón, que más de una vez sufrió por mí, se dio por mí. Ése es el hombre que nunca comprendí: mi papá. Vivimos bajo el mismo techo, compartimos la misma mesa, pero nunca aprendimos a intercambiar pensamientos y sentimientos mutuos, cuándo menos no los buenos.

La misma historia le inculcó a ser sólo el proveedor del hogar, a llevar el alimento a su casa y a cubrir las necesidades materiales. Esa historia olvidó que el dinero no platica, ni acompaña, ni sonríe, ni abraza, ni ofrece cariño o comprensión. De igual forma, esta historia se hace presente en el siglo veintiuno. Es aquí donde cuestiono la frase que dice “aprendamos de nuestros errores” y con certeza, como hijo, puedo afirmar que el error de no saber dar o pedir amor, de no recibirlo en el momento adecuado de la persona adecuada, de no buscar la sanación de heridas o traumas de la niñez o adolescencia, es un patrón que se repite generación tras generación. ¿Realmente hemos “aprendido de nuestros errores”? Si no, ¿cuál es la razón?

Tal vez su respuesta sea similar a alguna de las siguientes: por un lado, el machismo. Esta doctrina ha enseñado al hombre a ser “fuerte” y dominante, a no expresar sus sentimientos ni a derramar una lágrima de dolor. Por otro lado, el temor a enfrentar un doloroso pasado que no permite romper un círculo vicioso que consciente o inconscientemente se heredará. Y finalmente el no conocer, vivir y valorar el significado del amor con todo lo que éste implica.

Querer o amar a una persona, amigo o familiar, ayuda, pero no es suficiente. La prueba de que no hemos aprendido de nuestros errores es que a pesar de que a diario escuchamos la palabra y de que la tecnología ha hecho grandes avances, en realidad no sabemos comunicar lo que es verdadero y trascendente. No sabemos inculcar el diálogo constante con

las personas que queremos. En la niñez uno habla hasta por los codos, pero al ir creciendo empieza a reservarse algunas cosas, y los papás dejan pasar la oportunidad que tuvieron de aprender a dialogar con sus hijos. ¿Y por qué es tan difícil dialogar con papá?

Ciertamente, los varones usamos menos palabras para comunicar un mensaje. Pero también es cierto que en la adolescencia el amor, apoyo, aceptación y diálogo constante son factores que determinan el éxito o fracaso de cualquier relación, incluyendo, desde luego, la relación familiar. El choque sucede cuando el padre con sus pocas palabras espera que el chico interprete un mensaje, mientras que el chico por su lado usa menos palabras todavía, pero sus actitudes hablan y gritan sus necesidades. La interpretación que cada uno hace sobre versiones diferentes que muchas veces abren abismos que nunca se vuelven a cerrar. Todos los que somos parte de una familia tenemos la oportunidad de aprender de los errores del pasado, propios y ajenos, para andar por un camino menos sinuoso.

No soy padre de familia, pero sí soy hijo. En mis manos está el crear puentes para acercarme a mi padre. Y en el caso de los padres, en sus manos está una doble oportunidad: la de ser mejores hijos para con sus padres y ser mejores padres para con sus hijos. Si el camino de usted o de su padre ya está trazado, chueco o derecho, acéptelo, respételo y ámelos. Si no pudo ser el hijo mejor, ¡atrévase a ser el mejor padre!

¿Piñatas y balero en América?

19 de junio del 2003

Al llegar a Ohio este fin de semana, volví a pisar la tierra en donde tengo mis raíces. Pronto me di cuenta de las características especiales del lugar y de la gente que también son parte de mí y que van conmigo dondequiera que voy.

Imagino que todos tenemos algunas características de nuestro lugar de origen: en la forma que hablamos, en la forma que pensamos, la comida que nos gusta, los valores que vivimos, y en la religión que profesamos. Nosotros mismos nos identificamos como parte de esa antigua y bella tradición y la llevamos con nosotros dondequiera que vayamos.

Por eso cuando tenemos que arrancar nuestras raíces y emigrar a otro lugar, llevamos con nosotros a nuestro país: conservamos nuestro idioma, cocinamos nuestras comidas, escuchamos y bailamos nuestra música, y celebramos nuestras fiestas nacionales y familiares al estilo de nuestro lugar de origen.

Sin embargo, el choque cultural no se puede evitar. No es fácil vivir en un país diferente, con una sociedad totalmente diferente, a pesar de los esfuerzos que hagamos por traer a nuestro país en nuestro corazón y en nuestro hogar. Y los elementos de la sociedad norteamericana también se van abriendo espacio en la vida de nuestras familias, sobre todo en las nuevas generaciones.

Los niños que llegan a vivir aquí, o los que nacen aquí, están expuestos a las dos culturas, y existe una gran presión por parte de ambas. Por un lado, los padres no quieren que se pierdan las costumbres y valores que han traído consigo. Y por otro lado está la sociedad en la que sus hijos están creciendo y que los está educando para ser buenos ciudadanos estadounidenses. La pregunta de muchos padres de familia, particularmente de los padres de familia que han valorado y apreciado la riqueza y belleza de sus raíces, tal vez sea, ¿Qué se puede hacer?

Ese deseo se ha proyectado fuertemente en la creciente comunidad hispana que habita en Estados Unidos. Grupos hispanos se organizan cada año para celebrar días como el cinco de mayo (la batalla de Puebla), el 16 de septiembre (la independencia de México), y el 30 de abril (día del niño). Otros celebran el 12 de diciembre (día de la Virgen de Guadalupe) y la semana santa con canciones, platillos, decoración, flores y rezos especiales. Aun otros apoyan las diversiones: ferias, kermeses, bailes, charreadas, y bailes folklóricos.

Uno de los elementos que hace tan valiosa la cultura latina es que tiene mucho para todas las edades. Los niños disfrutaban a lo grande de las posadas, del día del niño, del festival del día de las madres que preparan cada año en las escuelas para las mamás, de los bailes folklóricos, y de los juegos como la lotería, el trompo y el balero.

La riqueza y la felicidad no radican en la cantidad de dinero o bienes materiales que se tengan, sino en la riqueza que nuestra cultura y tradiciones nos regalan generación tras generación para unirnos como familia, para apreciar los diferentes momentos de la vida, para disfrutar y festejar, y también para aprender, crecer y compartir.

Este verano estoy muy emocionado, ¡porque en nuestra comunidad tendremos la oportunidad de traer un pedacito de México a Austin! Como respuesta a ese gran deseo de mantener vivo el orgullo de las tradiciones latinas, el Centro de Aprendizaje La FUENTE, en conjunto con el Consulado General de México, ofrecerá su segundo programa anual de verano para niños de 6 a 12 años de edad. En este “Plan Vacacional” se reunirán los niños del lunes a viernes, de las 9:00 a.m. a las 4:00 p.m., por cuatro semanas para aprender sobre la historia y la cultura, las tradiciones y los juegos, los bailes y los cantos, y los deportes y manualidades de México. Iniciará el 30 de junio, y terminará el 25 de julio.

El costo es de sólo \$2 por día por niño (que incluye el almuerzo). Mi amiga, la Hermana Silvia Castillo espera su llamada al 477-1099, y puede darle más detalles del programa y cómo es que puede inscribir a sus hijos en este maravilloso programa.

Espero que aprovechen de esta oportunidad para que sus niños aprendan sobre sus raíces, tengan un mejor desarrollo en un país extranjero, ¡y sientan el gran orgullo de ser latinos!

Dar es dar

26 de junio del 2003

Estoy seguro que también usted se ha encontrado en esta situación. Usted ve a alguna persona en la calle que le pide dinero. Al verlo de lejos, empieza a pensar, “¿Le daré algo, o mejor miro hacia otro lado y sigo caminando?”

O en su carro, llega a un semáforo y ve a una persona con un letrero que dice, “*will work for food*” (trabajaré por comida). ¿Piensa usted, aun si por un sólo segundo, qué trabajo le podría ofrecer para que pueda esa persona ganar su comida? ¿Considera darle algo, aun un par de monedas, sin esperar que haga ningún trabajo para usted? ¿O simplemente pretende que no ve a dicha persona? ¿Qué es lo que hace usted, y por qué?

Caridad. La mayoría de las tradiciones espirituales nos invitan a ser generosos, a dar algo a quien lo necesita sin esperar nada a cambio. Todos queremos ser caritativos. Sin embargo, mucho de nosotros descubrimos que hay límites para nuestra generosidad.

Cuando llegué a Austin hace tres años, estaba en casa durmiendo una noche cuando alguien tocó el timbre de la puerta. El hombre me dijo que su carro se había descompuesto, y que necesitaba \$20 para comprar una nueva manguera de radiador. Me imaginé que no podría conseguir esa pieza a esa hora de la noche, pero preferí darle el dinero en lugar de escuchar toda su historia y quedarme dormido ahí parado. ¡Imagine mi sorpresa a la noche siguiente cuando otra persona tocó a mi puerta (a la misma hora), pidiendo \$20 para comprar una manguera de radiador! Descubrí que me había engañado.

Es bueno ser generosos y ayudar a quien necesita. ¿Pero no es verdad que también queremos saber que nuestra ayuda es usada positivamente? Y por eso ponemos límites a nuestra generosidad.

La verdad es que no podemos asegurar que se usará bien nuestro dinero, si lo damos a otra persona como caridad. Entienda bien: Una vez que usted le da dinero a una persona, ese dinero ya no es de usted. Dar es dar. Al darle dinero a una persona, puede que obtenga algo tan bueno como comida, o algo no tan “bueno” como cerveza o drogas. El dinero, y la decisión de cómo gastarlo, está en las manos de la otra persona.

Dar es dar. Es importante recordar esto en todo acto de caridad aun en prestar dinero a un amigo. Existe un dicho en inglés: “Si le prestas dinero a un amigo, perderás tu dinero—¡y tú amigo!” ¿Ha tenido esa experiencia?

Por ello, si alguien le pide dinero prestado, tenga en mente dárselo como un acto de caridad. No se lo diga, claro, pero en su interior y en su actitud, delo como un regalo, porque es posible que no vuelva a ver ese dinero. Y si vuelve, véalo también como un regalo para usted. Esta actitud le garantizará una mejor amistad con la otra persona, y aun más importante le dará a usted una gran paz interior, la cual vale la pena.

La pregunta importante es si nuestra caridad manifiesta una actitud de amor y respeto hacia la otra persona. La palabra “caridad” viene de una palabra latina, *carus*, que significa “querido”. (Por eso, las cosas “caras” muchas veces son más “queridas”) ¿No es verdad que muchas veces damos, pero nuestros actos de caridad no muestran que las personas con quien estamos compartiendo son “queridas”? ¿No es verdad que al mismo tiempo podemos dar y mirar hacia otro lado como hice con el segundo hombre que me pidió \$20 para su “manguera de radiador”? No obstante, cuando damos en un verdadero espíritu de caridad, reconocemos a esas personas como lo que son: nuestros queridos hermanos, seres humanos con los que nos relacionamos y por quienes en algún momento somos responsables.

Por eso, el acto supremo de caridad no es darle a otra persona algunas pocas monedas o dólares que nos sobran. Es invertir nuestro tiempo, interés y energía en las personas más necesitadas de nuestra comunidad. Es pasar un rato con ellos, enseñándoles “cómo pescar, en vez de darles un solo pescado”. Y si nos atrevemos a hacer tan sólo esto, existirá la posibilidad de que nunca más nos pedirán un pescado otra vez, ¡porque sabrán cómo alimentarse de por vida!

Libertad: Úsela para decidir quién quiere ser

3 de julio del 2003

Por todas partes vemos a los gringos celebrando la libertad. Con la celebración del 4 de julio, ellos recuerdan a los muchos hombres y mujeres que dieron sus vidas creando y manteniendo esta “tierra de libertad”, como cantamos en nuestro himno nacional. Se celebra el hecho de ser libres, de vivir en una nación que profesa “libertad y justicia para todos”, tal como lo proclaman nuestros niños en las escuelas públicas todas las mañanas.

En realidad, el 4 de julio de 1776 fue un experimento en la libertad. El pueblo de las primeras colonias norteamericanas se sintió aprisionado por el trono de Inglaterra y encadenado por los impuestos que les impusieron. Voces proféticas empezaron a surgir. Con valentía incuestionable, Patrick Henry preguntó “¿Es tan cara la vida que debemos pagar el precio con cadenas y esclavitud? ¡Detenlo, poderoso Dios! ¡No sé lo que otros escogerían, pero por mi parte: Dame la libertad, o dame la muerte!” Y la fiebre de la libertad se esparció.

La gente empezó a pensar en sí mismos como personas libres. Es por eso que celebramos el 4 de julio. El asunto se llevó a debate el 2 de julio de 1776. Al día siguiente, un día antes de que las trece colonias inglesas declararan públicamente su independencia de Inglaterra, John Adams, quien más tarde se convertiría en el segundo presidente de la recién-nacida nación, escribió a su esposa, “Ayer se debatió la pregunta más grande en América, y se decidió sobre ella. Tal vez nunca hubo pregunta más grande, ni tampoco la habrá, decidida entre los hombres. Decidimos que estas colonias unidas son y deben ser libres”.

Eso fue hace 227 años. Pero la sed de libertad es mucho más antigua que este evento. De hecho, es tan antigua como la raza humana. Entonces, ¿qué es libertad?

La libertad es la responsabilidad fundamental que uno tiene para sí mismo. Es el poder del ser humano para tomar decisiones las cuales le afectan a él mismo y a todo su ser. Victor Frankl se dio cuenta de esto en un campo de concentración Nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Despojado de todo lo que tenía, supo que aun era libre de escoger su respuesta a los eventos que ocurrían a su alrededor. De hecho, de eso se trata el ser libres: responsabilidad para decidir. La raíz latina de la palabra “responsabilidad” implica que tenemos la “habilidad” de elegir libremente cómo “responderemos” a nuestra condición humana. Tenemos la libertad de moldear la persona en que nos estamos convirtiendo.

Con frecuencia se confunde la libertad con el poder para escoger una u otra cosa. Lo que estamos eligiendo no es un objeto o una acción, más bien a través de nuestras acciones escogidas con libertad, es que elegimos ser cierta persona. Por ejemplo, los hispanos en América ven la televisión un promedio de 54 horas a la semana. Al decidir dedicarle tanto tiempo a esta actividad (¡más de 117 días completos al año!), esta persona está escogiendo libremente ser de cierta forma, está decidiendo ser una persona con ciertos hábitos que son parte de su identidad.

La libertad también es confundida con frecuencia con una licencia para hacer lo que a uno le venga en gana. El escritor inglés John Milton se dio cuenta de esto en el siglo XVII. "Lo que a mucha gente le fascina no es la libertad, sino el exceso, el libertinaje", escribió. Mi libertad no me permite, por ejemplo, hacer lo que sea para atentar contra la libertad o derechos de otra persona. No puedo matarla, ni tampoco dañarle físicamente o causarle temor constante. Ni siquiera puedo manejar en estado de ebriedad, lo cual potencialmente podría dañarle. Por ello, como sociedad establecemos leyes y estructuras dentro de las cuales ejercemos nuestra libertad. Como Montesquieu, escritor francés del siglo XVIII, escribiera, "La libertad es el derecho a hacer todo lo que permite la ley. A pesar de estar limitada por estructuras, la historia de la vida humana es una jornada hacia la concientización profunda de la libertad que tenemos para determinar quiénes somos y quiénes seremos como personas humanas. Es esa jornada la que celebramos cada año como nación. Es esa jornada la que celebrarnos diariamente como individuos.

El antiguo pueblo judío recordaría anualmente su propio día de la independencia, el día en que escaparon de la esclavitud en Egipto, e iniciaron su jornada hacia la Tierra Prometida. Al celebrar nosotros el 4 de julio, pensemos en nuestra libertad como seres humanos, en la responsabilidad que tenemos por nosotros mismos, esas personas en quienes nos estamos convirtiendo. Y practiquemos, sobre todo, la libertad aquí en nuestra sociedad, ¡en nuestra "Tierra Prometida"!

Sueña libremente

10 de julio del 2003

Una de las cosas que le dan sabor a la vida, son los constantes desafíos que uno mismo se propone. En ocasiones los planeamos de acuerdo a lo que queremos lograr a mediano o largo plazo. Pero muchas otras veces, día a día se presentan oportunidades, obstáculos o simplemente eventos que nos retan a enfrentarlos y a resolverlos exitosamente.

Históricamente hablando, vivimos en un tiempo con muchas comodidades, pero muy mal aprovechadas. Los malos hábitos humanos han rebasado los grandes beneficios de la tecnología y de las conquistas logradas por muchas personas que han dedicado, e incluso entregado su vida, no sólo en arduo trabajo, sino en verdaderas luchas en el campo de batalla.

La invención del automóvil, por ejemplo, nos permite hoy en día transportarnos a diversos lugares en breves lapsos de tiempo. Pero el mal uso del mismo es causa de millones de muertes en las carreteras por exceso de velocidad, o por manejar bajo los efectos del alcohol u otros estupefacientes. Sin mencionar el sobrepeso de un gran porcentaje de la población por la gran dependencia del vehículo y la falta de ejercicio. Todo esto trae consigo una serie de consecuencias en la salud. ¡Ah, pero no hay problema porque la medicina hoy en día está muy avanzada! Éste es un sencillo ejemplo de cómo usamos nuestra libertad.

Mientras que a muchos hombres y mujeres les costó la vida, ellos se atrevieron a soñar con la libertad, con crear, con hacer, con ser y con vivir. Nuestro mundo nos ofrece muchas oportunidades que podemos usar para nuestro beneficio o perjuicio. Todo lo que está a nuestro alrededor lo podemos usar para el logro de nuestras metas y sueños. Seguramente algunos pensarán que esto no es posible, que hay muchos otros factores en contra, incluso que ya han luchado sin conseguir lo que querían. Pero piense por un momento en la dificultad y adversidad que el ser humano ha tenido que enfrentar a lo largo de la historia. A pesar de todo, se ha aferrado a sus metas, a la materialización de sus sueños, a sentirse libres y vivos para hacer, crear y vivir.

Una realidad de la que estoy consciente, es de que el grado de dificultad es muy variado. Y es justamente en este punto donde muchos se quedan en el camino, donde muchos prefieren sentarse en el conformismo, la mediocridad o incluso en la depresión.

¡Sueñe, sueñe libremente, y empiece a caminar! Enfrente los retos de hoy, teniendo siempre presente el punto al que quiere llegar para que los obstáculos del camino no lo desvíen y le lleven a un lugar indeseado o

desconocido. ¿Se ha preguntado cuál es la clave del éxito para usted? ¿O cuál sería el mejor punto de partida? Puede ser que sea algo tan sencillo como querer tener buena salud y empezar a caminar un poco más cada día. Con ello, ahorrará un poco en gasolina, contribuye, aunque sea un poco, al ambiente, y empieza a crear un hábito que le ayudará posteriormente en su vida.

Muchas veces las consecuencias, buenas o malas, de nuestras decisiones y estilos de vida no se proyectan de inmediato. Es tan simple como ver el trabajo del campesino: prepara la tierra, siembra la semilla, la riega, la cuida por cierto tiempo, y a hasta varios meses después disfruta de su cosecha. Ciertamente, hay obstáculos externos, fuera de su control. Pero son estos justamente los que ayudan a tener la mente y los sentidos alerta para no ser como el propietario del vehículo que se confía de su transporte para todo y empieza a caer en el vicio de la flojera. De la misma forma se puede dejar a la mente caer en la pesadez de la rutina en la que se quede en la comodidad y vaya perdiendo su vida, creatividad y crecimiento.

Por eso, le digo una vez más: ¡Sueñe libremente! ¡Enfrente con valor y optimismo los retos de cada día! Camine más, y maneje menos. Manténgase despierto para poder seguir soñando, y no sea presa fácil del fracaso y del conformismo—¡pues son un mal contagio y están constantemente al acecho!

Mujeres originales: Contra el mito del machismo

17 de julio del 2003

Sencillamente se vio muy mal: En su afán de impresionar al público de Austin, el mejor mariachi de México entonó temas patrióticos americanos por ser este el mes de la celebración de la revolución e independencia nacional. Imagínesse la decepción que esto fue para el público asistente: ¡pagar para disfrutar al Mariachi Sol de México en concierto y tener que escuchar sus versiones de “God Bless América” y el himno nacional de los Estados Unidos!

Debo admitir que fue un gesto amable de su parte el recordar estos eventos de nuestra revolución e independencia. Pero la verdadera revolución, la verdadera celebración de independencia, ocurrió en la primera parte del concierto, cuando se presentó el primer mariachi femenino de Estados Unidos. El Mariachi Reyna de Los Ángeles nos dio lo que queríamos: ¡verdadera música de mariachi apasionante y llena de sentimiento! Y yo creo que nunca se vieron opacadas por la presencia masculina de sus contrapartes con quienes compartieron el escenario, incluyendo a José Feliciano y a Pablo Montero. ¡Fue un momento revolucionario!

Las “Primeras Damas del Mariachi” hablaron poderosamente de la dignidad de las mujeres latinas. ¿La dignidad de las mujeres latinas? Sí, era un fuerte argumento en una cultura llena de machismo.

¿Ha usted pensado recientemente en el mito del machismo? Considere esta historia. En la mañana del día del concierto, al acercarse a saludarme una familia después de Misa, la mama explicó la situación: su hijo de 4 años cree que está bien que golpeé a su hermana de 6 años de edad— porque él es niño, y ella es niña. Lo cual en realidad no está bien. El mito del machismo le dice que puede golpear a su hermana, pero que las reglas no se pueden revertir: ¡las niñas no deben golpear a los niños!

Ahora póngase en el lugar de la niña: ¿no golpearía también al pequeño “machito”? Puede imaginarse que les di un breve pero consistente sermón.

La historia de esta niña se convierte en un drama real de muchas mujeres latinas hoy en día. Afortunadamente, las mujeres se están armando de valor para decir que están cansadas de ser maltratadas por los “hombres”. Sería tentador decir que tal hecho es tan revolucionario como el mariachi femenino, pero todo esto en realidad no es “revolución”. Es “evolución”. Desde los 1960, las mujeres de la sociedad norteamericana han tomado extremadamente en serio el hecho de que

viven en una tierra que profesa justicia e igualdad. Ellas han crecido en confianza y valor. Han podido descubrir y demostrar que son inteligentes y competentes. Han tenido oportunidades y retos que sus madres y abuelas nunca tenían. Y, de hecho, los libros tradicionales de las reglas de los géneros—sobre quién golpea a quien, y sobre cómo debe actuar cada género—han sido lanzados por la ventana.

Estos eventos de la sociedad norteamericana afecta a toda la cultura latina, especialmente a los hombres. El género masculino es conocido tradicionalmente por su competitividad. Admítanlo, hombres: Sí, nos gusta la competencia, ¡pero lo que más nos gusta es ganar! Nos gusta estar “en la cima”, mirando a los demás hacia abajo. Y también, con frecuencia, hemos visto tales recursos como nuestras tradiciones espirituales como “justificación” de un mundo de jerarquía, un mundo patriarcado y centrado en el hombre. ¡Ridículo!

Es ahí, con la cristiandad, la religión con que muchos nos identificamos más, que vemos una alternativa radical. Mientras que en la antigüedad las mujeres eran seres ignorados, sin valor ni historia, la inspiración para el movimiento cristiano nació de un modelo inclusivo, un discipulado de iguales que arranca las raíces de las injusticias cometidas en nombre de un género. De hecho, mientras que los hombres huían del lugar de la escena y negaban a su amigo, ¡fueron las mujeres de la historia cristiana quienes emergieron como modelos de verdadero discipulado!

¿Estamos realmente dispuestos a luchar con nuestro profundamente enraizado machismo y contra el silencio que hemos guardado ante la desigualdad de géneros? ¿Nos atreveríamos a “mirar de nuevo” (*respectare*, en el latín) y realmente “respetar” los regalos que nuestras hermanas nos traen?

¿Se atrevería usted a evolucionar el idioma machista, a resaltar los valores de su hogar, lugar de trabajo, escuela y vecindario? ¿Sería capaz de inculcar a sus hijas (de todas las edades) un mejor concepto de dignidad la cual les daría la confianza y seguridad para hacer lo que su Dios les llama a hacer—aun cuando esto signifique proclamar la dignidad de la mujer latina, tal como hicieron las damas del Mariachi Reyna de Los Ángeles? Espero que así sea ¡porque fueron estas damas llenas de orgullo y dignidad quienes brillaron más en el escenario!

¿Alguna vez usted ha...?

24 de julio del 2003

Ayer, por la mañana platiqué con una monja que da clases en una preparatoria local. Me comentó que una de las cosas que más disfruta como maestra es el increíble regalo de moldear las mentes y los caracteres de los jóvenes. Recordando una imagen de las escrituras hebreas, me dijo que ser maestra es como ser un alfarero que tiene en sus manos el barro e intenta formar algo hermoso.

Más tarde, fui a comer con un amigo, padre de siete hijos. Él también está aprendiendo de la gran responsabilidad que trae consigo la paternidad. Está descubriendo que sus hijos le observan y que aprenden de cada palabra que pronuncia y de cada acción que ven. Y al igual que el alfarero, ¡él está moldeando la vida de sus hijos!

¿Recuerda usted su niñez? ¿Quiénes fueron los adultos que le rodeaban? ¿De quién aprendió más? ¿Recuerda los errores que cometió a pesar de lo que le enseñaron, o de las cosas que se vio tentado a hacer sabiendo que le dirían que estaban mal?

A principios de este mes, esta nación celebró su independencia. Ahora que el mes se acerca a su fin, reflexione en su propia llegada a la independencia, su descubrimiento de que puede tomar un sinnúmero de decisiones. Por ejemplo, ¿cuándo en la escuela se vio tentado a fumar, a tomar, a robar, a consumir drogas o a tener relaciones sexuales?

Hoy en día al ver a nuestros jóvenes caer en tales tentaciones, con frecuencia respondemos con desilusión o coraje. Pero cómo respondería si la pregunta se dirigiera a usted: “¿Alguna vez usted ha...?”

Cuando de niño les mintió a sus padres, nunca pensó en que un día su propio/a hijo/a le mentaría. Todo lo que secretamente hizo que no aprobaban sus padres, o las tentaciones a las que se enfrentó, ¡hoy su hijo/a lo está viviendo! Si no lo ha escuchado, créame, pronto tendrá que responder a la pregunta: “¿Alguna vez usted ha...?”

¿Cómo respondería? Si no está listo/a para responder, tal vez reaccione molesto/a o a la defensiva, o incluso trate de negar, mintiendo, que nunca hizo nada. Cualquiera de estas reacciones sólo logran dañar la relación con la persona que le cuestionó.

Y qué es mejor: ¿decir toda la verdad, o no hablar en lo absoluto?

No siempre es fácil admitir que consumió drogas o que robó. Sin embargo, hablar con honestidad tiene ventajas. Su ejemplo fomenta la honestidad y la comunicación abierta. Es un gran ejemplo de verdad y confianza en un mundo donde estos valores se han deformado.

Asegúrese de decir lo que aprendió de su experiencia y cómo se siente al respecto.

Admitir que les mintió a sus padres o que hizo trampa en la escuela, puede traer un mensaje implícito: "Hacer estas cosas es normal y natural — yo lo hice, tú también puedes hacerlo". Éste es un temor natural al compartir nuestros "pecados" porque nos orilla a optar por callarlo todo. Los niños quieren ver a sus padres como modelos perfectos, como personas a las que puedan imitar, y la sinceridad es un factor que ayuda a preservar esta imagen. Los niños pueden ver que tienen padres que dan lo mejor de sí, pero que al mismo tiempo cometen errores y que han tenido que enfrentar sus consecuencias.

Hagamos una pausa para ir más profundo en la búsqueda de la razón por la que surge la pregunta: "¿Alguna vez usted ha...?" Sospecho que las razones principales son: para evitar un castigo, y para tratar de entender al mundo. Si la pregunta viene de un niño que trata de evitar un castigo, sólo necesita regresar el enfoque a él. Por ejemplo, "lo que haya yo hecho no es importante ahora, porque estamos hablando de lo que tú hiciste y de la decisión que tú tomaste".

Si no es éste su caso, le sugiero ir aun más profundo. Soy famoso por no contestar las preguntas. Cuando la gente me busca como sacerdote, regularmente contesto sus preguntas con otra pregunta. Si me pregunta cómo estoy, contestaré, "Gracias por preguntar. ¿Cómo está usted?" Su pregunta, desde luego, es para iniciar una conversación. Así que les permito ser ellos quienes inicien la charla. Haga lo mismo con sus hijos.

Cuando le hagan la famosa pregunta, responda simplemente, "¿Por qué preguntas?" Haga una pausa y continúe con otra pregunta, "¿Qué pasa?" Y entonces déjelos hablar. Casi nunca se interesan en las historias de la niñez de usted; lo que les interesa saber es cómo lidiar con estos asuntos en sus propias vidas.

Vaya más a fondo, incluso antícipese a pensar que han tenido invitaciones o que de hecho ya hicieron algo. Vaya más a fondo; no espere, porque puede llegar tarde.

"¿Alguna vez usted ha...?" es una gran forma de iniciar conversación: Aprovechela, pero escoja bien sus palabras. ¡Recuerde que en sus manos está el moldear la vida de sus hijos!

¿Cómo responder?

31 de julio del 2003

Escogí una buena semana para salir de Austin. La semana pasada, mientras me encontraba en un retiro en las Montañas Smoky en Carolina del Norte, una controversia religiosa estalló en Austin. El debate alrededor de un pastor presbiteriano quien ha sido demandado por ordenar a un anciano que declara abiertamente ser homosexual.

Regresé a mi oficina y me encontré con una inundación de correos electrónicos preguntando ¿qué tipo de apoyo brindan el ministerio local y los líderes de la fe a este obispo? Pero mientras muchos de nosotros nos hemos dejado de preguntar si pudiéramos respaldar esto de manera pública o privada, un imán musulmán de Austin lo reprobió públicamente. De acuerdo con su fe islámica, este ministro considera que el obispo ha cometido un pecado público en contra de los mandamientos de su propia religión y concluye que aunque él no está de acuerdo con lo sucedido, respeta las decisiones y perspectivas de otros en este asunto. Esto es noble.

¿Se ha encontrado en un momento similar, en la que está en desacuerdo con las acciones de otra persona? En tal situación, ¿podría usted, como el imán, respetar las decisiones y perspectivas de otros, aún que usted no esté de acuerdo con ellos?

Me imagino que esto pasa más frecuentemente de lo que admitiríamos. De hecho, he escuchado un buen número de ejemplos justo en estos dos días de regreso en Austin.

En uno de los casos, un joven nacido en México ha decidido unirse a la Infantería de Marina de los Estados Unidos. Sus padres, también originarios de México, no saben cómo respaldar la decisión de su hijo, especialmente en estos tiempos turbulentos en el aspecto militar.

En otro caso, una madre lucha por entender cómo es que su hija adolescente puede escoger vivir con otra persona sin estar casados. "Están viviendo en pecado" dice ella, haciendo eco a las palabras del imán.

En un tercer caso una pareja joven ha descubierto que su hija adolescente está embarazada.

Y todavía en otro caso, un joven ha llegado de México, habiendo dejado su familia y tierra, sin la bendición de sus padres.

La lista de ejemplos es interminable.

Una de las tantas dificultades en el camino del ser humano es la de apoyar a otras personas que dicen y hacen cosas con las que probablemente no se esté de acuerdo. Esto representa un reto,

especialmente cuando sucede con aquellos que más amamos: ¡nuestros hijos! ¿Cómo responder?

Cuando otra gente dice o hace cosas con las que no estamos de acuerdo, deberíamos usar un modelo desarrollado por los teólogos y ministros en Latino América en las décadas pasadas. Ellos le llamaron el modelo de “ver-juzgar-actuar”. Significa simplemente que antes de actuar o hablar, debemos examinar la situación. Así que con base en lo que vemos, podemos formar un buen juicio, y ese juicio, en su momento, nos llevará a una acción constructiva que nos acercará a otras personas en lugar de apartarnos.

Los antiguos romanos empleaban una magnífica palabra, raíz de muchas de las palabras en español que empleamos: *spectare*, que significa observar cuidadosamente, ver lo que sucede, contemplar. Y de ahí se derivan “perspectiva” y “respeto”. El primer paso entonces, antes de juzgar y atacar, es observar cuidadosamente la situación, con el fin de entender por qué otra persona dice o hace algo. ¡Debemos tratar de verlo desde su “perspectiva”!

Sólo entonces podemos, como el imán, realmente “respetar” al otro. Esto no conlleva estar de acuerdo, sino respetar. Sabemos que, como individuos, ellos continuarán llevando a cabo sus propias decisiones, y lo respetamos. Sí, cometen errores, y si fuéramos honestos, probablemente aceptaríamos habernos equivocado también. Sospecho que por eso nos preocupa tanto lo que hablan y hacen nuestros niños: No deseamos que caen en los mismos errores que nosotros. No queremos que se equivoquen, punto.

Pero así es la vida: En vez de enfocarnos en la posibilidad de cometer errores en el propio viaje que es la vida, quizás debiéramos “respetar” el camino de cada uno, intentando ver las situaciones desde su perspectiva y acompañarlos en el viaje, en lugar de hacernos ajenos.

¿No sería eso digno de admirar? De hecho, ¡sería “espectacular”!

La televisión: ¿Educación o adicción?

7 de agosto del 2003

Recientemente conversaba con una señora, madre de tres niños. Esa tarde, el más pequeño de los tres, que tiene tan sólo dos años de edad, estaba cantando y bailando como uno de los personajes del programa infantil “Plaza Sésamo”.

La señora comentó que todos los días le prendía el televisor al niño para que viera éste y otros programas educativos que ayudan a su hijo a aprender unos movimientos, letras y números. Además, me dijo, la televisión ofrece la gran ventaja de mantenerlo entretenido mientras ella realiza las labores del hogar.

Esta mamá se mostró muy orgullosa de los avances de su hijo: Sabe varias letras y algunos números, identifica animales y sus sonidos, puede incluso prender, apagar y cambiar canales al televisor — aunque todavía no sabe sintonizar el canal correcto. “En ocasiones se arrulla con algún programa y se queda dormido”, señaló. “Qué bien”, agregué, “me imagino que entonces usted también puede tener un rato de absoluta tranquilidad”.

Sonriendo, me contestó: “Ay no. Tengo que aprovechar para ver mis telenovelas y mis shows de entrevistas, porque cuando llegan los niños de la escuela, se apoderan de la televisión para ver las caricaturas — ¡y ya nada más veo las de la noche!” Me quedé con la boca abierta al imaginar su rutina diaria. No me quedó más que preguntar: “¿Y a qué hora descansa su televisor?”

No hay duda alguna que la televisión ofrece algunos programas educativos para niños y adultos. Como tampoco no hay nada malo en que los adultos tengan un poco de entretenimiento. Sin embargo, le invito a que analicemos juntos un poco más a fondo la “educación” que los programas de televisión proporcionan.

Basados en el proceso de aprendizaje de los niños, podemos ver que ellos aprenden por imitación y repetición. Es decir, todo lo que ven que usted y quienes le rodean hacen o dicen, ellos lo aprenden y, después de unos días, lo imitan muy bien. De la misma forma, al ver continuamente un programa, como por ejemplo “Plaza Sésamo”, podemos observar que el niño o la niña repita alguna palabra, canta o baila — según lo que ha estado viendo.

En realidad, este patrón de aprendizaje por visión y repetición no sólo se aplica a los niños. Aun nosotros, como adultos, muchas veces captamos más y aprendemos más con imágenes visuales. Un sencillo

ejemplo de ello entre la audiencia adulta son los programas como “Laura en América” o “Cristina” en los que continuamente presentan casos de infidelidad, libertinaje, irresponsabilidad y un sinfín de “chismes”. Sí, ¡chismes! ¿Para qué sirve el saber las conductas inapropiadas o los problemas de los demás? Nada.

Es bien sabido que todos tenemos problemas de toda índole: familiares, conyugales, financieros, de identidad, etc. Lo que nosotros y nuestra sociedad necesita no son programas que enseñen actitudes y conductas negativas para responder a dichos problemas. Lo que necesitamos saber es cómo lidiar con dichos problemas de manera menos violenta y lastimosa para uno mismo y para los seres que queremos, que se ven afectados. Se necesitan programas que rescaten valores importantes que se han ido degradando e incluso perdiendo.

Sin embargo, esto no existe en la televisión. Lo que existe son dramas, violencia, falta de amor a sí mismo, y mala educación para chicos y grandes. La variedad es extensa, y corre las 24 horas del día. Leí recientemente que como hispanos vemos un promedio de 54 horas de televisión por semana. ¿Cuántas horas ve usted la televisión cada semana? ¿Tal vez ha ido aumentando el número de programas que usted ve durante la semana?

No le sorprenda a usted entonces cuando escuche a sus hijos repitiendo algún acto de violencia contra usted. No se sorprenda cuando empiecen a pronunciar palabras que insultan, ofenden y lastiman. Y no le sorprenda cuando usted mismo/a se vea actuando ante una situación determinada como la ha aprendido de los programas de televisión: a gritos, insultos, y actitudes dramáticas e inmaduras que, lejos de resolver un problema, lo agravan.

Le invito a que la próxima vez que vea un programa de televisión, sea cual fuere, lo vea con una actitud más juiciosa que le permita evaluar la calidad del programa. Analice y critique el contenido de los programas, y descubrirá cosas interesantes que se utilizan para no solamente dar entretenimiento, sino crear una gran adicción a la televisión.

Sale la basura que entra

14 de agosto del 2003

Suelo bromear diciendo que vengo de los campos de maíz de Ohio, a las tortillas de maíz de Austin. Y justamente esta semana escribo desde Ohio. Los campos aquí se ven un poco diferentes en comparación al año pasado. Debido a la sequía de hace un año, el maíz apenas creció a la altura de la rodilla. Este año, gracias a las abundantes lluvias, el maíz es tan alto como la persona más alta de Ohio. Lo mismo sucedió con los frijoles. Este año hay abundantes, verdes y llenos de frijoles. ¡Qué gran diferencia hace la presencia de la lluvia! ¡Cuánta vida ha traído!

Esta semana he venido a Ohio a alimentar las mentes y las almas de cientos de peregrinos que se reúnen en la Basílica de la Virgen del Consuelo. Estoy predicando cuarenta y cinco minutos diarios durante nueve noches. La gente se reúne aquí y responde con emoción a todo lo que escuchan. Incluso un amigo me comentó, "He sido sacerdote ordenado 40 años, y nunca había escuchado algunas de las cosas que estás predicando. ¡Es emocionante!"

Lo que es increíble es ver que la gente se alimenta y vuelve a la vida. De la misma forma que el maíz y los frijoles de Ohio necesitan alimento para estar llenos de vida, también nosotros los seres humanos necesitamos alimentar continuamente nuestra mente y nuestro espíritu. Debemos crecer y madurar, no sólo físicamente, en cuerpo. También nuestra mente y espíritu deben tener este crecimiento y madurez.

Quiero suponer que ha alimentado y ejercitado su cuerpo para ayudarle a madurar sanamente. Usted mismo se dará cuenta que lo que come se ve reflejado en su físico. De la misma forma, las ideas o información con que alimente a su mente se verán reflejadas en su forma de comportarse y de actuar. ¿Cómo alimenta su mente y su espíritu?

La semana pasada hablamos de la poderosa influencia de la televisión en nuestras vidas. Sí, diariamente alimentamos nuestra mente con imágenes e ideas de la televisión. Pero el punto principal fue destacar la pregunta: ¿Nos están ayudando verdaderamente a crecer estas imágenes?

En el mundo de la computación, hay una expresión que dice en inglés: "*garbage in, garbage out*" (sale la basura que entra). Las computadoras son máquinas programadas. Lo que se ve en una computadora depende únicamente de lo que se instale a la misma. Si la programamos con errores o "basura", ¿qué cree que veremos? ¡Basura! Es obvio.

Y es lo mismo con la mente humana: ¡Sale la basura que entra! Lo que salga de nuestra mente dependerá únicamente de lo que entre a ella. Es

decir, lo que la mente humana reciba de información visual o auditiva será con lo que se alimentará para crecer o degradarse.

Ahora, personalicemos seriamente la siguiente pregunta: ¿Qué está entrando al “pozo” de su mente, y de la mente de las personas que amamos? Frecuentemente criticamos y juzgamos como “basura” a las transmisiones televisivas, al cine, a las revistas, a los libros, a las clases, e incluso a los sermones. Si consideramos en serio la pregunta anterior y respondemos con honestidad, descubriremos cómo hemos sido o estamos siendo utilizados para consumir “basura”.

La basura no alimenta. Puede llenar un espacio grande, pero recuerde que cantidad no significa calidad. Sea honesto/a, ¿son esos recursos y medios de información fuentes que le ayudan a usted a crecer y a llenarse de vida? ¿Puede crecer con esa información y hacerse como las enormes mazorcas de Ohio de este año?

Algunas personas creen que yo nací siendo predicador y escritor. No es cierto. De hecho, para preparar estos 10 días de predicación me tomé horas de cuidadosa lectura a más de 20 libros recientemente publicados en la materia que estoy exponiendo. Estos libros llenan mi mente con un sinnúmero de ideas, las cuales alimentan el “pozo” de mi mente, para que luego pueda sacar de él algo bueno. Y es esa predicación lo que está alimentando las mentes y los espíritus de otros. Como ve, el “agua” de mi “pozo” llena otros “pozos”. ¡Es igual con usted!

Al iniciar otro ciclo escolar, le invito a examinar su vida, para ver cómo puede quitar un viejo vicio y empezar a alimentar más sanamente su mente y espíritu. Por mi parte, le ofrezco mi oración para que, al igual que el maíz de Ohio, usted reciba el verdadero alimento que le nutra y les enseñe a otros a alimentarse mejor en su jornada de la vida.

Buscando ayuda

21 de agosto del 2003

Nuestro desafío, como pueblo peregrino en esta jornada de la vida, es seguir adelante. Con la misma seguridad que la vida es una jornada, también podemos estar seguros de que habrá tiempos malos en nuestro andar. Puede incluso que lleguemos a necesitar ayudar para poder levantarnos. Pero, ¿ha experimentado una caída tan grave que parece no ser suficiente la ayuda de otros? ¿Qué hacer? ¿A quién más recurrir? Lo explicaré de esta forma.

Es prácticamente un ritual semanal al hablar con algunos parroquianos sobre mi columna semanal en *El Mundo Newspaper* al mismo tiempo que me preparo para celebrar misa el fin de semana. Ellos son mis mejores críticos, gente sin temor de decirme lo que piensan. Me dicen cuando mis palabras ayudan, y también cuando no ayudan mucho. En esta ocasión, cambiamos los papeles.

Me quedé con la impresión de que otro pastor no-católico insinuó en este mismo periódico que los santos católicos son como dioses romanos y divinidades, y que María es parte de la Trinidad de Dios. “Desde luego que él no escribió eso”, pensé. Cuando menos sé que trato de no dañar a otras religiones. Pero el entendimiento de los feligreses hacia dicho artículo dio lugar a una buena charla.

Así que usé la analogía de necesitar ayuda al caer en la jornada que es la vida.

¿Ha vivido una caída de esta magnitud en la que se siente con grandes cargas sobre sus hombros? Parece increíble, pero todo llega al mismo tiempo: tristeza, problemas, frustraciones, desilusión, e incluso desastre. ¿Cómo ha respondido usted?

Una de las reacciones puede ser paralizarse ante estos eventos de forma tal que no es capaz de hacer nada. Es demasiado. Otra es irse al extremo opuesto, y no ver ninguna esperanza de volver a levantarse. Supongo que la respuesta natural para la mayoría es algún punto intermedio. Y me imagino que la mayoría actuamos humana y socialmente: Pedimos ayuda.

Hace tiempo aprendí que es mejor pedir ayuda que sentirse “Superman”, capaz de lograr lo inimaginable. Si me siento presionado por el tiempo y no puedo lograr todo lo que quiero, pido ayuda. Si me veo en la necesidad de tratar de cargar más de lo que puedo de manera segura, pido ayuda. Si me siento intimidado por los retos de la vida, pido ayuda. Claro que podría decirme, ¿No, está bien, yo puedo hacerlo solo? Pero, ¿por qué?

Pedir ayuda es natural. Es considerarla como una opción cuando nos encontramos abrumados por un sinfín de situaciones de la vida. Buscamos la ayuda de los demás. Así como me buscó un joven el domingo, diciéndome que los doctores no podían descubrir el origen de su fatiga y malestar, que si era correcto buscar la ayuda de un brujo en tales casos. Está buscando “ayuda”. Sabiendo de las malas experiencias de algunas personas al lidiar con ellos, y por otro lado habiendo escuchado los testimonios de muchos creyentes, le dije que tomara sus precauciones.

Sí, buscar la ayuda de otros es normal. Cuando consideramos nuestras opciones nos podemos encontrar gritando a los cielos, tocando diferentes puertas celestiales, o incluso negociar con poderes superiores a nosotros, para conseguir lo que queremos.

Sospecho que por eso llamamos a Dios por sus diferentes nombres. Sospecho que por eso ofrecemos oraciones a la Virgen de Guadalupe o a otro santo. No porque sean dioses, sino porque nosotros necesitamos ayuda. Y buscamos ayuda, pero ya no de alguien como yo, sino de alguien superior que luchó con entereza y fe por levantarse y por levantar a otros.

A mi joven amigo, le ofrecí un sencillo consejo sobre los brujos: ten precaución. Ten precaución porque Dios no siempre responde cómo quisiéramos o cómo nos gustaría. Finalmente, la naturaleza de Dios sigue siendo un misterio, hasta para el más sabio. No pierde nada al pedir ayuda. De hecho, estoy seguro que usted y yo hemos escuchado muchos testimonios de personas que han creído e incluso de unas que no creen tanto.

Así que, si aún no ha caído, puede estar seguro/a que caerá en la jornada de la vida. No tenga miedo. No pierde nada: ¡Pida ayuda!

Realidad o ficción

28 de agosto del 2003

Al iniciar mi carrera de enseñanza en la Preparatoria Católica San Juan Diego, era obvio ver que hay estudiantes que están muy avanzados para mi clase de español del segundo nivel. De hecho, esta clase sería espantosamente aburrida para cualquier estudiante nacido y criado en México, y que ha hablado el idioma toda su vida. Así que en mi primera semana, creamos con estos estudiantes un curso de estudio independiente sobre literatura y composición en español.

Iniciamos el curso con un pequeño cuento titulado "El lago", del autor mexicano Felipe Garrido. Es una historia de realidad transformada: Un niño pasa por un portal mágico en su recámara y se encuentra en la costa. Cuando vuelve a la realidad, es regañado por su mamá por traer los tenis mojados, ¡otra vez!

La tarea para mis estudiantes fue escribir su propio cuento en el cual la realidad se transformaba. Uno de ellos, por ejemplo, escribió sobre un sueño que tuvo en el que él era el héroe del video juego Mario Brothers. En su fantástico sueño, Raúl, mi estudiante, rescataba a la princesa quien, en recompensa, le daba un beso en la mejilla. El sueño terminó y Raúl despertó. ¡Su sorpresa fue al mirarse en el espejo que aún tenía el lápiz labial de la princesa en su mejilla!

Ahora bien, transformar la realidad en literatura y composición está bien. A esto se le llama ficción. Sin embargo, fuera de esto, el transformar la realidad no está bien. A esto se le llama mentir.

Mentir significa tratar de transformar una realidad. Intentamos creer y hacer creer a otros que las cosas no son como son. Ciertamente todos le hemos mentado a algún maestro o amigo, o a nuestros padres, cuando menos en una ocasión. Ahora piense en cómo su mentira transformó o distorsionó la realidad.

Cuando mentimos, negamos nuestra debilidad humana. Nos describimos como héroes o víctimas indefensas en el drama de la vida. Exageramos las situaciones. Tenemos una gran facilidad para ver y resaltar las fallas de los demás, mientras no reconocemos nuestras propias fallas. Manipulamos la realidad para que otros la creen, ¡y con frecuencia nos encontramos creyendo nuestras propias mentiras!

"Mentir es natural", podría usted decir al pensar en las "mentiras piadosas" que ha dicho últimamente. Recientemente leí sobre un teólogo católico que piensa lo contrario. Escribe que, "No es verdad. Mentir no es natural. Falsificar hechos es en realidad destruir la naturaleza. Destruye las cosas como son, acompañado de la afirmación lógica de

causa y efecto, y reemplazándola con la forma en que nosotros quisiéramos que las cosas fueran: castillos en el aire”.

Mentir nos lleva a lo que el filósofo Josef Piper llama, “falsificación de la memoria”. Y pronto nuestros aparentemente inocentes retoques, decoloraciones, omisiones y cambios de acento se toman como “realidad”. Nos pueden incluso llevar hacia mentiras más grandes: que el alcohol o las drogas pueden resolver nuestros problemas, que una escapada casual o encuentro sexual está bien a pesar de mi voto de fidelidad en el matrimonio, o que el dinero es la fuente de la felicidad. Empezamos a perder la narrativa real de nuestras vidas, y ya no somos sinceros, ni con nosotros mismos.

Ejercicios sencillos como el de transformar una realidad en no-realidad puede ayudar a buscar nuevas opciones. Sin embargo, es importante abrir los ojos, salir de esa realidad fabricada por la imaginación y, al igual que Raúl, volver al espejo y mirar la verdadera realidad. Aferrarse a algo que no existe conlleva hacer de una mentira toda una vida de mentiras llena de falsedad.

Al continuar en el sendero de la vida, intentemos ver más claramente primero cómo somos, y después cómo son los demás. Tal vez podamos empezar a borrar algunas falsedades y podamos seguir nuestro peregrinar más sinceramente.

No espere

4 de septiembre del 2003

Dos años han pasado después del ataque terrorista a las ciudades de Nueva York y Washington, D.C. Las consecuencias de tan maligno acto fueron nefastas: sembró el terror mundial. Lastimó gravemente la economía del país, dejando a miles de personas sin trabajo. Y sobre todo, destruyó a miles de familias.

A raíz de este ataque, se tomaron mayores medidas de seguridad para minimizar riesgos, y se hizo un gran esfuerzo para recuperar la estabilidad económica. Pero lo que no pudo sanarse, ni siquiera un poco, fue la pérdida de un papá, una mamá, uno o más hermanos, primos, tíos, o amigos.

Este mes de septiembre, la nación entera y muchos países del mundo recuerdan esta tragedia. Me uno a ellos, pero en esta ocasión también me quiero unir a aquellos que sufren la tragedia de perder a un ser amado de una manera violenta o inesperada, cualquiera que ésta sea.

Seguramente cada mañana que despierta y empieza el nuevo día, apresurado/a por salir a trabajar o a estudiar, llevar a los niños a la escuela, y atender a una gran lista de asuntos pendientes, usted no piensa en que tal vez justamente ese día sea el último de su existencia. Y se va sin tratar de arreglar aquella pequeña discusión del día anterior o de esa mañana, o sin decir una frase de afecto a sus seres queridos.

Tendemos a asumir que saben, y que sabemos, que existe amor entre nosotros. También con mucha frecuencia, nos dejamos atrapar por la pesada monotonía y dejamos de ver el nuevo día como una oportunidad de hacer mejor lo que hicimos ayer, de luchar más de lo que luchamos ayer, de disfrutar más la vida de lo que la disfrutamos ayer.

La mediocridad no sólo se da en el ámbito profesional, sino también en el ámbito personal y sentimental. El dejarse absorber por las dificultades, el ver y vivir con tanta violencia sin hacer nada por detenerla, y el no valorar la vida con todas sus bellezas y desafíos, nos va quitando gradualmente el ser verdaderamente humano. Por eso, cuando vemos a unos cuantos que han sabido cuidar su humanidad y han disfrutado las alegrías de vivir, compartir, aprender y crecer, sentimos una gran curiosidad por saber “cómo le hacen”. Para muchos, las tragedias son lo único que les fuerzan a frenar su acelerado ritmo de vida y ver que hay otras personas a su alrededor que han desatendido.

En una ocasión, una pareja vino a mí en busca de un consejo para mejorar su comunicación. Los problemas habían ido abriendo un abismo entre ellos porque ambos trabajaban, y al regresar a casa cansados, era

fácil sentirse a disgusto por cualquier razón. El argumento de ambos era que no tenían mucho tiempo para conversar largamente, y que preferían descansar.

Les pedí que se imaginaran un día normal en el trabajo: apresurados por llegar a tiempo, tratando de resolver asuntos pendientes, más los del día, los compañeros de trabajo y otros detalles del día que nunca faltan. Desde luego que no les costó ningún trabajo pensar en esto.

Después les pedí que imaginaran una llamada telefónica urgente avisando que su pareja había tenido un accidente en el trabajo y que estaba en el hospital. Surgió la pregunta para ambos: ¿Qué harían? “Ir inmediatamente al hospital para estar a su lado”, contestaron los dos. Entonces les pregunté, “¿y sus trabajos?” Dejé que el silencio les ayudara a encontrar la respuesta.

Así es: Tienen razón. Hay cosas más importantes que el trabajo, y cosas que merecen más tiempo y atención. Hay cosas esenciales que, si no se atienden, van apagando algo en nuestro interior.

No espere a que ocurra una tragedia en su vida para ver a su alrededor y apreciar lo que tiene. No espere a vivir en una relación fría e indiferente con sus hermanos, padres, hijos o pareja.

Espero que todas las víctimas del 11 de septiembre del 2001 hayan podido partir felices por lo que dieron, hicieron y vivieron. Y espero que las familias que perdieron a algún ser querido vivan tranquilas sabiendo que mientras pudieron le hicieron feliz, y que también ellos fueron felices.

Rescate en la zona roja

11 de septiembre del 2003

Muchos dicen que la prostitución es la “profesión más antigua”. Hay quienes incluso afirman que es un mal necesario para la sociedad. Y yo me pregunto si en realidad será así.

Tal vez lo que intentan es aumentar las ganancias de las fábricas de condones y otros anticonceptivos, y por qué no decirlo, de las otras industrias que se benefician de ello: bares, cantinas y pornografía.

La prostitución es un fenómeno gigantesco, no sólo por el sector públicamente conocido, sino por las discretas, pero fuertes, repercusiones que trae. Pero, ¿qué pasó? ¿Qué es lo que realmente se perdió? ¿Sería la necesidad económica de algunas mujeres? ¿Sería la ignorancia o falta de preparación? ¿Sería el abuso y ambición de los más fuertes?

Estoy seguro que estos factores contribuyeron en gran parte a que se fuera perdiendo poco a poco la dignidad del ser humano. No podemos pensar que sólo la mujer ha perdido su dignidad, sino también los hombres juegan un papel muy importante en la degradación de este valor. Sin embargo, quiero que usted y yo lo veamos desde el punto de vista del ser humano, ya no considerando la moral, la política, ni la religión—pues es bien sabido que estos aspectos causan una gran polémica social: Cada uno de estos aspectos han jugado un papel muy importante en la historia del concepto de “dignidad”.

La definición es sencilla: la dignidad es el valor que toda persona tiene por el sencillo hecho de existir. Es decir, usted y yo tenemos un gran valor como seres humanos, el cual ni el dinero, ni las comodidades, ni siquiera ser “legal” o “ilegal” le pueden quitar.

Desafortunadamente, la realidad es que los hombres y mujeres que se prostituyen permiten que sus cuerpos, y en general sus personas, sean utilizadas y desvalorizadas. Ese gran valor que tienen por el sencillo hecho de haber ganado en la carrera de la vida lo ponen en manos de gente que lo escupe y pisotea. Claro que para disfrazar todo esto entra en acción el brillo del dinero. Por unos cuantos dólares se vende la oportunidad de ser uno mismo, de hacerse valer como persona, con todo lo bueno que posee.

Desde luego que existen reacciones inmediatas a esta afirmación: “Es mi vida, ¿y qué?” Y desde luego que tampoco cierro los ojos a nuestra realidad social en la que vemos niñas, adolescentes, jóvenes y mujeres maduras actuando “libremente” en una búsqueda desesperada de sentirse amadas. Por otro lado, los varones, los hombres, o tal vez

debemos ser directos, los “machos”, nunca dejarían pasar una oportunidad de éstas. Y también ellos terminan poniendo su propia dignidad por los suelos. La satisfacción sexual que puedan obtener es tan pasajera que no deja en ellos ni un poco de respeto o admiración por parte de su compañera, siendo esto lo que finalmente busca en realidad.

Este fenómeno social es presentado como la buena vida, la alegría de vivir, lo actual, independencia y libertad. Vaya forma de hacer negocio con el ser humano, y vaya forma de permitirlo. Vaya forma de esos ricos empresarios de criticar y humillar al ser humano por un lado y por otro de alimentar a un monstruo que crece y va contaminando rápidamente otros ámbitos sociales. Hay un dicho que dice, “se espanta del muerto, y se abraza de él”.

Éste es un llamado de alerta a todo ser humano a analizar su persona, a redescubrirse como un ser con grandes cualidades, con potencial, con sentimientos y con dignidad. Ojalá que los jóvenes se atrevan a ser dignos y a destacar por ello. Y ojalá que los adultos y ancianos den testimonio vivo de una vida digna que ayude a rescatar al ser humano de las garras del mismo ser humano.

La zona roja no es únicamente la prostitución pública; es también desvalorizarse a tal grado que el ser humano se pone en la posición de mercancía barata. La prostitución tal vez sea la “profesión más antigua” como se dice. No obstante, la dignidad existe desde que el ser humano es ser humano.

Amor a la patria

18 de septiembre del 2003

Este mes varios países de América Latina conmemoran con una gran celebración nacional su independencia. La televisión transmitió desde diferentes puntos de México el tradicional “grito de independencia”. Dado que un gran porcentaje de la comunidad hispana que habita en Austin es de origen mexicano, también aquí pudimos ver banderas y celebraciones con motivo de esta fiesta. Me hizo recordar lo que viví hace algunos años cuando estuve viviendo en Cuernavaca, Morelos. Allí descubrí detalles patrióticos muy interesantes.

Sin duda alguna, el fenómeno de la inmigración tiene grandes efectos, no sólo en los inmigrantes, sino también en el lugar y la sociedad que los recibe. A medida que va llegando más y más gente, también vemos más y más la celebración de sus tradiciones: quinceañeras, presentaciones de tres años, la fiesta del día del niño, y desde luego, la del 15 de septiembre, día de la independencia. En la comunidad de mi parroquia, veo el entusiasmo con el que la gente celebra estos días.

Pero también escucho con frecuencia que dicen, “Estuvo bonito, pero no es igual que en México: ¡allá es mejor!” Supongo que si usted ha vivido y celebrado estos días en México compartirá la misma idea. ¿Pero es acaso la fiesta todo lo que extrañan? Por el tiempo que viví en Cuernavaca, le puedo asegurar que no.

Cada persona que abandona su país, movido por la necesidad económica, abandona además familia, tradición, cultura y un profundo sentimiento de pertenencia. Es decir, al llegar a un país diferente, con idioma, cultura, leyes y tradiciones diferentes, se siente como si se estuviera recibiendo un castigo en el que todo es oscuridad y soledad. Y dentro de todo eso, las celebraciones que aquí se organizan con motivo de esas festividades traen un poco de alegría y consuelo de lo que geográficamente lejos está.

Y sí, es bonito, pero no es igual que en México. Cuando gente de mi comunidad comparte sus recuerdos de cómo celebraban en su ciudad o pueblo las fiestas patrias, sus rostros se iluminan y sus ojos brillan con gran alegría al hablar sobre la reunión familiar en casa de mamá, los fuegos artificiales en las calles, la cena de antojitos mexicanos, y la música folklórica y de mariachi que ambientaba hogares, negocios e incluso algunas oficinas. Es por eso que, en México, septiembre es llamado el mes de la patria.

Aquí en Austin, la Plaza Saltillo fue uno de los lugares que trajo a los mexicanos un vivo recuerdo de una gran celebración. Sin embargo, se

puede también experimentar el vacío que deja el no celebrar en el inigualable ambiente de la explanada del Zócalo en la Ciudad de México, o en la explanada en el zócalo de Cuernavaca, o reunidos en familia en casa de mamá.

El ver esta realidad me hace pensar en la fuerza de las raíces y de las tradiciones que llevan a donde van. Lo cual es bueno. Está bien tener siempre presente quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Sin embargo, lo que no es tan bueno es cerrar los ojos y los oídos a la realidad que se esté viviendo actualmente en otro país.

Es importante estar conscientes de que en realidad hay muchas cosas diferentes sencillamente porque es un país diferente, con gente, historia y muchas otras cosas más diferentes a las suyas. La riqueza de emigrar no solamente radica en mejorar la situación económica familiar, sino también en aprender sobre lo que el nuevo país le ofrece: un nuevo idioma, diversas fuentes de superación tales como bibliotecas públicas con programas gratuitos, organizaciones sin fines de lucro con programas de alfabetización, de superación personal, de estudios técnicos básicos, y por qué no mencionarlo, actividades y programas de estudio bíblico en la iglesia que le permiten reforzar su fe y mantenerla viva.

Como ve, ambos países tienen grandes riquezas. Pero el origen de las raíces y los lazos afectivos marcan una gran diferencia. Organizar y participar en celebraciones como la del 15 de septiembre le traerá alegría, y efectivamente, no será “igual que en México”, pero ésa es justamente la parte que a usted le corresponde mantener viva: ¡amor a su patria!

Paso a paso

25 de septiembre del 2003

Con las celebraciones de la independencia de México y de otras naciones latinoamericanas en este mes, he estado trabajando con mis estudiantes en la Preparatoria Católica de San Juan Diego, para que aprenden acerca de la historia y las varias leyendas asociadas con eventos con los que ganamos nuestra libertad. Para mostrar lo que hemos aprendido e inspirar el orgullo de la cultura latina, los estudiantes y yo organizamos un programa vespertino para celebrar nuestra independencia.

Para el programa, varios estudiantes hicieron presentaciones de la historia de la revolución. Otros trabajaron en detalles de la comida mexicana y de los adornos de los colores de verde, blanco y rojo. Mientras otros coreografiaron bailes folklóricos.

La otra maestra del departamento de español tiene mucha experiencia en bailes folklóricos, así que el otro día se me ocurrió que sería una buena idea que los dos representantes de la facultad de español presentáramos juntos un baile folklórico. Y me imaginé el reto que esto implicaría.

Nos dimos cita un domingo en la tarde en el estudio de danza de Chuy Chacón, el director artístico del Ballet Folklórico de Austin de Roy Lozano. Chuy es un hombre muy talentoso y paciente. Él trabajó con nosotros, llevándonos paso a paso. Practicamos los pasos más sencillos una y otra vez. Y después de casi tres horas, aunque alejados de la gracia, tuve ante mí el reto que representaba ser capaz de bailar por cuatro minutos un zapateado del Jarabe Tapatío en una semana.

Quizás usted no esté identificado con el término Jarabe Tapatío. Sin duda, creo que usted está familiarizado con la música y el baile. Éste es un baile regional mexicano. De hecho, es el baile folklórico nacional por excelencia. Original de Jalisco y creado durante la revolución hace casi 100 años, este baile es un símbolo de nuestra unidad nacional.

Es también una hermosa historia de amor y cortejo. El charro galopa por el pueblo y ve a su novia, la “china poblana”. Comienza el flirteo, y el charro tira su sombrero al suelo y baila alrededor. La “china” lo levanta en señal de aceptación, y juntos bailan a la sombra del sobrero.

El Jarabe Tapatío es la historia de dos personas en las que crece el amor del uno por el otro. Yo sospecho que es el viaje para lograr la unidad, un viaje de amor y sanidad, perdonando y viviendo en paz con el otro, muy parecido a la clase de danza por la tarde en el estudio: Todo empieza con un simple paso. Entonces otro. Y otro más.

Me gustaría bailar el Jarabe Tapatío de la noche a la mañana. ¡Me gustaría despertar mañana y bailarlo con gracia! Pero hemos aprendido que para aprender cualquier gran habilidad – desde patear una pelota de fútbol hasta cocinar – no es así y ya. No hay ninguna magia. Aprendemos paso a paso.

Tan a menudo sentimos que las cosas no pudieran ser diferentes. Sentimos que nosotros no pudiéramos terminar el daño que otros nos han causado. Sentimos que nosotros no pudiéramos deshacer el daño que hemos causado a otros. Sentimos que nosotros pudiéramos amar y perdonar y vivir en paz con la gran variedad de gente a la que encontramos sobre esta tierra. Y deseamos que esto sucediera de un día a otro. Pero no es así.

Aprender “el baile” del amor y del perdón comienza con un pequeño paso. Y esto precede al dolor. Pero pronto, como la humanidad quien hace “el baile” desinteresado de cariño al ser visto por otros parece tan fácil, que nos encontramos siendo artistas nosotros mismos. Encontramos que, también, nos hacemos libres.

Con la magnífica celebración de nuestra independencia este mes, puede cada uno de nosotros volver a aquel “estudio” ¡donde debemos todos aprender y practicar los pasos de cariño y perdón que nos harán realmente libres!

Hacia la libertad

2 de octubre del 2003

Como sacerdote y ex-estudiante de sicología, con frecuencia me encuentro analizando las palabras y acciones de los demás. Si veo, por ejemplo, a dos personas tratando de conversar sobre deportes o el clima, muchas veces lo interpreto como un esfuerzo simbólico en su lucha por conocerse mutuamente. El deseo que tienen de relacionarse con otras personas los lleva a encontrar lo que tienen en común, aun si eso es tan sólo la apreciación de un lindo día o de los encabezados del juego de anoche.

En mi experiencia personal, esta tendencia a analizar palabras y acciones, de preguntarme en silencio por qué una persona dice o hace lo que dice o hace, con frecuencia me lleva a profundizar en algunas conversaciones. Por ejemplo, el sábado en la noche, un joven me preguntó a dónde iría después de misa. Lo que en realidad quería descubrir era que si yo tendría un momento para hablar con él, y para escuchar su lucha contra la soledad por vivir en EE.UU., lejos de su familia y amigos. Estaba sediento por escuchar palabras de comprensión y tal vez un buen consejo.

Una situación similar ocurrió el domingo, cuando un amigo anglo me preguntó, “¿Viste que el obispo fue a hablar ayer con la organización de Trabajadores Inmigrantes por la Libertad?” Desde luego se refería a la jornada nacional que intenta presionar los derechos de migración a las prioridades de la agenda gubernamental. En realidad, su pregunta fue tan superficial como hablar sobre el clima, pero pude percibir algunas inquietudes más profundas que rondaban en su mente: ¿Qué hace el obispo allí? ¿Apoyan el obispo y la iglesia católica romana lo que está sucediendo con este movimiento? ¿Acaso tú también lo apoyas? ¿Qué piensas de todo esto?

Dado que mi amigo es de una tradición espiritual diferente a la mía, su pregunta nos llevó a una conversación más profunda, de cómo una persona de cualquier fe puede ver la situación actual de inmigración en EE.UU. La pregunta surge: ¿Cómo puede un buscador espiritual, una persona en la jornada de la vida, responder a la situación migratoria que afecta a muchos de nosotros tan profundamente?

La mayoría de las tradiciones espirituales reconocen la primacía de la vida sobre la muerte. Por eso, la persona espiritual ve que la migración y la reforma a la póliza es un asunto de vida y muerte. Literalmente, la gente está muriendo por cruzar la frontera. Están muriendo de pobreza en las naciones al sur de nuestra frontera. Y están dispuestos a arriesgar

sus vidas para ayudarse y a ayudar a sus familias a escapar de esa situación. Y, aun así, no hacemos nada. Yo pregunto: ¿Cómo respondería el gobierno si el mismo número de estadounidenses estuvieran muriendo a lo largo de la frontera?

En segundo lugar, la persona espiritual ve los asuntos de la migración a través de los lentes de la dignidad humana. Hasta que las reformas de migración sucedan en nuestro país, no solamente se seguirán perdiendo vidas, sino que también la dignidad humana seguirá siendo pisoteada. Un gran número de derechos humanos y civiles son violados debido a la situación migratoria actual, más comúnmente cometidos por aquellos que intentan ayudar a algunos a cruzar la frontera, y por aquellos que intentan evitar que crucen exitosamente.

En tercer lugar, el principio espiritual de justicia está ausente en una nación que carece de una reforma migratoria justa. Muros y bardas separan a los “ricos” de los “pobres”, y nos alejan de ver en los ojos de los demás que nos buscan como sus hermanas y hermanos. Muchas personas son explotadas, puestas en situaciones muy peligrosas, compartiendo el sudor de su frente sin recibir una remuneración justa como se les prometió, y no tienen acceso a los derechos humanos básicos como el de salud. En tal situación, no existe la justicia.

Finalmente, la persona espiritual ve en todo este asunto un movimiento hacia la libertad. Libertad de lo que quieren y temen. Libertad para realizar su potencial como seres humanos. Libertad para continuar en la jornada de la vida, creciendo aún más cerca de su Creador y de aquellos con los que se encuentran diariamente.

Así que, retomando la pregunta simbólica de mi amigo: ¿por qué estaría presente el obispo para darle la bienvenida al grupo de Trabajadores Inmigrantes por la Libertad? Si este grupo representa un gran movimiento hacia: la libertad humana, tal parece que cualquier persona espiritual debe estar abierta para recibir y abrazar a todos aquellos que marchan en esa jornada. ¡Ojalá que cada uno de nosotros también estemos listos para recibirlos y apoyarlos en su jornada con la nuestra!

Tiempo de unión

9 de octubre del 2003

Cuando la gente de un pueblo ha sido usada y abusada por sus dirigentes en repetidas ocasiones, poco a poco empieza a actuar igual con los más débiles. Cuando se ha abusado de la ignorancia y de la necesidad, se va perdiendo la confianza en el ser humano. Cuando la fe y la confianza se han usado como medio para enriquecer sólo a algunos, el ser humano va sufriendo una transformación negativa y perjudicial para él mismo y para los que le rodean. El espíritu de amor, entrega y confianza experimenta una serie de heridas que difícilmente podrá sanar.

Lo cual es totalmente comprensible si consideramos que son seres humanos trabajadores que no reciben un trato justo, que es un pueblo que confía pero que ha sido y es traicionado continuamente por sus dirigentes y funcionarios, que es un pueblo que se aferra a su fe como el único tesoro que nadie puede arrebatar.

Tristemente, ésta es la realidad de muchos países de América Latina. Muchos de estos países han sufrido muchas pérdidas: territorio, recursos naturales, tradiciones, valores.

Las naciones de Latinoamérica están en una etapa muy delicada. Una cosa trae a la otra. La pobreza, por ejemplo, trae consigo la desnutrición y la falta de atención médica a un gran sector de la población. Desde luego no hay recursos suficientes para comida, vestido, calzado y educación de los hijos, así que desde muy temprana edad abandonan la escuela para ayudar en la economía familiar. El resultado es un gran rezago educativo. Estas personas nunca podrán aspirar a un empleo que les permita crecer intelectual, humana y económicamente. Otras consecuencias son delincuencia y — atención — emigración a otros lugares que ofrezcan mejores oportunidades de vida.

El efecto general de toda esta problemática daña el espíritu de una persona y de todo un pueblo. Paulatinamente el espíritu se va corrompiendo y esclavizando, movido por la desesperación y la desesperanza.

Económicamente hablando, América Latina está siendo conquistada por países como Estados Unidos y China. La cercanía y el gran poder de Estados Unidos, y el acelerado desarrollo del país más poblado del mundo, China, están aprovechando la debilidad de un pueblo que lucha por sobrevivir.

Por un lado, se encuentra la máxima potencia capitalista: Estados Unidos. Ante la escasez de trabajo y los bajos salarios, millones de hispanos arriesgan su vida para lograr el sueño americano. Anhelan

ganar los codiciados billetes verdes que ayuden en el sustento de la familia en su país natal. Sin embargo, el precio que pagan es muy alto: arriesgan sus vidas, son explotados, discriminados, humillados y usados por unos dirigentes que sólo buscan el poder y pronuncian un “gracias” en español para conseguir el voto de los hispanos. Lo más triste es que con tan poco lo consiguen.

China también aprovecha de la debilidad de América Latina. En los últimos quince años, por ejemplo, las exportaciones de China a Latinoamérica se han multiplicado veinte veces más. ¡Y aun así seguimos comprando estatuas de la Virgen de Guadalupe y artículos con los símbolos patrios hechos en China!

Por eso, en esta ocasión, quiero hacer un llamado al pueblo hispano a rescatar su espíritu, a fortalecerlo individual y comunitariamente. Los dichos guardan una gran sabiduría en muy pocas palabras. Por ello, recuerden aquel que afirma que “la unión hace la fuerza”. Únase y apoye las buenas causas de su país. No humille al recién llegado porque no habla inglés o porque es “ilegal”. Cada vez que lo hace, le quita una oportunidad de mantener fuerte y en pie el espíritu de unidad, apoyo y del propio ser.

Es tiempo de acción. Es tiempo de unión. Apoye a las empresas y productos de su país. Tal vez le cuesten un poco más, pero es mejor que permitir que los grandes comerciantes se hagan ricos con mercados como el de las artesanías culturales y religiosas. Apoye e impulse a sus compatriotas. Con una actitud más solidaria estará alimentado el espíritu humano de confianza, esperanza, unión y apoyo entre connacionales.

El muro entre nosotros

16 de octubre del 2003

En ocasiones, las palabras y actitudes de mis estudiantes me indican que no tenemos mucho en común. De hecho, algunas veces me miran como si fuera de otro planeta. Otras veces, me doy la esperanza de que tal vez hablamos un lenguaje en común, aun cuando tal lenguaje es... Enrique Iglesias.

La semana pasada, trece estudiantes participaron en un paseo a ver una película de México que se estaba presentando en el museo de historia de Tejas. En mi carro, llevé a cuatro chicas del décimo grado. Como se imaginará, muchas veces no es fácil conectar el mundo de un adulto con el de las chicas adolescentes.

Lo primero que pidieron fue encender la radio. Después vieron algunos de los casetes que traigo. Preguntaron con sorpresa, "¿Usted escucha a Enrique Iglesias?" Contesté que sí. A partir de ese momento, pasé a ser de un simple sacerdote adulto, ¡a un sacerdote de buena onda! Y no tardaron en pedir en una sola voz: "¡Ponga la canción de 'Nunca te olvidaré'!"

Y así, una canción siguió a otra. Poco a poco, la pared de la desconfianza se empezó a caer, dando paso a un ambiente más armonioso y sobre todo, ¡de aceptación de un adulto al mundo de los adolescentes!

Enrique Iglesias siguió cantando: "Hay un muro entre tú y yo, dos heridas en la soledad, dos luces blancas que el tiempo apagó, y un amor que muere lo queramos o no".

¿Ha tenido el extraño sentimiento de que una "pared" le separa de otra persona a la que usted quiere mucho? ¿Ha hablado con alguien con el sentido de que estaba hablando a la pared?

En ocasiones yo lo he experimentado en las clases con las jóvenes del décimo grado. Amablemente trato de atraer su atención, diciendo simplemente, "Bien, jóvenes..." Y ellas continúan hablando. Empiezo a alzar la voz: "...jóvenes". Siguen hablando. Finalmente, alzo más la voz, casi gritando: "¡Jóvenes!"

De vez en cuando, siento que le hablo a una pared. Y así es. Imagino que de vez en cuando, usted puede sentir que le habla a una pared.

Esas "paredes" existen. Todos las levantamos para protegernos del mundo. De otras personas que demandan nuestro tiempo, atención o energía. De aquellos que quieran dañarnos. De heridas y decepciones. Del lado más oscuro de la vida. El reto, entonces, es cómo enfrentar esas paredes. Y es ahí donde Enrique Iglesia guarda silencio.

Esas paredes empiezan a derrumbarse en la presencia de respeto. De la palabra latina, *re-spectare*, el respeto literalmente significa “ver otra vez”. El respeto nos llama a ver a la gente otra vez. Ver, y volver a ver. Darles otra oportunidad. Y preguntar por qué han o hemos creado esas paredes que nos separan.

El siguiente paso es adelantarse para propiciar el diálogo, una verdadera relación de dar-y-recibir, la cual intente conectarnos con esa persona en otro plano. A fin de cuentas, es justamente la comunicación lo que nos lleva a ser comunidad. Nos lleva a ver lo que tenemos en común. Nos lleva a arriesgarnos a salir de nuestro aislamiento en la red social de la que nacimos y de la cual con frecuencia nos retiramos.

Desafortunadamente, tirar las paredes que nos separan requiere esfuerzo mutuo, por lo cual aún existen tantas paredes altas en nuestro mundo. Requiere humildad para ver que la otra persona realmente no es tan diferente a nosotros mismos.

Sospecho que esto es una verdad de todos nosotros: Tenemos muchas cosas más en común, que las que nos pudieran separar. Y que juntos podríamos empezar a derrumbar esas paredes para poder convivir en comunidad — ¡incluso con los adolescentes, por tímidos, desconfiados o callados que sean!

La danza

23 de octubre del 2003

Su vida se hizo pedazos. Con lágrimas en sus ojos, contó la historia. Todo empezó con la “electricidad” que sintieron mientras bailaban esa noche cuando se conocieron. Y todo terminó cuando ella decidió divorciarse de él. Al principio, él estaba impactado por la petición de ella, pero analizando los eventos ocurridos durante su matrimonio, las únicas opciones eran el divorcio o un milagro. Simplemente ya no bailaban al mismo son.

Las conquistas y el noviazgo se pueden comparar con una danza. Las parejas salen juntas a la pista de baile para moverse al mismo ritmo. Su amor crece, hasta el punto de tomar la decisión de “bailar juntos” para siempre, y así se comprometen en matrimonio.

En esencia, el matrimonio es entregarse a ese “baile”, prometiendo a otra persona que bailaremos con ella—aun para el resto de nuestras vidas. Nos encontramos repitiendo esas viejas palabras, “Yo, __, te acepto a ti, __, y prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida”.

En un gran número de bodas que celebro, la tradición de tener padrinos de velación está siendo reemplazada por la tradición estadounidense de que los novios prendan juntos una vela. Éste es un hermoso símbolo de unión: Cada uno de los recién-casados toma una vela prendida, y juntos encienden otra con ellas. Y la llama que resulta simboliza su nueva unión. Antes había dos llamas, ¡y ahora son una sola llama! Y la “música” y el “baile” continúan.

Como ya sabemos, el “baile” de un matrimonio no siempre se desenvuelve como nosotros soñamos. De hecho, en muchos matrimonios, y por varias razones, la música deja de sonar: Pero ¿cuál es el motivo para que esto ocurra? A veces suceden cosas tan trágicas o estremecientes que uno de los esposos decide que él o ella no puede continuar en la danza. Pero un motivo más fuerte es que simplemente nos encontramos cansados de bailar, o quizás bailando cada quien por su lado.

Me encanta la expresión “luna de miel”. Sugiere que la primera luna o primer mes de un matrimonio es el más dulce. Sin embargo, para que un matrimonio dure, debemos continuar agregándole condimentos y sabor. Si no, poco a poco la relación empieza a perder su dulzura y la “electricidad”. Ese “fuego” que una vez sentimos ya no corre por nuestras venas.

Cuando nos enamoramos, sentimos las llamas del amor. Las sentimos cuando caminamos junto a esa persona que amamos. Desafortunadamente, las presiones diarias y los problemas en el trabajo y en la familia nos desgastan, y afectan nuestras relaciones. Y así nos encontramos en desacuerdo con ésos que amamos. Nos encontramos alejándonos de la “danza”.

La vida matrimonial es como un camino que recorreremos junto a esa persona que escogimos, y esto debería ser para siempre, supuestamente. Sin embargo, a veces nos separamos poco a poco de esa persona, y la distancia se va haciendo más grande entre nosotros. A veces ni distinguimos ese nuevo abismo, y a veces no sabemos cómo solucionarlo. Pero el resultado siempre es el mismo. Nos seguimos separando poco a poco, el distanciamiento sigue creciendo, y llega un punto en que tenemos que tomar una decisión: tratamos de comenzar otra vez, tratamos de encontrar una solución a nuestros problemas, o paramos la danza.

Por supuesto no existe una solución mágica. Existe la posibilidad de reanudar la danza, aunque sea a pequeños pasos. Pero esos pasos deben ser tomados juntos. El matrimonio, como cualquier otra relación, es una danza. Y nos reta que continuamente nos acerquemos a otros, pidiéndoles ¿bailas conmigo?”, ¡y aceptando al igual sus invitaciones!

A un paso del portal

30 de octubre del 2003

Esta semana mis alumnos están cautivados con una historia de Berta Hiriart, *En días de muertos*. Esta lectura es ideal para esta época en la que nos preparamos para conmemorar el día de los muertos. Y así, como mis estudiantes están descubriendo, es una historia que no sólo atrae nuestra atención a la muerte que experimentaremos al final de nuestro camino en la vida, sino también a muchas otras pequeñas “muertes” por las cuales pasamos durante nuestra vida.

Al momento de morir, nos hallamos frente a lo que nuestros ancestros llamaban el limen: el umbral entre dos mundos. Estamos de pie frente al portal. La muerte es ese portal que une el cuarto de la vida con el espacio fuera de él, y que aún nos toca explorar.

El traspaso de ese umbral implica movimiento. Implica un nuevo viaje. Implica un cambio de lugar. Una vez que yo abandone el cuarto en el que me encuentro ahora, voy a estar en otro espacio físico. Y una vez que yo me desprenda del hilo de la vida, no seguiré existiendo en mi actual forma corporal.

Sin embargo, la muerte no es el único portal en nuestras vidas; no es el único umbral que atravesamos. De hecho, nos encontramos con una infinidad de portales por los cuales cruzamos diariamente, por los cuales cambiamos y “morimos” diariamente, por los cuales nunca más seremos los mismos.

Tina, la heroína de la historia de Hiriart, tuvo su primera noción de la existencia de los muchos portales de “muerte” cuando era aun una niña. Ella se encontraba jugando con sus amigas a las orillas del río Xochitepec, cuando de repente razonó que algún día ella y sus amigos tendrían que dejar atrás su despreocupada vida de libertad y frivolidad para entrar a una nueva vida como jóvenes mujeres casadas. Y ella estaba en lo correcto: El matrimonio, así como la muerte, es otro umbral. Atravesamos el portal del matrimonio, dejando atrás la vida de solteros y entrando a una nueva modalidad de vida como casados. Esto requiere que dejemos atrás lo que conocemos y amamos. Requiere que dejemos ir ciertas cosas. En efecto, es una “muerte”, y la vida nunca vuelve a ser igual cuando pasamos ese umbral.

Cuando Tina regresa a casa, se da cuenta que todos están extremadamente silenciosos y serios. Por primera vez, ella es testigo del llanto de su padre. Nadie ha muerto, pero algo similar ha pasado: Su familia ha decidido dejar a México y emigrar a Estados Unidos. Es otra “muerte”.

Mientras su familia se prepara para viajar, Tina se da cuenta que ha llegado el momento de despedirse de su amigo, el río. Sus destinos ya no estarán entrelazados. Así como lo describe Heriart, Tina y el río son “una sola cosa, una sola entidad acuática que dolía porque debía partirse en dos, y vivir en adelante destinos diferentes y distantes”. Es otra “muerte”.

Ciertamente, cualquiera que ha sufrido la muerte de alguien cercano conoce este sentimiento. Ciertamente cualquiera que alguna vez se ha mudado de ciudad, o cambiado de escuela, conoce la “muerte” que se sufre al ya no tener cerca lo que tanto se ha amado, como la familia o los amigos.

Pero el drama de nuestra protagonista no muere allí, ¡ya que otra “muerte” está por ocurrir! Durante la travesía por la frontera con el pollero, Tina tiene su primera menstruación. Confundida por el cambio de niña a mujer, y aun no sintiéndose adulta, Tina se da cuenta que ella se encuentra frente a otro portal, el portal que la llevará a la vida de adulta, y del cual no habrá retorno.

La historia continúa, y al llegar a Estados Unidos, la joven heroína razona que diariamente experimentamos muerte en cosas tan sencillas como el dormir. Así como los osos hibernan, o como el invierno trae la oscuridad, así el dormir es parte de ser humano. Dormir es como morir. “Duermen todos los chicos del mundo”, ella susurra. Sí, diariamente “mueren”, y diariamente reviven.

Presiento que hay algo en la intuición femenina de Tina, algo en lo que cada uno de nosotros debe de reflexionar durante estos días en los que nos preparamos para celebrar nuestros queridos difuntos. Tal vez la muerte no es algo que ocurre simplemente una vez en nuestras vidas. Tal vez ocurre cada vez que nos encontramos parados frente al portal de la vida por donde debemos pasar, con una trascendencia sin retorno. Y tal vez estos cambios son algo por lo que no sólo debemos lamentarnos, ¡sino también alegrarnos!

No es justo

6 de noviembre del 2003

Como maestro de preparatoria, oigo una queja común entre los jóvenes que me es difícil explicar. Si usted es padre o madre de familia, sin duda conoce dicha expresión. Y como adulto o joven, tal vez usted mismo/a la llega a usar de vez en cuando. Es esa expresión tan familiar: "¡No es justo!"

¿Cómo responde usted al escuchar esto? Personalmente, algunas veces estoy de acuerdo con ellos, pensándolo interiormente y en ocasiones gritándolo en voz alta, "de hecho, no es justo". Pero entonces, surge la pregunta: ¿de qué forma influyen nuestras creencias de justicia la forma en que actuamos, las cosas en las que creemos, y nuestra visión de nuestro lugar en el mundo en relación con Dios y con los demás?

Nos gustaría creer que existe la justicia. A través del tiempo, profetas y maestros espirituales han predicado la justicia como un principio espiritual. Aun hoy en día, continuamos predicando el valor secolar de justicia, y nuestros hijos lo hablan al recitar diariamente el juramento a la bandera en la escuela. Diariamente recitan que viven en una tierra "con libertad y justicia para todos", y en México nuestros hijos prometen ser "siempre fieles a los principios de la libertad y de justicia".

Entonces, ¿existe la justicia o no? ¿Es acaso un principio en el que podemos o debemos construir nuestras vidas y moldear nuestras relaciones sociales? ¿O es tan sólo otra Forma griega, como la Bondad y Belleza, las cuales han sido estereotipadas y aisladas en la búsqueda de la post-modernidad para conquistar la metafísica griega?

La experiencia podría sugerir lo último. Mientras que la Justicia continúa siendo simbólicamente expuesta fuera de los recintos de la corte como mujer con los ojos vendados sosteniendo un juego de básculas para medir el peso de nuestras acciones y determinar si son correctas o erróneas, sabemos que muy pocas veces abordamos nuestras relaciones y vida familiar a ojos cerrados. No nos acercamos como rostros sin nombre, cuyas acciones estamos llamados a evaluar "objetivamente". Sino, por el contrario, buscamos acercarnos y relacionarnos el uno al otro como personas.

Recientemente, una mujer, confundida por algo que escuchó, me preguntó qué significaba creer en "un Dios personal". Le expliqué que significa que uno cree que su Dios le conoce personalmente, como individuo: Esto podría significar que Dios conoce a cada persona y se relaciona con ella de forma única e individual. Tal punto de vista sobre

Dios es un cambio un poco drástico al de nuestros ancestros en el que ellos creían que Dios, con los ojos vendados, se ponía en contra de naciones enteras, enviándoles destrucción, plagas y enfermedades. Y todo en el nombre de la justicia divina. Tal visión se encuentra en la cristiandad y en otras religiones que prefieren ver menos a Dios como un juez justo y confiable, castigando y salvando, sino como un Dios más personal que muestra amor, piedad y perdón.

Para muchos de nosotros, el gran reto espiritual es atrevernos a creer en un Dios como éste, atrevernos a creer que el principio espiritual gobernante del mundo es menos ciego, menos interesado en un sistema de justicia divina, y más interesado en relaciones armoniosas. Sospecho que si creyéramos eso, estaríamos menos tentados a expresar que “no es justo” que la muerte toque a todo ser vivo, que “no es justo” que me hayan diagnosticado una enfermedad terminal, o que “no es justo” que lo que hice me haya causado problemas cuando muchos otros se salen con la suya haciendo lo mismo.

Éstas no son necesariamente muestras de una recompensa o de un castigo divino. Sino son una parte integral de la jornada que es la vida humana. Y son oportunidades y desafíos para que continuemos creciendo espiritualmente, dando pequeños pasos que nos acerquen un poco más a los demás y a ese principio espiritual al que llamamos Dios. Al parecer, justamente la vida y las relaciones en eso consisten: en quitarnos las vendas de los ojos y ver cómo podemos seguir creciendo en nuestras relaciones personales—aun cuando la vida no sea siempre “justa”.

Viviendo como una fracción

13 de noviembre del 2003

Siendo tutor de matemática para adultos, he ido aprendiendo más y más sobre esta materia y la similitud que ella tiene con ciertas verdades de nosotros los humanos. Y he llegado a la noción que muchas personas viven como fracciones.

En el mundo de las matemáticas hay dos tipos de números. Existen los números enteros y existen los números que no son tan enteros. Los números del último grupo tienen varios nombres: decimales, porcentajes y fracciones. La característica común de estos números es que nunca están enteros. Siempre están divididos.

Durante el largo camino de la vida, muchos de nosotros conoceremos la sensación de vivir como una fracción, producto de nuestra vida dividida. Quizá lleguemos a dividir la lealtad que tenemos por nuestras tierras lejanas por la tierra en la que ahora vivimos, una tierra que quizá ha sido generosa con nosotros. Quizá dividamos nuestro tiempo y energía, repartiéndolos entre muchos roles y responsabilidades como la familia, nuestro trabajo o carrera, amigos y quizás hasta con la Iglesia.

Uno de los desafíos más grandes de nuestra vida es el acto de balancear todos los aspectos y complejidades de nosotros mismos, todas las relaciones que tenemos con nuestros semejantes y con el mundo.

En el mundo de la psicología este proceso se llama integración. El significado de palabra “integración” viene del latín *integrus*, que significa intacto y consecuentemente completo, entero. Llegar a la integración es saber vivir como una persona entera y evadir la tentación de dividir nuestras vidas.

Este fraccionamiento de vida es especialmente común en el ámbito espiritual. Pensamos que podemos separar una hora del resto de las demás, usando esa hora para ir a misa y de algún modo esa hora se vuelve más “santa” que las demás. Pensamos que podemos contemplar los grandes misterios de la vida y su poder durante tan sólo una hora y luego regresar a nuestra vida mundana por el resto de las 167 horas que quedan en una semana. El reto existe en integrar la vida espiritual con la vida cotidiana. Es un reto para unificarnos.

En el mundo de las matemáticas los números enteros tienen un nombre sofisticado: el integral. Los integrales son números que no están divididos. No es una fracción, no es un decimal, no es un porcentaje; es un entero y conforma el cien por ciento.

Cuando empezamos a integrar todas las partes de nuestras vidas, encontramos que nosotros también podemos conformar un cien por ciento, que podemos ser enteros.

Esto es extremadamente importante porque vivir una vida dividida es uno de los pecados más grandes que una persona puede cometer en el camino de su vida. Vivir una vida dividida es como vivir una vida en mentira, o bien es vivir una doble vida. Estar así es estar en pedazos, y al estar así perdemos nuestra integridad.

El reto, sin embargo, no es sólo estar integrados, sino vivir como personas de integridad, sin dividir a la persona exterior de la persona interior. Es mantener ese ser entero, mostrando al mundo nuestro ser virtuoso y admitiendo nuestras culpas cuando cometemos errores.

Últimamente, la decisión es nuestra: Podemos seguir viviendo nuestras vidas en fracciones, vivir la vida divididos, o vivirla en un cien por ciento. Entonces, ¿por qué no vivirla en un cien por ciento? El camino hacia la integración y la integridad ¡es un camino que vale la pena ser vivido!

¿Por qué el guajolote?

20 de noviembre del 2003

Ha llegado nuevamente el “día del guajolote”. Ésta es la manera con que cariñosamente nos referimos al día de acción de gracias que se celebra aquí en Estados Unidos esta semana. Conversando con inmigrantes de diferentes países, la pregunta indudablemente surge: ¿Por qué el guajolote?

Sin duda, ésta es una pregunta frecuente, tan frecuente como la pregunta de por qué en Estados Unidos celebran el día de pascua con un conejo que se dice pone huevos. ¿Por qué el conejo? ¿Por qué el pavo? La respuesta de ambas preguntas es la misma: ¡la tradición!

La tradición es la transferencia de nuestras historias, creencias y costumbres de generación en generación. La raíz de la palabra “tradición” significa “entregar”. Entregamos nuestras tradiciones de generación en generación porque nos son importantes: Nos recuerdan de quiénes somos y de las cosas que son importantes para nosotros. Nos dan una identidad. Nos comunican valores.

Veamos el ejemplo del día de acción de gracias. Según cuenta la tradición, los inmigrantes que escaparon de las persecuciones religiosas en Europa llegaron a New Plymouth, lo que ahora se ubica en Massachussets. Llegaron a una tierra extraña, desconocida, y hasta hostil, buscando la libertad religiosa. Uno de sus líderes, William Bradford, contó la historia de sus travesías, y llamó a los inmigrantes “peregrinos”, gente viajera. Y sin duda alguna, ellos habían emprendido un viaje hacia la libertad.

Poco tiempo después de llegar a este continente, los peregrinos se hicieron amigos de los nativos quienes les enseñaron a cultivar y cosechar la tierra, o en pocas palabras, a sobrevivir. Según cuenta la tradición, los peregrinos y los nativos (los “indios”) se juntaban al fin de las cosechas para disfrutar de los frutos de su labor. Y se juntaban especialmente para dar gracias. Daban gracias por el regalo de sus vidas, por sus familias y amigos, su bienaventurada travesía por el océano, su bondadosa cosecha, y la comida que ahora gozaban. También daban gracias por el enriquecimiento espiritual y humano, fruto de su nueva amistad. Sin duda alguna, esto representa el día de acción de gracias.

Aquí en los Estados Unidos, el día de acción de gracias es una fiesta nacional. Es un día en el que todos paramos nuestras actividades cotidianas para dar gracias por todo lo que hemos recibido en esta vida. Es un día para estar agradecidos por la vida y por la salud, por la familia y por los amigos, por los alimentos y por la vivienda, por el trabajo y por

las diversiones. Pero también es una tradición: Es un día que vale la pena pasar de generación en generación, para recordar quiénes somos y la gratitud que debemos poseer.

Pero ¿por qué el guajolote? Porque es una tradición. En esos tiempos los peregrinos no podían simplemente ir a H-E-B o Fiesta y comprar lo que necesitaban. Sospecho que la única comida disponible era la que pudieran cosechar y cazar. Es así como los abundantes pavos salvajes de Massachussets ¿se convertirían en una captura digna de esta cena tan festiva!

El guajolote entonces nos recuerda de esa primera cena de acción de gracias. Nos conecta con los peregrinos y los nativos. Nos reta a que disfrutemos de la compañía de los nuestros y que demos gracias. El pavo nos ayuda a recordar quiénes somos y de dónde venimos, y nos recuerda lo que en realidad es importante: dar gracias.

El pavo es una tradición. Y por supuesto es difícil descifrar el porqué de las tradiciones. Es difícil entender otras culturas y otras costumbres, otra gente y otras creencias. Es difícil traducir estas tradiciones en ideas que tengan un significado especial, tan especial como las son para otros. La palabra “traducción” viene de la misma raíz latina que “tradición”: Las dos palabras significan “entregar”.

¿Alguna vez ha tenido la experiencia de que algo se ha perdido en la traducción? ¿La experiencia de cuando está tratando de comunicarlo y alguien quizá lo trata de ayudar, pero el significado de sus sentimientos e ideas no son totalmente comprendidos, y algo se pierde? Al conocer esta experiencia, los italianos concibieron un dicho, “El traductor es un traidor”, el cual significa que aquél que traduce no puede transmitir el mensaje exactamente como lo recibió. Parte del mensaje siempre se pierde. Siempre. De hecho, la palabra “traidor” viene del Latín *traditor*, que nuevamente significa alguien que entrega.

En consecuencia, podría decirse que *todos* somos traidores, porque todos “entregamos” en algún momento dado. Entregamos testimonios e historias, creencias y costumbres. Todos continuamos ciclos de tradición. Quizás no sea el pavo, quizás no sea el conejo de pascua, pero si examinamos nuestras vidas, encontraremos que continuamente pasamos a otros lo que hemos recibido: en nuestros hogares e iglesias, en nuestro trabajo y escuela, en toda nuestra vida cotidiana. Desafortunadamente, algo siempre se pierde, y nos deja con la continua necesidad de agregar significado o de reinventar nuestras tradiciones.

En la tranquilidad de la tradición del “día del guajolote”, o bien del día de acción de gracias, que cada quien se recoja en verdadera gratitud por todo lo que ha recibido, y que se esfuerce por entregarlo a los demás con una generosidad más profunda.

Sueños de navidad

27 de noviembre del 2003

Para muchas personas, las últimas cuatro semanas fueron el tiempo más acelerado del año. Había mucho qué hacer: adquirir los regalos adecuados, enviar tarjetas navideñas, pensar en lo que se serviría para hacer una cena muy especial, arreglar la casa, y la lista sigue. Sin embargo, todos estos son simplemente “accesorios” que en algún momento ayudan a darle color a esta fecha. Estos elementos adornan con alegría el momento de llegada de una persona especial. Aunque el sentido original de la navidad se ha distorsionado, muchas personas aun mantienen vivo un sueño de navidad.

Para hacer más clara esta idea vamos a situarnos todos en el mismo escenario. Primero tenemos el tradicional árbol de navidad, con luces brillantes, preciosos ornamentos y desde luego la estrella en la punta del mismo. Debajo del árbol están varios regalos, y en algunos hogares el nacimiento. El exterior de la casa también está iluminado con luces navideñas, y la despensa está llena de ingredientes para una cena especial. No ha llegado el día de navidad, ¡y el ambiente ya está lleno de alegría y fiesta! Para algunos, la llegada de este día es un sueño hecho realidad. Por otro lado, otros desean que ya pase toda la algarabía y que vuelva todo a la “normalidad”. ¿A qué se deben estos contrastes? ¿De qué lado se encuentra usted?

Todo lo que existe detrás de esa preparación tan intensa y detallada tiene como objetivo principal compartirlo con quien se ama: amigos, hermanos, padres, esposos e hijos. Los adornos, regalos y demás cosas son detalles que se preparan para dar más calor y armonía al hogar. Es preparar un lugar para una reunión de lo más agradable en la que todos conviven, comparten, se abrazan, platican, recuerdan anécdotas y disfrutan la presencia mutua.

Como ve, toda esta preparación es para gozarla con otras personas.

Cuando se tienen todos los accesorios, pero no hay nadie con quien compartirlos todo se queda tan frío, solo y sin vida que ya queremos que pase todo. Para unos, la navidad es un sueño; para otros, es una pesadilla. Mientras unos gozan el invierno enfrente de una chimenea, en el calor de su hogar, decorando el árbol de navidad, otros se deprimen con el frío invierno que deja sin vida y sin color al medio ambiente. Ellos desean que la pesadilla navideña acabe ya. Si nos ponemos a pensar por un momento, entenderemos que ésa es su realidad, y que es muy vacía y triste.

Aquí, en la ciudad de Austin, se puede ver muy claramente esta escena como parte de la realidad de muchas personas. Sabemos que miles de personas dejan a sus familiares para venir en busca de trabajo que les ayude a vivir mejor. Esos miles de personas viven lejos de sus seres queridos y no pueden compartir con ellos esta fecha especial ni otras como un cumpleaños, o un paseo familiar.

Si decimos que la navidad es esperar con alegría la llegada de una persona especial, que debemos estar contentos y compartir todo esto con los demás, entonces debemos realmente compartir. No me refiero a compartir con los nuestros: Ellos, desde que están con usted, ya están recibiendo. Me refiero a invitar a una persona, dentro de los miles que hay, a compartir con usted y con los suyos. Desde luego que esto no lo hará "parte" de su familia, pero sí le brindará un lugar cálido y alegre que le traiga lindos recuerdos. Tenerlo en su hogar le hará vivir de alguna manera el sueño de la navidad y no la pesadilla de la soledad y la distancia.

Le aseguro que esta experiencia será inolvidable, como lo fue para mí hace siete años una navidad en una tierra lejana, con gente desconocida. Ahí una familia me abrió las puertas de su casa y compartió conmigo su calidez humana. A veces no nos damos cuenta del gran bien que podemos hacer con un pequeño gesto de nobleza y hermandad.

Sinceramente deseo que disfrute estas fiestas con amor y dicha. Que reciba mis mejores deseos para el año que inicia con un espíritu fortalecido y dispuesto a ser una mejor persona andando su jornada. Estamos de paso. Somos peregrinos. ¡Somos un pueblo peregrino!

Aquí está el Tepeyac

4 de diciembre del 2003

“¿Qué fue lo que inspiró el nombre de su columna semanal en *El Mundo Newspaper*?”, preguntó ella, mientras viajábamos en el bus a Monterrey.

“Mira a tu alrededor”, dije, empezando a filosofar. “Existen siete mil millones de seres humanos en la tierra, y todos tenemos una cosa en común: Sin importar nuestro color de piel o la religión que practicamos, todos nos asombramos ante el maravilloso y fascinante misterio de la vida. Todos tratamos de descifrar el misterio que encierra mediante el umbral de nuestra propia experiencia. Todos nos sentimos atraídos hacia algo grande y magnífico, atraídos a algo que trascienda los límites de nuestra realidad actual. Y así es como nos encontramos en este camino. Somos un pueblo peregrino.”

Cada vez nos acercábamos más a la ciudad de Monterrey para nuestro peregrinaje anual a la Basílica de la Virgen de Guadalupe, y en efecto éramos gente peregrina. Íbamos por el camino, en un viaje para pasar el fin de semana en un lugar santo.

Mientras miraba la monumental basílica localizada a las sombras del Cerro de la Silla, me pregunté, ¿Qué es lo que hace, que este lugar sea “santo”? ¿Qué es lo que hizo que 150 grupos de personas peregrinaran hacia acá en tan sólo un día? De hecho, ¿qué es lo que santifica a todos los lugares llamados “santos”?

Esta semana, cientos de miles de latinos vuelven sus ojos hacia un lugar santo en particular: la cima del Tepeyac en el Distrito Federal de México, donde se dice apareció la Virgen de Guadalupe hace ya 472 años. Este sitio es el más visitado por la comunidad católica después de la Basílica de San Pedro en Roma. Miles y miles de personas peregrinan a este lugar año tras año. Es un lugar santo. Es un lugar de encuentro con lo divino.

Desde los orígenes de la experiencia religiosa humana, siempre ha habido lugares “santos”, lugares donde hubo encuentros con lo divino. Es la presencia de lo divino lo que consagra a estos lugares como santos. Por ejemplo, en la antigüedad existían judíos que creían que lo divino residía en una casa santa (el Templo) que se encontraba en la cima de un monte santo; este lugar era cuidado por un grupo de sacerdotes santos que ofrecían sacrificios a la presencia divina en días santos. ¿Qué hacía que ese templo, la montaña y los sacerdotes fueran considerados “santos”? ¡La presencia de lo divino!

Desafortunadamente, ese templo, ese lugar santo, fue invadido y destruido en el año 70 d.C. Los judíos se quedaron deambulando, sin saber dónde buscar lo divino, y así emprendieron una nueva búsqueda para encontrarlo, una búsqueda que ha dado forma al peregrinaje espiritual de millones de personas durante estos pasados 2.000 años.

¿Dónde encontramos lo divino? ¿Lo encontramos en un templo santo localizado en un monte santo a cientos de miles de kilómetros de aquí? ¿Encontramos lo divino sólo en lugares “santos” como las basílicas de Monterrey o del D.F., que diariamente atraen miles de peregrinos? ¿Dónde debemos ir para encontrar lo divino?

¡Alerta! Si usted despega sus ojos de estas palabras y mira a su alrededor, puede ser que identifique un lugar donde lo divino puede ser encontrado. Deténgase, observe y escuche. Lo divino puede estar más cerca de lo que usted cree. Puede que se esté manifestando en las vidas de aquellos que tiene cerca o quizá dentro de usted. Y es esa presencia de lo divino lo que hace cualquier lugar “santo”.

Deténgase, observe y escuche. Si llega a advertir la presencia de lo divino, ese lugar donde se encuentre — su casa o su trabajo, su carro o el autobús, la pulga o el antro — es santo. Sí, ¡aquí está el Tepeyac!

Para llegar, hay que andar

8 de enero del 2004

Cada vez que puedo, me escapo a México. ¡Me encanta ir! Pero el viaje de este fin de semana fue casi insoportable. Con todo el tráfico ocasionado por los días de fiesta, el regreso a los Estados Unidos el domingo en la noche era imposible. El autobús en el que viajaba iba más lento que a vuelta de rueda. Nos tomó ocho horas para salir de ese pequeño tramo. En mi asiento miraba impaciente por la ventana la gran aglomeración deseando tener un poder mágico con el que simplemente chasqueara los dedos y ya estuviera de vuelta en Austin.

¿Alguna vez ha deseado ser capaz de tan sólo chasquear los dedos y estar en otro lugar, en una situación diferente, o ser una persona diferente? Con la celebración del año nuevo, solemos pensar en cómo la vida podría ser diferente para nosotros. Tal vez como muchos, pedimos un deseo con cada uva que comemos para recibir el año nuevo. Tal vez incluso tomamos un momento en privado para hacer uno o dos propósitos de año nuevo. Pero, ¿cuántos de esos deseos y propósitos nunca ven la luz de su realización? ¿Cuántos se quedan en la magia, como mi deseo de cruzar la frontera con tan sólo chasquear los dedos y aparecer de regreso en Austin?

He visto la misma inocente historia repetida muchas veces. Y usted también.

"Este año, voy a hacer más ejercicio. Voy a bajar 20 libras".

"Este año, voy a pasar más tiempo con mi familia".

"Voy a ser más organizado, y a usar mi tiempo más efectivamente".

"Voy a aprender a tocar guitarra, o a hablar inglés".

"Voy a..."

Y nos comemos la uva. Hacemos un propósito, y para el próximo enero muchos de nosotros nos preguntamos por qué sólo nos hemos movido unas cuantas, casi imperceptibles, pulgadas.

Veamos qué pasó. Tomemos un ejemplo sencillo:

"¿Tiene sed? Tomemos un refresco".

"¡Me parece muy bien! No tenemos en el refrigerador, pero podemos ir a la máquina de refrescos de la tienda. ¿Tienes un dólar?"

"Seguro, pero ¿cómo llegamos a la tienda?"

"Está a tres calles de aquí, damos vuelta a la izquierda en la señal de alto, y está justo antes de llegar a la intersección. ¡Vamos!"

¡Si la vida fuera tan simple!

De hecho, lo es. Garantizado. No es tan simple como chasquear los dedos y tener un refresco en la mano. Pero, una vez más, eso es pensar

mágicamente. La jornada de la vida es diferente: Tenemos que saber lo que queremos, cuánto nos va a costar, y qué debemos hacer exactamente para conseguirlo.

La vida es una jornada reflectiva, la cual descubrimos en acción: En la vida, debemos parar y preguntarnos lo que realmente queremos, qué requiere o cuánto nos “costará”, qué debemos hacer para lograrlo y, finalmente, si estamos dispuestos a hacerlo — ¡lo mismo que involucra el querer un refresco!

De eso se trata, pero definitivamente en una forma un poco más compleja, para lograr nuestras metas o propósitos en la vida. Veremos repetidamente algunos eventos magnos del 2004: los atletas olímpicos competirán para lograr su sueño hecho realidad de ganar una medalla. Los candidatos políticos pelearán a nivel estatal y nacional por conseguir cada voto para realizar sus sueños. Veremos la ampliación de la Unión Europea y la vuelta de la soberanía a Iraq. El gobierno de México avanzará hacia un cambio estructural, reforma hacendaria, y educación preescolar. Y, por supuesto, ¡el Tricolor empezará su camino rumbo a Alemania 2006!

Cada una de estas jornadas serán tomadas por personas que tienen un sentido claro de lo que quieren, y lo lograrán, por gente que, en lugar de chasquear los dedos, andarán paso por paso en una jornada que es profundamente espiritual y que cambiará sus vidas y la vida del mundo.

Que su jornada en 2004 le traiga paso a paso más cerca de Dios y de aquellos que estén en su camino. Que su jornada le lleve más cerca de su deseo, especialmente hacia el amor, el perdón, la seguridad, la felicidad y la paz, que sobre todo buscamos.

Sepa lo que quiere. Sepa como lo conseguirá. ¡Y deje que la jornada empiece hoy!

Amanece una nueva era

15 de enero del 2004

Somos privilegiados de vivir en una de las épocas más trascendentales de la historia. Es una era emocionante y llena de esperanza, una era que da nacimiento a un nuevo orden social. Nos encontramos hoy entre dos mundos: el viejo agonizante y el nuevo que florece.

Estas palabras dieron inicio allá en 1957 al movimiento de concienciar a la gente en el tema de derechos civiles empezado por Martín Lutero King, Jr., a quien celebramos en Estados Unidos cada tercer lunes de enero, en memoria de su cumpleaños del 15 de enero. Se puede ser tentado a categorizar a King como una figura histórica más. Se puede ser tentado a decir que esta celebración es una más. Pero no es así. Cincuenta años después, la historia de Martín Lutero King, Jr. y el camino espiritual del pueblo afroamericano hacia la libertad continúa afectando directamente nuestro propio camino espiritual y el camino de todos nuestros hermanos indocumentados.

En estas dos últimas semanas, la prolongada lucha por los derechos civiles se ha convertido en el tema a discutir. A pocos días de su reunión con el presidente Vicente Fox, el presidente de Estados Unidos hizo un llamado de atención a la necesidad de reformar las leyes de inmigración de nuestra nación. Está por verse si es una propuesta real, o sólo una estrategia para reelección. Como quiera, muchos de nosotros estamos tentados a aplaudir cuando el líder de este país libre dirige su atención a los trabajadores indocumentados, y señala que ellos poseen los valores que todos los americanos estiman. Nos emocionamos cuando oímos decir que las personas quienes contribuyen a la economía de esta nación merecen la protección de la ley, ya que sabemos que esas palabras simbolizan una nueva era.

Hace cincuenta años, cuando la luz de esta nueva era se comenzaba a ver en el horizonte, los derechos civiles de los afroamericanos eran apenas un sueño. Una mujer afroamericana fue arrestada por oponerse a dar su asiento del bus a un pasajero blanco, y un pastor afroamericano de 26 años fue llamado para ser el líder de un boicot al sistema de buses.

Se preguntó él: ¿Como era posible que existiera racismo en un país que profesaba “libertad y justicia para todos”? ¿Con qué cara denunciarnos el racismo en la Alemania Nazi, mientras toleramos la discriminación racial que se da en nuestro propio país?

Con esas preguntas, comenzaba una nueva era. Desafortunadamente, no hemos visto la consumación de esa era. La gente continúa viviendo bajo un tipo de esclavización física y mental. En su exilio, otra gente

continúa aprovechándose de ellos, y continúa viéndolas como objetos de explotación, y no como personas que merecen respeto. Y todo esto afecta profundamente el espíritu de una persona. Es por ello que el hombre al cual homenajeamos en esta fecha es de entre todos el más importante.

Cuando Martín Lutero King, Jr. habló sobre la nueva era floreciente, iluminó nuestro camino hacia la libertad.

En primer lugar, dijo, debemos ver más allá de nosotros, y ver más allá de nuestros pequeños problemas y preocuparnos por los demás. Muchas veces estamos tentados a enfocarnos solamente en nuestros intereses y los intereses de nuestras familias. King nos reta a que levantemos nuestra mirada y nos concienticemos de la gente a nuestro alrededor. "Nuestro mundo es geográficamente uno", dijo una vez. "Sin embargo, ahora tenemos el reto de unirlo espiritualmente. Mediante nuestro genio científico, hemos conseguido hacer de nuestro mundo un vecindario. Ahora, mediante nuestra moral e ingenio espiritual, tenemos que convertirlo en una comunidad".

En segundo lugar, dijo King, debemos luchar por la excelencia en todo lo que hacemos. "No importa lo que sea el trabajo de la persona", dijo, "hazlo bien....Una persona debe hacer su trabajo tan bien, que ni los vivos ni los muertos ni los que están por nacer pudieran superarlo. Si te toca ser barrendero, barre las calles así como Miguel Ángel pintó, como Shakespeare escribió poemas, como Beethoven compuso música: ¡barre las calles tan bien que todos los coros del cielo y la tierra proclamen y digan, 'Aquí vivió un gran barrendero quien supo cómo hacer bien su trabajo!'"

Finalmente, debemos repartir en el futuro cantidades generosas de amor, clemencia y perdón. Todos hemos sido heridos alguna vez. Todos hemos sufrido a las manos de otros. King nos advierte como quiera, "si tomamos represalias con odio y amargura, la nueva era no será más que una duplicación de la pasada. Debemos borrar el odio y las injusticias del pasado con el amor y la justicia del futuro. Tenemos ante nosotros la gloriosa oportunidad de inyectar una nueva dimensión de amor en las venas de nuestra civilización".

Ciertamente, lo estamos haciendo. La nueva era que Martín Lutero King, Jr. soñó continúa floreciendo. Durante las celebraciones de esta semana en su honor, que su sueño nos inspire a continuar avanzando en nuestra nueva era, y que nos lleve más cerca a la libertad ¡la cual algún día será completamente nuestra!

Hable

22 de enero del 2004

Es tanto una idea peligrosa como una virtud americana: el hablar o expresarse. Y una vez que hemos desafiado a hacerlo, encontramos que hemos cambiado, y que, por nuestras palabras, hemos cambiado el mundo.

Con la celebración esta semana del 75° aniversario del nacimiento de Martin Lutero King Jr., el famoso líder de los derechos civiles aquí en los EE.UU., recordamos qué pasa cuando la gente habla. King animó a los afroamericanos de esta nación a hablar y expresarse. Cuando ellos levantaron sus voces, una nueva era de justicia y de igualdad racial comenzó a despertar en esta nación. Sí, era peligroso para ellos hablar. De hecho, para expresarse, muchos se hicieron las víctimas de un terrorismo blanco silencioso, y en esa época se lincharon a más de 3.600 afroamericanos. Pero la idea de expresarse vio nacer las nuevas divisas heroicas: No seremos silenciosos.

Incluso hoy, no podemos ser silenciosos. Quizás usted lo ha pensado antes. Quizás usted se ha encontrado en una situación en la cual, por cualquier razón, tuvo que hablar y expresarse. Una situación en que usted sí tuvo que decir algo. Y quizás usted encontró que, por consiguiente, usted — y la situación — cambiaron.

Como niños, a menudo aprendemos que la mayor virtud debe ser guardar silencio. El mundo adulto nos dice ser tranquilos. Mientras puede haber alguna virtud en el sufrimiento silencioso, el conocimiento colectivo de esta tierra nos dice que la mayor virtud en realidad está en hablar.

Por eso, la libertad de palabra es la primera enmienda misma a la constitución estadounidense. Por eso, también, las decenas de miles de personas se reúnen en nuestra capital nacional cada 22 de enero para hablar en contra de la Suprema Corte de Justicia estadounidense, la cual en esa fecha en el año 1973 legalizó el aborto en esta tierra. Esos miles de personas se expresan contra lo que ellos perciben ser incorrecto. Y ellos no serán silenciosos.

En esta tierra, parece, los que hablan son celebrados como héroes. El viernes 23 de enero, por ejemplo, celebramos el cumpleaños de John Hancock, el primero en firmar la declaración de independencia estadounidense en el año 1776. El desafió a expresarse en contra de que las colonias americanas siguieran sujetas al trono de Inglaterra. Él tomó el desafío de romper el silencio, y el mundo fue cambiado.

El 24 de enero es también un día simbólico para expresarse. Era durante aquel día en 1943 que aquel presidente estadounidense, Franklin D. Roosevelt se expresó, insistiendo en la rendición incondicional de Alemania, Italia y Japón durante la segunda guerra mundial. “La paz puede venir al mundo”, dijo él, “sólo por la eliminación total del poder alemán y japonés”. Mientras estas palabras parecen sorprendentemente similares a los gritos que seguimos teniendo del gobierno estadounidense, el mensaje es el mismo: No seremos silenciosos. Y debido a nuestras palabras, el mundo se cambiará.

Como si todos estos días de celebrar la expresión no fueran bastante, los cuatro primeros días de la última semana de enero están dedicados, tanto nacional como internacionalmente, a la expresión. El domingo 25 de enero celebramos el inicio de la semana internacional del liderazgo. El mando es vital a cada organización humana, y no hay ningún mando realmente gran y moralmente bueno sin la buena comunicación.

El lunes 26 de enero es “Better Business Communication Day” (día de mejor comunicación en el trabajo). Esto es un día dedicado al reflexionar sobre la relación que tenemos con aquellos para quienes y con quienes trabajamos. Esto es un día para atrevernos a expresarnos sobre cosas realmente importantes.

El martes 27 de enero es “National Speak Up and Succeed Day” (día nacional de la expresión para el éxito). Esto es literalmente una fiesta dedicada al revestimiento de nuestros miedos, y a la acción de hablar y expresar nuestras opiniones.

Finalmente, el miércoles 28 de enero es día nacional de elogio. Al expresarnos, no debemos olvidar de hablar las palabras que motivan a la gente. Este día nacional nos invita a hablar de elogio al menos con cinco personas. Inténtelo. Sus palabras serán apreciadas, y usted encontrará que el dar elogios forja lazos, disipa la soledad, y levantará su espíritu.

Esta semana, desafío a usted a hablar, para expresarse. Usted cambiará, y notará que ¡sus palabras también cambiarán el mundo!

Una taza de café

29 de enero del 2003

Ellos ordenaron café. Al hacerlo, los cuatro jóvenes sabían que todos los ojos en ese lugar se fijaron en ellos. El mesero dejó de limpiar el plato en su mano. “Lo siento,” dijo. “No servimos a los negros aquí”.

Ellos se quedaron inmóviles. Debe ser difícil escuchar, “no servimos a los negros aquí”. Esperaron estar arrestados por ordenar un café en un lugar etiquetado, “Sólo se sirve a los blancos”. Pero no se movieron.

La fecha era el primero de febrero de 1960, el 95º aniversario del día en el cual el presidente Abraham Lincoln abolió la esclavitud al aprobar la decimotercera enmienda a la constitución estadounidense. De cualquier modo, 95 años más tarde estos jóvenes seguían en la lucha por la libertad.

Seis años antes, en el trascendental caso *Brown v. la junta de educación de Topeka*, cuyo quincuagésimo aniversario ahora celebramos, la corte suprema estadounidense instauró la ley para que la raza no fuera una razón de segregación en las escuelas públicas. Y de todos modos, en Greensboro, Carolina del Norte, estos jóvenes no eran bienvenidos a tomar una taza de café en la barra de Woolworths.

Como ser trascendente, siempre procurando sobrepasar y alcanzar más allá de sí, el ser humano participa en una jornada épica hacia la libertad personal. Todos somos llamados para crecer en la libertad y formar un destino por una multitud de decisiones inmejorablemente hechas en la libertad. Estas historias de lucha hacia la libertad encuentran una voz común en el viaje de la humanidad hacia la libertad. Quizás no hay ningún ejemplo más claro de esto que la lucha de los afroamericanos para alcanzar alguna semejanza de libertad e igualdad en esta tierra.

Aquí en los Estados Unidos, a escala nacional, febrero es conocido como “*Black History Month*” (el mes de historia negro). Esto es una oportunidad de reconocer y celebrar los logros y las contribuciones afroamericanos en todas partes de la historia de esta nación. Esto es una posibilidad para distanciarse y recordar que, a pesar de las diferencias posibles de raza, religión o educación, tenemos algo en común: nuestra búsqueda de libertad.

Lamentablemente sigue aquella jornada ardua hacia la libertad. Y aunque el signo “Sólo blancos” no cuelga más en sitios públicos en esta nación, allí todavía cuelga en muchos espacios públicos una lectura invisible: “Sólo personas con documentos”. De todos modos, el mensaje, o hablando o no, es que algunos de nuestros hermanos y hermanas,

debido a su estado legal no son bienvenidos en ciertos sitios o no pueden disfrutar de los mismos servicios u ocasiones que otras personas.

La taza de café que se negó a los cuatro jóvenes en Woolworths en Greensboro hace 44 años se ha convertido hoy en oportunidades de vivienda, y justicia en el trabajo. Se ha convertido en un sentido de pertenencia y libertad del temor. Nosotros podríamos aprender una lección de los cuatro jóvenes en Greensboro. A pesar que no les sirvieron la taza de café, ellos permanecieron en la barra todo el día, y al día siguiente, volvieron. Hacia el final de la semana, algunos estudiantes blancos se les habían unido. Dentro de unos días, “la sentada” ocurría en mostradores de almuerzo en todas partes de la nación.

Antes de que el año terminara, más de 1.600 personas fueron detenidas por participar en tal “sentada”. Pero por el hecho de que cuatro jóvenes tuvieron el coraje para pedir una taza de café, los derechos civiles se convirtieron en un nombre reconocido y la igualdad se empezó a aplicar en los mostradores de almuerzo, hoteles, y negocios en miles de ciudades.

Si hay una lección que pudiéramos aprender de todos los que han participado en la lucha por la libertad, sospecho que es simple: Incluso si aun no le han ofrecido la taza de café, no tenga miedo de sentarse en el mostrador y pedirla.

Sí, siga adelante: ¡Pida la taza de café!

Corazón y cabeza

5 de febrero del 2004

¿Alguna vez ha notado cómo algunas personas se acercan al mundo por su corazón, y otros por su mente? ¿Ha notado usted cómo algunas personas están en la melodía con sus sentimientos, y como los otros intentan suprimir sus sentimientos en su lucha para someter el mundo con su mente? En realidad, ambos tipos de personas, tanto una mezcla de cabeza como corazón, son necesarios en este mundo.

Ésta es una semana grande para los que se acercan al mundo por sus sentimientos. Después de todo, esto es el día de San Valentín, nuestra celebración anual de amor y romance. Desde entonces, como un sacerdote, siempre predico sobre el amor y los asuntos del corazón. Esta semana, nos invito a dar vuelta del corazón a la cabeza. Para los que se acercan al mundo por su cabeza también celebran una gran semana.

El 15 de febrero de 1564 una mente cuestionadora nació en Italia. Como algunos jóvenes, él trató de dejar de lado sus sentimientos y entender el mundo en el cual él vivió. Él estudió la física y la astronomía, y él comenzó a juntar pruebas para demostrar la teoría de un sacerdote polaco, que la tierra gira alrededor del sol.

“¡Absurdo!” dijeron los líderes de su religión. Ellos indicaron que el ser humano, creado con mucha dignidad, debe ser el centro del universo. Ellos llevaron a ese hombre a su tribunal eclesiástico, y le mostraron su biblia, que claramente “demostró” que el ser humano fue creado para ser el centro del universo, alrededor del cual hizo girar el sol. Y así “la herejía” de Galileo Galilei fue condenada.

Casi 250 años más tarde, el 12 de febrero de 1809, una mente de interrogatorio nació en Inglaterra. Cuando joven, estudió el mundo natural y comenzó a formular teorías sobre cómo los animales se han hecho más rápidos y más fuertes durante los siglos para evitar ser tragado en la gran cadena alimenticia de la naturaleza. La conclusión natural, él dijo, era que el ser humano, un animal también, se ha desarrollado durante los siglos. De hecho, él pensó, no es inconcebible que durante unos millones de años el ser humano pudo haberse desarrollado del mundo de los primatos.

“¡Absurdo!” dijeron los líderes de su religión, incapaces de reconciliar la idea de la evolución con sus escrituras que dicen que Dios formó a la persona humana durante el sexto día de creación. Y así “la herejía” de Carlos Darwin fue condenada.

En Inglaterra, como en Italia, la gente trataba de entender su mundo. De hecho, la gente en todo el mundo trataba de encontrar un sentido a su vida, y muchos todavía trabajan mucho en ello.

Para muchos, esta jornada de encontrar sentido en el mundo a menudo significa el interrogatorio de nuestras opiniones, nuestras presuposiciones, nuestras creencias. Este escepticismo es natural, y está bien. Si le digo que puedo hacerlo/a un millonario antes del final del año, usted correctamente debería hacer algunas preguntas. Si le digo que puedo andar por el agua, o agitar mis brazos y volar, usted tendría cada derecho de pedir pruebas.

El escepticismo. Es lo que los que se acercan al mundo por sus mentes celebran esta semana. El 12 de febrero, el aniversario del nacimiento de Carlos Darwin, es un día de celebración internacional de ciencia y humanidad. Además, el 13 de febrero, el día antes de nuestro gran día de romance, es el día internacional de escépticos, un día dejado de lado para animar a la gente a examinar sus creencias, como por un microscopio. Un día para intentar alcanzar un mejor equilibrio entre el corazón y la cabeza.

Cada persona, como cada religión mundial, debe luchar con estas cuestiones. Y el camino no es siempre fácil. Tomó casi 400 años, por ejemplo, antes de que la iglesia católica romana rescindió su condenación de Galileo y sugirió que él pudo haber tenido razón en su refrán de que la tierra gira alrededor del sol. Tal vez, con mucho tiempo más, el mundo comprenderá que quizás la evolución y la creación no son incompatibles. Mientras tanto, en total lo que hacemos, debemos actuar tanto con el corazón como con la cabeza. Si interpretamos todo con la cabeza, y no el corazón, seremos fríos e insensibles. Y si interpretamos todo con el corazón y no la cabeza, arriesgamos de vivir un idealismo no profundamente arraigado en la realidad de este mundo.

Al celebrar este fin de semana el día del San Valentine, tengamos en cuenta el gran regalo de nuestra mente, y el equilibrio que esto trae a nuestro corazón. Mantengamos un equilibrio de corazón y cabeza en nuestras acciones. Y así, nos acercaremos más a aquella gran Mente y Corazón ¡que dirige todo el universo!

Después de Babel

19 de febrero del 2004

Recuerde la última vez que usted se frustró en su iniciativa de comunicarse con alguien que simplemente no podía entenderle. Recuerde la última vez que usted se encontró deseando poder entender lo que otra persona decía. Para muchos de nosotros, como hispanoparlantes en una nación predominantemente de habla inglesa, esta batalla a menudo se lleva a cabo diariamente en nuestras casas, lugares de trabajo, escuelas y vecindades. ¡A menudo nos atrapa la confusión de Babel!

Según una historia antigua, esta falta de entendimiento nació hace siglos cuando la gente hebrea intentaba construir una torre que alcanzara el cielo. Según la historia, su dios confundió sus lenguas, de tal manera que no podían entender el uno al otro. Mientras la historia probablemente no es arraigada en un acontecimiento histórico, intenta explicar la diversidad de lenguas entre varios pueblos y culturas. Babel era una forma de explicar los diferentes lenguajes hablados.

La historia de que la gente no se entiende el uno al otro es común. De hecho, los siete billones de personas quienes comparten este planeta hablan aproximadamente 6.700 lenguas. Casi siete mil lenguas se hablan en el mismo lugar: ¡en el mismo planeta! Obviamente, esto crea un número de desafíos que afectan nuestros espíritus y que dificultan nuestra tentativa de ser una comunidad global. La mayor parte de nuestra identidad y nuestra herencia cultural es envuelta en nuestra lengua materna. Por las palabras y las expresiones de nuestra lengua materna, aprendimos a expresar nuestras necesidades y deseos. Por nuestra lengua materna, venimos a explorar y conocer el mundo. Nos relacionamos con nuestros padres, profesores y amigos, aun con nuestro Dios. Y ahora vemos nuestras vidas, y las vidas de nuestras familias, divididas entre nuestra lengua materna y otras lenguas de este mundo. Si usted creciera en América Latina, o en una casa de habla española aquí en EE.UU., y ahora se encuentra enfrentado al mundo de habla inglesa, sabe a lo que me refiero. Es a menudo difícil acortar las distancias entre dos mundos, dos lenguas. Y conforme usted comienza a ver a sus hijos y nietos que hablan el inglés, siente la amenaza de perder su cultura y un pedazo grande de quién es usted, una parte de su propia identidad. Hace 52 años esta semana, gente murió al intentar defender su lengua materna. Los conocemos como “los mártires de lengua” de Bangladesh. Seguramente Bangladesh se escucha muy lejos, pero la situación de estos mártires es la misma que la de muchos de nosotros. El 21 y 22 de febrero

de 1952, varias personas fueron muertas a tiros por participar en manifestaciones públicas para mantener el bangla, su lengua materna, como una de las lenguas nacionales en la recién formada nación de Paquistán. Ellos sabían que la vida de su lengua y la cultura estaba en juego, y que la vida de su cultura hasta podría exigir el rescate de sus propias vidas. El bangla no es la única lengua en peligro de extinción. Si pensamos en nuestras propias experiencias y genealogía, nosotros probablemente podríamos llamar docenas de otras lenguas indígenas que nuestros antepasados hablaron, que es ahora la especie en vías de extinción. De hecho, aproximadamente 3.000 lenguas sobre este planeta están en peligro de extinción. En tal mundo de globalización creciente, esto podría tentar para pensar que podemos sacrificar nuestra lengua por el bien de compartir una lengua global. Entonces, de cualquier forma, perdemos el regalo que recibimos en el pluralismo lingüístico.

El regalo de pluralismo lingüístico: ¡Es lo que las Naciones Unidas honran cada 21 de febrero con su celebración del día internacional de la lengua madre! Esto es un día para recordar el impacto que nuestra lengua materna tiene sobre quiénes somos. Su papel como nuestra base en un mundo cada vez más infundado. Su capacidad de asistirnos en entendimiento con facilidad con aquellos a nuestro alrededor. En sí mismo, el pluralismo es un regalo. No es malo. No es algo para ser temido. Aunque éste realmente nos desafíe a alcanzar más de nosotros e ir más allá de nuestras zonas de comodidad. Quizás no hay ningún ejemplo más claro de esto que los conflictos diarios que afrontamos en la vida. Tan a menudo lamentamos el no poder entender la locura de otra gente, por qué dicen y hacen las cosas que dicen y hacen. A menudo lamentamos el que no nos entiendan. El desafío es sencillo aun: a pesar de nuestras diferencias, a pesar de nuestros conflictos y riñas, compartimos el mismo espacio. ¡Compartimos el mismo planeta!

Entonces debemos trabajar juntos, y seguir cruzando caminos con todo tipo de gente. Debemos oír aquellas palabras que no entendemos, y hablar las que no se entienden. Y de algún modo, misteriosamente, en medio de Babel, nos encontramos raspando el cielo con nuestros dedos, ¡como un anticipo de la unidad que alguna vez disfrutaremos!

La salud espiritual

4 de marzo del 2004

“¡Obtuve las entradas!” dijo, con el entusiasmo de haber recibido un obsequio. Mi amigo me llamaba para compartir la noticia: Con dos semanas de anticipación, él había conseguidos boletos para “La pasión de Cristo”, la nueva película dirigida por Mel Gibson. Por supuesto, no es raro que a la gente le entusiasme el estreno de una película. Lo extraño es ver tanto entusiasmo por una película de contenido espiritual.

El estreno de la película de Mel Gibson coincide con la celebración cristiana de cuaresma, una temporada de 40 días de ayuno, oración y las buenas obras. Un tiempo para mirar nuestra propia vida y para reflexionar sobre nuestra jornada espiritual. ¡Un tiempo para considerar nuestra salud espiritual!

A menudo pensamos en nuestra salud física o financiera. Consideramos lo que debemos hacer para llegar a ser fuertes físicamente o financieramente. Pero, ¿con qué frecuencia reflexionamos sobre nuestra fuerza espiritual? ¿Con qué frecuencia hacemos un alto y reflexionamos en cómo los acontecimientos de nuestra vida diaria impactan nuestro espíritu, ayudando o entorpeciendo nuestra jornada de crecimiento? ¿Con qué frecuencia hacemos un alto para contestar esas preguntas profundas que en verdad tienen que ver con quiénes somos realmente, a dónde vamos, y por qué estamos aquí? Leía recientemente en el almanaque que marzo es considerado por algunos como “mes de salud espiritual”. Qué concepto: ¡un mes en que podamos considerar cuán bien somos espiritualmente!

¿Cómo es entonces que podamos crecer en nuestra salud espiritual? Tal vez la película de Mel Gibson nos muestra cómo. La trama de la película “La pasión de Cristo” es verdaderamente bastante sencilla: un joven judío causa conmoción en los parámetros del imperio romano, así que conspiran para deshacerse de él. Años más tarde, se empezaron a escribir historias acerca de cómo ocurrió su muerte, y de lo que se convirtió en causa de vida para innumerables personas que recordarían su historia y seguirían sus pasos. Sospecho que nosotros también podríamos experimentar una cierta primavera, una vida nueva, si matamos las cosas que disminuyen nuestro espíritu. Así que, al entrar al mes de la salud espiritual, y la temporada cristiana de cuaresma, tal vez podamos pensar en las pocas cosas a las que nosotros quizás muramos para experimentar la vida nueva y el crecimiento espiritual:

- **Eliminemos las distracciones innecesarias en nuestra vida.** Según el cuento, al iniciar su ministerio público, el joven judío huyó al desierto por 40 días. No había la televisión ni la radio ni el internet allí, ningún exceso de alimento ni alcohol ni las drogas para disminuir su espíritu. Quizás haríamos bien en encontrar el tiempo y el espacio donde podemos estar solos, con nosotros mismos y con nuestro Dios.
- **Pongamos fin al egoísmo.** Ese joven judío no era egoísta. De hecho, compartió libremente todo lo que le fue dado. Nosotros también hemos recibido tanto. ¿Cómo podemos negar nosotros, entonces, compartir el tiempo y el talento y los recursos que nosotros tenemos para hacer del mundo un mejor lugar?
- **Acabemos con la superficialidad, con lo que estamos tentados a vivir diariamente.** Paremos de tratar de engañarnos a nosotros mismos y a los demás. Vivamos en la luz.
- **Finalmente, matemos esa envidia.** “Lo hecho, hecho está”, dijo Poncio Pilato. Lo que ha sucedido en el pasado está en el pasado, y no hay manera de cambiarlo. En vez de permitir que esos acontecimientos del pasado nos aten y nos mantengan en el pasado, tenemos que avanzar. Tenemos que perdonar. Para nuestra propia salud espiritual, tenemos que encontrar la manera de perdonar a los que han deseado dañarnos, a los que nos han tratado pocamente amable o justamente, aun a los que han cometido grandes actos de la maldad contra nosotros. La envidia y la venganza no son la solución; busquemos la paz y la felicidad. Como veremos en la película, incluso aquel joven judío, en su último aliento, pidió el perdón para los que lo mataban.

Al entrar este mes dedicado a la salud espiritual y al entrar en esta temporada cristiana de cuaresma, que salgamos de las cosas que nos impiden ser completamente libres y felices, las cosas que no nos dejan vivir en paz. Y así, como en la historia del joven judío, ¡experimentemos la vida nueva que nos espera!

¿Me estás escuchando?

11 de marzo del 2004

¿Se ha puesto a pensar todos los sonidos que reciben sus oídos diariamente? ¿Cuántas horas ve la televisión y oye el radio? Palabras, palabras y más palabras llegan a nuestros oídos todos los días. Para los que contamos con este fabuloso sentido, el oír tantos sonidos es algo normal y rutinario. Oímos mucho, pero escuchar realmente con atención es algo que muy pocos hacemos y con muy poca frecuencia. Ante la distracción y falta de atención del receptor, la pregunta surge con frecuencia: “¿Me estás escuchando?”

El realmente escuchar es la base de las relaciones humanas. El intercambiar mensajes claros y concisos garantiza que la idea que se desea transmitir llegue al oyente. En toda comunicación debe existir un tiempo que cada persona pueda hablar, y un tiempo para callar y escuchar con atención lo que los demás desean comunicar.

Como sacerdote y maestro, he podido reafirmar que siempre estamos listos para hablar y hablar. Queremos decir todo lo que nos pasa, lo que nos molesta, ¡todo lo que nos hacen los demás! Las parejas, por ejemplo, cuando llegan a mi oficina afirman que tenían buena comunicación, pero que de pronto él/ella empezó a cambiar, o que simplemente no saben que le pasó. Aprovecho la pausa que hacen para respirar, para preguntarles con voz clara y pausada: “Para ustedes, ¿qué significa tener “buena comunicación”? Se miran mutuamente, y ella toma la palabra. “Pues platicamos sobre las cosas de la casa, los niños, sobre lo que tenemos que hacer”. Entonces él interviene: “Cuando ella está enojada, a veces no habla, o empieza a reprocharme —que yo esto, y que yo lo otro, y pues me hace enojar a mí también”. Se dan cuenta que están a punto de arrancar en una carrera de palabras sin fin, que ninguno de los dos escuchará realmente, y me miran esperando que los frene para evitar un enfrentamiento.

Tener una buena comunicación es sentarse sin prisas en un lugar tranquilo en el que puedan hablar sin interrupciones. El factor esencial es el respeto mutuo en todos sentidos: físico, verbal, humano, sentimental y espiritual. Entonces ambos deben tener la plena disposición de escuchar con atención no solamente las palabras, sino también todo lo que el cuerpo comunica. El rostro, las manos, los ojos y la postura del cuerpo le dirán mucho sobre los sentimientos de la otra persona. Escuchar con atención le permitirá retomar los puntos necesarios cuando sea su turno para hablar.

Cuando la primera persona haya hablado, es importante hacer una pausa, para reflexionar en silencio, descubrir las fallas personales y aclarar los malos entendidos. Entonces la persona que terminó su turno para hablar ahora debe callar y poner alerta todos sus sentidos para escuchar a su pareja con la misma atención que recibió previamente. Ambos deben asegurarse que se tiene la interpretación correcta del mensaje que se quiso transmitir y entonces, con la misma apertura, presentar ideas que ayuden a mejorar la relación.

Cabe enfatizar, una vez más, que las distracciones constantes y el ruido no permitirán que la persona realmente escuche. Lo que sus oídos recibirán será parte del ruido que le rodea y sólo algunas, muy pocas, palabras quedarán en su memoria.

Debemos tener presente con quien hablamos, a quien escuchamos, y qué es lo que queremos lograr en cada conversación. En el caso de parejas, familiares u otros seres queridos, hay que tener siempre presente que no se trata de una lucha de poder y dominio. Sino que es una oportunidad para conocer y darse a conocer más profundamente con el objetivo de vivir una relación más armoniosa y unida.

Conocer más de cada uno ayudará a tender mejor las necesidades de la persona, evitando, en la medida de lo posible, caer en actitudes egoístas que ignoran y lastiman a las personas que queremos. Como ve, escuchar es mucho más que oír sonidos y ruidos. Comunicar es más que quejas y reproches. Solucionar más que inclinarse por lo más cómodo y sencillo. Tal vez nos beneficiaríamos escuchando con atención a aquel hombre cuya película hoy en día es tan popular, pues uno de sus muchos sabios consejos fue, "El que tenga oídos...¡que oiga!"

¿Qué hacer con nuestro tiempo de descanso?

18 de marzo del 2004

Es tiempo de vacaciones de primavera, y estoy empacando mis cosas para pasar tres días en la costa. Serán tres días para descansar y relajarme. Se puede imaginar la emoción que siento al dejar atrás por unos días el trabajo y las situaciones de la vida diaria. De hecho, todos disfrutamos tener un tiempo alejados de todo lo rutinario. Todos disfrutamos de un poco de descanso.

El descanso es parte integral de la vida. Muchas culturas antiguas también lo consideraban así. Sabían que inclusive la naturaleza necesita descansar, y por esa razón, después de trabajar los campos por seis años consecutivos, les daban uno de descanso. Este año necesario le llamaban el "sábado".

Estas mismas culturas sabían que el ser humano también tenía que descansar, y de esta forma, celebraban el sábado como día de descanso cada semana. Una vieja historia cuenta cómo fue que su dios creó el universo en seis días y descansó en el séptimo. Esto formó la base de códigos morales dictando que los seres humanos también tenían que descansar uno de cada siete días, y esto incluía a sus sirvientes y animales.

Curiosamente, nuestra palabra "sábado" significa exactamente eso. Viene de una palabra acadiense, *sabbatu*, lo cual significa "descansar" o "no hacer nada". Los acadienses dividieron su calendario en múltiplos de siete y se creía que cada séptimo día era de mala suerte. Dado que era de mala suerte, nadie debería realizar ningún tipo de trabajo. Era su *sabbatu*, un día para descansar, un día para no hacer nada. Desafortunadamente, para muchas personas en este mundo, su tiempo de sábado, para no hacer nada, puede también ser de mala suerte. ¿Por qué?

La vida está llena de presiones. Todos estamos conscientes de ello. De hecho, una encuesta reciente de los jóvenes adultos hispanoparlantes de nuestra ciudad muestra que muchos de ellos perciben una necesidad de simplemente escapar de las presiones de la vida. Esto los lleva a una gran variedad de lugares, como los grupos juveniles de las iglesias y los antros de la ciudad. Según esta encuesta, muchos de nuestros jóvenes creen que necesitan un lugar a dónde pueden escapar y en dónde pueden distraerse. Sospecho que todos tenemos esa misma necesidad. Pero en ocasiones me pregunto si es la sabiduría la que nos lleva a estar en determinado lugar para nuestro tiempo de escape y descanso, porque si

no es la sabiduría la que nos guíe, puede ser que estemos abriendo la puerta a la “mala suerte”.

En la cultura norteamericana, esta semana de “Spring Break” es un tiempo de escape muy popular. Las escuelas de todos los niveles cierran sus puertas por una semana, y para muchos es lo que aquí tanto se conoce como “party time” (hora de divertirse). Un gran número viaja, o se queda en casa, con el objetivo de tener un lugar de descanso total. Por otro lado, muchos otros viven una semana intensa de fiestas sin parar. Sí, jóvenes y adultos se juntan en grupos para desafiar sus límites en el alcohol, las drogas y en aventuras sexuales. Es esto, de hecho, el comentario generalizador de nuestra sociedad. Es esto que causó que un joven me llamara para compartir que no sabe qué hacer ahora que una joven, a la que no conoce, va a tener a su hijo. Y es este que causa que otros jóvenes ahora sufren de la “mala suerte” que resulta de las adicciones y enfermedades sexuales. Una sola pregunta surge, ¿Qué están haciendo con su tiempo libre, con su tiempo de descanso?

Hay un reto y una oportunidad al mismo tiempo en todo esto. Nuestra situación de tener tiempo libre nos reta a evaluar nuestros tiempos de relajación y descanso para ver cómo aprovechamos realmente estos momentos. Para ver si realmente recargamos nuestras energías para continuar nuestra jornada. También nos reta a ver cómo nosotros, como los campos que mencioné, necesitamos descansar para volver a ser productivos. Nos reta a examinarnos en lo que hacemos cuando no estamos trabajando activamente por nuestro bienestar y el de nuestras familias. Nos reta a ver cómo usamos la televisión y las películas, varias “amistades” o inclusive cualquier vicio, como nuestra puerta de escape de las presiones de la vida diaria que enfrentamos.

De esta forma, la noción del descanso, del sábado, nos presenta una oportunidad para que continuemos creciendo como personas. Al ver a nuestra gente joven disfrutando de sus vacaciones en esta semana, aprovechemos de este tiempo primaveral para reflexionar sobre nuestras vidas y analizar cómo es que estamos aprovechando el don de nuestro tiempo ¡para seguir creciendo como seres humanos y en nuestra relación con Dios y con nuestro prójimo!

Más allá de la superficie

1 de abril del 2004

Para mí, siempre resulta una fuerte experiencia el visitar las ciudades fronterizas de México. Este fin de semana, estuve en Progreso, Tamaulipas, población que presenta una gran fachada con comercios, restaurantes, y salones. Por lo que supongo la mayoría de los turistas sólo visitan la calle principal de Progreso con todos sus comercios y los vendedores tratando de lograr sus ventas por los dólares americanos. Todos estos turistas no ven el verdadero Progreso. Es decir, sé quedan en la fachada, en la superficie.

A unas cuantas cuadras de su calle principal se encuentran vías sucias y difícilmente transitables, llenas de “carcachas” y carretas mal hechas, y rodeadas de casas apenas habitables. Es una realidad que pocos turistas quisieran enfrentar. Después de todo, la mayoría de nosotros preferimos ser más superficiales.

Lo digo por experiencia. Cuando más joven, fui el rey de la superficialidad y sólo me interesaba la imagen que los demás percibían de mí. Y como sacerdote franciscano, sigo la tradición de San Francisco de Asís, un joven que hasta su conversión sólo le interesaba vivir una vida superficial, envuelto en todas las atracciones de este mundo.

La sociedad norteamericana moderna nos tienta a vivir una vida muy trivial. Es justamente eso lo que hacemos empleando palabras y comportamientos que mantienen a la gente alejada cierta distancia de nosotros. Es justamente eso lo que hacemos cuando—con sombreros vaqueros, botas, pantalones entallados, y joyas en oro o plata—andamos por las calles para que aquellos que nos vean se impresionen. Preocupados por la mera apariencia, cubrimos nuestras imperfecciones con diversos maquillajes. Y aquí en los EE.UU., incluso maquillamos a nuestros difuntos queridos para pretender que no están muertos, ¡sino que simplemente están durmiendo! ¿Podríamos tratar asuntos de vida y muerte de una manera más frívola?

Este fin de semana, muchos celebraremos el domingo de ramos, una conmemoración del día en que el pueblo de Jerusalén estaba lleno de emoción al recibir a su libertador, el Mesías. “¡Hosana!” gritaban. “¡Bendito él que viene en el nombre del Señor!” Debió haber sido un momento muy emocionante: Un joven parecía estar cumpliendo con las escrituras hebreas, llegando en un burro, entre gritos de júbilo. La gente lanzaba sus mantos y ondeaba en las calles las palmas de los árboles. ¡Pero realmente vieron más allá de la emoción del momento? ¿Pudieron percibir una realidad más profunda?

Supongo que no. De acuerdo a la historia, unos días después estas mismas personas clamaban eufóricos por su ejecución. El joven fue ejecutado como un criminal y enterrado. Un sólo hombre, un soldado romano en la historia, pareció ver más allá de la superficie, profesando impresionado, “En verdad este hombre era inocente”, o en otras versiones, “En verdad este hombre era el Hijo de Dios”. Para todos los demás, que no vieron más allá, pareció ser el final de la historia. Y así siguieron su vida superficial.

Fácilmente nosotros también podemos tomar esta opción. Fácilmente podemos dejarnos llevar una y otra vez por las apariencias: ropa lujosa o atractiva, carrocerías deslumbrantes, joyas, rostros hermosos, cuerpos esculturales — ¡fachadas! Son superficies temporales que no nos hacen ni mejores personas, ni tampoco nos ayudan a encontrarnos y trascender después de irnos de este mundo.

Pero también podemos aprovechar estos últimos días de cuaresma, o cualquier otro tiempo, para empezar por nosotros y ver más allá de lo externo, de lo que todo mundo ve a simple vista. Después de ver la fachada, sea cual fuere ésta, démonos a la tarea de ver más profundamente la realidad. Ojalá veamos que también tenemos la oportunidad y el llamado a conocer mejor a los demás y a nosotros mismos viendo más allá, ¡mucho más allá de la superficie!

Un retoño a la vez

8 de abril del 2004

*Abril es el mes más cruel,
lilas brotando del terreno muerto,
mezclando memorias y deseo
removiendo raíces resacas con lluvia de primavera.*
– T.S. Elliot

Con el reciente cambio de hora, tenemos ahora más luz y menos noche. También, con el frío del invierno poco a poco desvaneciéndose, miramos con entusiasmo como aflora todo a nuestro alrededor. Sí, estamos entrando a una estación llena de renacimiento y renovación.

En la antigüedad, nuestros ancestros observaban mucho los cambios en la naturaleza. Interpretaban la salida de su dios del sol como un triunfo sobre las fuerzas de las tinieblas. La tierra se descongelaba y seguidamente se llenaba de vida. Florecían muchas plantas y árboles, y los animales despertaban de su largo invernar.

En la actualidad, en este mundo lleno de tecnología, bullicio y lujos, nos distraemos y no apreciamos tanto a la naturaleza. Sin embargo, percibimos que algo sucede. Tenemos la noción de que algo está cambiando silenciosamente. Como el escritor espiritual T.S. Elliot escribió, las flores están naciendo de una tierra que aparentaba estar seca después de tantos meses de invierno, y la lluvia de la primavera remueve las raíces y les regresa vida. ¡Qué mejor momento que el inicio de la primavera para celebrar la vida!

Muchas religiones alrededor del mundo organizan fiestas para celebrar la vida, fruto del florecimiento que se da durante esta estación de la primavera. En estos días, nuestros hermanos musulmanes celebran el moharram, que es el inicio de su año santo. Nuestros hermanos judíos celebran la pascua, que es la conmemoración anual de la vida nueva que recibieron sus antepasados cuando fueron liberados de la esclavitud de Egipto. Y todos aquellos que siguen cualquiera de las tradiciones cristianas celebran durante estos días la pasión y muerte de Jesús de Nazaret. Todas estas conmemoraciones hablan de vida y renovación.

Muchos de nosotros nos envolvemos en estas conmemoraciones, en la belleza que trae la primavera, y en la manera en que la tierra se está renovando. Pero también sabemos que el camino hacia la renovación puede ser doloroso y difícil. Sabemos que tomar un camino conlleva cambios y los cambios muchas veces son difíciles. El autor alemán Juan Pablo Richter una vez dijo, “La primavera hace que todo rejuvenezca,

menos el ser humano". Es cierto, pero, así como la naturaleza, ¿no podremos también renovar nuestro espíritu esta primavera?

Muchas preguntas se pueden formular en esta época de vida y renovación: ¿Estamos buscando maneras de renovar nuestro ser? ¿Estamos renaciendo en alguna manera? ¿Estamos experimentando la vida y la renovación que trae la primavera?

La primavera llega un retoño a la vez, una flor a la vez, una hoja a la vez. Sospecho que nuestra jornada a la renovación se forjará de igual manera. En vez de soñar en cómo llegaremos a cambiar un día, tratemos de iniciar esos cambios poco a poco. Tratemos de hacer pequeños cambios que nos lleven a respirar un aire nuevo que infundirá vida en nuestro cansado ser. Quizás hallemos un pequeño acto o gesto que ayudará a descongelarnos y abrirnos, así como los retoños de la primavera. Quizá hallemos una manera de traer vida y amor a este mundo, comenzando por las personas a quienes inspiramos.

Que en esta estación de primavera encontremos el tiempo y el espacio para reflexionar sobre nuestra jornada hacia la renovación y una vida nueva, ¡un retoño a la vez!

¡Enfrente al tigre!

15 de abril del 2004

Imagínese caminando por la calle cuando de repente aparece frente a usted un enorme tigre diente de sable. La adrenalina corre por sus venas, y su mente grita una sola palabra: ¡Corra! Y así lo hace: ¡Usted corre por su vida!

Imagino que ésa era la experiencia cotidiana de nuestros ancestros que vivían en la selva, siempre con miedo de los animales salvajes de este mundo. Tenían dos opciones: pelear o huir. Y sospecho que, en las situaciones cotidianas menos peligrosas de nuestras vidas, tenemos las mismas dos opciones.

Escucho las historias todo el tiempo. Historias de gente que quiere dejar su grupo de la iglesia o grupos juveniles o coros, porque ya no se llevan con sus compañeros. Matrimonios que quieren separarse porque existen demasiados desacuerdos entre ellos. Jóvenes que huyen de sus hogares porque ya no soportan la vida que llevan. Gente de todas las edades que buscan refugio en las drogas y el alcohol, comida o sexo, como escapes de las presiones cotidianas. Y la lista se agranda.

Pero estos problemas no son un tigre diente de sable, ¿es cierto! Son sólo conflictos. Estamos hablando de las palabras y acciones que otra gente habla o dice, y que nos afectan de mal manera. Y todo esto es el hilo con el que las historias de héroes son cosidas. Ésta es la manera en que alcanzamos la salvación.

Cuando era joven, estaba muy interesado en los mitos de las culturas alrededor del mundo. Muchas de las historias tienen el mismo argumento: El mundo del héroe cambia cuando éste es señalado en dirección a una aventura. Después de vencer terribles fuerzas, a veces con asistencia supernatural, el héroe emerge victorioso y regresa a casa con un elixir para la restauración de su gente.

Sospecho que, actualmente, este argumento es dramatizado muchas veces al día. Piense en su propia aventura heroica. Cada cierto tiempo a todos nos ha pasado que nos encontramos en un mundo insospechado. “Él dijo esto y lo otro”, o “ella hizo esto y aquello”, y al final encontramos que nuestra relación con esa persona ha cambiado. Nuestro mundo ya no es el mismo. Y así, comienza nuestra aventura. El conflicto que sentimos se convierte en un monstruo, que la mayoría de nosotros preferimos evadir. La discusión en el ensayo de coro, por ejemplo, se convierte de la nada, en un tremendo ogro, y la persona con la que estamos discutiendo ¡ahora aparece como mitad hombre y mitad bestia! Sin embargo, éstas son las situaciones que crean héroes. La conquista de

nuestros miedos y el enfrentamiento de nuestros demonios en la vida conllevan un acto heroico.

En muchas de las situaciones en nuestras vidas, nuestros miedos nos controlan, nos llenan de dudas, hasta nos paralizan. Nos encontramos preguntándonos: "¿Qué dirán?" "¿Qué haré? ¿Y si...?"

Y así nuestro triunfo comienza con un sueño. Un sueño de cómo serían nuestras relaciones con esas personas, si lográramos conquistar nuestros miedos y enfrentar esas situaciones. Cómo sería si pudiéramos imaginar nuestro éxito. En última instancia, todo comienza teniendo fe en nosotros y en otros, y con la esperanza que todo saldrá bien al final. Si encontramos que esta creencia es más fuerte que los miedos que nos agobian, avanzaremos hacia el cambio con valentía, para enfrentar el gigante o el monstruo que nos espera.

Raramente nos enfrentaríamos a un verdadero tigre diente de sable. Más a menudo que lo creemos, nuestros miedos hacen que estas criaturas parezcan más grandes de lo que en realidad son. Y si tuviéramos la valentía de pararnos frente a frente con ese "tigre" sólo por un momento, podríamos sorprendernos al ver que ese "tigre" en realidad no nos iba a perseguir ni a devorar. Sí, jese "tigre" puede ser más dócil de lo que pensamos!

Somos héroes cuando tenemos la valentía de enfrentar los tigres y bestias que nos acongojan en los conflictos de nuestros hogares, matrimonios, trabajos, escuelas y vecindarios. Los héroes de las leyendas, pelearon grandes batallas cósmicas, y su triunfo fue macroscópico. Mientras nuestras luchas son más domésticas, y nuestros triunfos más microscópicos, como quiera estamos siendo héroes de nuestras propias leyendas. Y por medio de estos triunfos ¡estamos cambiando el mundo!

¡Se está ahogando!

22 de abril del 2004

¡Su mejor amigo en todo el mundo se está ahogando! ¿Qué hace usted? Supongo que lo primero es ver a su alrededor en busca de un salvavidas o algún otro objeto para lanzarle. Tal vez le grite, dándole instrucciones qué hacer. Si usted está entrenado como salvavidas, a lo mejor brinca detrás de la persona, intentando salvarle la vida.

Salvar a otras personas de ahogarse no es una experiencia cotidiana para muchos de nosotros. Pero salvar a otros de algunas situaciones, sí, es más frecuente.

Es natural para nosotros el querer salvarnos y salvar a otros. Como maestro, lo veo todo el tiempo. Cuando mis alumnos están en problemas o cuando no han hecho la tarea, hacen todo lo posible por salvarse a ellos y a sus amigos. Cuando no les está yendo bien-académicamente o en su comportamiento-aun yo me encuentro con el deseo de salvarlos.

A menudo tratamos de salvar a nuestros familiares también. Tratamos de salvarlos de sus propias adicciones, o del ridículo público. Tratamos de salvarlos de situaciones que los pongan en peligro o que causen daño a los demás. Y muchas veces son como esa persona tragando agua, tal vez ahogándose. Es entonces cuando tratamos de ayudarles, y buscamos todas las formas posibles para hacer exactamente eso. Esos son los momentos en los que sentimos que el corazón se nos parte porque la gente que amamos se está dañando, está sufriendo. Es natural que intentemos salvarlos.

El problema ocurre cuando nos encontramos trabajando más duro que ellos por salvarles. Frecuentemente me encuentro ayudando a los estudiantes de diferentes formas. Les explico exactamente lo que deben hacer para obtener la calificación que quieren, o para salir del problema en que se metieron. Pero finalmente la decisión es de ellos. Son ellos a los que les corresponde luchar por la perseverancia de la vida o dejarse hundir. Son ellos los que deben escuchar nuestras instrucciones y hacer lo que les decimos.

Sobre esto puedo citar un ejemplo en mi familia. Hace catorce años, un familiar fue diagnosticado con síndrome maniaco-depresivo. Ahora, cuando sigue bajo medicamentos, está bien, y evita caer en comportamientos paranoicos o esquizofrénicos. Sin embargo, él escoge no tomar la medicina. Por años mi familia hizo lo mejor que pudo por salvarlo: encubriendo sus acciones, guardando el "secreto de la familia", haciendo lo posible para que se tomara los medicamentos. Pero a final de cuentas, la decisión dependía de la persona. Y escogió no tomar los

medicamentos. Con frecuencia, todos nosotros actuamos así: Sabemos lo que debemos hacer, ¡pero simplemente no lo hacemos!

Tal vez usted ha sido diagnosticado con un impedimento mental o físico, y se le ha dicho lo que debe hacer. La población hispana, por ejemplo, tiene un rango extremadamente alto de diabetes. Pero, ¿en realidad hacemos lo que se nos indica para superar la enfermedad? Mi experiencia con las personas que han perdido la vida o algún miembro del cuerpo debido a esta enfermedad, me dice lo contrario.

Tal vez conocemos gente adicta al alcohol, drogas o sexo. Tratamos de salvarlos, pero sabemos que finalmente, la decisión es suya. Tal vez tratamos de encubrir a nuestra pareja, a nuestros hijos o padres, para evitar que sufran por sus propias acciones. Sin embargo, la decisión final es de ellos. El salvarse muchas veces está en manos de ellos; no en las nuestras.

El mundo de la sicología ha asignado un término para la condición de tratar de salvar a otra persona más de lo que ellos mismos tratan. Se le denomina “codependencia”. Es el mito de que, si actuamos de cierta forma, salvaremos a otra persona. Sí, el intento que hacemos por salvarlos es con frecuencia heroico. Muchas veces pasamos la vida haciendo todo lo que está en nuestras manos: Les aconsejamos sobre cómo nadar y mantenerse a flote, y en ocasiones arriesgamos nuestra persona y nuestra salud por salvarles. En ocasiones, el constante esfuerzo nos fatiga, y nos damos cuenta de que es solamente eso: un esfuerzo. Hemos hecho lo que somos capaces de hacer. Y ellos, ¿han hecho lo mismo?

Pero sólo en la mitología triunfan siempre los héroes. Es bueno hacer todo lo que esté a nuestro alcance por salvar a quien queremos. Pero recuerde que finalmente la decisión está en manos de ellos. Y finalmente, confiamos que estas experiencias pueden guiarnos a una vida nueva— para nosotros y para ellos.

Aceptar esto es muy doloroso. Sin embargo, en ocasiones es la última alternativa que nos queda. Es doloroso ver a otros caer y caer más hondo, hundirse y aun tocar el fondo. Pero es ahí donde la espiritualidad de la resurrección y la vida nueva empieza. Ahí es donde cualquier programa de espiritualidad de doce pasos inicia. Es ahí donde la gracia empieza a brillar y a resplandecer.

En esos momentos difíciles, debemos hacer lo que nos corresponde. Debemos dar todo lo que podemos con la plena conciencia de que a pesar de hacer nuestros mejores esfuerzos, sigue la historia de la muerte a la vida nueva, y que confiamos que esa vida nueva llegue— ¡incluso a aquellos que se ahogan!

Mojado

29 de abril del 2004

Mi sangre estaba hirviendo. Claro que como profesional, primero escucho sin dar ninguna indicación de mis sentimientos sobre las palabras de los demás. Sin embargo, en esta ocasión un estudiante se atrevió a pronunciar una palabra que simplemente no se pronuncia en mi salón de clases.

Entendí la connotación que le había dado. ¿Y él? ¿Sabía realmente lo que estaba diciendo? Es muy frecuente que la gente use palabras que realmente no entiende. Incluso, desde la infancia los niños escuchan y aprenden conceptos erróneos. Por ejemplo, cuando vienen los niños a la confesión, algunas veces me dicen que han cometido “adulterio”, lo cual me lleva a preguntarles, “¿Adulterio? ¿Qué significa ‘adulterio’?”. Y descubro que efectivamente no tienen ni la más remota idea de lo que están diciendo.

Así que le pregunté a mi estudiante, “¿Mojado? ¿Qué significa ‘mojado’?”

Déjeme explicar. Para iniciar la clase, habíamos empezado con la revisión de la tarea de mis estudiantes. Les pedía que elaboraran varios mandatos afirmativos y negativos. Ahora todos tenían que leerlos en voz alta para los demás compañeros. Un estudiante entonces pasó al frente de la clase para leer sus enunciados.

“Limpia la mesa”. Bien.

“Saca la basura”. Bien.

Y después dijo aquella palabra que hizo hervir mi sangre.

“Lava los platos, mojado”.

Sus amigos rieron incómodos.

Entonces pregunté inocentemente, “¿Mojado? ¿Qué significa ‘mojado’?”

Su inseguridad hizo obvio que sólo buscaba hacer reír a sus amigos. No estaba listo para ser confrontado por su maestro.

“Usted sabe, Padre”, contestó nerviosamente. “Un mojado, a *wetback*.”

En cuestión de segundos, mi mente se trasladó dos semanas atrás cuando yo había usado la palabra “mojado” públicamente. Terminábamos la misa del domingo de ramos en la Plaza Saltillo. Estaba agradeciendo a todas las personas que la hicieron posible. Y con las grises y amenazantes nubes sobre nosotros, públicamente agradecí al Señor por detener la lluvia. “Antes de la Misa”, compartí, “yo estaba pensando ¡que íbamos a celebrar la misa de los mojados!” Algunas personas rieron. Por nerviosismos, supongo.

Después de misa, cuando un sabio caballero de México se me aproximó, le pregunté si consideraba que alguien se habría sentido ofendido con mis palabras. “Padre”, contestó, “hace mucho tiempo aprendí algo: Nunca, nunca se debe uno sentir avergonzado de ser un ‘mojado’”.

¿No sentirse avergonzado de ser un “mojado”?

Nunca.

Este hombre tiene razón. Si alguien se ha ganado el título de “mojado”, debe llevarlo con dignidad. Las personas que lo logran están entre los hombres y mujeres más valientes del mundo. Saben qué significa la superación. Han enfrentado un gran peligro, incluso de vida o muerte, para estar hoy dónde están.

Son también parte del grupo de hombres y mujeres más trabajadores del mundo. Cada uno sabe que ha trabajado duro para mantenerse y para mantener a su familia, muchas veces teniendo que aceptar insultos, y recibiendo en muchas ocasiones pagos injustos por el tipo y la cantidad de trabajo realizado.

Tal vez ha trabajado en un área riesgosa, y muy probablemente sin seguro médico. Sabemos que hace por lo general trabajo bien hecho, y que hace tareas que muchos otros nunca harían.

Si usted es “mojado/a”, camine con la frente en alto y siéntase orgulloso de estar triunfando con trabajo honrado en tierra extraña, con un idioma extraño, y aun con malos e injustos tratos.

No baje la cabeza con vergüenza, como veo que los hacen algunos de nuestros hermanos y hermanas. ¡Manténgase firme mirando de frente! Gracias a usted, es fuerte la economía del Centro de Texas.

¡Manténgase firme! Gracias a usted, su familia y sus amigos se mantienen, y también contribuye a la economía de su país. ¡Manténgase firme con rectitud y honradez en su trabajo día a día!

La lección en el salón de clases terminó una semana después con una larga discusión sobre la sensibilidad cultural. Mis estudiantes sabían muy poco sobre el significado de sus apellidos, los cuales indican claramente que sus bisabuelos y tatarabuelos también eran “mojados”.

Y qué interesante les pareció saber que aquellos que han llegado recientemente reciben la mayor discriminación de sus hermanos hispanos. Imagine esto: ¡la discriminación de aquellos que olvidan que sus propias raíces fueron sembradas en otras tierras antes de que ellos existieran en este mundo!

Casi al terminar la clase, un estudiante sacó una tarjeta de su libro de texto de español. Había copiado en ella una frase que recientemente había encontrado en un libro. Decía así, “Nosotros, los americanos, somos los originales mojados”.

Así es. A menos de que nuestras raíces sean totalmente americanas indígenas (v muy pocos de nosotros podríamos reclamar eso), es muy probable que todos tenemos raíces “mojadas”. Es muy probable que nuestros abuelos, bisabuelos o tatarabuelos habían cruzado el agua para llegar hasta esta tierra. Sí, la sangre de los mojados también está en usted. ¡Siéntase orgulloso/a!

Recuerde quién es usted

6 de mayo del 2004

La última línea de aquella película siempre me mueve. Una mujer llamada María de Luz habla de cómo sus antepasados sacrificaron sus vidas en San Antonio, Texas. Los antepasados de María de Luz fueron transformados “de bárbaros” a “gente de razón”. Recuerde quién es usted.

Ésta es la misma lección de la película de Disney, “El rey león”. El pequeño león Simba sabe que tiene la misión de convertirse en el rey de la selva, lo que lo tienta a vivir una vida sin preocupaciones con sus nuevos amigos en el páramo. Finalmente, una noche mira detenidamente en un fondo del agua y ve en el reflejo la cara de su padre que lo insta a hacer lo que le corresponde, a ser quién es. El padre le dice: “Simba, recuerda quién eres”. Ésa es la lección de “El rey león”. ¡Y el pequeño descarriado recuerda quién es!

Como peregrinos en esta jornada que es la vida, el gran desafío para muchos de nosotros es el desafío del rey león y de la hija de María de Luz: examinarnos como si estuviéramos frente a un espejo, y recordar quiénes somos.

El viaje comienza cuando miramos dentro de nosotros mismos. Las preguntas difíciles no tardarán en aparecer: ¿Quién soy yo? ¿Cuáles son mis valores? ¿Quién me llaman para ser? ¿Cómo seré en un año? ¿Qué cambios debo hacer hoy, y qué debo hacer para convertirme en esa persona? Esta semana hice una pausa para celebrar mi cumpleaños y reflexioné en estos cuestionamientos. Me encontré haciendo una pausa, recordando quién soy, y qué me ha traído a este punto en mi viaje.

El desafío de cada uno de nosotros debe ser hacer una pausa y preguntarnos quiénes somos, de dónde hemos venido, y hacia dónde nos dirigimos.

Como el rey león, debemos recordar quiénes somos.

Una de las grandes tentaciones de la sociedad moderna americana es la de pensar en nosotros como individuos, y separarnos de los demás. Nos encontramos tentados a correr de nosotros mismos y de otros. Por eso, la celebración de esta semana del cinco de mayo es tan importante para las personas de habla hispana: ¡Nuestros antepasados nos muestran de qué somos capaces! Y su desafío era, en verdad, igual al nuestro.

Vea su mirada en el espejo, ¡y recuerde quién es usted!

Sé un revolucionario

13 de mayo del 2004

Como mucha gente, tengo varios apodos. Cuando estoy corriendo por la ciudad, atendiendo a los detalles del ministerio, algunas personas me llaman, con todo el respeto, el “Padre Loco” o el “Padre Correcaminos”. Cuando me visto de mi traje de charro para celebrar el cinco de mayo y otros días patrióticos, la gente me llama el “Padre Charro”. Cuando estoy trabajando con los miembros de nuestra comunidad de la tercera edad, ellos a menudo me llaman el “Padre Joven”. Y cuando trabajo con los jóvenes adultos, a veces me llaman el “Padre Más Padre” de Austin. Pero es cuando me siento en mi escritorio para escribir algunas palabras para el periódico *El Mundo Newspaper* que pongo la máscara del “Padre Revolucionario”.

El ser un revolucionario no es tan malo. La revolución implica el cambio fundamental. Implica el derrocamiento o la renuncia de eso que previamente nos gobernó. Implica la abertura de la mente a nuevas ideas. Cuando escuchamos la palabra “revolucionario”, quizás pensamos en esos hombres y mujeres que lucharon para derrocar esos gobiernos que hicieron que nuestros antepasados no fueran libres. Pensamos en las grandes revoluciones en los Estados Unidos en 1776, y en México en 1810. Honramos a esos hombres y mujeres heroicas porque a través de ellos hemos ganado la libertad. Disfrutamos de la libertad, y si la libertad es el objetivo de la revolución, la mera idea de la revolución no puede ser tan mala.

Recientemente un grupo de jóvenes me pidió preparar un tema titulado “cómo ser revolucionario al estilo de Cristo”. Fácilmente acepté la invitación. Si solamente conocemos a Jesús de Nazaret como un agradable hombre-dios quien dio su vida para la salvación de los demás, faltamos al hecho de que ese mismo Jesús vivió una vida revolucionaria. Si leemos cuidadosamente las historias escritas sobre él, comenzamos a ver la cara de un revolucionario.

Jesús rompió tradiciones y tabúes. Él, por ejemplo, se sentó a comer con los pecadores públicos, tales como las prostitutas y los cobradores de impuestos. Y su modelo de una comunidad inclusiva continúa desafiándonos radicalmente hoy en día. Nos desafía a ver nuestra interrelación el uno con el otro. Nos desafía a examinar nuestras relaciones y el amor que tenemos el uno para el otro. Nos reta a preguntar cómo puede ser que excluyamos a otros de nuestra comunidad.

Las historias de Jesús también contienen un símbolo de la antítesis, de lo contrario de Jesús: los fariseos. Son los fariseos que intentan excluir a

gente de la comunidad de la alianza. Son los fariseos que procuran excluir de la comunidad a los “pecadores” y a todos que no sean “dignos”.

Claro que existe un montón de “fariseos” en el mundo de hoy. Sin embargo, también hay un montón de gente que ve la libertad que uno puede experimentar cuando uno intenta extenderse y abrazar a los demás en vez de excluirlos. Veo esto en la organización interreligiosa más grande de nuestra ciudad, los Ministerios Interreligiosos del Área de Austin. Como organización, recientemente tuvimos una conversación sobre nuestra concordancia con gente tan diversa como los miembros de un nuevo secto llamado la Alianza de la Diosa. En lugar de excluirlos de cualquier conversación interreligiosa, nos sentamos en la misma mesa y hablamos como hermanos y hermanas.

Para algunas personas, sería una idea revolucionaria. También veo el modelo para una comunidad inclusiva cuando la gente hace preguntas acerca de los sucesos actuales en nuestro mundo, tal como las recientes declaraciones de impedir que candidatos políticos que abogan a favor del aborto reciban la comunión en varias iglesias. Qué idea tan revolucionaria: Sin importar sus creencias políticas, ellos siguen siendo nuestros hermanos y hermanas, y están obedeciendo su conciencia, como bien enseña la iglesia.

En una comunidad inclusiva que pretende incluir y recibir a todos, no puede ni debe cerrarse así. En las historias de Jesús, la otra diferencia atribuida a los fariseos es que se centran a menudo en la ley, al punto de olvidarse del amor y del perdón.

Vemos en estas historias un grupo de gente rápida para condenar, lista para tomar en sus manos las piedras para lanzar a los demás “pecadores”. Las historias de Jesús presentan otro modelo: nos demuestran la cara de un dios que tiene un amor incondicional para su pueblo, un dios que perdona y espera la vuelta de todos a su casa.

Una vez más, abundan bastantes “fariseos” en el mundo. No necesitamos mirar lejos para encontrar a los que adoren las “leyes” naturales y “divinas” que gobiernan el comportamiento humano en todas las áreas de la vida: de relaciones y orientaciones sexuales a las actitudes que tenemos hacia la religión, la iglesia y los sacramentos.

Desafortunadamente, nos encontramos acentuando las leyes, sobre la tolerancia y la gracia de Dios, juzgando a nuestros hermanos, con las piedras en nuestras manos. Y esto no conduce ni a libertad ni a la construcción de una comunidad inclusiva.

Sí, a veces cuando me siento para escribir, me pongo la máscara del “Padre Revolucionario”. Pero si eso significa seguir en los pasos de uno como el carpintero judío, un hombre cuyos seguidores radicalmente

cambiaron el mundo hace 2.000 años, y si significa seguir los pasos de uno quien intentó traer a los demás la libertad y un sentido de pertenecer, ser un “revolucionario” no puede ser una cosa tan mala. De hecho, te reto a seguir en los pasos de tal gente.

Atrévete: ¡Sé revolucionario/a!

Tiene tremendo... ¡valor!

20 de mayo del 2004

"Bien golosa, tú eres bien golosa.

Tú estás en la cama, ¡y eres golosa!"

No pretenda estar sorprendido/a por estas palabras. Tal vez las considera inapropiadas en compañía de personas amables, pero con certeza las ha escuchado. De hecho, muchos de nosotros las escuchamos con más frecuencia de lo que nos gustaría.

Como maestro de preparatoria, he aprendido a no mostrar las impresiones que a veces recibo ante los comentarios de mis estudiantes. A menudo, lo único que buscan es una reacción de mi parte. Están hambrientos de atención, de nuestra atención como adultos, a tal grado que dirían las cosas más increíbles para generar una respuesta positiva o negativa. Y la música es, indudablemente, uno de los medios más recurridos para conseguir su objetivo.

Procuró estar al día en cuanto a los gustos musicales de mis estudiantes. Es por ello que conozco la canción "Golosa" y otras canciones que usan como anzuelo para sorprendernos como adultos. Y así, la historia que comparto comienza con lo que aparentemente era una pregunta inocente de uno de mis estudiantes durante la clase.

"Padre", preguntó, "¿qué significa la palabra 'culo'?"

Me miró fijamente esperando que mordiera el anzuelo. Desde luego que yo conocía la canción ya que, dicho sea de paso, así se titula. Llena de vulgaridades, la canción tiene un refrán que repite una docena de veces, "tiene tremendo...", y todos juntos gritan "¡CULO!" Es una canción bien pero bien popular entre nuestros jóvenes.

Para muchos adultos tal canción difícilmente valdría la pena comprar el disco. El lenguaje que usan este y otros escandaliza a algunos, mientras que para otros es un gancho de atracción. La charla con mis estudiantes me dejó con la interrogante y la preocupación de que realmente ésta es la música que todos nuestros jóvenes escuchan; de que estas palabras e ideas están llenando sus mentes. Desde luego que todo esto lo repetirán una y otra vez con palabras y actitudes. Ésa es la gran fuerza que la industria musical tiene sobre ellos: ¡escuchan, aprenden y actúan la vulgaridad de una canción en busca de una reacción y de atención!

¿Cómo respondería usted si su hijo/a adolescente usa la palabra "culo", o alguna otra tomada de una canción popular, al reunirse como familia a comer? Por mi parte, les hice ver a mis estudiantes que no son palabras apropiadas para usar en compañía de gente amable. Para ellos,

puede parecer “cool” y divertido, pero, como maestro, tengo la ventaja de controlar las expresiones permitidas en el espacio educativo. Y usted como padre/madre de familia tiene la misma ventaja en casa: Deje claro que no son palabras apropiadas ni bien recibidas entre los miembros de la familia.

Desafortunadamente, las desventajas son grandes también porque no tenemos control sobre las ideas que entran a las mentes de nuestros jóvenes, las palabras que escuchan sus oídos, y las actitudes que ven fuera del salón de clases y fuera de nuestros hogares. Toda la basura transmitida en estaciones de radio con mensajes enfermizos sobre sexo y violencia llegan con mucha facilidad a todos ellos.

Todos estos mensajes siembran semillas de faltas de respeto, morbo y de pérdida de valores que pueden destruir personas, familias y sociedades. Toda esta basura con música rítmica les está guiando a usar sus cuerpos como meros objetos sexuales, buscando placeres y desafíos momentáneos que lejos de hacerlos crecer como personas, los va llevando a la pérdida de su dignidad humana.

Es tiempo de escuchar estos mensajes y de responder a la atención que la industria musical está pidiendo. Enfrente la falta de respeto masiva, reaccione y responda para evitar que se siga propagando este veneno que poco a poco va entrando a nuestro sistema con el objeto de hacer inmunes a una moral sana y constructiva para nosotros y nuestros hijos.

Empiece dándole atención a sus hijos. ¿Qué lugares frecuentan? ¿Qué música escuchan? ¿Qué canciones cantan? Y dele atención a lo que usted puede hacer en contra de esos mensajes que lejos de ser liberales, divertidos y modernos, son vulgares y ofensivos para el ser humano como tal.

Devolvamos a la música y al respeto su lugar. Tal vez muy pronto escuchemos y cantemos: “Tiene tremendo... ¡VALOR! Tiene tremendo... ¡AMOR!”

Debemos decir adiós

27 de mayo del 2004

*“Todo tiene un fin.
Así que, mi amigo,
también nosotros debemos partir.
Los momentos que compartimos
poco a poco sólo recuerdos serán”.*

Las palabras de la canción hicieron brotar las lágrimas de los ojos de los graduados. Sabían que nunca volverían a estar juntos como lo estuvieron en la escuela. Ésta fue su graduación de la preparatoria, y el inicio de una nueva etapa en sus vidas. Cerraban un capítulo de sus vidas, y uno nuevo estaba a punto de escribirse. Pero primero tenían que decir adiós.

Muchos de nosotros conocemos este sentimiento: la angustia de tener que dejar atrás el pasado y seguir adelante. Lo sentimos y experimentamos cada vez que la muerte llega a algún ser amado. Sentimos la frialdad y tristeza de la despedida, sin saber si habrá un siguiente encuentro.

El Hermano Juan, uno de nuestros frailes franciscanos, empacó sus cosas y partió de la ciudad esta mañana, listo para su nuevo apostolado en Kentucky. Hasta el día de hoy, compartimos vida en comunidad por dos años. A pesar de que éramos opuestos en muchas formas, también nos identificábamos en muchas otras. Compartimos buenos momentos y también algunos no tan buenos. Pero hoy se marchó. Y como las palabras de la canción sugieren, los momentos que vivimos no serán otra cosa sino recuerdos.

Decir adiós y encontrar la forma de seguir nuestro camino, es parte de la vida. A pesar del dolor que esto significa, el desafío es, con frecuencia, descubrir una nueva visión de lo que el futuro nos puede deparar.

Como franciscano, he tenido que empacar mis maletas y desprenderme de mis amigos y colegas cuatro veces en los últimos diez años. Nunca ha sido fácil. Y cada vez que he tenido que decir adiós, mi mente vuela al pasado, a las primeras despedidas que tanto me enseñaron.

La primera sucedió cuando partí de mi familia hacia la universidad. Mi familia y amigos quedaron atrás en un colorido pueblo en Ohio, mientras que yo entraba a la vida citadina en Missouri. Lo primero que descubrí es que mis seres queridos aun estaban cerca de mí: por una llamada telefónica, un mensaje electrónico, o un vuelo.

También descubrí que la vida sigue para todos. Al igual que yo, ellos cambiarían. Cada vez que visito mi hogar, las cosas cambian más y más. Es como volver a conocer gente en un lugar nuevo a pesar de que ya nos conocíamos como familia y amigos. La realidad es que cambiamos y tenemos que aprender a vernos como personas nuevas en cada visita, en lugar de vernos unidos simplemente por el recuerdo de las personas que éramos antes de la despedida.

La segunda partida que me formó en mi juventud fue al dejar a mi novia para entrar al seminario. La experiencia de dejar a una persona tan especialmente querida fue sin lugar a duda una de las más dolorosas de mi vida. Pero aprendí que ella siempre será parte de mí. Y tales vivencias me han ayudado a entender a otras personas. Sí, todo esto me ayudó a crecer. La presencia de diferentes personas en diferentes momentos de mi vida han sido determinantes para formar la persona que soy hoy en día. Y gracias a ello, espero ser una mejor persona.

También somos personas de esperanza. Y mientras podamos ver más allá del momento y visualizar cómo puede seguir adelante la vida, nuestro espíritu también seguirá. Seguiremos viviendo y amando, conociendo algunas personas y despidiéndonos de otras, hasta que nos volvamos a encontrar en esta vida o en la otra. Por esta razón, los graduados, al igual que nosotros, pueden secar las lágrimas de sus ojos, y continuar al son de la misma canción:

*“...pero con el tiempo a nuestro favor,
un día estaremos juntos.
Hasta entonces, debemos decir adiós”.*

Un premio más grande

3 de junio del 2004

“No vas a ganar un *Academy Award* [premio de la academia] con eso”. Ésa es la respuesta que les doy a mis estudiantes cuando reaccionan con drama a los eventos de la vida diaria.

Apenas el otro día, por ejemplo, enfrenté a una estudiante por copiar la tarea de un amigo. Cambió el tono de voz y, con gesto dramático, declaró, “Padre, ¡usted no puede asignarme a la detención!” Pareció que quiso ser buena actriz, pero no me convenció de librarla de las consecuencias de sus acciones. Calmado, respondí a su actuación dramática, “No vas a ganar un premio de la academia con eso”.

Como ella, imagino que de vez en cuando muchos de nosotros podemos ser muy buenos actores, o eso creemos. Los últimos dos fines de semana disfruté de la obra que presentó Proyecto Teatro, la compañía de teatro en español aquí en Austin. Como la obra era una comedia, la actuación a menudo fue bien exagerada y nos reímos mucho. Sin embargo, mucha de la actuación que vemos diariamente en nuestras casas y lugares de trabajo, en nuestras escuelas y comunidades no es algo de lo que nos podamos reír. Vaya que lo sé: Soy el rey de los actores. Esta semana, visité un restaurante local con una amiga, y estábamos hablando de la obra de teatro. El mesero se acercó, y su cara reflejaba un gesto amigable. Era obvio que me reconoció. Yo, por otro lado, no estaba seguro si nos habíamos conocido antes. Así comenzó nuestra conversación...y mi actuación:

“Padre, ¡buenos días! ¿Cómo está usted?”

Todavía no lo reconocía. “Bien, gracias. Hace meses que no nos vemos, ¿verdad?”

“Sí, Padre. ¡Usted tiene muy buena memoria!”

La verdad es que no recordaba nada; lo estaba inventando. Estaba adivinando. E iba a adivinar otra vez. “Y su nombre es...José, ¿verdad?”

“¡Yo me llamo Rubén, Padre!”

“¡Claro, Rubén...!”

¿Buena memoria? No. Estaba actuando, tanto como muchos de nosotros actuamos para poder parecer corteses. Cada vez que no recuerdo el nombre o la situación de la persona que saludo, empieza la actuación. “Padre, ¿recuerda usted cuando...?” “¿Recuerda cuando hablamos de...?”

En esas situaciones, muchas veces nos parece más cortés actuar como si recordáramos. Y así, en el nombre de la cortesía, nos encontramos

actuando como si fuéramos grandes actores compitiendo para ganar un premio de la academia.

La otra razón por la cual nos encontramos actuando es para conseguir lo que deseamos. La estudiante que mencioné arriba, por ejemplo, por su actuación trató de convencerme de que no merecía sufrir las consecuencias de sus acciones. Seguramente, todos hemos intentado eso antes. Sospecho que comienza inocentemente cuando, como niños, decimos esa primera “mentira blanca”: “¡Yo no fui!” El riesgo que corremos al entrar en la actuación es que, con el tiempo, tendemos a ser cada vez menos y menos las personas que fuimos creados para ser, y nos hacemos más y más “parecidos” a los personajes falsos que proyectamos en actuación al mundo. Cómodos con las máscaras que llevamos, y con la manera en que los demás nos tratan cuando las llevamos, somos tentados a ocultarnos detrás de esas máscaras en vez de quitárnoslas.

Inevitable y tal vez desafortunadamente, llega el momento en que comenzamos a preguntarnos si hay algo de sustancia detrás de nuestras máscaras, si no hay allí algo más profundo. Y comenzamos a preguntarnos quiénes realmente somos.

El verdadero desafío es ser más y más auténticos cada día. Esa palabra, “auténtico”, viene de una raíz griega que significa “original”. Viene de la misma raíz que el prefijo “auto-” que significa “uno mismo”. Por eso, el verdadero desafío para nosotros, los grandes “actores” que somos, es ser originales, ¡es ser nosotros mismos!

Claro que nunca ganaremos un premio de la academia por ser nosotros mismos. Esas concesiones, después de todo, son para los actores. Sin embargo, la paz y la felicidad que experimentaremos al hacernos más auténticos, al hacernos más a nosotros mismos, son una recompensa más grande que cualquier trofeo. Más grande que cualquier auditorio lleno de aplausos. De hecho, más grande que todo que hemos experimentado en este escenario que muchas veces es la vida.

Una cuestión seria

17 de junio del 2004

De repente, me di cuenta de que ser un padre de la iglesia es una cuestión seria. Poco después de que empecé mi ministerio aquí en Austin, visité el hogar de una pareja de la parroquia. Saludé a su nieto de tres años, diciendo, “¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Sabes quién soy yo?” En un instante, el niño abrió sus ojos con maravilla, y con una sonrisa grande, proclamó, “¡Tú eres Dios!”

Pues, no exactamente, expliqué. Pero en ese momento podría entender por qué ese niño me asociaría con su Dios. Primero, yo, como sacerdote, me encuentro en la casa del Señor, a donde sus abuelitos lo llevan a misa los fines de semana. En segundo lugar, comparto un título con el Dios de ese niño: Padre. Mucha gente en la Iglesia me llama “Padre”. También refieren a su Dios como Padre Celestial. Y al ser “Padre” y ser confundido con el Señor: ¡esa es una cuestión seria!

Ser padre de familia también es una cuestión seria. Párense por un momento, padres de familia, para poder considerar su papel tan importante dentro de la familia. En los ojos de sus niños, ¡ustedes son gigantes, grandes y poderosos! Cuando hablan, sus hijos escuchan. Como padres de familia, su mera presencia exige respeto y miedo (por lo menos hasta que ellos llegan a ser “teenagers”). Y las palabras que sus niños usan con respeto y cariño hacia ustedes, palabras como “padre” y “papá”, ¡son los mismos títulos que aprenden y utilizan en referencia a Dios!

Los niños no tienen capacidad del pensamiento abstracto. Por esta razón, si es posible que un niño de tres años me confunda con Dios. Por esta misma razón, la imagen que nuestros niños tienen de Dios (como “Padre Nuestro” o “Papá Dios”) en gran parte se formará basada en la experiencia que tienen de nosotros, sus padres. ¡Sí, ser papá es una cuestión seria!

He escuchado las historias de mucha gente que ha tenido malas experiencias de sus padres, que, alternadamente, han afectado su relación con Dios. Si decimos, por ejemplo, que Dios es como un padre, y si una persona ha tenido la experiencia de un padre abusivo, dominador o desagradable, ¿qué imagen tendrá de su “Padre Celestial”? ¿Cómo puede una persona amar, respetar y rezar a un Dios que se imagina ser como la imagen estropeada de su padre terrenal? Es obvio que ser padre es una cuestión seria.

Quizá nuestros padres nos enseñaron un modelo no muy amigable ni amable como papás. En repetidas ocasiones, sucede que sufrimos ese

trato después. Sin embargo, en nuestras manos está no repetir esa misma historia de “horror” con nuestros hijos. Dele la seriedad que requiere el ser papá. Recuerde: Es cuestión seria.

Esta semana en la que nos preparamos para celebrar el día del padre, tomemos un momento, padres de familia, para reflexionar sobre cómo es que nuestros niños nos ven. ¿Les causa miedo o seguridad nuestra presencia en sus vidas? ¿Somos hombres que se pueden amar y respetar? Si no, quizás este día del padre será un buen momento para comenzar de nuevo, para avivar esa llama de amor que tenemos hacia nuestros hijos, y para hacer crecer el amor de ellos hacia nosotros-y hacia su Dios-cuando se sientan amados por su papá.

¡Feliz día, padres!

Ser toltecas

24 de junio del 2004

La combinación me tomó por sorpresa. La escuela de verano empezó esta semana, y en nuestro libro de texto de español, una de las primeras lecciones presentó la combinación de los adjetivos “artístico” y “deportista” como si estas dos palabras sonaran opuestas. La combinación de adjetivos me hizo reflexionar en cómo se puede ser deportista y artístico al mismo tiempo.

Llegué a la conclusión de que con frecuencia yo mismo me encuentro más “deportista” corriendo como “jugador de fútbol” de un lado para otro en el campo de la vida, y muchas veces sin dedicar tiempo suficiente para actividades recreativas o “artísticas” que me renueven.

La tradición cristiana cuenta con una bella historia de dos vidas en contraste: la de una mujer “deportista” y una mujer “artística”. De acuerdo a la historia, una mujer llamada Marta se ve corriendo y atendiendo múltiples detalles de hospitalidad para Jesús de Nazaret, que llegó a visitarla a su casa. Su hermana María, por otro lado, en lugar de ayudar en la cocina, se sentó a los pies del maestro. Cuando Marta se queja, el maestro le dice, “Marta, Marta, tú andas preocupada y te pierdes en mil cosas: una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte” (Lc. 10,41-42).

En ocasiones me encuentro como Marta, perdiéndome en mil cosas. Por eso, fue bueno el que esta semana me detuviera y me sentara a los pies de otro maestro espiritual. El jueves, el grupo de Ministerios Interreligiosos del Área de Austin recibió a Don Miguel Ruiz y a su familia aquí en Austin. Nativo de Guadalajara y autor del libro popular *Los cuatro acuerdos*, Don Miguel cuenta con una fascinante historia de cómo un accidente de hace treinta años le puso fin a su ocupada carrera como cirujano, para buscar la sabiduría de sus ancestros toltecas.

Sí, de “deportista” se convirtió en “artista”. Para todos los que intentamos encontrar la felicidad y el significado de la vida, sus palabras fueron muy emotivas. Compartió que, al igual que muchos líderes espirituales, nosotros debemos escapar de nuestras vidas tan ocupadas y salir al desierto para descubrir quiénes somos. Debemos andar hacia nuestro interior.

Debemos hacer a un lado todas las “mentiras” que hemos aprendido a lo largo de nuestras vidas y re-crearnos como personas renovadas. De hecho, en lugar de ser tan “deportistas”, tenemos el gran reto de ser más “artísticos”. Muchos de nosotros que leemos estas palabras podemos localizar a nuestros antepasados en México. De hecho, muchos

compartimos sangre tolteca. Pero, ¿estamos realmente en contacto con la sabiduría de nuestros ancestros?

Don Migue Ruiz explicó que el título que nuestros ancestros se dieron, toltecas, sencillamente significa “artistas”. No se referían a ellos mismos como “humanos” o “gente”. Ellos eran “toltecas”, eran artistas.

Al igual que nuestros ancestros, todos nosotros somos llamados a ser artistas, a crear y a moldear la obra de arte más hermosa: nuestra vida. Somos llamados a vivir como si nuestra vida fuera una obra de arte. Para mí, es interesante pensar cómo sería mi vida si me apresurara menos, perdiéndome en mil cosas, y, como “artista”, dedicara un poco más de tiempo a la re-creación de mi propio ser y del mundo. Me quedo con la pregunta de por qué no lo intento. Y de por qué no lo intentamos. Ciertamente, el mundo, nuestro mundo, sería un lugar diferente si tan sólo tuviéramos el valor de ser “artistas”, ¡si tan sólo tuviéramos el valor de ser...toltecas!

Abra la puerta

1 de julio del 2004

Los antiguos romanos tenían una palabra que predecía el destino de una persona: *libertas*: Ya sea que la persona fuera libre, alguien que disfrutaba la libertad, o que fuera un esclavo. Y esto fue lo que marcó la gran diferencia en el mundo.

Como nación, tendemos a tomar la *libertas* por hecho. Con seguridad decimos que nuestra nación (Estados Unidos o México) está fundada en principios de libertad y justicia. Pero con frecuencia las palabras suenan tan mecánicas y repetitivas como muchas de nuestras oraciones.

A veces sonamos como pericos: “¡libertad y justicia, libertad y justicia!” Como individuos, sabemos que la historia es realmente diferente. Y mientras que saludamos y cantamos mecánicamente con frases patrióticas, especialmente durante esta semana en la que esta nación celebra su independencia, sabemos que la libertad individual es otro asunto.

Con las muchas presiones y obligaciones que nuestro estilo de vida trae consigo, tal vez de pronto nos viene a la mente la pregunta, ¿verdaderamente disfrutamos de alguna libertad?

Los seres humanos estamos separados del mundo natural. Es decir, que a través de las diferentes decisiones que tomamos en la vida, nosotros vamos trazando un camino, *nuestro* camino. Escogemos lo que queremos ser, y actuamos día a día por conseguirlo. Esta afirmación resulta, indudablemente, desagradable para algunas personas que han tomado decisiones equivocadas y han dado así un giro totalmente opuesto a lo que un día soñaron.

Sin embargo y sin lugar a dudas, la libertad es un pensamiento y un estado maravilloso. Es en sí el clímax de la jornada espiritual. Es el kerigma fundamental de muchas religiones en el mundo, incluyendo la cristiana (Rom. 8,15).

Desafortunadamente, nuestra libertad es constantemente abrumada y amenazada por las condiciones del mundo en que vivimos. Nuestra libertad es atacada por nuestras preocupaciones y temores. Las adicciones a las drogas, el alcohol, el sexo, o al trabajo nos alejan de vivir en *libertas*. Nuestro deseo por complacer a otros y por sentirnos afirmados nos aprisiona.

En ocasiones, cuando predico sobre la libertad, tomo un par de esposas, y me las pongo. ¿Alguna vez se ha puesto o le han puesto unas esposas? ¡No es mucho lo que una persona puede hacer estando

esposada! Nuestros movimientos son limitados, y no nos permiten hacer todo lo que podríamos si no las tuviéramos puestas.

La semana pasada en Austin José Ruíz, hijo del escritor espiritual Don Miguel Ruíz, compartió que incluso las opiniones de nosotros mismos y del mundo pueden convertirse en una jaula para nosotros. “Sé libre”, insistía, “¡no nada más de la cárcel!”

Piense en la celda que le ha arrebatado su libertad. ¿Quiere ser realmente libre, y disfrutar de más que la libertad condicional? El gran secreto es que ¡usted tiene la llave! Usted puede tomar la decisión de cambiar su manera de pensar, su actitud, y abrir la puerta para caminar hacia la libertad. Cualquiera que haya tenido la experiencia de un amigo que vive sin libertad debido a una adicción, sabe que es muy poco lo que una persona puede hacer desde afuera de la celda. Lo único es motivar al que está atrapado para que use la llave que tiene en sus manos.

Al celebrar esta semana la libertad de nuestra nación, surge la pregunta para cada uno de nosotros: ¿Realmente quiere usted ser libre? ¿Quiere gozar la vida y la *libertas*? ¡Abra pues, de par en par, la puerta!

¿Vale lo que cuesta?

8 de julio del 2004

Nuestro guía de turistas nos previno: los vendedores, dijo, nos llegarán como abejas a la miel. Me escabullí entre la gente, y subí a la Pirámide del Sol en Teotihuacán. Pero tan pronto descendí de la pirámide, me rodearon los vendedores.

Al principio, fue fácil resistirlos.

"¿Qué le parecería un tigre de coral?"

"No, gracias".

"¿Qué tal unos aretes para su esposa?"

"Soy soltero".

"¿Algo de plata?" (Ay no, ¡habían descubierto mi debilidad!)

"¿Tienen plata?" pregunté. "Déjeme verla". Y así, el deporte del regateo empezó.

Admiro a los vendedores; yo solía ser uno de ellos. Cada vendedor tiene la meta de convencer a una persona de que "necesita" lo que él ofrece, ¡y de que lo necesita ya! Hay varios axiomas en el mundo de las ventas. Tal vez uno de los más populares es, "Crear la necesidad, incitar el deseo, y con esto tienen la venta segura". Fernando, mi nuevo "amigo" en Teotihuacán, lo sabía bien.

Fernando desplegó su selección de brazaletes de plata. Mis ojos brillaron ante ellos. Su reto ahora era convencerme de que cada artículo valía la pena lo que costaba.

"Muy bonita", dije, admirando su mercancía. Tomé un brazalete y empecé a buscar el grabado de autenticidad. Sí, era plata. "¿Cuánto quieres por éste?"

"150 pesos".

Puse el brazalete de regreso en su lugar. "Es muy bonito", le dije, y continué caminando. Sabiendo mi interés en la plata, Fernando me siguió para lograr la venta. Su labor ahora consistía en aumentar ante mis ojos el valor de la plata al punto de que aceptara su oferta.

"Mire", dijo, "le voy a dar un muy buen precio para que sea mi primera venta del día".

"¿Un buen precio?"

"Mire, es plata verdadera. Aquí está el sello".

"Sí, lo vi".

"Vea la calidad. Está hecho a mano aquí en nuestros talleres".

"Es muy bonito".

"Le doy tres por 300 pesos.

"¿Cuál es tu mejor precio?"

“Le doy seis por 500 pesos y le regalo dos”.

La plata en sí misma no cambió. El cambio ocurrió en mí: en mi estimación de la belleza de la plata y de su valor, y en mi deseo de tenerla. Y una vez que vi el valor, consideré que efectivamente valía la pena el costo. La compré.

Ya en el autobús de camino de regreso al hotel, observaba al partir a los vendedores convenciendo a los turistas del valor de sus artículos para lograr que actuaran y realizaran la anhelada compra. Esta escena me hizo recordar un dato que llamó mi atención. Se acababan de realizar elecciones políticas en Durango; sin embargo, el 60% de los votantes registrados no se presentó a votar. Al parecer, no le ven ningún valor al votar. Decidieron no actuar. No' “compraron” el hecho de que su voto era más importante que cualquier otra cosa que hicieran ese día.

Y así es. Actuamos solamente cuando vemos que lo que haremos vale lo que cuesta. Éste es el gran reto de los padres: ayudar a sus hijos a ver el valor de llevarse bien en la familia y de ayudar en la casa. Es el desafío de los maestros: ayudar a los estudiantes a ver el valor del estudio y aprendizaje. Es el desafío de los adultos: de ver el valor de su trabajo para mantener su bienestar y el de su familia. Para ver el valor del ejercicio físico, de la oración, de invertir tiempo y energía en las relaciones que más significan para nosotros.

Al igual que el brazalete, las cosas en sí mismas no cambian: la tarea seguirá siendo tarea, el trabajo seguirá siendo trabajo. Pero nuestra percepción de ellos, el valor, el uso, la importancia y el lugar que le demos en nuestras vidas para nuestro beneficio y el de las personas que amamos, es lo que hará toda la gran diferencia.

La inversión vale la pena. Si vemos el valor de nuestro trabajo, descubriremos que vale la pena hacerlo y hacerlo bien. Esto nos ahorrará no sólo dificultades económicas, sino que también nos brindará seguridad y tranquilidad.

Si tan sólo consideráramos la idea de que el valor verdadero de las cosas aumenta ante nuestros ojos cuando apreciamos los beneficios que traen a nuestras vidas, entonces podremos marcharnos felices sabiendo, y enseñando a los demás, que el fruto del trabajo realmente vale lo que cuesta.

¿Nunca sabrán?

15 de julio del 2004

Parece que no puedo escapar. Mezclado entre la multitud, disfrutaba de un espectáculo de payasos esta semana en una plaza en San Luis Potosí, México. Yo vestía simplemente un pantalón de mezclilla y una playera de las Chivas. Sí, uno más entre la multitud. Repentinamente un joven se me acercó, y me preguntó, “¿Qué no es usted el sacerdote de una iglesia en Austin, Texas?” Impresionado en mi interior, pero tranquilo en mi exterior, le contesté que sí. ¡Parece que no puedo escapar!

Al igual que yo, un sacerdote en busca de un lugar para escapar, muchas otras personas creen que pueden pasar de incógnitos en un lugar lejano y desconocido. El siguiente día, al viajar de San Luis Potosí al D.F., me vino a la mente la historia de un hombre que también le gustaba escapar a la Ciudad de México. Subía al avión en los EE.UU. como una persona trabajadora y fiel a su esposa, pero al bajar de él en el D.F se convertía en un “playboy” dispuesto a hacer de todo. ¡Imagine la sorpresa de su esposa si pudiera ver a esta nueva persona en acción!

También recuerdo una nota en un periódico cuando recién llegué a la ciudad de Austin. Hablaba sobre un plomero que fue a hacer una reparación a un club de bailarinas exóticas para caballeros. ¡Imagine su sorpresa al ver que una de las bailarinas con mayor clientela era...su esposa!

Con la seguridad de contar con la confianza de nuestros seres queridos, caemos en nuestras debilidades más profundas. Nos sentimos capaces de escapar y vivir, de alguna manera, una doble vida, una doble personalidad. Y creemos que nunca lo sabrán.

Como ellos, muchas personas tratan de escapar y dar rienda suelta a sus debilidades a espaldas de sus seres queridos. En determinado momento, deciden empezar a vivir una doble vida. Sobrio en casa y tomador con sus amigos. Leal y amoroso con su esposa, y aventurero en el trabajo. Discreto y comprensivo en un círculo social, y chismoso e intrigante en otro. ¿Le suena familiar?

Desde luego que sí. Y también sabemos que una mentira no se puede mantener para siempre. Como dicen varias tradiciones espirituales, todo lo que sucede en la oscuridad algún día se revelará a la luz. Así sucedió con la bailarina. Y así temía ese hombre “playboy” que le sucediera a él. Para toda actuación, hay un telón. Y en algún momento, éste caerá por sí solo. El mundo es muy pequeño y no podemos escapar de él.

Si actualmente se encuentra en una situación similar, es tiempo de evaluar lo que verdaderamente nutre su espíritu y su vida contra lo que

su debilidad le reclama hacer en un mundo oculto. Si está listo/a para confesar y sacar a la luz lo que había estado oculto, hágalo. Tenga valor. Recuerde que hay errores que se pueden corregir a tiempo, y hay otros que pueden arrasar con lo que años hemos trabajado para construir.

Es importante admitir qué hemos hecho, o qué estamos haciendo, cosas estúpidas, arriesgando demasiado. No es malo cometer errores: Lo malo y lo estúpido es no aprender de ellos. El mundo es muy pequeño: No crea que usted es uno más entre la multitud disfrutando de un espectáculo de payasos. Piense antes de actuar ¡y no crea que nunca sabrán!

¿Qué te estás haciendo?

22 de julio del 2004

Llegando a la Ciudad de México, se descompuso el autobús en el que viajábamos. Paramos cerca del Ángel de la Independencia sobre la Avenida Reforma. Mientras el chofer y el guía de turistas examinaban el motor, los que íbamos a bordo echamos un vistazo a la vida de las calles de la Ciudad de México

Quedamos también cerca de una colonia de jóvenes y hombres vagabundos que dormían en los pabellones de plástico en la acera. Entraba el atardecer, y un número de jóvenes en la esquina de la calle limpiaban los parabrisas de los carros. Actuando rápidamente antes de que cambiara la luz del semáforo, mendigaban por un poco de dinero a los conductores de los vehículos. La siguiente escena que presenciamos, con cierto horror, fue la de un joven con tan sólo una pierna provocando una pelea con otros jóvenes. Como jóvenes, ellos también respondían al ataque, de manera que repetidamente el joven con una pierna caía al suelo. ¿Por qué hace eso?

Posteriormente un anciano con barba, ayudado por un bastón, atrajo nuestra atención. Vertió una sustancia, la cual parecía gasolina, en una bola de algodón. Se la dio a un niño de unos siete u ocho años de edad. El niño la recibió con las manos extendidas como si fuese un precioso regalo. La aproximó a su nariz e inhaló profundamente. Sus ojos giraron hacia arriba y empezó a perder el balance. Entonces, por un momento, trató de sacudir la cabeza, y sonrió con gratitud al anciano. En seguida, volvió a inhalar.

Empecé a descender del autobús para explorar esta situación, y un joven de unos dieciocho años me orilló a la acera. Lentamente volteó, sosteniendo en sus manos una bola similar. Su mente estaba ida. “¿Qué te estás haciendo?”, le pregunté impactado. Él pareció no escucharme. Sus ojos me miraron directamente. Ahí estábamos, en la sombra del Ángel de la Independencia, y los jóvenes que encontramos no eran libres.

Más tarde esa noche, cerca de nuestro hotel, un joven en las calles me pidió veinte pesos. Vestía pantalón de mezclilla, una playera sucia y zapatos viejos sin calcetines. Le dije que no le daría dinero, pero que le podría dar ropa limpia. Le pregunté sobre su vida. Hoy, a sus 16 años de edad, Daniel acababa de terminar sus estudios de secundaria. Una pelea con su padrastro lo lanzó a las calles, donde ahora aprendía de su nuevo amigo, Chava. Su aliento olía como motor de autobús. Le pregunté que ingería o inhalaba. “Es activo”, me contestó.

“¿Qué te estás haciendo?” Le pregunté sintiendo en mí una mezcla de piedad con asco. Había terminado la secundaria, una meta alcanzada apenas por el 45% de los adultos mexicanos. Si dejaba el “activo” y las calles, para volver a casa, tal vez podría continuar sus estudios. Le compré un par de pantalones limpios, calcetines e incluso una playera de la Selección de México. Al despedirme de él, le pregunté una vez más, “¿Qué te estás haciendo? Vete a casa”.

Sé que la historia de Daniel es la historia de innumerables personas en Tejas. Aun cuando no estamos viviendo en las calles, muchos de nosotros nos encontramos lejos del apoyo de nuestra familia y amigos, tomando decisiones no muy buenas, desperdiciando el gran potencial que tenemos, dependiendo tal vez del alcohol, de las drogas, el tabaco o la cafeína para alterar nuestras mentes y estados de ánimo.

Sospecho que fue providencial que el autobús se descompusiera en la Avenida Reforma. Presenciamos una escena muy triste: niños y jóvenes esclavos en las calles, bajo la sombra de las alas del Ángel de la Independencia. ¿Le hace pensar esta historia en su propia historia, o la de alguien a quien ama? Si es así, tal vez es tiempo para que se pregunte, “¿Qué está haciendo con usted mismo/a?” Tal vez es tiempo de decir, “¡Vaya a casa!”

No más excusas

12 de agosto del 2004

“Es que tuve clase de manejo anoche, y un juego de fútbol. Después fuimos a la fiesta de cumpleaños de mi prima....” El estudiante se defendía por no haber terminado su tarea, y yo, su maestro, me estaba sintiendo impaciente y molesto.

“¿Me estas dando excusas?” pregunté, interrumpiéndolo.

Aparentemente sorprendido, reacciono, “No, Padre, ¡le estoy dando razones!”

Como maestro, tengo el reto de mantener grandes expectativas para mis estudiantes. Los desafío de manera similar a la de un entrenador olímpico. De hecho, ésta es una analogía que uso frecuentemente en el salón de clases: que yo soy el entrenador responsable de ayudar a mis estudiantes a alcanzar la capacidad que tienen de triunfar en la escuela. Soy responsable de ayudarles a desarrollar el potencial que hay en ellos.

Por ello, arriba de la puerta del salón está una de mis mascotas. Es la figura de un luchador profesional. Le llamamos “Carlos Campeón”. Sus conejos se marcan abultadamente bajo su playera. Él es un símbolo de fuerza y perseverancia. Y en su mano sostiene un letrero que dice, “Los campeones no dan excusas”.

Cada vez que mis estudiantes me dan excusas, les recuerdo a Carlos Campeón. Cuando escucho que empiezan con su letanía, “Pero, Padre...”, busco la forma más amable posible para interrumpirlos y preguntar “¿Y qué diría Carlos Campeón?”

Los campeones no dan excusas. Eso es lo que me fascina de los juegos olímpicos cuya inauguración veremos este fin de semana. Las olimpiadas nos muestran lo mejor del espíritu humano. En las próximas dos semanas, seremos testigos de los resultados de mucho trabajo y perseverancia de innumerables atletas. Ellos estarán dando lo mejor de sí mismos. Ellos van en busca de la medalla de oro, la medalla de la excelencia.

Es difícil imaginar a un atleta olímpico despertando en la mañana y dando miles de excusas para no entrenar. Claro que entrenar no es nada placentero. No siempre es divertido. Si somos estudiantes, sabemos que hacer la tarea no siempre es placentero y divertido. Si somos adultos, sabemos que ir a trabajar y mantener una familia no siempre es placentero y divertido. Pero así es la vida. Sospecho que podemos responder en una de estas dos formas: Podemos inventar mil excusas del por qué no somos capaces de ser lo mejor que podemos, o podemos

entregarnos a lo que tenemos que hacer, sabiendo que tiene el tremendo potencial de hacernos más fuertes.

Cada vez que voy al gimnasio, voy consciente de ello. Sufrir la dureza del entrenamiento es raramente “placentero” y “divertido.” Sin embargo, sé que cada vez que voy, salgo mejor. Soy más fuerte. Soy más como Carlos Campeón.

Mientras que dar excusas es humano, reconocer y evitar tales excusas es la clave para ser un verdadero campeón. Con la llegada de los juegos olímpicos en estas dos semanas, y la llegada de un nuevo ciclo escolar, el reto de triunfar empieza para todos. Por eso, mantenga en mente las palabras de Carlos Campeón, esas palabras que son el secreto de todo campeón. ¡Deshágase de esas excusas y empiece la jornada dispuesto/a a trabajar como los campeones!

Un mundo lleno de gansos

30 de septiembre del 2004

Estoy seguro de que él es mexicano. De hecho, sé que sí es. Sin embargo, hace unos momentos lo negó.

Juan tocó la puerta para devolver las dos banderas mexicanas que había pedido prestadas para un partido de la Selección de México hace unos meses. Como hemos estado celebrando nuestras fiestas patrias en estas semanas, mientras él dio la vuelta para irse, lo despedí, diciendo, ¡felices fiestas patrias!

“No soy mexicano”, contestó. Mintió.

“Yo sí soy”, repliqué, “...y estoy orgulloso de eso”.

A menudo la conexión que siento con la gente latinoamericana es evidente. Con las celebraciones de nuestras fiestas patrias en septiembre, por ejemplo, animo a la gente de mi congregación y todos juntos gritamos: ¡Viva Costa Rica! ¡Viva Nicaragua! ¡Viva El Salvador! ¡Viva Honduras! ¡Viva Guatemala! ¡Viva México!

Muchas veces bromeo que tengo corazón mexicano, y que la sangre latina corre en mis venas. Por esta razón, mucha gente podría pensar que soy parte de la raza. Es decir, muchas personas no sabrían la verdad. ¡hasta que me ofrezcan un menudo! Es en ese momento que tengo que confesar lo que ordinariamente niego: que soy gringo.

Tengo una confesión: Mentí a nuestro amigo, Juan. Soy gringo. Mis padres se criaron en los campos de maíz de Ohio, y no hablan ni una sola palabra de español. Yo tampoco hablaba español hasta que lo estudiaba en la preparatoria, y aun en ese tiempo no podía decir más que. “el hombre gordo se ríe: ¡ja, ja, ja!”

Sospecho que ésa es la experiencia de muchos de nuestros hermanos y hermanas latinoamericanas al llegar a los Estados Unidos. Y sospecho que es por eso que las celebraciones de las fiestas patrias de seis naciones latinoamericanas en septiembre son tan importantes.

Nuestras celebraciones de las fiestas patrias nos recuerdan quiénes somos, y de dónde venimos. Nos recuerdan de nuestras raíces. Como mi amigo, Juan, podemos estar tan deseosos de asimilar la vida y los valores norteamericanos, al grado de sentirnos tentados a negar quiénes somos y de dónde hemos venido. Sí, en un mundo de gansos, es fácil mentir y decir que no somos cisnes. Es fácil negar quiénes somos.

Créame: Conozco a mucha gente aquí en Texas que se ha olvidado de sus raíces. Se olvidan de que sus abuelos y sus tatarabuelos vinieron del mismo lugar de dónde vienen los hermanos y las hermanas que ellos

ahora desprecian. Aprendamos de sus errores, de modo que la historia verdaderamente no se repita.

En un mundo de gansos, sea orgulloso/a de ser un cisne. Encuentre el orgullo en su familia y en su fe. Sea orgulloso/a de su trabajo y de su religión, su afiliación política y su orientación sexual, sus gustos y sus disgustos. Y sí, sea especialmente orgulloso/a de su nación y de sus raíces.

Al dejar atrás las celebraciones de las fiestas patrias de seis naciones latinoamericanas en el mes de septiembre, reconsideremos el orgullo que podamos tener en nuestras raíces, de modo que la próxima vez que nos encontramos en el lugar de nuestro amigo Juan, podamos decir con orgullo que sí somos cisnes, ¡aun en un mundo lleno de gansos!

¿Patitos feos?

7 de octubre del 2004

Al acercarnos a la celebración del día de la raza, mi mente continuamente regresa a la imagen de la cual hablamos la semana pasada: del cisne que fue criado en medio de patos. Según la historia, el joven cisne intentó integrarse con el resto de la manada, pero eventualmente reconoció simplemente que él era diferente.

Como el cisne de esa historia, la mayoría de nosotros simplemente queremos integrarnos con los demás. Deseamos pertenecer. Y aunque somos diferentes, intentamos reducir al mínimo nuestras diferencias para hacer que parezca que somos como los demás. Tal era el caso con nuestro amigo mexicano, Juan, fingiendo ser apenas uno de los patitos. Debemos sentirnos orgullosos de ser cisnes, dijimos, de ser diferentes, de ser “pájaros de otra pluma”.

Pero al reconocer que somos pájaros distintos, ¿cómo afecta esto a los demás “patitos” de este mundo? En la historia infantil, un momento crítico ocurre cuando los otros patitos notan que su amigo es diferente. No sabiendo que él era en realidad un joven cisne, pensaron que era un patito como ellos. Sin embargo, cuando comenzaron a percibir las diferencias, los patitos se sintieron incómodos y se burlaron del joven cisne. Y desde entonces se le conoció como el “patito feo”.

¿No es verdad que nos sentimos a menudo incómodos alrededor de los que son diferentes de nosotros? Cuando encontramos a otros con diversas creencias y perspectivas sobre la vida, gente de diversas razas o religiones, del sexo opuesto o de otra preferencia sexual, es fácil: sentirnos fuera de nuestra zona de comodidad. A todos nos gusta estar cómodos. Nos gusta creer que todos somos básicamente iguales. Nos gusta creer que somos patitos agradables de la misma manada. Sin embargo, no lo somos.

Cada ser humano de este mundo, aunque comparta algo en común con los demás, es una criatura única, cada uno con su propia vida y experiencias. Sí, hay algo que nos une, como a los pájaros, y eso es qué todos somos seres humanos, pero también hay algo que hace única a cada persona.

Esto es esencialmente lo que celebramos en el día de la raza. Tengo en mi mano una foto de varios jóvenes que están celebrando el día de la raza en Limón, Costa Rica. Están vestidos en los colores del arco iris. Los paraguas que sostienen en sus manos también son de los mismos colores. Como todos los colores distintos del arco iris, cada joven es diferente y único. Al mismo tiempo, hay algo que todos tienen en común. Y es igual

con nosotros: Aun siendo varios y únicos “colores”, ¡todos formamos un sólo arco iris!

Si solamente pudiéramos ver más allá de nuestras diferencias, seríamos menos rápidos en jugar a los demás “colores” del mundo. Veríamos lo que tenemos en común con los demás pájaros de diversas plumas. Y al celebrar el día de la raza este año, veríamos con nuevos lentes la belleza de la diversidad ¡y celebraríamos de verdad a los que quizás previamente hemos visto como patitos feos!

¿Listos para votar?

14 de octubre del 2004

La tarea de la presidencia de una nación es una gran responsabilidad porque implica atender muchas necesidades: económicas, de paz, de justicia, de crecimiento, de relaciones con los demás países, de seguridad, de salud, de educación y lealtad. ¿Le suena familiar?

Si lo vemos en pequeña escala, la familia tiene exactamente las mismas necesidades. Y así, con estos compromisos, el encargado o jefe de familia tiene en sus manos el futuro y bienestar de su familia. De él, o ellos, depende que se cubran las necesidades y que se cumplan los objetivos. Sin embargo, tanto el presidente como el jefe de una familia comete errores y toma decisiones equivocadas que desde luego traen consecuencias que afectan a la gente que ha depositado su confianza en él.

Los medios de comunicación son los encargados de ofrecer información sobre los candidatos. Actualmente muchos de ellos se promueven con gran agresividad películas, documentales, entrevistas, análisis de sus discursos, y publicación de su desempeño político. Una de estas películas, "Fahrenheit 9/11", continúa en cartelera.

Todos estos elementos pueden aprovecharse para tomar nuestra decisión personal, para otorgar nuestro voto. Es una oportunidad de analizar cómo una persona en el poder puede beneficiar o perjudicar el bienestar económico, moral y espiritual de la sociedad en la que vivimos. Y desde luego, nos permite pensar en cómo nuestra familia se beneficiará, o se perjudicará, en estos aspectos.

Por todo esto, vale la pena preguntarse: ¿Quiénes son estos candidatos? ¿Qué hechos muestran las películas, documentales, anuncios y entrevistas que vemos sobre ellos en estas semanas? ¿Cómo es que cada candidato propone mejorar la salud, vivienda y educación? ¿Cómo es que sus decisiones van a afectar el futuro y el bienestar de mi familia?

El cargo presidencial es un lugar en el que se puede hacer mucho bien o mucho mal al pueblo. Existe una gran tentación por dominar y poseer en forma desmedida o insana. Yo mismo analizo estos aspectos para ver qué lugar ocupa la paz espiritual, la fe y el crecimiento humano en el proyecto de trabajo de cada candidato. Y le invito a usted a hacer igual.

Históricamente, la religión y la política han tenido un gran peso social porque ambas nos conciernen y afectan nuestra vida social, personal y familiar. Así como decidimos conocer, crecer en y vivir nuestra fe, es con

la misma seriedad que debemos considerar nuestra responsabilidad para votar.

Sólo tenemos tres semanas más. Vea. Lea. Escuche. Pregunte. ¡Detenerse a pensar vale la pena! Cualquier sistema político tiene sus pros y sus contras, pero nuestra actitud positiva y nuestro voto pueden contribuir a ir cambiando un condado, un estado, aun una nación.

Si está en su poder, haga su parte y participe en las elecciones. Recuerde que el impacto no es sólo político sino también, social, espiritual y moral. Las demandas de su hogar son las demandas de la nación donde vive. Si actúa en casa para hacerla un lugar mejor, ¡haga lo mismo por la nación en la que vive!

La votación: Un proceso profundamente espiritual

21 de octubre de 2004

La votación es un proceso profundamente espiritual. Esencialmente, el acto de la votación es tomar una decisión que potencialmente nos conduzca al cambio. Es también un acto que expresa nuestra identidad más profunda. Es un acto altamente simbólico.

La palabra “símbolo” viene de una palabra griega que significa “el codo”. Tanto como el codo conecta el brazo superior con el brazo inferior, así también nuestro voto nos conecta con un candidato. Nos conecta con una persona que nos hable, que toque algo importante dentro de nosotros.

Es fascinante ver qué asuntos políticos son importantes para varias personas. Nuestro interés en los asuntos políticos nos dice mucho sobre quiénes somos. Varias encuestas nacionales, por ejemplo, demuestran que la mayoría de los estadounidenses están más interesados en la estabilidad económica de nuestra nación, y en ganar la guerra en Irak y la guerra contra el terrorismo. El ejemplar más reciente de la revista *Hispanic*, sin embargo, demuestra que nuestra comunidad hispano parlante tiene otros asuntos que consideramos más importantes: la educación, la atención médica, y la reforma de la inmigración.

No es de sorprenderse el que éstos sean los asuntos más importantes para nuestra comunidad hispana. Mientras que la educación es el cimiento que hace fuerte (o débil, si no se tiene) el presente y el futuro de nuestra gente, más del 40% de los jóvenes hispanos aquí en Austin están dejando sus estudios antes de graduarse. La educación debe ser un asunto muy importante para nosotros. Muchos hispanos no reciben la atención médica que necesitan, están trabajando sin prestaciones médicas, y la diabetes es como una plaga en nuestra comunidad hispana. Por eso la atención médica debe ser un asunto importante para nosotros. Muchos de nosotros nos encontramos lejos de la familia debido a la injusticia económica que existe entre esta nación y nuestra patria. La reforma de inmigración debe ser un asunto importante para nosotros.

Últimamente, como gente concientizada, tenemos que decidir qué asuntos son los más importantes para nosotros. Por ello, debemos estudiar las propuestas de los candidatos políticos para ver quién puede satisfacer mejor nuestras necesidades, y quién puede mejorar el mundo en el cual vivimos. Por esta razón, incluso el obispo de Austin recientemente escribió una carta a toda la gente de fe en el Centro de

Texas, animándonos a estudiar cuidadosamente los asuntos de esta elección y a tomar una decisión bien informada.

¿Nos atrevemos a tomar en serio tal desafío? La semana pasada pasé una tarde entera en la biblioteca de la Universidad de San Eduardo, investigando las propuestas de los candidatos y los varios asuntos en esta elección. Leí una variedad de diarios escolares, revistas noticieras y de periódicos religiosos. Sé que tengo que tomar la decisión más informada posible en esta elección en la cual tanto se pone en juego.

¿Usted dice que no puede votar en esta elección? Todavía puede hacer la diferencia. Si estudia los asuntos de esta elección y las propuestas de los candidatos, usted puede influenciar los votos de otras personas. Sí, incluso sin un voto, ¡usted puede ayudar a cambiar un sistema político entero!

El proceso político es profundamente espiritual, y la reflexión con la que nos acercamos a esta elección y tomamos una sola decisión puede servir como modelo para todas las decisiones que tomamos diariamente. ¿Reflexionamos bien sobre nuestras decisiones? ¿Realmente estamos considerando todas las posibilidades y las posibles consecuencias de nuestra acción?

Tenemos menos de dos semanas antes de estas elecciones. Aprovechemos bien estos días para conocer mejor los asuntos que nos afectan, de modo que tomemos las mejores decisiones posibles en esta elección, ¡y así continuemos adelante en esta jornada que es la vida!

Muy vivos

4 de noviembre del 2004

Pasaron muchos años antes de que yo pudiera dejar atrás el recuerdo de Sheila. Ella fue mi primera novia, y llegó un momento en que tuve que tomar la decisión entre cultivar una relación más profunda con ella, o seguir la vocación al sacerdocio que sentía dentro de mí. Aunque fue mi decisión dejarla, no fue fácil olvidarla. Por varios años, continué llevándola en mi corazón.

Viví una situación similar con un gran amigo. En este caso, nuestra amistad se vio truncada por un trágico y repentino accidente. También fue difícil superar esta pérdida que se quedó en mi corazón por varios años.

¿Ha tenido usted también la experiencia de permanecer conectado con alguien, a pesar de la ausencia física en su vida? ¿Ha tenido esa sensación de la conexión a otra persona, aunque esa otra persona no estaba allí físicamente? Eso es exactamente lo que celebramos esta semana con el día de los muertos.

Y a pesar de la gran agitación que ha traído la campaña presidencial de este país, nuestro pueblo hispano se detuvo para conmemorar este día con amor, alegría y tradición.

Justamente, en la preparatoria para la que trabajo, los alumnos le han dado mucha “vida” a este día de muertos. Mientras que los candidatos presidenciales se habían estado preparando para las elecciones del martes, mis estudiantes se habían estado preparando también para nuestra celebración del martes del día de los muertos. Llenaron el salón de clase con el fruto de su investigación, y prepararon una bella ofrenda. También decenas de esqueletos colgantes bailan por el techo del pasillo.

Los esqueletos en el pasillo son especialmente llamativos. Aunque representan los huesos de personas muertas, estos esqueletos participan en todas las actividades de que gozan mis estudiantes: andar en patineta, hacer compras, estudiar, bailar, tocar la guitarra, y jugar fútbol y baloncesto. Aunque son muertos, ¡estos esqueletos están muy vivos!

Así también son los que han ido delante de nosotros en la muerte. Sí, la sabiduría de este mundo nos dice que son muertos. Pero la sabiduría de nuestras tradiciones de fe nos dice que están muy vivos.

Eso es lo que celebramos en esta semana con el día de los muertos. Los recordamos. Celebramos el impacto que han tenido en nuestras vidas. Y continuamos llevándolos en nuestros corazones.

¿Se ha preguntado por qué celebrar así la muerte? ¿Por qué hacer fiesta en un día que nos recuerda que una o más personas amadas ya no están a nuestro lado? Definitivamente, ¡por amor!

Un recuerdo lleno de amor, de momentos agradables, de convivencias, celebraciones juntos y desde luego de un “hasta pronto”. Sin duda alguna, la despedida, esperada o inesperada, trae un tiempo de dolor. Por nuestra parte, debemos dejar al tiempo hacer lo suyo: sanarnos. De esta forma, podemos vivir con alegres recuerdos y seguir celebrando con ellos y por ellos.

La jornada de la vida se enciende, trayendo a gente dentro y fuera de nuestras vidas. Pero nuestra conexión continúa con los que ya han partido a un lugar distante de nuestras vidas.

Han hecho un impacto en nosotros. Somos diferentes debido a ellos porque de alguna manera, nos han hecho ser las personas que hoy somos. Y, en cierta forma, ¡ellos y su esencia todavía están con nosotros!

¡Celebrémoslos, porque están de hecho muy vivos!

La voz del piloto me despertó

18 de noviembre del 2004

El sueño pacífico del que gozaba durante el vuelo a Minnesota fue interrumpido. Pregunté al caballero a mi lado qué sucedía. Con una mirada de preocupación, explicó, “El piloto anunció que hay una grieta en el parabrisas del avión, y que vamos a hacer un aterrizaje de emergencia.

¿Un aterrizaje de emergencia? Repentinamente empecé a pensar en las posibilidades: ¡En cuestión de segundos, este avión podría estrellarse y todos podríamos morir! Si usted lee estas palabras, es obvio que aterrizamos con seguridad, pero en ese momento estuve muy agradecido por tener vida.

Cuando crucé la frontera a Nuevo Laredo el siguiente fin de semana, tuve la misma experiencia de gratitud. En la calle Guerrero, por donde todos los turistas pasan, se encuentra cierto hombre que siempre pide limosnas en frente de la misma tienda. Su cabeza apenas alcanza mi cintura, porque él no tiene piernas. Su espíritu fuerte me desafía a ser agradecido por las piernas y salud que tengo, y por la abundancia de la que gozo.

Entramos una semana en la que esta nación nos invita a considerar nuestro espíritu de gratitud. De hecho, tomamos un día de descanso del trabajo y de la escuela para considerar qué tan agradecidos somos por todo lo que hemos recibido.

Ser agradecido/a es reconocer que hemos recibido un regalo. Es reconocer que lo que tenemos no se debe a nosotros, sino que es un don, una gracia. Con nuestra gratitud, reconocemos que nuestra salud, nuestras riquezas, e incluso nuestra misma vida no nos está debida, sino que son un regalo el cual debemos gozar y compartir. A fin de cuentas, sabemos que todo lo que tenemos, incluyendo nuestra propia vida, nos puede ser arrebatada en cualquier momento. Y por eso hoy debemos ser agradecidos.

Tener tal actitud de gratitud tiene muchas consecuencias. Primero, nos hace más generosos al compartir con otros. Cuando reconocemos que todo lo que tenemos es un regalo que se compartirá, comenzamos a hacer exactamente eso: ¡Comenzamos a compartir! Una actitud de gratitud también nos ayuda a conectarnos con todos los que a nuestro alrededor se encuentran. En el mundo de los negocios, se intercambian las mercancías: Yo voy al supermercado e intercambio algunos dólares para un galón de leche. En el mundo interpersonal, las mercancías también se intercambian a través de la gratitud. Usted me da algo, y yo le doy algo:

una palabra de agradecimiento. Le agradezco. Los franceses tienen un refrán: “Un regalo implica otro regalo de vuelta”. El acto de usted, de darme algo, hace necesario que yo le dé algo también, aun si es algo tan aparentemente pequeño como una palabra: “Gracias”. ¡Como muchos de nosotros sabemos, una pequeña palabra de agradecimiento no es siempre tan pequeña!

No decir gracias, y no ser agradecido/a, es ser egoísta. Si usted me da algo, y no digo que le agradezco, estoy siendo egoísta. Sí, estoy recibiendo, pero no estoy dando nada en respuesta a su acción. Desafortunadamente, existe en este mundo gente que no es agradecida y no sabe expresar su agradecimiento. Esto es desafortunado, porque nuestra gratitud nos conecta con otros y es un símbolo de nuestro aprecio para ellos y para lo que han hecho por nosotros. Ser agradecido/a, entonces, es reconocer la relación que tenemos con los demás.

Después de aterrizar con seguridad, y después de mi visita a Nuevo Laredo, pude pensar en algunas cosas por las que estoy agradecido.

En esta semana de dar gracias, tomemos todos un momento para considerar los muchos regalos para los cuales estamos agradecidos. ¡Y digamos “gracias”!

Considere el círculo de la vida

24 de noviembre del 2004

Las hojas caen ligeramente de los árboles. El frío va llegando. La lluvia llena nuestros días. El sol se apaga más y más temprano cada día.

Sí, es obvio que el otoño ha llegado al centro de Tejas.

Mientras que concluye el mes de noviembre, nuestro mes especial para celebrar a los muertos, vemos por todos lados la cara de la muerte en la naturaleza alrededor de nosotros. Hace mucho tiempo que se murieron las flores de la primavera. El viento desprende las hojas de los árboles que una vez florecieron y brotaron con vida.

Todo nos recuerda a la naturaleza cíclica de la vida, nos recuerda que la vida es un círculo: de la vida a la muerte, y de la muerte a la vida. Todo ser viviente, cada organismo vivo, tiene un principio y un fin. Cada ser tiene un ciclo vital en el cual nace, madura y muere. Sin embargo, como nos recuerdan nuestras celebraciones del principio de noviembre, la historia no termina con la muerte. El círculo de la vida continúa.

Hace diez años, en 1994, la película animada de Disney, "El rey león," despertó en nuestra conciencia del círculo de la vida. En la película, en el reino de los animales que una vez estaba completamente vivo, cae la sombra oscura de un rey malvado. Miramos la película, esperando que se venza el mal, y que la luz y la vida vuelvan al reino otra vez. En la misma película, las palabras de Elton John y Tim Rice nos recuerdan el gran círculo de la vida.

Tanto como el sol gira alrededor de la Tierra, así continuamos nuestros giros por los ciclos de vida y muerte. La vida se enciende, moviéndonos, como dice la canción, "por la desesperación y la esperanza, por la fe y el amor, hasta que encontramos nuestro lugar".

Con las muchas "muertes" pequeñas y no tan pequeñas, que experimentamos diariamente, la vida continúa. El círculo de la vida se queda intacto. Justo como las hojas de los árboles, nuestra vida terminará un día en la muerte, así que debemos numerar nuestros días. En semejanza a las hojas, elegimos cómo alimentarnos y cuidarnos, y nos plantamos en varios ambientes que afectan nuestra vida.

Debemos tomar decisiones sabias. Y las decisiones que tomamos nos sobrevivirán, afectando a más gente de la que se puede imaginar. Debemos vivir cariñosamente.

Concluimos pues este mes con unos pocos días de descanso de nuestro trabajo, unos días en que estemos agradecidos por todos lo que el círculo de la vida nos ha traído.

Tal vez podamos tener en estos días un momento breve de “retiro”, para reflexionar y considerar los misterios grandes y profundos de la vida y de la muerte, y nuestro lugar en este círculo de la vida.

¿Numeramos nuestros días?

¿Estamos tomando decisiones sabias?

¿Estamos viviendo cariñosamente?

Si no, quizás este otoño es un momento adecuado para que, al igual que los árboles de la primavera, podamos también experimentar una vida nueva.

Latinos flojos y borrachos

2 de diciembre del 2004

Formado en la línea para comprar un boleto de autobús para mi viaje a Monterrey, un grupo de personas se formaron detrás de mí sin detener su conversación. Estaban clasificando a la gente latina viviendo en Estados Unidos. Ellos también, como inmigrantes, trataban de ubicarse en uno de los grupos.

Empezaron reconociendo el valor de aquellos que se han atrevido a cruzar la frontera arriesgando la vida. Su conversación continuó sin que yo prestara mucha atención a ella, hasta que escuché lo siguiente: "Lo feo de muchos hispanos, de cualquier nacionalidad, es que en lugar de usar bien lo que este país ofrece, ellos abusan y se hacen flojos y borrachos".

La flojera y el alcoholismo son vicios que requieren un poco de práctica para convertirse en un estilo de vida. Una vez "aprendidos", y con un poco más de dinero para adquirirlos, se convierten en parte de uno como persona, y nos va limitando la visión para explorar nuestro potencial y alcance para triunfar.

A pesar de mi gran simpatía por la calidez de la gente latina, debo admitir que sigo siendo gringo. Como tal, estoy acostumbrado a ver a la gente en busca de superación y éxito. A ver que las oportunidades de estudio, conferencias, cursos o eventos gratuitos o a bajo costo y de calidad son aprovechados al máximo.

Sin embargo, en la comunidad hispana escucho una frase que parece ser su lema favorito: "Si hay comida, ¡voy!" Y sí, un gran número de gente va a algunos eventos para ver qué hay o qué le regalan (comida, playeras, estampas). Pero si lo que regalan son libros u oportunidades de estudio y superación, la respuesta es, sin lugar a dudas, "¡No tengo tiempo!"

Todo esto me despertó la inquietud de ir un poco más profundo, y qué mejor recurso que la propia gente hispana. Hablé con algunas personas que están trabajando en este país por conquistar sus metas. Les pregunté qué significaba para ellos el "sueño americano". Sin titubear, contestaron, "Nuestro 'sueño americano' no es solamente ganar más dinero para vivir y ayudar a nuestras familias en nuestro país. ¡Es mucho más que eso!"

Contaron la historia. "Todos los días, vemos que muchos se dejan arrastrar por tener una televisión más grande, un aparato de sonido más sofisticado, una camioneta o carro muy bonito y equipado, cámaras de video y muchas cosas más. Nosotros tenemos las mismas tentaciones todos los días, y, de hecho, empezábamos a caer en la trampa del

consumismo. Lo que nos abrió los ojos fue justamente el asistir a una 'feria de la salud.' Ahí vimos y escuchamos que mucho de nosotros estamos dispuestos a trabajar por ¡dinero, dinero, dinero! Pero no por cultura, conocimiento, mejoramiento de nuestra salud y hábitos de vida".

Este pequeño grupo de personas, solteras y casadas, están luchando por el verdadero sueño americano, y le puedo asegurar que tendrán éxito, que están rompiendo con un círculo vicioso para hacer una vida mejor para ellos y sus familias

Un año más está por terminar. Le invito a recordar los motivos que lo trajeron a este país, a reflexionar en las oportunidades de superación que ha dejado pasar. Cuestionese sin temor, Y contéstese con sinceridad: Es tiempo de ir en busca de oportunidades que le ayuden a salir de un círculo vicioso de "latinos flojos y borrachos", ¡para empezar algo nuevo y mejor que le haga realidad el verdadero "sueño americano"!

Seamos familia y acabemos con la tristeza

16 de diciembre del 2004

En la semana venidera, escucharemos mucho ese saludo familiar y alegre: ¡feliz navidad! Quizás usted también estará ocupado/a con los detalles de este tiempo, comprando regalos para otros, adornando el hogar, y preparándose para las celebraciones de la familia. Sí, para muchos de nosotros, éste es un tiempo muy feliz y muy especial.

Si en este tiempo usted está feliz, este artículo no es para usted. Puede parar de leerlo y continuar con sus preparaciones navideñas. Se escribe este artículo para los millares de personas que no gozan con tanta alegría estas fiestas, para los que están luchando para ensayar esas palabras: “feliz navidad”.

La navidad no es un tiempo feliz para todos. Innumerables personas han experimentado la muerte de sus seres queridos u otros momentos tristes en este tiempo. Por esta razón, al llegar la navidad todos esos recuerdos vuelven, se siente más la ausencia de los que no están, y los días parecen pasar muy lentamente. Hay frío de invierno sin el calor de un hogar.

Muchas otras personas se encuentran lejos de la familia y de sus amigos. Recuerdan con cariño las celebraciones de otros años, y anhelan ese sentido familiar, ese sentido de unidad que han gozado durante estos días de fiesta. Tristemente el tiempo navideño es una época de suicidios crecientes. Mis amigos que trabajan en funerarias me dicen que incluso las muertes naturales se aumentan en este tiempo navideño. Por eso la tristeza muchas veces llena y cubre estos días cortos del invierno.

Si usted es uno de aquellos que no puede gritar con alegría los saludos de este tiempo navideño, no está solo/a. Y mucho menos debe estar solo/a. Si se encuentra lejos de la familia y de sus amigos de antes, es hora de encontrar a nuevos amigos, es hora de recibir a otros en la familia de usted, o de buscar la invitación de recibir la bienvenida en alguna otra familia. Este tiempo navideño es para compartir anécdotas, alegrías, sueños y desde luego, esperanza. No es una locura, ni tampoco es algo imposible. Usted cuenta con todo esto. Tal vez por los eventos desafortunados ocurridos, usted piensa que, como dijeran en México, “es como pedirle peras al árbol de manzanas”. Pero no.

Se lo pido a usted, a una persona con la capacidad de amar, de vivir, de compartir y de ser feliz. Conéctese entonces con otros. Obviamente el tiempo navideño es más alegre cuando estamos con otros.

Recuerdo una cierta navidad que pasé como joven en Olympia, Washington. Estaba muy, muy lejos de mi familia y mis amigos en Ohio.

Afortunadamente, una familia me invitó a que fuera parte de su familia en ese tiempo. Si usted está teniendo una celebración de la familia, ¿por qué no invitar a alguien nuevo a ser parte de su familia este año? Si usted no tiene ninguna familia, ¿por qué no pedir que le inviten a alguna otra celebración? ¿Por qué no organizar una reunión de amigos, de "familia"?

En este tiempo navideño, le invito y le desafío a mirar alrededor de usted y a ver a aquellos con quién usted puede celebrar este tiempo. Hagamos familia, acabemos con la tristeza, ¡y vivamos una feliz navidad!

Sé un Santa Claus

23 de diciembre del 2004

En América Latina, son los reyes magos los que nos traen los regalos en este tiempo navideño. Al norte del Río Bravo, sin embargo, descubrimos que quién nos trae los regalos es Santa Claus. Naturalmente surgen las preguntas: ¿Quién es Santa Claus? ¿Y qué podemos esperar de él?

El personaje de Santa Claus se basa en una persona real: en San Nicolás, un obispo quien vivió hace 1.700 años en lo que hoy es Turquía. Según las historias, San Nicolás le trajo a la gente la alegría a través de los regalos los cuales se dejaron en las ventanas de las casas. Una familia, por ejemplo, necesitaba cierta cantidad de dinero, ¡y la encontró un día en la ventana! Otras familias descubrieron bolsitas de oro en la chimenea, o en las calcetas que se colgaron para secarse cerca de la chimenea.

Según las historias, incluso después de su muerte, Nicolás continuó demostrando su amor y generosidad hacia los niños, dejándoles regalos y convites como manzanas, naranjas, nueces, y a veces galletas. La noche de su llegada, el 5 de diciembre, los niños llenaron los zapatos con paja y zanahorias para los caballos de San Nicolás, y se los pusieron fuera de la casa. En la mañana se descubrió que San Nicolás había llegado en la noche, dejándoles a los niños regalos en lugar de la paja.

Con la reforma protestante del Siglo XVI, muchos países adoptaron historias de donantes navideños menos católicos. En Francia, los regalos fueron traídos por "*Pere Noel*", mientras que en Inglaterra los niños fueron visitados por "*Father Christmas*". En Alemania, los niños esperaron a *Weihnachtsmann*, "hombre de navidad", mientras que, en los Países Bajos, todos esperaron a "*Sinterklaas*". Era esta versión holandesa de San Nicolás la que llegó a Nueva York en el siglo XVII, y muchas veces en esta tierra se equivocaron en pronunciarlo "Santa Claus".

La historia de Santa Claus continuó creciendo aquí en EE.UU. En 1823, Clement Clarke Moore escribió "*The Night Before Christmas*" (La noche antes de navidad). En el poema, el duende San Nicolás llega en un trineo tirado por ocho renos. Entra en la casa por la chimenea y, después de depositar los regalos adentro, vuelve mágicamente al techo por la chimenea. Thomas Nast de la revista *Harper* continuaría transformando el duende en un hombre robusto que vive en su taller en el norte, y que tiene listas de todos los niños buenos y malos del mundo. En 1939, se agregó a la historia un noveno reno, Rodolfo, el cual tenía una nariz que brillaba como un foco, dirigiendo el trineo de Santa Claus en la niebla.

En estas historias, San Nicolás y todos los donantes de regalos inspirados por él, tienen en común una cosa: Su esencia es ser bueno y generoso. Santa Claus, aunque está altamente comercializado, incorpora todo lo bueno de este tiempo navideño.

¿Cómo sería el mundo si lleváramos todo lo bueno de este tiempo navideño con nosotros en el año venidero?

¿Cómo sería el mundo si imitáramos la amabilidad y la generosidad de San Nicolás y Santa Claus en este tiempo navideño y durante todo el 2005?

Juntos, demos demos el amor y la generosidad de San Nicolás. Juntos, ¡seamos Santa Claus!